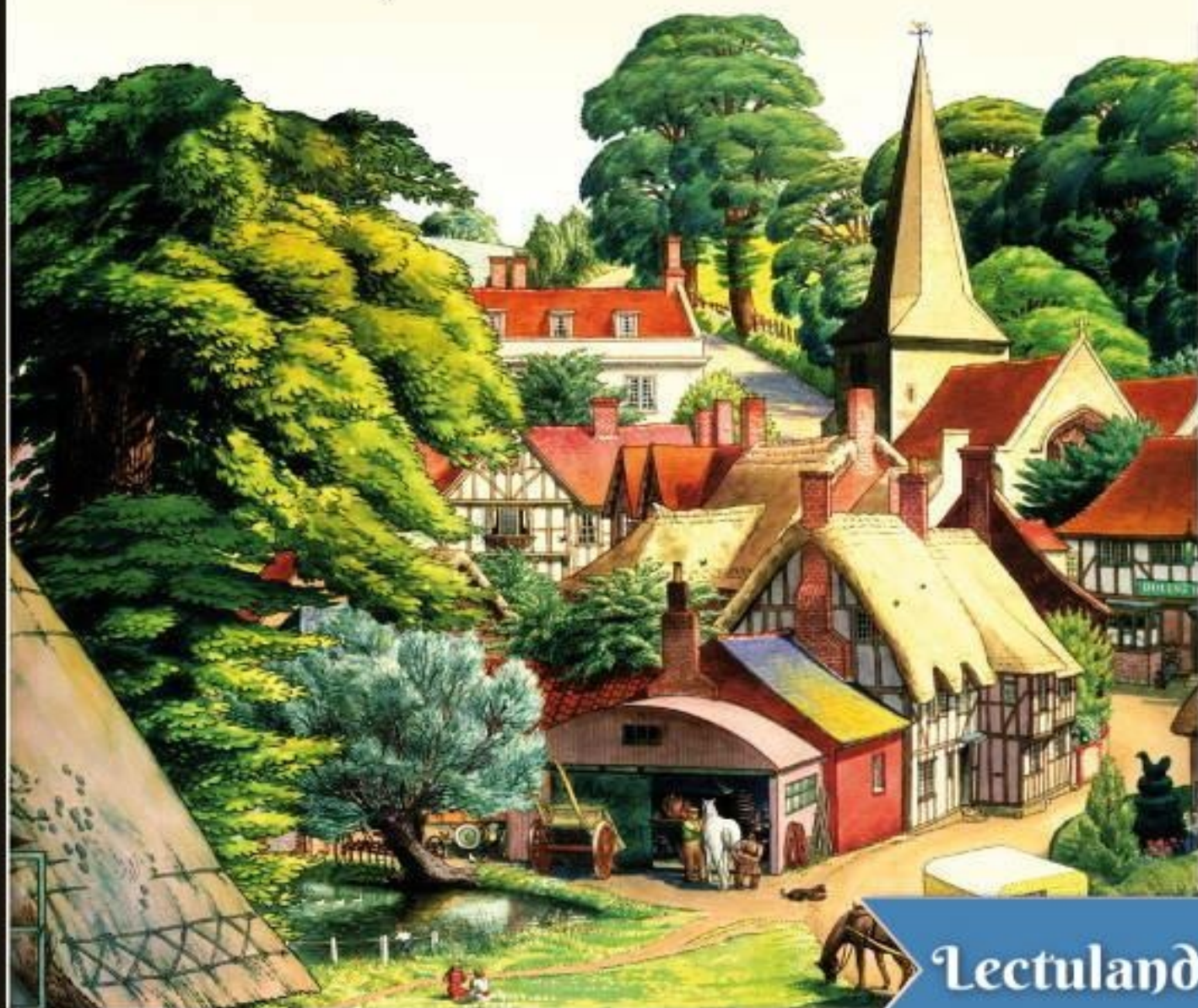


EDMUND CRISPIN

*Trabajos de amor
ensangrentados*

Otro nuevo y extraño misterio para Gervase Fen

Traducción de José C. Vales



Lectulandia

«Trabajos de amor ensangrentados» es un clásico de la Edad Dorada de la novela de detectives inglesa, llena de referencias literarias y persecuciones en bólide por la campiña inglesa, con una trama policiaca perfecta.

La escuela Castrevenford está inmersa en los preparativos para celebrar el fin de curso, y el excéntrico profesor de Oxford y detective aficionado Gervase Fen (al que ya conocimos en «La juguetería errante» y «El canto del cisne»), liberado de sus obligaciones laborales, ha sido convocado a entregar los premios a los discursos más brillantes. Sin embargo, la noche previa al gran día, extraños sucesos acontecen en el colegio, y dos profesores son asesinados. Mientras intenta desentrañar el misterio, Fen se ve obligado a resolver un secuestro con la ayuda de un sabueso con demencia senil, a apaciguar a una plétora de colegialas enloquecidas y, de paso, a averiguar el paradero de un manuscrito perdido de Shakespeare que se demuestra letal en extremo.

«Trabajos de amor ensangrentados» es un clásico de la edad dorada de la novela de detectives inglesa, llena de referencias literarias y persecuciones en bólide por la campiña inglesa, con una trama policíaca perfecta.

Lectulandia

Edmund Crispin

Trabajos de amor ensangrentados

Gervase Fen # 5

ePub r1.0

Akhenaton 02.03.14

Título original: *Love Lies Bleeding*
Edmund Crispin, 1948
Traducción: José C. Vales
Diseño de colección: Enrique Redel

Editor digital: Akhenaton
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado al Carr Club^[1]

1. LASCIVA PUELLA

El director dejó escapar un suspiro. Estaba dispuesto a reconocer que era un gesto lastimero y poco varonil, pero en aquel momento se sintió incapaz de reprimirse. Y esbozó una disculpa.

—Este calor... —dijo a modo de explicación, y agitó la mano lánguidamente en dirección a las ventanas: al otro lado de los cristales una considerable extensión de césped se agostaba al sol de media mañana—. Es este calor...

Como excusa, resultaba poco creíble. El día había amanecido tórrido, casi tropical, e incluso en aquel despacho sombrío, de techos altos, con las cortinas medio corridas para evitar que a los tejidos y las maderas les diera el sol, la atmósfera era demasiado opresiva como para que nadie pudiera sentirse cómodo. Pero el director hablaba sin convicción y su visita no se dejó engañar.

—Siento incomodarle con mis asuntos —dijo la mujer en tono cortante—. Me hago cargo de que preferiría ocupar su tiempo preparando la jornada de entrega de premios y diplomas. Por desgracia, no he tenido opción en este caso... Los padres están insistiendo en que se lleve a cabo algún tipo de investigación y...

El director asintió con gesto sombrío. Era un individuo bajito, enclenque, de unos cincuenta años, barbilampiño, y con una nariz larga e inquisitiva, un pelo negro que comenzaba a escasear y un engañoso semblante que traslucía apatía y despiste.

—Los padres..., los padres tenían que ser —dijo—. Una gran parte del tiempo que pierde uno en este trabajo se emplea en disipar los ingenuos terrores de los padres...

—Solo que, en este caso —contestó su visita, decidida a no ceder en el asunto que se traía entre manos—, parece que sí que ha ocurrido algo en realidad.

Desde el otro lado del escritorio, el director la observó con un gesto de grave pesadumbre. Siempre le parecía que la eficaz laboriosidad de la señorita Parry resultaba una pizca abrumadora. Tras aquella señorita Parry, ordenadas en implacables filas marciales, le pareció ver a todas esas mujeres de mediana edad, audaces, osadas, competentes, típicas de los estratos más altos de la burguesía inglesa, a quienes parece que no les interesa otra cosa en el mundo que organizar mercadillos de caridad, visitar a los enfermos y menesterosos, adiestrar a la juvenil servidumbre, y entregarse con fervor implacable a la jardinería. Alguna jugarreta del destino en la que nunca había tenido intención de indagar había impelido en algún momento a la señorita Parry a abandonar esa esfera social para buscar cómo ganarse la vida, pero de todos modos aquel ambiente seguía intuyéndose a su alrededor, como un aura intangible; y sin duda, el modo como llevaba la dirección del Instituto Castrevenford para chicas parecía confirmar esa opinión, más que contradecirla... El director, circunspecto, comenzó a cebar su pipa.

—¿Ah, sí? —dijo sin mucho interés.

—Información, doctor Stanford. Lo que necesito sobre todo es información.

—Ah... —El director retiró algunas hilas sobrantes de tabaco que colgaban de la cazoleta de su pipa, y asintió de nuevo, esta vez con más firmeza y seriedad—. ¿Le importa si fumo? —preguntó.

—Yo también fumaré —dijo la señorita Parry con decisión. Apartó la pitillera de cigarrillos para las visitas con una implacable seguridad, aunque educadamente, y sacó de su bolso una cajetilla de cigarrillos—. Prefiero los americanos —explicó—. Les ponen menos productos químicos.

El director encendió una cerilla y le dio fuego.

—Tal vez lo mejor sería que me contara lo que sabe desde el principio —sugirió.

La señorita Parry expulsó una gran bocanada de humo, casi como si tuviera en su interior alguna especie de sustancia nociva que hubiera que expeler tan rápida y vigorosamente como le fuera posible.

—Creo que no necesito decirle que el asunto tiene que ver con la obra de teatro...

Aquella información impactó de lleno sobre la mente del director. Curiosamente, y en términos generales, era más esperanzadora de lo que cabía esperar. Desde hacía algunos años, el Instituto Castrevenford para chicas había colaborado con su correlato masculino en la preparación de una obra de teatro que se representaba el día de entrega de premios y diplomas. Era una tradición que no acarreaba más que molestias e incomodidades para todos los implicados, y la única circunstancia que mitigaba aquellas molestias era precisamente que estas resultaban predecibles y discurrían por senderos suficientemente trillados como para hacerlas preocupantes. La mayoría de los conflictos tenían lugar durante los ensayos, y solían reducirse a ciertos abrazos clandestinos, más o menos consentidos, entre los miembros masculinos y femeninos del reparto: y respecto a dichos incidentes los castigos correspondientes se habían establecido desde hacía mucho tiempo y eran casi automáticos.

El director pareció animarse un poco.

—¿Entonces la chica actúa en la obra de teatro? Me temo que no he podido prestarle mucha atención este año. Se trata de *Enrique V*, ¿no es así?

—Sí. La elección de la obra no les gustó a mis muchachas. Muy pocos papeles femeninos.

—Sin duda nuestros chicos también se sintieron decepcionados..., diría que por la misma razón.

La señorita Parry dejó escapar una risita, sincera pero un tanto brusca; como si quisiera dar a entender que el sentido del humor, aunque era esencial en una conversación entre personas cultas, no tenía por qué usurpar el lugar a los asuntos de mayor importancia.

—Sí, muy enojoso para todo el mundo... —dijo la señorita Parry—. En fin, esta

chica de la que le hablo interpreta el papel de Katharine. Se llama Brenda Boyce.

El director frunció el ceño mientras prendía una segunda cerilla y la acercaba a la cazoleta de su pipa.

—Boyce. ¿Es su familia de aquí? Hace un par de años tuvimos aquí a un chico con ese mismo apellido. Un muchacho bastante *sofisticado*, creo recordar.

—Sería su hermano —dijo la señorita Parry—. Desde luego toda la familia podría describirse como «sofisticada». Los padres son del tipo fiesta cara y coche cromado.

—Sí, los recuerdo... —El director depositó delicadamente la carga quemada en un cenicero montado en un elefante plateado—. Muy agradables, me parecieron... Bueno, en todo caso, eso no es relevante en estos momentos.

—En cierto sentido los padres sí que son relevantes. —La señorita Parry se recostó en su asiento y cruzó sus piernas, robustas, utilitarias y carentes de toda emoción—. Me refiero a su elegante sofisticación. Podría darnos alguna clave para desestimar según qué problemas. Brenda, como podrá imaginar por su educación, ha tenido una vida bastante *ligera* (tiene dieciséis años, por cierto, así que dejará el instituto al final del curso). Y para remate, es una niña bastante mona. De modo que muy probablemente no es de esas que se inquietan ante determinadas efusiones de..., bueno..., erotismo juvenil.

En ese momento la señorita Parry lanzó a su anfitrión una mirada de una notable severidad.

—Continúe, continúe —dijo el director. Era consciente de que la señorita Parry no necesitaba que él le dijera que siguiera porque de todos modos iba a hacerlo, pero los silencios en las conversaciones (incluso cuando se deben a la necesidad de respirar y coger aire para seguir) deben rellenarse de algún modo, tal y como exigen las leyes de la más elemental cortesía.

—Como usted sabrá —prosiguió la señorita Parry—, anoche hubo un ensayo de *Enrique V*. Fue aquí mismo, en el salón de actos. Después del ensayo, a eso de las diez y media, Brenda se fue a casa. Según nos han comentado sus padres, estaba muy rara.

—¿Rara? ¿Qué quiere decir exactamente?

—Evasiva. Nerviosa. Sí, y en cierto modo aterrorizada, también.

Se produjo un instante de silencio y ambos pudieron escuchar al secretario del director tecleando en la máquina de escribir, en la pequeña oficina de al lado. También se oía el intermitente zumbido de las moscas golpeándose contra los cristales de la ventana. Por lo demás, reinaba un absoluto silencio.

—Ni que decir tiene —continuó la señorita Parry tras una pausa—, sus padres le preguntaron qué le ocurría. Y..., para ser concisa al respecto..., la chica no les dio ninguna explicación en absoluto. Ni a mí tampoco, cuando le pregunté esta mañana.

—¿Sus padres se lo comunicaron a usted por teléfono?

—Sí. Obviamente estaban preocupados... y eso, doctor Stanford, es lo que me preocupa a mí. Cualesquiera que sean sus defectos, no son del tipo de gente que hace una montaña de un grano de arena.

—¿Qué le dijo la chica a usted?

—Me dio a entender que sus padres se estaban imaginando cosas, y me aseguró que no había nada que explicar. Pero saltaba a la vista que la chica estaba fuera de sí. De hecho, estoy bastante segura de que estaba mintiendo. De lo contrario, no habría venido a molestarle por este asunto...

El director meditó el caso brevemente, escudriñando mientras tanto todos y cada uno de los objetos —de sobra conocidos para él— que poblaban su despacho: la mullida alfombra Aubusson de un intenso color azul, las reproducciones de Constable y Corot colgadas en las paredes, los cómodos sillones de piel y la gran mesa de madera maciza que presidía la estancia.

—Sí —murmuró pensativamente—. Ahora entiendo por qué dice que su educación familiar es relevante. Lo que usted me quiere decir, señorita Parry, es que si alguien hubiera..., en fin... —aquí vaciló—, si alguien se hubiera sobrepasado con esa joven...

Se detuvo en mitad de aquella frase y comprendió que se estaba expresando de forma meliflua y vulgar. La señorita Parry se ocupó de completar la frase.

—... no le habría causado ninguna angustia. Exactamente. De hecho, muy probablemente le habría causado *precisamente* el efecto contrario.

—Ya. —Pareció como si el director se hubiera detenido a meditar sobre aquella muestra de precocidad femenina—. Entonces, usted cree —dijo al final— que hay en juego algo más serio que eso.

La señorita Parry asintió.

—En cierto sentido.

El director la miró con aprensión; habían hablado de asuntos sexuales con anterioridad, pero en general se habían mantenido en los límites de los términos generales e hiperbólicos. En ese momento, sin embargo, se hacía necesario hablar clara y directamente.

—¿Cree usted que la engañó para...? —murmuró el director entre titubeos.

La señorita Parry replicó sin dudar.

—Eso fue lo que pensé en un primer momento —admitió, y luego se echó hacia delante con un gesto que denotaba cierta impaciencia—. Pero ahora estoy inclinada a descartarlo. ¿Me permite hablarle francamente?

—Se lo agradecería —dijo el director con generosa amabilidad. También se echó hacia delante.

La señorita Parry sonrió... y fue una pequeña sonrisita nerviosa, tan rara en ella que para el director constituyó casi una revelación; de repente se dio cuenta de que

aquella mujer consideraba algunos temas un tanto comprometidos, y no por mojigatería u oscurantismo, sino porque aquella conversación suponía una verdadera derogación de los ideales reconocidos de decencia que ella profesaba con rigor implacable. Al director le caía bien la señorita Parry y la respetaba precisamente por eso, así que le devolvió la sonrisa.

—Existen dos posibilidades —dijo la señorita Parry—. Una violación, que la muchacha no pudo evitar; o bien una seducción, de la que luego se arrepintió. —La señorita Parry titubeó—. Sé que es difícil asumir que de quien estamos hablando en estos términos es de una niña de dieciséis años —añadió—, pero no veo cómo podemos afrontarlo de otro modo... Si fue una violación, me cuesta creer que uno de sus chicos pudiera ser responsable...

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo —dijo el director—. Hasta donde yo sé, no conozco a ningún chico en este colegio que tuviera la sangre fría para hacer algo tan repugnante.

—Y por lo que toca al engaño... Bueno, en primer lugar, Brenda es una niña muy segura y muy consciente. Es bastante capaz de cuidar de sí misma solita. Y en segundo término...

—¡Sí?

—En segundo término..., le pregunté directamente esta misma mañana si había ocurrido algo de ese tipo. Su reacción fue de sorpresa, nada más. Y estoy seguro de que esa reacción de sorpresa era auténtica.

—Me alivia oírlo... —El director sacó un pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta y se enjugó el sudor de la frente—. Pero entonces... no entiendo qué pudo poner tan nerviosa a esa chica, ni por qué se ha mostrado tan taciturna al respecto.

La señorita Parry se encogió de hombros.

—Yo tampoco. Por lo que yo puedo llegar a colegir, el sexo no tiene nada que ver aquí, y aunque hay muchas alternativas posibles, no cuento con ninguna prueba tangible en este caso.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarla?

—Lo único que necesito es que se determine, en tanto sea posible, que no sucedió nada impropio e indecente durante el ensayo, ni en ningún rincón de este instituto. Mi responsabilidad concluye ahí.

—Entiendo... Bueno, eso podría conseguirse fácilmente. Hablaré con Mathieson. Es él quien dirige la obra... Si quiere usted, puedo llamarlo ahora mismo. Creo que tiene clases ahora, así que podremos dar con él sin dificultad.

—No es necesario que se precipite —dijo la señorita Parry mientras se levantaba y apagaba su cigarrillo—. Seguramente todo este asunto no es más que un *ignis fatuus*. Tal vez, si pudiera telefonarme más tarde...

—Naturalmente. —El director también se había levantado. Señaló con la boquilla

de la pipa una estatuilla de Afrodita que se encontraba en una mesita de palisandro, junto a la puerta—. En cierto modo me alegra que esa mujer de ahí no sea la responsable. Siempre que tenemos problemas con la obra de teatro damos por hecho que ella anda detrás.

La señorita Parry sonrió.

—Los amores platónicos, ya se sabe... —dijo.

—Los amores platónicos es mejor mantenerlos a raya hasta que los amantes platónicos abandonan el instituto —dijo el director con firmeza—. Por otra parte, una pequeña abstinencia obligatoria hace que la impresión final sea mucho más impactante y excitante... —De repente se dio cuenta de que se había olvidado de poner en práctica las obligaciones mínimas que dictaba la hospitalidad—. ¿Quiere quedarse a almorzar?

—No, gracias. Tengo que estar de vuelta antes de que concluyan las clases matinales.

—Una lástima. Pero vendrá usted... —vaciló— a la fiesta de mañana, ¿no?

—Desde luego. ¿Quién entregará los diplomas?

—Tendría que haber sido lord Washburton —dijo el director—, pero se ha puesto enfermo en el último momento. Así que no he tenido más remedio que buscar a un sustituto de última hora: un profesor de Lengua y Literatura, un conocido mío. Pensé que podía interesarle... De hecho, mi único temor es que pueda interesarle *demasiado*. No estoy muy seguro de que sea capaz de mantenerse en los límites de la estricta hipocresía que requiere el acontecimiento.

—En ese caso, no faltaré. Como sabe, suelo evitar ese tipo de ceremonias por norma.

—Ojalá yo pudiera librarme —dijo el director—. No en este caso particular, digo, sino *en general*... Bueno, en fin. Supongo que estos inconvenientes justifican las tres mil libras anuales de mi sueldo.

Acompañó a la señorita Parry a la puerta y luego regresó a estudiar la correspondencia que tenía sobre el escritorio. Una tal señora Brodribb, al parecer, tenía mucho que decir respecto al tema de los resultados del Henrys School Certificate: un asunto sobre el cual el director apenas si estaba al tanto. Iba a haber un congreso de directores al cabo de quince días. Alguien deseaba instaurar un premio para el mejor trabajo anual sobre el tema «El futuro del Imperio Británico». El director gruñó y si hubiera habido alguien en el despacho, lo habría oído. Ya había demasiados premios. Había premios de sobra. Los muchachos empleaban una gran parte de su tiempo compitiendo para ganar dichos premios, y los profesores empleaban demasiado tiempo del suyo en orientarlos y corregirlos. Desafortunadamente, el donante en esta ocasión era demasiado eminente como para ofenderlo con una negativa; el único rayo de esperanza era que con un poco de suerte

podrían inducirlo a que leyera él mismo los trabajos y que él mismo se encargara de conceder el premio.

El director echó un vistazo rápido al resto de las cartas y luego las apartó. El problema de aquella *lasciva puella* Brenda Boyce, había despertado en él una ligera curiosidad... Y puesto que tendría que enfrentarse al asunto de todos modos, lo mejor era hacerlo cuanto antes. Se acercó a un archivador de metal verde oscuro y escudriñó su contenido; los documentos revelaron que efectivamente Mathieson estaba en aquel momento dando clases de inglés a los de quinto de Lenguas Modernas. El director cogió la toga y el birrete y, metiéndoselos debajo del brazo, salió de su despacho.

2. BUSCA CUÁNDO HAY LUNA

—Pues he aprendido —dijo Simblefield, un muchacho pequeñajo, con pinta de cobardica y con la cara llena de granos— a observar la naturaleza, no como en los lejanos tiempos de mi inconsciente juventud, sino escuchando siempre que puedo la triste música callada de la Humanidad, sin estridencias ni disonancias, sino con el fabuloso poder para castigar y humillar^[2].

Se detuvo, y una expresión de placer iluminó sus facciones poco agraciadas. El objetivo máximo de Simblefield, en lo que al recitado de poesía se refería, era llegar a ese fragmento de la poesía sin omitir ninguna palabra; y lo había conseguido. Apenas era vagamente consciente de que hubiera sutilezas interpretativas más allá y por encima de aquella simple ambición, pero el torbellino del triunfo ni siquiera las tuvo en cuenta.

En el silencio posterior a aquella salmodia sin respiro, se pudo oír en el aula de al lado al señor Hargrave, que era el ordenancista más virulento del colegio, tronando en latín a su modo, vacuno y remilgado. El joven Simblefield observó expectante al señor Mathieson, que estaba de espaldas a él, con los brazos cruzados, junto a las ventanas del aula. Como era un muchacho excepcionalmente ingenuo y estúpido, Simblefield supuso que el señor Mathieson estaba buscando las palabras adecuadas para encarecer su actuación, pero Simblefield estaba muy errado en su diagnóstico, pues lo cierto era que el señor Mathieson llevaba un buen rato sumido en una aparente ensoñación transitoria y ni siquiera se había percatado de que Simblefield había concluido ya su perorata. Mathieson era un individuo de aspecto desaliñado, corpulento, de mediana edad, de movimientos torpes; y llevaba un viejo chándal con coderas, y un par de pantalones grises dados de sí.

El murmullo de los alumnos lo despertó, y su ensoñación desembocó de modo inmisericorde en la austera realidad del aula. Era un lugar amplio, casi un cuadrado perfecto, y la franja inferior de las paredes aparecía decorada generosamente con trazos de tinta y huellas dactilares negras. La mesa del profesor, maciza, pesada y anticuada, se encontraba sobre una tarima, a un lado de la pizarra picada y llena de marcas y cicatrices. Había unas cuantas láminas de aspecto desangelado con escenas imprecisas referentes a la vida rústica y a ciertos episodios clásicos. Una delgada película de tiza lo cubría todo: paredes, techo, suelo, pupitres, todo. Y sentados tras aquellos pupitres presuntamente plegables, alrededor de unos veinte muchachos ocupaban su breve descanso de distintas maneras, todas ellas más o menos destructivas y poco provechosas.

Mathieson observó que Simblefield ya no estaba dándole a la sin hueso, sino que, por el contrario, lo escrutaba con sobrada complacencia.

—Simblefield —dijo—, ¿tiene usted la más ligera idea de lo que significa este

poema que acaba de recitar?

—Oh, señor... —contestó Simblefield débilmente.

—¿Cuál diría usted que es nuestra actitud hacia el mundo en nuestra «inconsciente juventud», Simblefield? Yo diría que usted es el más cualificado de entre los presentes para responder a esa cuestión.

Hubo algunas risas, todas ellas poco naturales.

—Simblefield es un cabeza hueca —dijo alguien.

—¿Y bien, Simblefield? Estoy esperando una respuesta.

—Bueno, señor..., no sé..., señor.

—Por supuesto que lo sabe, Simblefield. Piense, muchacho, piense. No le presta usted mucha atención a la naturaleza, ¿verdad?

—Oh, sí, señor.

—No, claro que no, Simblefield. Para usted, solo es el escenario por el que usted deambula. Sin rumbo fijo.

—Sí, señor, entiendo, señor —dijo Simblefield tal vez demasiado apresurado.

—Tengo muy serias dudas de que realmente lo entienda, Simblefield. Pero tal vez algunos de sus compañeros sí puedan comprenderlo.

Se produjo un breve alboroto.

—Yo sí lo entiendo, señor.

—Solo un idiota como Simblefield no lo entendería.

—Señor, es como cuando vas a dar un paseo, señor, y no te fijas en los árboles.

—Señor... ¿por qué razón tenemos que leer a Wordsworth, señor?

—¡Silencio! —dijo el señor Mathieson con firmeza. A continuación recorrió la clase una inquieta orden de silencio con un siseo—. Ahora bien, ese es precisamente el sentido en el que Wordsworth *no* observaba la naturaleza.

—Wordsworth era un loco pirado —dijo alguien *sotto voce*.

El señor Mathieson, tras considerar brevemente la posibilidad de rastrear aquel comentario hasta sus indignas fuentes, y decidir dejarlo pasar, añadió:

—Es decir, para Wordsworth la naturaleza era algo más que un mero escenario.

—¡Señor!

—¿Sí?

—¿No estuvieron a punto de cortarle la cabeza a Wordsworth en la Revolución Francesa, señor?

—Es verdad que estuvo en Francia poco después de la Revolución. Como les estaba diciendo...

—Señor, ¿por qué en Francia cortaban las cabezas a los condenados y en Inglaterra los colgamos?

—¿Y por qué en América los electrocutan, señor?

—¿Y por qué en Rusia los fusilan, señor?

Se desató una espantosa babel.

—En Rusia no los fusilan, idiota, les cortan la cabeza con un hacha.

—Señor, ¿es cierto que cuando se ahorca a un hombre su corazón sigue latiendo durante mucho tiempo después de que se muera?

—Bah, Bagshaw, eres un soberano idiota.

—Sí, menudo memo, ¿cómo vas a estar muerto si te sigue latiendo el corazón?

Mathieson dio una vigorosa palmada sobre su mesa.

—Si alguien vuelve a hablar sin mi permiso —dijo—, se lo comunicaré al jefe del internado.

Aquello surtió un efecto inmediato, porque era en realidad un remedio infalible contra cualquier clase de desorden. En Castrevenford era un asunto muy serio que una conducta negativa llegara a oídos del jefe del internado.

—Y ahora volvamos al asunto que teníamos entre manos —dijo Mathieson—. A ver, Simblefield, ¿qué cree usted que quería decir Wordsworth con la expresión «la triste música callada de la Humanidad»?

—Bueno, señor... —A Simblefield se le veía claramente aturdido ante aquel nuevo esfuerzo que se exigía a sus escasos recursos intelectuales—. Bueno, señor, yo creo que significa... Verá, señor, imaginemos una montaña, o un pájaro, o...

Afortunadamente para Simblefield, cuya escasa habilidad para camuflar su ignorancia fue justo motivo de desprecio para toda la clase, no tuvo necesidad de concluir: porque en ese preciso instante el director del instituto les interrumpió a todos entrando en el aula.

Los muchachos se apresuraron a ponerse de pie, organizando un tremendo escándalo de pupitres y mesas arrastrándose. Era raro que el director visitara un aula durante las horas lectivas, así que la curiosidad de los muchachos solo se vio un poco mermada por la necesidad de hacer un temeroso recuento mental de sus recientes fechorías.

—Siéntense, caballeros —apuntó el director majestuosamente—. Señor Mathieson, ¿podría dedicarme un par de minutos solamente?

—Por supuesto, señor —dijo Mathieson; y luego se volvió hacia los muchachos—: Seguid leyendo hasta que regrese.

Los dos hombres salieron al pasillo. Estaba completamente vacío, aunque se oían ecos distantes, y el achacoso entarimado crujía. Y puesto que el bloque de aulas no había sido diseñado para dicho propósito, sino que en realidad era parte de las dependencias de un manicomio reformado (una circunstancia que de vez en cuando provocaba remesas de chistes malos), la luz era también escasa. En cualquier caso, en aquellos momentos, el pasillo contaba con la ventaja de mantenerse relativamente fresco.

—*Aequam memento rebus in arduis servare mentem* —bramaba el señor

Hargrave en un aula cercana— ¡no significa «Acuérdete de reservar agua para un mes de camino», y solo un tarugo como usted, Hewitt, se atrevería a atribuir a Horacio una observación tan estúpida^[3]!

El director fue directo al grano:

—¿Qué tal los ensayos de ayer por la noche, Mathieson?

—Oh..., bastante bien, director. Creo que este año conseguiremos una representación razonablemente aceptable.

—¿No hubo problemas ni altercados de ningún tipo?

—No, creo que no, señor.

—Ah. —El director pareció detenerse a escuchar atentamente los sonidos que procedían del aula de quinto: repentinos *crescendos* de cotorreos alternaban como en las viejas antífonas con estallidos de siseos aterrorizados que sugerían la necesidad de un silencio inmediato. El director se llevó el dedo índice al labio superior con gesto pensativo.

—La chica que interpreta el papel de Katharine —añadió—, ¿qué le parece?

—Actúa bien —dijo Mathieson.

—Pero aparte de eso..., su personalidad...

Mathieson titubeó antes de contestar.

—Para serle franco, señor director, creo que es una joven-cita bastante *sensual*.

—Sí, claro. Me alegro de que me confirme eso. El asunto es que ayer, después del ensayo, regresó a su casa en un estado de considerable agitación, y no hemos podido averiguar la causa de esa excitación suya...

—Por lo que yo recuerdo, se encontraba perfectamente mientras duró el ensayo —dijo Mathieson—. Incluso singularmente *alegre* diría yo.

—Sí. Ya. Bueno, me alegra oírlo. Eso reduce nuestra responsabilidad en cierta medida... ¿Sabe usted si tiene... —aquí titubeó—, si alberga interés por algún muchacho en particular?

—Puede que esté equivocado, pero diría que Williams...

—¿Williams? ¿Qué Williams? ¡Hay miles de Williams!

—J. H., director. Está en sexto de Lenguas Modernas. Hace de Enrique.

—Ah, sí, claro. Creo que lo mejor será que tenga unas palabritas con el tal Williams... Por cierto, el ensayo con vestuario es esta misma tarde, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Intentaré ir y echar un vistazo —dijo el director—. Si tengo tiempo.

Después, Mathieson regresó a la tarea de inocular la metafísica *wordsworthiana* en los yermos intelectos de los atolondrados alumnos del quinto curso de Lenguas Modernas, y el director por su parte se encaminó hacia la oficina del bedel, donde dejó una nota con la orden imperiosa de que Williams, J. H. Williams, se presentara inmediatamente en su despacho tan pronto concluyeran las clases matinales.

Cuando Wells, el bedel del instituto, entró en el aula de sexto, diez minutos antes de que concluyera la última clase, se encontró al señor Etherege explicando a sus sorprendidos alumnos las principales técnicas de la demonología y la magia negra.

Wells no se sorprendió demasiado. El señor Etherege era uno de esos sonados excéntricos que a veces se encuentra uno en los grandes colegios públicos ingleses. Llevaba tanto tiempo en Castrevenford que ya no se ceñía a ninguna orden superior, salvo a la suya propia, tanto en lo referente a las materias que enseñaba como en lo referente a su manera de impartirlas. Tenía cierta manía por lo esotérico y lo exótico, y entre sus obsesiones más recientes se encontraba el yoga, el estudio de las enseñanzas de Notker Balbulus^[4], el análisis de la obra de un oscuro poeta del siglo XVIII llamado Samuel Smitherson, la búsqueda del continente perdido de la Atlántida y el ensalzamiento de la importancia artística del *blues*. No había muchacho que pasara por sus manos que no adquiriera en cierto modo un modesto conocimiento sobre alguno de aquellos temas raros e inútiles que —siempre de modo caprichoso— al señor Etherege le interesaban en un momento dado.

Los legisladores de las leyes educativas tienen poco que hacer en los territorios dominados por gentes como el señor Etherege; pero de esto, como de otras muchas cosas, apenas se enteran. El hecho es que en todos los grandes institutos hay un *advocatus diaboli*, y en Castrevenford ese importante cargo había recaído en el señor Etherege. Carecía absolutamente de espíritu social. Nunca acudía a los grandes encuentros deportivos. No le interesaba en absoluto el bienestar espiritual de sus muchachos. Demostraba un desprecio absoluto por el colegio en tanto institución. En resumen, era un individualista impenitente. Y si a primera vista estas características no parecían especialmente encomiables, debe recordarse el contexto. En un colegio como Castrevenford buena parte de su prestigio reside en sus actividades sociales, y es muy posible que si estas no se regularan, acabarían convirtiéndose en monótonas costumbres fetichistas. El señor Etherege contribuía a mantener ese peligro a raya, y en consecuencia el director lo valoraba tanto como a sus colegas más estrictos y obedientes. Sus divagaciones y excursiones lejos del plan de estudios aprobado eran el precio que había que pagar en aras de una mayor variedad de los contenidos, y los desastres educativos se habían ido minimizando poco a poco mediante la eliminación de su trabajo docente en cualquier labor relacionada con los exámenes importantes.

Esquivando prudentemente el maléfico signo del pentagrama diabólico que alguien había trazado con tiza en el suelo, Wells entregó el mensaje del director al señor Etherege, que se lo entregó a su vez a J. H. Williams con un gesto de resonancias funestas. Wells se fue entonces, y el señor Etherege habló brevemente sobre el *Grand Grimoire* hasta que un violento timbre eléctrico, que conmovió los cimientos de todo el edificio, indicó que las clases matutinas habían concluido. Al oírlo, el profesor profirió un conjuro, destinado, según dijo, a proteger a J. H.

Williams de cualquier daño corporal durante su entrevista con el director, y luego dio por concluida la clase. Williams, un muchacho de dieciséis años moreno, atractivo e inteligente, prestamente se abrió paso entre los gritos y empujones de compañeros, y se dirigió raudo al despacho del director, aunque la promesa de protección sobrenatural que le había dispensado el profesor Etherege no evitó que sintiera en el estómago ciertos temores.

Encontró al director mirando por la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Williams —dijo el director sin más preámbulos—. He de advertirle que no debe mantener más citas secretas con jovencitas.

Unos instantes de reflexión lo habían convencido plenamente de que ese era el ataque más efectivo para dar comienzo a aquella conversación. Sabía que Williams era un muchacho inocente y sensible, que negaría semejante acusación solo si era incierta.

Williams se puso colorado como un tomate.

—No, señor —dijo—. Lo siento, señor.

—¡Sea más preciso en su modo de hablar, Williams! —exclamó el director en tono admonitorio, pero amable—. Si a su edad ya se lamenta de haber concertado citas con una muchacha atractiva, entonces creo que debería examinarlo un médico... La frase que debe utilizar en estas circunstancias es: «Le pido disculpas».

—Sí, señor —asintió Williams, bastante humillado.

—¿Y puede saberse dónde tuvo lugar exactamente esa cita?

—En el pabellón de ciencias, señor.

—Ah. Entiendo, entonces, que la cita tuvo lugar durante el ensayo de la pasada noche.

—Sí, señor. El ensayo terminó a las diez menos cuarto. Así que disponíamos de un cuarto de hora antes de que ella tuviera que regresar a su casa.

El director tomó nota mental de que no debía permitir que se produjera ese vacío temporal el año siguiente.

—¿Y esa cita se produjo a iniciativa suya, Williams?

—Bueno, señor... —Williams ensayó una mueca de disculpa—, yo diría que fue el resultado de una cierta *colaboración*, más bien.

—Naturalmente, naturalmente. —El director sopesó el caso durante unos instantes—. ¿Tiene alguna excusa?

—Bueno, señor, no sé si ha visto usted últimamente a Brenda, señor...

El director le interrumpió.

—Sí, claro, esa es obviamente la única justificación que puede ofrecer usted. *Vénus tout entiere à son Williams attachée*^[5]. Estando en sexto de Lenguas Modernas debería conocer usted a Racine.

—Todo esto es natural a mi edad, señor —murmuró Williams esperanzado—, como acaba de decir usted.

—¿Yo? —preguntó el director—. Ha sido una indiscreción por mi parte. Pero si todos diéramos rienda suelta a nuestros naturales impulsos cuando y donde nos apeteciera, no tardaríamos en regresar derechitos a la Edad de Piedra... ¿Qué ocurrió exactamente durante su encuentro con esa jovencita?

Williams pareció sorprendido.

—Nada, señor. De hecho yo no pude presentarme.

—¿Qué? —exclamó el director.

—El señor Pargiton me descubrió, señor, justo cuando estaba saliendo del teatro. Como usted sabrá, señor, se supone que debíamos regresar a la habitación inmediatamente después del ensayo, aunque acabara un poco antes... —Su tono revelaba bien a las claras un sincero arrepentimiento—. Y, claro, yo me dirigía en ese momento en la dirección contraria al edificio Hogg. Entonces el señor Pargiton me cogió y me llevó directamente ante el señor Fry.

El director pensó que la oficiosidad de Pargiton, que normalmente resultaba un engorro y una molestia, resultaba útil después de todo.

—¿Y estaría dispuesto a jurar usted que después del ensayo no vio en ningún momento a esa jovencita? —preguntó el director.

—Sí, señor. Esa es la verdad.

El director se desplomó en la silla giratoria que tenía delante de su escritorio.

—Aunque, como le he dicho antes, no debe mantener encuentros secretos con jovencitas.

—No, señor.

—Y cuando abandone este despacho no quiero oír que anda usted por ahí quejándose de la represión de los deseos juveniles y del oscurantismo de esta institución.

—No, señor, ni se me ocurriría...

—Su cerebro, Williams, seguramente está atestado de ideas freudianas a medio digerir.

—Bueno, la verdad, señor...

—Olvídelo. Dios le prohíbe que mantenga para siempre el celibato. Pero el curso concluye en apenas unas semanas, y si no puede evitar mantener contacto con el sexo opuesto durante ese período de tiempo sin sufrir daños psicológicos, entonces su cerebro es un órgano decididamente más débil de lo que yo había pensado hasta este momento.

Williams no dijo nada: su lógica adolescente era incapaz de lidiar con todo ese batiburrillo en aquellos precisos momentos.

—Y como conclusión final —remarcó el director—, tenga la bondad de recordar

que tendrá graves problemas si intenta encontrarse otra vez con esa chica... Y ahora, lárguese de aquí.

Williams se levantó y se fue, encantado tanto de la eficacia del sortilegio del señor Etherege como de la sinceridad y buen juicio del director. No sospechaba que la franqueza del director y su buen juicio se habían calculado cuidadosamente para apelar a su juvenil mezcla de idealismo y cinismo. El director tenía una considerable experiencia a la hora de conseguir los resultados que necesitaba obtener.

Viendo que Pargiton andaba holgazaneando enfrente del pabellón de las aulas, el director fue en busca de la confirmación del relato de Williams, y la encontró. Luego telefoneó a las dependencias del Instituto Castrevenford para chicas y le proporcionó a la señorita Parry un resumen conciso de todo lo que había averiguado.

—Entiendo —contestó la señorita Parry—. En ese caso, volveré al ataque. ¿Cuánto cree usted que pudo estar Brenda esperando en el pabellón de ciencias?

—Hasta las diez y media, supongo. Es cuando Wells lo cierra cada noche.

—De acuerdo, pues. Muchas gracias.

—Por cierto... —añadió el director antes de que ella colgara—, le agradecería que me hiciera llegar los resultados que obtenga de su indagación.

—Naturalmente —dijo la señorita Parry—. En cuanto sepa algo le llamaré por teléfono.

«En cuanto sepa algo» resultó ser diez minutos antes del comienzo de las clases vespertinas.

—Escúcheme... —le dijo la señorita Parry al otro lado de la línea—, ¿está usted absolutamente seguro de que ese muchacho dice la verdad?

—Bastante seguro —replicó el director—. ¿Por qué?

—Brenda niega que estuviera ayer ni siquiera cerca del pabellón de ciencias...

—Ay, Dios mío... Bueno, ¿no podría significar eso simplemente que estuvo esperando a Williams en el camino del jardín?

—Puede. Lo desconozco.

—Pero ¿niega que hubiera concertado una cita con Williams?

—No, no... Trató de negarlo al principio, pero creo que solo lo hizo para intentar proteger al muchacho. Mantiene que se lo pensó mejor y que en vez de ir al pabellón de ciencias se fue directa a casa.

—Ya, entiendo... ¿No hay nada más?

—Nada más. Esa muchacha es terca como una mula... Solo hay una cosa de la que estoy segura.

—¿De qué?

—De que vio algo que la aterrorizó —sentenció la señorita Parry.

3. LOS LADRONES ROMPEN LAS PUERTAS Y ROBAN

El recinto de la escuela Castrevenford es esencialmente un rectángulo, que linda por el oeste con el río Castreven y por el este con una carretera nacional. Los límites de los otros dos lados están algo más difuminados: hacia el norte los campos de deporte se extienden indefinidamente hasta confundirse con los sembrados, mientras que justo en su extremo sur se alza un confuso abigarramiento de edificios escolares que se apiñan junto a un abigarrado grupo de casas que recibe el nombre de Snagshill, que es un barrio tanto de Castrevenford como —más exacta y concretamente— de la propia escuela. El primer bloque de aulas —un edificio grande pero incómodo y poco práctico de ladrillo rojo, cubierto de hiedra, y conocido por ser una especie de reserva de caza de ratones— se yergue aislado en el extremo occidental, con su torre con reloj y su techumbre de cobre oxidado. Desde allí, una ligera ladera de olmos y hayas, acribillada por madrigueras de conejos, desciende hacia la ribera del río. Allí se encuentra el cobertizo para las traineras de la escuela, y un gran embarcadero. Al otro lado del río se extienden los campos de labranza, los bosques y a lo lejos una granja; y por detrás aún se pueden divisar las torres y campanarios de la ciudad de Castrevenford, tres millas corriente arriba.

Los edificios del internado eran siete y aparecían dispersos todo a lo ancho del perímetro del colegio. En el ángulo noreste se hallaba la capilla, una reliquia especialmente horrorosa de los últimos años del reinado de Victoria, erigida con tal escasez de medios y tan apresuradamente que las autoridades siempre estaban temerosas de que se resquebrajara en cualquier momento o incluso de que se derrumbara por completo. Las puertas del colegio daban a la carretera principal. Desde allí partía un largo sendero, flanqueado de robles, que desembocaba en el edificio de las aulas, que más propiamente podríamos llamar el edificio Hubbard. Junto a las puertas estaba el teatro, un edificio cuadrado, funcional y austero. El edificio de ciencias, la cabaña de exploradores, la armería y la biblioteca se agrupaban en la parte sur, junto al Davenant, que era el edificio más grande del internado residencial. Aquí estaba situado el despacho del director, pues su casa particular se encontraba a media milla de allí, fuera del recinto escolar.

El resto de las instalaciones lo ocupaban los campos de deporte, las canchas de *squash* y de fútbol-cinco, el gimnasio, la piscina, la tienda y el taller de carpintería. Toda esa parte estaba surcada por una geométrica red de caminos asfaltados diseñados específicamente, a juicio de los chicos, para hacerlos caminar la distancia máxima posible entre las residencias y el edificio Hubbard.

Tal era el paisaje —o en todo caso, una parte de él— que el director contemplaba mientras permanecía de pie junto al ventanal de su despacho, dándole vueltas al

problema de Brenda Boyce. A las dos menos cinco la campana del colegio comenzó a repicar furiosamente, y el director, consciente de que sus elucubraciones carecían de todo sentido, se planteó seriamente si, a pesar de la opinión de los miembros más conservadores de la plantilla de profesores, no debería silenciarse de una vez y para siempre aquel espantoso estrépito. Se hacía sonar de aquel modo, por supuesto, para obligar a los alumnos a que fueran puntuales; pero lo cierto es que se había dejado de utilizar durante la guerra, y el hecho de haber vuelto a instaurar la práctica de aquel molesto campanilleo diario no había producido una reducción significativa de estudiantes tardones, que seguían conformando una minoría constante y permanente a lo largo de los años. En términos generales podía decirse que en Castrevenford tanto campanilleo sonaba exagerado. Estaban, por un lado, las campanas del reloj, que daban las horas, las medias y los cuartos con pertinaz insistencia; luego estaban las campanas del edificio de ciencias; el timbre eléctrico que señalaba el principio y el final de las clases; las campanas particulares de las residencias; la campana de la capilla, que obviamente había sufrido algún contratiempo grave durante su fundición, así sonaba...

En aquel momento todo el recinto bullía de grupos de muchachos que deambulaban perezosos, convergiendo en el edificio Hubbard con sus libros y carpetas bajo el brazo. Entre ellos, el director observó al señor Philpotts, trotando por la hierba seca en dirección al edificio Davenant.

El señor Philpotts era profesor de química y su principal característica era una especie de vehemencia incontrolada, resultado con toda probabilidad de una superabundancia de energía natural. Era un hombrecillo pequeño y nervudo, de unos cincuenta años, con unas gafas enormes de pasta, una nariz grande y afilada, y una inusual capacidad para la verborrea incoherente. No había ninguna razón para preocuparse o sorprenderse ante aquel apresuramiento momentáneo: siempre iba corriendo a todas partes, al parecer porque prefería correr a caminar. Pero por desgracia tenía un talante bastante quejumbroso; la más mínima incomodidad o molestia era suficiente para que acudiera corriendo al despacho del director, rebosante de furia y de ofendida dignidad; y el director, viendo que se aproximaba, no tuvo ninguna duda de que al cabo de un par de minutos el señor Philpotts irrumpiría en su despacho y haría retumbar sus tímpanos con una retahíla de desgracias.

La perspectiva de tener que aguantar al señor Philpotts no le deprimía excesivamente, pues los males y las afrentas que sufría este generalmente no requerían más que un poco de tacto para llegar a un acuerdo. Y así, cuando el señor Philpotts llamó a la puerta de su despacho, el director optó por utilizar un tono de voz amable y alegre para invitarle a entrar.

No tardó en hacerse evidente, de todos modos, que el señor Philpotts tenía que contarle algo más importante de lo habitual.

—¡Un escándalo, director! —dijo sin resuello—. ¡El acto más peligroso y despreciable que pueda imaginarse!

El director le invitó a tomar asiento, pero el señor Philpotts declinó su ofrecimiento con una inclinación de la cabeza.

—Debe averiguarse quién ha sido el perpetrador y ha de ser castigado —añadió—. ¡Severísimamente castigado! Jamás en mi vida, a lo largo de mi prolija experiencia como docente...

—Pero ¿qué ha ocurrido, Philpotts? —interrumpió el director, con alguna brusquedad—. Comience por el principio, por favor.

—¡Un robo! —dijo el señor Philpotts con énfasis—. Ni más ni menos: ¡un robo!

—¿Y qué han robado, si puede saberse?

—Esa es la cuestión, precisamente —farfulló el señor Philpotts—. No lo sé. ¡No hay modo de saberlo! No puedo estar toda la vida haciendo inventario. No tengo tiempo. Y luego, con los exámenes de ingreso, la jornada de entrega de premios y diplomas, las calificaciones trimestrales...

—¿Entonces es que alguien se ha llevado algo del laboratorio de química o...? —preguntó el director tras unos instantes de evaluación previa de la situación.

—Han forzado un armario para abrirlo —explicó el señor Philpotts con violenta indignación—. ¡Forzado y destrozado! Le advierto, señor director, que no puedo hacerme responsable de ello. Ya le he dicho muchas veces que las cerraduras me parecían como poco inadecuadas. Ya le he dicho muchas veces que...

—Nadie pretende echarle la culpa de nada, Philpotts —dijo el director amablemente—. ¿Qué había en el armario?

—Ácidos —contestó el señor Philpotts con una rara precisión—. Sobre todo, ácidos.

—¿Sustancias peligrosas, quiere decir?

—Exactamente. Eso es lo que convierte esta intrusión en un asunto muy grave. —Y el señor Philpotts inspiró violentamente, como si quisiera demostrar su indignación—. Naturalmente, usted comprenderá también que se trata de un asunto muy grave, ¿no?

—Por supuesto que lo comprendo, Philpotts, por supuesto —dijo el director con considerable aspereza—. Milagrosamente, mis facultades intelectuales aún están operativas... ¿Entonces no tiene ni idea de lo que se han llevado?... Si es que se han llevado algo, claro.

—Yo supongo que algo se habrán llevado —respondió el señor Philpotts con acritud—. De lo contrario no tendría mucho sentido que hubieran reventado el armario... Lo único que puedo decirle, sin ninguna duda, es que no se han llevado mucho material.

—Muy bien —asintió el director—. Pensaré qué es lo mejor que puede hacerse en

este caso. Mientras tanto, ¿querría encargarse de asegurarse de que el laboratorio de química permanece cerrado cuando no se está utilizando? Ya resulta bastante tarde para tomar esas precauciones, pero no podemos permitirnos el lujo de cometer el mismo error dos veces... Por cierto, ¿cuándo descubrió usted que habían forzado el armario?

—Esta mañana, en la última hora de clase, director. No tuve clase hasta ese momento, ¿sabe usted? Además, puedo garantizarle que el armario estaba en perfectas condiciones ayer a las cinco de la tarde, porque yo mismo tuve ocasión de guardar allí algunos instrumentos.

—De acuerdo, señor Philpotts, de acuerdo —dijo el director—. En cuanto decida qué pasos conviene dar, se lo comunicaré.

El señor Philpotts asintió ostentosamente, se dio la vuelta, salió del despacho y se alejó a grandes zancadas en dirección al edificio de ciencias. Cuando el director regresó a la ventana, el tañido de la campana escolar cesó de golpe y todos los muchachos que iban caminando cansinamente comenzaron a correr. Unos instantes después, cuando el reloj dio las dos, el director oyó la lejana vibración del timbre eléctrico del edificio Hubbard. Un alumno sofocado y desesperado cruzó el patio a toda velocidad, y tras un último acelerón frenético desapareció de su vista. Todo quedó en silencio.

Pero el director apenas pudo degustar esa calma. Un ladrón de ácidos peligrosos y venenosos... Aunque el robo solo fuera posibilidad, era una cuestión muy seria, tal y como el señor Philpotts había apuntado en su patulea de tópicos. Es más, resultaba francamente complicado decidir qué hacer exactamente. El culpable no tenía por qué ser necesariamente un muchacho: de hecho, el director se inclinaba —a falta de una prueba reveladora— a desestimar tal hipótesis. Pero ahí estaban los encargados de mantenimiento, los miembros del claustro, la propia gente del pueblo —que podía entrar y salir con relativa libertad del recinto educativo—, y, por supuesto, la dichosa Brenda Boyce, que, siempre según la versión de Williams, habría estado sin ninguna duda en el edificio de ciencias la noche anterior...

Hincó los dientes con nerviosismo en la boquilla de su pipa. Aunque era contrario a dar parte a la policía, obviamente era su deber hacerlo. A regañadientes y de mala gana levantó el auricular del teléfono, marcó el número y esperó.

En esos momentos, más o menos, el señor Etherege abandonaba la sala de profesores acompañado de Michael Somers. Y como ambos iban en la misma dirección, entablaron una conversación.

Somers era el miembro más joven del claustro de profesores de Castrevenford. Era un hombre alto, esbelto, enjuto, bien parecido, salvo por un cierto afeminamiento en la pequeñez y la regularidad de sus facciones. Tenía una suave cabellera negra, y

una voz de tenor cuyas agradables modulaciones sugerían sospechas de artificiosidad y vanagloria. Impartía clases de lengua, y tenía formación y talento para ello, pero los chicos no lo apreciaban mucho, y el director, que tenía cierto respeto por la implacable perspicacia de los chicos, se sentía inclinado en privado a desconfiar de él en el campo de la docencia. La experiencia le había enseñado al director que la razón principal —si no la única— de la impopularidad de un profesor era la falsedad. La mera severidad en el trato nunca afectaba de modo trascendental a los juicios de los muchachos, a menos que estuviera asociada a un cierto grado de hipocresía; y la benevolencia —Somers era conocido por ser exagerado en este sentido— se consideraba un mero soborno que por sí mismo no garantizaba el afecto de los alumnos.

Los colegas de Somers mostraban hacia su persona sentimientos encontrados; el torrente de su vanidad, aunque subterráneo, era lo suficientemente fuerte como para que todos lo percibieran. Pero el señor Etherege, al que con justicia se le consideraba carente tanto de moralidad como de capacidad de sentir afecto, apreciaba a sus semejantes exclusivamente de acuerdo con el criterio de su aptitud para ejercer de audiencia a sus propios discursos; y como Somers se mostraba atento y era capaz de apreciar los parlamentos ajenos, el señor Etherege lo consideraba un hombre impecable.

—Pero ¿qué le ocurre a Love? —le estaba preguntando el señor Etherege. No se estaba refiriendo a la pasión que llevó al fondo del mar a Leandro, sino a uno de sus veteranos colegas del claustro^[6].

Somers pareció sorprendido.

—¿Que qué le ocurre? —dijo—. No sabía que le estuviera ocurriendo algo. ¿A qué se refiere, Etherege?

Evidentemente aquella respuesta pareció decepcionar al señor Etherege. Aparte de todas sus excentricidades, Etherege funcionaba como una especie de depósito general bancario de todos los escándalos de Castrevenford. De algún modo inevitable, conseguía hacerse con la información más íntima de todo el mundo, y siempre estaba dispuesto a difundirla. Pero en ese momento, dado que aquella previsible fuente se había secado, se sentía un tanto meditabundo, como resentido o traicionado. Desde luego, si Somers ignoraba los desórdenes emocionales de Love, no había que esperar que nadie le proporcionara mucha más información al respecto. Love había sido profesor intendente de Somers en el internado en Merfield, y en buena medida se consideraba que Somers era su *protégé*. El señor Etherege suspiró.

—Me imaginé que se habría dado cuenta... —dijo a modo de reproche, mientras ascendían un tramo de escaleras de piedra.

—Apenas si lo he visto la semana pasada —explicó Somers.

—Pues parece consumido por una especie de furia interna —dijo el señor

Etherege—. Está susceptible, irascible e insociable. Love nunca ha sido un hombre muy expansivo, eso lo admito; su puritanismo innato es demasiado fuerte. Pero parece estar sufriendo un episodio de abatimiento raro incluso en él. Obviamente, algo hay que le ha molestado muchísimo.

—Tiende a enfurruñarse —dijo Somers— siempre que las cosas no son como a él le gustan.

A señor Etherege le pareció que aquel comentario era tan obvio y tan escasamente interesante que no requería ni confirmación ni aceptación ninguna. En realidad, no precisaba siquiera una contestación de ningún tipo.

—El caso —prosiguió— es que el instituto está abrumado por los misterios en este momento... Por cierto, ¿qué tal la muñeca? —Y señaló la mano derecha de Somers, que la llevaba en cabestrillo.

—Ya casi está curada, gracias. Pero ¿qué es eso que decía de los misterios?

—Ya se habrá enterado de que robaron en el laboratorio de ciencias.

—Ah, eso. Sí. Philpotts me lo contó de camino a clase esta misma mañana.

—¿Y lo de la chica del instituto femenino?

—No. ¿Qué chica?

—Al parecer tenía una cita a escondidas con J. H. Williams en el edificio de ciencias —dijo el señor Etherege—. Eso, en sí mismo, no significa nada, desde luego. Pero al parecer Williams no se presentó, porque fue interceptado por Pargiton, el bedel; y, para remate, parece que la chica llegó a casa en un estado de nervios espantoso. ¿Qué le sugiere?

Habían llegado al aula de Somers. En el interior podía oírse un murmullo de conversaciones nerviosas.

—¿Cree que esa chica tuvo algo que ver con el robo?

—Hasta el momento —dijo el señor Etherege— se ha negado a decir ni pío. Pero todo resulta muy siniestro, Somers, innegablemente —y aquí su voz adoptó un deje maligno—. Es exactamente el tipo de situaciones que acaban nueve de cada diez veces en asesinato.

La tarde iba transcurriendo lentamente. El director, tras telefonar a la comisaría de policía, hablar con el superintendente y recibir la promesa de que irían a verlo inmediatamente después del té, continuó con su labor de dictar y firmar cartas. A las tres menos cuarto despachó a Galbraith, su secretario, a la oficina contigua y se acercó a la ventana para observar cómo los alumnos salían de clase. Los viernes, las clases de la tarde se partían en dos por el desfile de los Junior Training Corps^[7], de modo que el segundo turno comenzaba a las cinco menos cuarto en vez de a las tres menos cuarto. El timbre eléctrico comenzó a zumbear en el edificio Hubbard, y a continuación el director pudo oír el murmullo de la tensión al relajarse. Poco a poco

fue aumentando hasta convertirse en una barahúnda, compuesta del ruido de los pupitres y las mesas al arrastrarse, de los libros al cerrarse de golpe, del repiqueteo de los pasos al bajar corriendo las escaleras de madera, con amagos de conversaciones y silbidos. Una muchedumbre de alrededor de quinientas jóvenes almas se derramó como un torrente por las puertas que se abrían, y el caqui de sus uniformes salpicó aquí y allá el azul de los Air Training Corps y el gris diurno de los no aptos (según los informes médicos), sacando brillo a las hebillas de sus cinturones con las mangas de sus indumentarias, y saludando a algún ocasional maestro no militante que, una vez concluido su trabajo, se alejaba por el camino en bicicleta. En el descanso, que duraba un cuarto de hora, los chicos se dispersaban para dirigirse a sus dependencias, con las pesadas botas militares redoblando sobre el asfalto. A final todo el recinto se quedaba vacío, salvo por algún grupo despistado de chicos o de docentes que esperaban a que comenzara el desfile. El sol era implacable, y las hojas de los robles tejían una celosía de luces y sombras en el camino. En el cielo, de un deslumbrante azul, no había ni una nube.

En momentos como ese el director generalmente recibía las visitas de un par de miembros del claustro que solicitaban consejo o información, pero aquel día en concreto nadie fue a molestarlo, y no tardó mucho en regresar a su escritorio y comenzar, bastante perezosamente, a preparar el discurso que tenía que pronunciar en el servicio religioso del día siguiente. De vez en cuando el alarido de una orden, o el zapateo de la marcha y la contramarcha se colaba por las ventanas abiertas desde el campo de instrucción.

Las manecillas del reloj en la repisa de la chimenea acababan de marcar las cuatro cuando un pequeño coche deportivo rojo entró en el recinto con un estruendo desaforado, dio un frenazo espantoso frente al Davenant y se detuvo entre una nube de polvo. Y de él, saliendo a duras penas, descendió Gervase Fen, profesor de Lengua y Literatura inglesa de la Universidad de Oxford.

Era un hombre alto, larguirucho, de poco más de cuarenta años de edad. Tenía una cara alegre, sonrosada y bien afeitada, con unos ojos burlones y perspicaces de un gélido color azul, y llevaba un traje gris, una corbata verde adornada con sirenas, y un extraordinario sombrero. Le dio unas palmaditas complacientes al coche en el capó, a modo de gratificación, a lo cual pareció corresponder el vehículo con un repentino petardeo agonizante, y miró a su alrededor con una distendida aprobación hasta que el director bajó para recibirlo y conducirlo hasta su despacho, donde se derrumbó sobre una butaca.

—Vaya, vaya... —dijo el director—. Ha sido muy amable por tu parte venir a ayudarnos. ¡Y en el último momento! No nos habíamos visto desde hace un montón de años, ¿no es así? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Investigando crímenes, mayormente —replicó Fen con gran complacencia.

—Ah. Oh. Claro, claro. He leído los artículos en los periódicos. Parece que ha habido unos cuantos asesinatos últimamente en Oxford...

—¿No has leído a Matthew Arnold? —inquirió Fen—. Oxford es conocida como la Ciudad de los Cadáveres Perdidos.

El director dejó escapar una risilla y telefoneó para llamar a Galbraith y pedir que les trajeran té.

—Has venido en el momento justo —dijo cuando el secretario se hubo marchado—. Nosotros también tenemos un par de misterios por aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y posiblemente de naturaleza criminal. Estoy esperando al superintendente de la policía. Vendrá después del té.

Fen arqueó las cejas.

—Cuéntame, por favor —dijo.

El director le refirió lo ocurrido. Emocionado con el relato, pasó del episodio del armario forzado al incomprensible comportamiento de la discola Brenda Boyce. Fen lo escuchó todo atentamente y cuando el director concluyó, asintió:

—Sí —apuntó—. Creo que has hecho muy bien avisando a la policía.

Su anfitrión hizo una mueca de lastimera ironía.

—Me temo que tendrán algunas cosillas que decir respecto a nuestra irresponsabilidad por dejar productos químicos letales en un lugar tan accesible.

—¿Puedes confiar en que la bofia actúe con discreción?

—Oh, sí. Stagge es un hombre muy razonable. —El director se detuvo expectante—. Bueno, qué, ¿tienes alguna sugerencia al respecto?

—Ninguna, mi querido Horace. Hay una buena cantidad de explicaciones posibles..., la mayoría de ellas irrelevantes, debo decir, y ninguna prueba que se demuestre a sí misma como la correcta. En realidad, lo que ocurre es que no tengo suficientes datos. ¿Qué clase de consejo quieres, de todos modos?

—La chica —dijo el director lentamente—, la chica no es asunto mío en realidad. Lo que quiera que fuera que la perturbara ocurrió después de que abandonara el ensayo. Por otra parte, hay una leve relación con el laboratorio de química, en el sentido de que había concertado la cita para encontrarse con Williams en el edificio de ciencias...

—Podrías poner un anuncio sobre el robo en el colegio.

—Dudo que sirviera de mucho. Y, además, tengo la irracional convicción de que no ha sido ningún muchacho. No puedo explicarlo, me temo; es simplemente que ese tipo de actos no concuerda con la conducta habitual de los muchachos del colegio, a quienes, por otra parte, creo conocer bastante bien. Muy de vez en cuando puedes pillar a un muchacho que roba algo..., sí; pero lo que roban invariablemente es dinero

o comida. Nunca productos químicos.

Durante unos instantes ambos permanecieron callados. El desfile de los JTC concluyó, y por la ventana pudieron ver un torrente de chicos despeñándose en las gargantas del Davenant, buscando ruidosamente la merienda y el té. Fen frunció el ceño.

—¿Y ese hombre, ese tal Philpotts...? —comenzó, pero se cortó al escuchar que alguien daba golpecitos y arañaba el exterior de la puerta del despacho. Se volvió extrañado al director—. Pero ¿qué demonios es eso?

—Ahora verás... —dijo el director con un gesto sombrío. Se puso en pie, fue hasta la puerta y la abrió. Entró un perro.

—Dios Santo Bendito —dijo Fen casi en un murmullo inaudible.

El perro era un aterrador sabueso, sobre cuyos colores y formas originales se habían superpuesto otras dos o tres razas distintas con desigual éxito. Se detuvo justo en el umbral, apenas cruzada la puerta, hierático e inmóvil, y clavó sus pupilas en Fen con una maquiavélica e hipnótica mirada.

—Este, querido Fen, es el señor Merrythought —dijo el director—. Está ya viejo —añadió, tal vez confiando en que aquel detalle distrajera la atención de lo inapropiado del nombre—. En realidad, casi podría decir que está *demasiado* viejo.

—¿Es... tuyo? —Fen lo dijo con gran precaución, casi como debió de hablar el burro de Balaam al haber emitido sus primeras palabras^[8].

El director negó con un gesto.

—En realidad no es de nadie. Perteneció a un director que ya murió, y desde entonces anda por ahí dando vueltas. La verdad es que deberían habérselo llevado de aquí —concluyó el director, observando al señor Merrythought con considerable disgusto—. El problema es que, verás..., el chuchó tiene instintos asesinos.

—Oh —dijo Fen, y repitió—: oh.

—Una vez cada tres meses, aproximadamente, le dan arrebatos asesinos. De hecho, calculo que le tiene que estar a punto de dar uno por estas fechas.

—Vaya...

—Bah, pero no te preocupes —apuntó el director con un gesto de alegría—. Creo que le caes bien. Lleva mucho rato mirándote sin hacer nada, así que le caes bien.

Fen no pareció muy satisfecho con aquella revelación.

—Yo no veo indicios de lo que me dices —objetó.

—Si no le cayeras bien, ya te habría mordido —explicó el director.

Y en esos momentos, el señor Merrythought se sacudió de repente y comenzó a avanzar lentamente hacia Fen.

—Mira lo que has hecho —exclamó.

—No te asustes —dijo el director, apartándose del camino del señor Merrythought—. Lo que pasa es que quiere hacerse amigo tuyo.

Pero Fen no estaba muy seguro de que aquello fuera cierto.

—¡Fuera, vete! —conminó al señor Merrythought—. Lárgate, inmediatamente.

—No deberías contrariarlo —dijo el director—. Se pone fatal si le llevan la contraria. No hay nada como que lo contraríen para que le entre uno de sus ataques asesinos. Por eso le abro la puerta y le dejo entrar cuando quiere.

Para entonces el señor Merrythought ya había llegado adonde estaba Fen, que lo miraba con un temor apenas disimulado. El perro aún lo observaba con intenciones funestas, y al acercarse apoyó la cabeza en las rodillas de Fen.

—Ahí lo tienes, amor a primera vista —dijo el director.

El perro permaneció en esta posición durante unos momentos, babeando ligeramente. Al final se apartó e hizo el intento de encaramarse a una mesa.

—Bueno —dijo el director animadamente—, ya ha encontrado algo en lo que entretenerse... Me estabas preguntando por Philpotts, ¿no?

—Sí —dijo Fen, girando la silla para no perder de vista al señor Merrythought—. Sí, exactamente. El tal Philpotts... ¿es un profesor sustituto?

—No. Pertenece al claustro. Lleva aquí muchísimos años.

—Supongo que habrás hecho bastantes cambios en el plantel de profesores últimamente.

El director hizo un gesto de asentimiento.

—Ha sido un engorro tremendo, la verdad —dijo—. Las cosas ya están bastante asentadas, pero en su momento aquello constituyó una dura prueba... y no me atrevo a culpar del todo a la guerra. La gente solía perder la paciencia, y muchos se fueron sin dar explicaciones... Soames, por ejemplo, se despidió de repente después de veinte años de profesión y se convirtió en escritor de chistes para una empresa que fabricaba cajas de cerillas. Y luego tienes al joven Sheridan, también (un muchacho absolutamente brillante), quien sintió la llamada implacable de esa *térria incógnita* llamada BBC, y se convirtió en uno de esos pesados que nos torturan a todas horas a través del tercer canal; Morton también se fue a la BBC, y se dedicó a hacer anuncios... Creo recordar que me dijeron que gritaba tan fuerte cuando presentaba un programa que al final le dio un síncope y cayó desplomado al suelo, y que nunca se recuperó. —El director parecía muy conmovido—. Un final patético, aunque supongo que... Oh, Señor.

Esta exclamación final se debía a las actividades del señor Merrythought, que ahora estaba intentando encaramarse por las paredes. Al final se cayó de espaldas en el suelo con el correspondiente estruendo.

—No, no podemos seguir así... —dijo el director—. Acabará haciéndose daño.

Abrió un cajón y tras revolver un rato al final sacó un hueso de goma. El señor Merrythought lo agarró con sus fauces y comenzó a jugar con él. Lo sujetaba y meneaba la cabeza ferozmente de un lado a otro. Entonces, de repente, abrió la boca.

Si el hueso no se enganchaba en sus dientes y caía en la alfombra, que era lo que ocurría habitualmente, salía despedido y volando por el aire. Entonces, el señor Merrythought corría e iba a buscarlo, regresaba con él, y todo el proceso comenzaba de nuevo.

—Es casi como una persona, ¿a que sí? —dijo el director—. Aunque, sinceramente, no sé si eso puede considerarse un cumplido, la verdad... —Alguien llamó a la puerta—. Ah. Debe de ser nuestro té.

Mientras merendaban y tomaban el té hablaron de cuestiones intrascendentes. Al señor Merrythought lo obsequiaron con un poco de té aguado en un platillo, pero lo único que hizo fue poner una pata encima, proferir un gruñido de dolor, y regresar a su hueso de goma. Al final el director miró su reloj y dijo:

—No sé cuándo querrá venir el superintendente. Se supone que en cinco minutos debería estar dando clases a sexto de Clásicas. Creo que andan con Lucrecio. Supongo que tendré que dejarlos que se las arreglen solos...

—Si quieres doy yo la clase —dijo Fen.

El director levantó la mirada con un gesto de esperanza.

—¿No te resultaría un engorro espantoso?

—En absoluto.

—No me gusta dejarlos solos —explicó el director—, siempre que pueda evitarlo. Tienden a tirarse por ahí y jugar al *bridge*.

—Muy bien —dijo Fen, terminando su té, apagando su cigarrillo y poniéndose en pie—. Dime dónde está la clase e iré inmediatamente.

—Iré contigo y te presentaré.

—No, no, mi querido Horace. No hay ninguna necesidad; puedo presentarme yo solo.

—Bueno, si insistes... El aula es la primera puerta a la derecha según entras por la puerta principal. Son unos chicos bastante tranquilos, muy educados, ya verás. Vuelve aquí cuando termines e iremos a mi casa... Te estoy muy agradecido, de verdad.

—Me divertiré —dijo Fen sinceramente, y se dirigió a la puerta. El señor Merrythought abandonó el hueso de inmediato y se fue trotando tras él.

Fen lo observó con preocupación.

—Me parece que tiene intención de seguirme —dijo—. Cree que soy White de Selborne^[9], supongo.

—Cogeré su hueso y mientras está distraído podrás escabullirte —dijo el director.

—Chantaje —farfulló Fen—. Un chantaje perruno.

Pero el can cooperó en la maniobra, que fue todo un éxito. Oyendo a lo lejos unos gruñidos que sugerían que el ataque trimestral del señor Merrythought era inminente, se dirigió sin más al aula de sexto de Clásicas.

4. HOLOCAUSTO

El edificio del Instituto Castrevenford para chicas estaba en el centro mismo del pueblo, justo al lado de la casa de la directora. Y como la señorita Parry era una mujer inteligente y de gustos refinados, su despacho era una sala de lo más agradable: amplia, moderna, pintada en su mayor parte en tonos rosas y blancos, con una cretona de delicado estampado en las butacas y jarrones de Dresde en la repisa de la chimenea. Había muchas flores y por las ventanas se podía ver, a la izquierda, un trecho del río lanzando fulgores vespertinos, con cinco sauces podados que flanqueaban el paseo de la ribera. El sol de la atardecida resplandecía en el muro de enladrillado rojo que cerraba el pequeño jardín y las fragantes rosas se mecían en los luminosos rayos de sol que cruzaban el césped, donde una cancela formaba una celosía de luz. Al otro lado del muro se arremolinaban un grupo de casas antiguas y, aún más allá, se elevaba el campanario de la iglesia del Santo Sepulcro, con su metálica veleta, inmóvil y resplandeciente, recortada contra el cielo.

Y esa era la escena que la señorita Parry estaba contemplando mientras intentaba aliviar la indigestión mental que le había ocasionado la lectura de treinta redacciones consecutivas sobre el pontificado de León X. El reloj acababa de dar las cinco de la tarde cuando sonó el teléfono. Levantó el auricular un poco de mala gana. En términos generales le gustaban las responsabilidades, pero entre unas cosas y otras la semana anterior había sido anormalmente exigente, y estaba deseosa de un poco de soledad y de descanso. Consciente de que aquella idea constituía casi una traición a sus ideales y teniendo una mente más práctica que analítica, se sintió inclinada a culpar al espantoso calor que hacía. Por otra parte...

—Castrevenford 473 —dijo cansinamente—. Sí, soy la señorita Parry. ¿Quién llama?... Oh, señora Boyce... ¿Que Brenda no ha llegado a casa aún?... Oh, entiendo... Por lo que yo sé salió de aquí poco después de las cuatro, sí... Seguramente habrá ido de tiendas, o al cine... Ah, comprendo. Sí, eso lo cambia todo, claro... Naturalmente, es lógico que esté preocupada: si le pidió expresamente que no se entretuviera en el camino a casa... Sí... Sí... Bueno, todavía quedan algunas alumnas en el edificio; les preguntaré a ellas... Desde luego... Sí. La llamaré enseguida, señora Boyce. Adiós.

El timbre del teléfono tintineó de un modo sombrío cuando devolvió el auricular a su lugar. Tras pensárselo dos veces, se incorporó, abandonó el despacho, avanzó por el corto pasillo que conectaba su casa con las dependencias escolares, cruzó el gimnasio, y entró en un pasillo flanqueado a ambos lados por diversas salas de estudio. En una de las más cercanas se oían voces juveniles discutiendo. Cuando la señorita Parry llegó a la puerta, la recibieron unos alaridos furiosos que bien podrían haber correspondido al naufragio del *Deutschland* en Kentish Knock^[10].

—¡Malditos palos de hockey! —decía una de las chicas con furibundo enojo.

—Elspeth, no deberías jurar de ese modo...

—Pues digo *malditos*, digo *jodidos* y digo *putos*...

—¡Elspeth!

La señorita Parry abrió la puerta. Tenía las cejas arqueadas. La sala de estudio estaba repleta de comida, libros de texto, material deportivo y desaliñados manojos de flores silvestres que se marchitaban al tiempo que se inclinaban sobre los bordes de diversos botes de mermelada. El mobiliario era rudimentario, y las ventanas daban a las pistas de tenis. En un rincón de la sala, amontonadas, había cuatro chicas de sexto curso, ataviadas con sus faldas azul marino plisadas, zapatos y calcetines negros, blusas de manga corta y corbatas. Oficialmente, al menos eso parecía, aquello era una reunión de la Sociedad Literaria del Instituto; pero en realidad, las cuatro muchachas parecían estar haciendo poca cosa más que comer. Así que cuando vieron aparecer por la puerta la apocalíptica figura de la directora, se quedaron petrificadas como aquellas infortunadas mujeres de Cornualles a las que la ira de Dios convirtió en granito por bailar desnudas en domingo^[11].

La señorita Parry les dedicó una mirada admonitoria. Les hizo saber silenciosamente que lo había oído todo.

—¿Alguna de vosotras ha visto a Brenda Boyce desde que terminaron las clases?

Se produjo un momento de silencio expectante, hasta que una de las muchachas consiguió reunir el suficiente valor para contestar.

—No, señorita Parry —dijo Elspeth.

—No, señorita Parry —corearon las otras respetuosamente.

—¿Alguna la ha visto marcharse a casa?

—No, señorita Parry —dijo Elspeth.

—No, señorita Parry —corearon las demás.

Aquella falta de información fiable, proporcionada mediante aquellas respuestas en tono litúrgico, no le sirvió de mucho a la señorita Parry. Dirigió su atención a Janice Dalloway, la chica que había reprendido los exabruptos de Elspeth (se podría decir que estaba sufriendo un absceso temporal de manía evangélica).

—Dime, Janice, ¿cuándo viste a Brenda por última vez?

—Oh, señorita Parry, al final de la clase de Historia, porque la señorita Fitt me dijo que me quedara para hablar de mi trabajo y luego vine directamente aquí, así que no la vi cuando salió del colegio.

—A lo mejor está en su sala de estudios... —dijo voluntariosa la tercera chica.

La señorita Parry, expectante ante otras posibles indicaciones o sugerencias, no recibió ninguna más.

—Muy bien —dijo al final—. Continúad con vuestra reunión. Y recordad que debéis estar fuera de aquí a las seis en punto.

—Sí, señorita Parry —dijo Elspeth.

—Sí, señorita Parry —corearon las otras obedientemente.

—En circunstancias normales... —añadió la señorita Parry al despedirse—, considero vuestras salas de estudio como lugares inviolables. Ignoro oficialmente todo lo que sucede aquí. Pero los juramentos, Elspeth, son otra cosa bien distinta. — Se detuvo; Elspeth se estaba poniendo cada vez más pálida, y tenía la mirada clavada en el suelo—. Así que si te oigo utilizar ese lenguaje otra vez, tendremos problemas.

Se despidió y cerró la puerta. Un aleteo de murmullos aterrorizados la persiguió por el pasillo mientras se alejaba.

La sala de estudios que Brenda Boyce compartía con otra chica era muy parecida a la que acababa de abandonar, pero estaba algo más ordenada y por lo que parecía, en ese momento estaba desierta. La señorita Parry estaba a punto de salir y volver a su despacho cuando algo captó su atención. Sobre el escritorio, junto a la ventana abierta, había un sobre. Al acercarse para inspeccionarlo más de cerca, descubrió que iba dirigido precisamente a ella. Lo abrió nerviosamente.

Apreciada señorita Parry

Por favor, no se preocupe usted por mí. Me marcho con una persona que me hará feliz. Puedo cuidar de mí misma perfectamente, así que no ha de preocuparse. Escribiré a mi madre y a mi padre cuando pueda. Agradeciéndole todo lo que ha hecho por mí,

Suya sinceramente,
Brenda Boyce

La señorita Parry profirió una involuntaria exclamación de enojo. Sin embargo — de un modo curiosamente extraño— lo primero que se le pasó por la cabeza fue que el estilo de Brenda a la hora de escribir había sufrido un cambio notable. De hecho, no se apreciaban sus habituales y larguísimos períodos pretenciosamente literarios, aunque bien podía ser que la analfabeta simplicidad que destilaba la nota probablemente se debiera a la tensión producida por algún tipo de emoción inesperada. La señorita Parry revolvió por los papeles que había sobre el escritorio y buscó un documento manuscrito de Brenda. Tras compararlo con la caligrafía de la nota comprobó que eran exactamente iguales... Y aun así las diferencias estilísticas seguían siendo evidentes. De la elaborada elegancia de «la visita a Francia, el espectáculo de los terribles cadalsos chorreando sangre aristocrática, despertó variopintos ecos en la autobiografía rimada de Wordsworth» a la simplicidad de «Me marcho con una persona que me hará feliz» mediaba un abismo. Un abismo enorme y tenebroso, se atrevió a pensar la señorita Parry. Se guardó la nota y el sobre cuidadosamente en un bolsillo, y regresó a su despacho; no podía decirse que estuviera entusiasmada ante la perspectiva de tener que comunicar su descubrimiento a los padres de Brenda.

Sin embargo, lo cierto es que cuando finalmente lo hizo se mostraron

sorprendentemente razonables ante los hechos... y tanto más cuanto que la señorita Parry decidió no informarles de las ligeras dudas respecto a la autenticidad de la nota de Brenda. El señor Boyce le pidió que se pusiera en contacto inmediatamente con la policía; la directora tenía más información que ellos, dijo, y lo mejor sería que el superintendente hablara con ella cuanto antes.

Pero el superintendente —eso le dijo por teléfono el sargento que había quedado al mando en la comisaría de policía— se encontraba en aquellos precisos momentos de visita en la escuela Castrevenford. La señorita Parry le dio las gracias, colgó el auricular y, descolgándolo otra vez, marcó el número del despacho del director.

La llamada se produjo precisamente cuando el superintendente estaba a punto de marcharse ya. Era un hombre de aspecto juvenil, alto y fornido, y vestía de manera sencilla. Sus rasgos faciales, por algún extraño giro hereditario, se habían combinado para mostrar una expresión perpetua de espanto mudo, de modo que estar en su compañía era como estar junto a un hombre aparentemente acosado por una banda de asesinos. Al parecer consideraba el asunto del armario como una tontuna irrelevante y justamente le estaba comentando sus impresiones a Fen, que acababa de regresar en aquel momento de su clase a sexto de Clásicas, cuando sonó el teléfono. Fue el director quien descolgó.

—Sí, señorita Parry —dijo—. ¿Qué? ¿Que ha desaparecido...? Santo Dios... Sí, el superintendente está aquí. Aguarde un momento.

Le entregó el auricular a Stagge, que escuchó en silencio todo lo que la señorita Parry le tenía que contar.

—Muy bien, señora —dijo el policía cuando esta finalizó—. Bajaré al pueblo inmediatamente. Le seguiremos la pista en lo humanamente posible... Sí. Adiós.

Colgó el teléfono y a continuación le contó a los demás lo que la señorita Parry acababa de decirle.

—De modo que lo más probable es que Brenda se haya fugado con algún alumno —dijo como conclusión—. No sé si tal vez alguno de sus muchachos mayores... —Y observó detenidamente al director.

—Oh, mi querido amigo —respondió este, cariacontecido—, eso resulta bastante improbable. Cuando una chica de esa edad se fuga con un hombre, se trata generalmente de alguien mucho mayor que ella y...

—En cualquier caso, señor, si pudiera usted comprobarlo...

—Créame que no puedo, superintendente. Al menos, no hasta las diez. Los chicos tenían permiso para reunirse con sus padres esta tarde, y no tienen obligación de regresar hasta esa hora.

Stagge se encogió de hombros y cogió el sombrero.

—Bueno, haremos todo lo que podamos. Confío en que me llame inmediatamente si ocurre algo raro por aquí, señor... Cualquier cosa, por muy inofensiva que pueda parecerle... Uno nunca sabe a qué puede estar enfrentándose.

Y tras dejar esa nebulosa amenaza flotando en el aire, se marchó. El director se derrumbó abatido en una silla.

—Tenía que ocurrir justamente el día antes de la entrega de premios y diplomas... —murmuró—. Que el Cielo nos proteja.

—Que el Cielo proteja *a esa chica* —dijo Fen con una mueca de disgusto—. Hay algo que no me cuadra en esa fuga. Solo se fuga la gente sentimental, y Brenda Boyce, por lo que me cuentas, era cualquier cosa menos una chica sentimental.

—Insinúas que...

—Lo que insinúo es que ha sido secuestrada. O asesinada.

El director abrió los ojos desmesuradamente y lo miró incrédulo.

—Pero..., pero..., pero ¿por qué dices eso, mi querido Gervase? ¿Por qué? —Y cuando Fen hizo un gesto de negación con la cabeza y permaneció callado, él añadió —: Es increíble... ¿Y qué va a pasar ahora con la obra de teatro? Tengo que contárselo a Mathieson... —Se levantó y se acercó a la ventana, desde donde tuvo la fortuna de observar a aquel pedagogo regresando al colegio lentamente, en bicicleta —. ¡Mathieson! —gritó abriendo la ventana—. ¡Mathieson, venga aquí!

Mathieson frenó violentamente, se tambaleó y echó pie a tierra. Entonces enderezó la bicicleta para mirar hacia las ventanas del despacho. El director le explicó a gritos la situación.

—No pasa nada, señor director... —dijo él al final—. La chica que iba a hacer de Isabella se sabe de memoria el papel de Katharine. Creo que podrá hacerlo más o menos aceptablemente. Aunque eso significa que tendremos que ensayar el papel de Isabella con alguien totalmente nuevo... Afortunadamente es un papel pequeño.

El director también estuvo de acuerdo en que era una suerte que el papel de Isabella fuera pequeño; parecía incluso inclinado a felicitar efusivamente a Shakespeare por su previsión. Una vez dejaron sentadas las cosas, Mathieson se alejó pedaleando, y el director llevó a Fen a su casa donde tomaron un baño y luego se reunieron a cenar. Cuando sirvieron el café, el director dijo:

—Me temo que tendré que desatenderte esta noche. He de regresar al colegio: tengo pendiente una conversación con unos padres pesadísimos y pertinaces, y después tengo una reunión para los *Fasti*.

—Por todos los santos, ¿qué demonios es eso de los *Fasti*^[12]?

—Es una reunión para fijar el calendario escolar para el resto del curso. Debemos asegurarnos de que los distintos eventos no entran en colisión.

—¿Suele ocurrir eso de las colisiones?

—Muy habitualmente. Hay dieciséis sociedades escolares diferentes, todas con

sus respectivos eventos. Y se establece un calendario de encuentros deportivos, exámenes para becas y servicios religiosos especiales. Hay conferencias, conciertos, recitales, cine... Ni un momento de descanso o de aburrimiento, te lo aseguro. Y las colisiones están aseguradas.

—Muy bien —dijo Fen—. Así podré seguir trabajando en mi novela de detectives.

—¿En tu qué...?

—Sí, estoy escribiendo una novela de detectives.

—Ya... —apuntó el director sin dar más explicaciones.

—Es muy buena —dijo Fen intentando traslucir humildad—. Verás, todo comienza en una oscura y tormentosa noche de noviembre, en las montañas de los Catskills...

—Sí, ya, ya... —dijo el director, levantándose apresuradamente—. Bueno, ya me lo cuentas en otra ocasión, amigo. Ahora tengo que marcharme.

—... Y resulta que en una cabaña hay una chica guapísima sentada junto al fuego y temblando. ¡Está temblando, ¿me entiendes?! Y no es porque haga frío, sino porque... —dijo Fen con un gesto teatral— ¡porque está muerta de miedo!

—Ya, sí, entiendo —contestó el director, escabulléndose hacia la puerta—. Bueno, tienes que contármelo todo con detalle más adelante, para que pueda prestarle la atención debida. Mientras tanto..., como si estuvieras en tu casa, eh. Hay whisky en el aparador del salón. —Y se fue precipitadamente.

Estaba cayendo la noche cuando salió de casa, se montó en su coche y se encaminó a la escuela. En la calle hacía un calor asfixiante. Afortunadamente, los padres resultaron ser menos pesados de lo que solían, y la reunión de *Fasti* aunque larga y tediosa, generó menos enfrentamientos de los previstos. Poco después de las once menos cuarto el cónclave se dio por finalizado, y el director estaba casi preparándose para marcharse cuando por la puerta apareció Galbraith. Se había ido a su casa de solterón poco antes de las cuatro aquella tarde, pero ahora resultaba que había un problema con las invitaciones de la capilla y necesitaba consejo. Los asientos en la capilla estaban contados, y las invitaciones para los padres que deseaban presenciar el servicio religioso del día de entrega de premios tenían que seleccionarse del modo más estricto. Al parecer, se había producido algún malentendido entre Galbraith y el capellán, a resultas de lo cual se habían despachado más invitaciones de las pertinentes... El director había tenido un día agotador, pero aun así reunió todo el entusiasmo del que fue capaz e intentó aportar alguna solución.

Aún estaba debatiendo estos procedimientos cuando, pasados dos minutos de las once, sonó el teléfono. La voz de Virginia Love sonaba tan turbia y distorsionada, por culpa de una especie de nerviosismo histérico, que apenas pudo reconocerla en un primer momento. Lo que aquella mujer le contó le dejó estupefacto.

—Ya, entiendo, sí... —dijo, atropellándose—. Es una verdadera tragedia, señora Love. No sé muy bien qué decir... Lo siento muchísimo... Me pondré en contacto con un médico y con la policía... Sí... Sí, naturalmente...

Colgó, manteniendo la compostura con dificultad, y se giró circunspecto hacia Galbraith.

—Es Love... —dijo—. Un tiro...

Galbraith le miró, desconcertado; ciertamente sus responsabilidades profesionales parecían incompatibles con el hecho de tener que asumir semejante contratiempo.

—¿Un..., un tiro? —repitió perturbado—. ¿Quiere decir que Love está muerto?

—Sí... Muerto.

—¿Suicidio?

—No lo sé... Su mujer estaba demasiado alterada. No ha podido darme ninguna explicación. Pero de todos modos...

El teléfono volvió a sonar. El director lo cogió y escuchó. Su cara se demudó. Miró hacia el suelo.

—De acuerdo —dijo al final—. Quédese ahí y no toque nada. Yo me ocuparé —y colgó—. Era Wells: me llamaba desde el edificio Hubbard. Acaba de encontrar a Somers. En la sala de profesores...

Alargó una mano para apoyarse en el respaldo de una butaca. La lividez se adueñó completamente de su rostro casi de inmediato.

—Somers está muerto..., muerto también —dijo—. Un tiro en el ojo.

5. EL DEDO DEL HOMBRE SANGRIENTO

Legas en el momento justo —dijo el director. Fen, despatarrado en uno de los butacones de piel, asintió con gesto sombrío—. Sin duda Stagge agradecerá tu ayuda; yo, al menos, la agradeceré, bien lo sabes. Las cosas se están poniendo muy feas. Por supuesto, tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano, pero no puedo evitar pensar que desearía que todo esto no hubiera ocurrido la noche anterior al día de entrega de premios y diplomas. Es muy desagradable, sin duda, como verás...

—No, no... —interrumpió Fen—. Tu principal responsabilidad es la escuela, me hago cargo... Supongo que será demasiado tarde para cancelar nada, ¿no?

—Demasiado tarde. Se tendrá que cumplir el programa tal y como estaba previsto. Solo espero que podamos silenciar las cosas hasta mañana por la noche al menos. Pero preveo horribles y penosas complicaciones. Una publicidad de este tipo... —El director hizo un gesto expresivo con la mano y guardó silencio.

Al otro lado de los paralelepípedos de luz de las ventanas del despacho reinaba una oscuridad tan densa que casi se podía cortar; sin embargo, las flores —las rosas y la verbena— parecían dar la bienvenida a la noche, pues a aquella hora sus perfumes eran más intensos y más vivos que durante el día. Una polilla aleteó alrededor de la lámpara del escritorio, batiendo rápidamente las alas y formando un intermitente tatuaje contra los deslustrados dibujos de la tulipa. Había pozos de oscuridad en cada uno de los rincones del despacho, pero la luz derramaba resplandores sobre los metálicos morillos que permanecían como hieráticos centinelas junto a la chimenea apagada, y sobre las biseladas geometrías del vaso que Fen giraba pensativamente entre sus largos y hábiles dedos.

—¿Ya le has dicho a tu secretario que se marche a casa? —preguntó.

—Sí. Después de llamar a la policía. No tenía ningún sentido que se quedara.

—Ya. Bueno, vayamos pues a los hechos sustanciales. Aparte de las repercusiones negativas que pueda tener sobre la escuela, ¿estás personalmente preocupado por las muertes de esos dos hombres?

El director se incorporó violentamente, y comenzó a dar paseos arriba y abajo por la sala. Su pelo, escaso, lucía despeinado y su mirada parecía antinaturalmente vacía a causa del cansancio. Llevaba una mano metida en el bolsillo y con la otra sujetaba un cigarrillo que se estaba consumiendo sin que él se diera cuenta y que iba sembrando de pequeños cúmulos compactos de cenizas la alfombra azul.

—Para serte sincero, no —contestó tras un largo silencio—. Nunca me gustaron mucho, ninguno de los dos. Pero mis gustos son irrelevantes a estas alturas, supongo.

Se detuvo delante de un viejo espejo con un delicado marco dorado e hizo un descorazonador intento de alisarse el pelo. Fen, mientras tanto, continuaba

contemplando los reflejos irisados de su vaso.

—Hábame de ellos, de los profesores —dijo—. De su carácter, su historia, sus vínculos personales..., ya sabes, ese tipo de cosas.

—Hasta donde yo sé... —el director reinició sus paseos—, Love seguramente era el personaje más interesante de los dos. Al menos eso me parece a mí. Da clases..., bueno, *daba* clases, supongo que debo decirlo así, daba clases de lenguas clásicas y de historia. Competente, metódico..., un hombre adecuado para el puesto, en términos generales.

—¿A los chicos les gustaba?

—Lo respetaban, creo, pero no era el tipo de persona que despierta afectos. Era un puritano, más bien, y no carecía totalmente de perspicacia. Se movía únicamente por el deber. Sería una equivocación pensar que desaprobaba los aspectos agradables de la vida, pero creo que se inclinaba a considerarlos como una medicina necesaria, que debía tomarse en momentos concretos y determinados, y en dosis moderadas. Y a pesar de todo lo competente que era —el director abandonó en ese momento su vago diagnóstico— nunca fue un buen supervisor de las residencias estudiantiles.

—No sabía que fuera supervisor en la residencia... —dijo Fen.

—No, aquí no lo era. En Merfield. Cuando dejó Cambridge, vino aquí como profesor asistente. Luego fue a Merfield y allí se encargó de una residencia. Y luego, cuando alcanzó la edad máxima para ocupar el puesto como superintendente de residencias, regresó aquí como profesor asistente. Eso fue durante la guerra, cuando andábamos tan escasos de personal.

—¿Cuántos años tenía?

—Sesenta y dos, creo.

—La mayoría de los profesores se retiran a los sesenta, ¿no es así?

—Sí. Pero Love no era de ese tipo de hombres: no pensaba retirarse mientras mantuviera intactas sus facultades y pudiera desempeñar su trabajo. ¡Los Loves de este mundo no se jubilan! Al parecer mueren con las botas puestas. —El director cogió un reloj de plata de la amplia repisa tallada, sacó una llave de un jarrón y comenzó a darle cuerda—. En realidad —añadió—, te confieso que Love ha sido para mí sobre todo un problema. Desde que acabó la guerra, los miembros del consejo han estado insistiendo en que el límite de edad del profesorado debía de ser de sesenta años, y en realidad debería haberme librado de él. Pero convencí al claustro de que hiciera una excepción en su caso.

—¿Por qué?

—Sentía cierta admiración por él —explicó el director mientras devolvía la llave y el reloj a sus lugares correspondientes—. Siempre me pareció un poco como el Albert Memorial..., intrínsecamente feo, pero tan inofensivo que inspiraba cierto respeto. Y, claro, era el espíritu de probidad, incluso en las cosas más nimias y

triviales; el tipo de hombre que devolvería un sello a la oficina de correos si no hubiera sido matasellado. Puede que fuera por eso por lo que fracasó como supervisor de residencias estudiantiles. Dirigir una residencia de un modo demasiado rígido y severo siempre es un error.

—Un hombre a quien no se podía elogiar por nada y al que nadie apreciaba demasiado, en suma —apuntó Fen tristemente—. Pero está muerto y... oh, lo más curioso para mí... ¿Y qué me dices de su vida privada? ¿Estaba casado?

—Sí. Su mujer es una mujercilla diminuta, débil como un pajarito; sospecho que no le queda ni un ápice de personalidad o carácter después de toda una vida dedicada a él.

—¿Algo más?

—No se me ocurre nada más, la verdad. La persona con la que deberías hablar realmente es Etherege. Sabe todo lo que hay que saber sobre todo el mundo.

Fen vació su vaso de un trago y lo dejó en el suelo, junto a su butaca. Las cortinas azules temblaron, casi imperceptiblemente, con una brisa demasiado suave como para aliviar aquel calor seco y agobiante. La polilla, momentáneamente quieta, estaba escalando ahora por el interior de la tulipa, y su silueta se difuminaba y se exageraba en medio de los dibujos opacos de la lámpara. El lejano pero persistente aullido de un perro sugería que el señor Merrythought estaba dando rienda suelta a algún profundo sentimiento de pena perruna. Aquel era el único ruido que se escuchaba. Parecía que todo el edificio estuviera envuelto y acolchado en una mortaja.

Y las mortajas, pensó Fen, no estaban de más en aquellos momentos, dadas las circunstancias. Encontró un cigarrillo arrugado suelto en su bolsillo y, después de comprobar que no pertenecía a ninguna de aquellas malhadadas y oscuras marcas a las cuales lo condenaban de tanto en tanto la escasez y la miseria económica del país, lo encendió.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Seguiré tu consejo y hablaré con ese Etherege, sea quien sea. Y ahora, ¿qué me puedes decir de Somers?

El director, con esos movimientos lentos y menguados a los que obliga el calor, se sentó despacio en una silla, se pasó la manga por la frente, y bostezó.

—Dios —dijo—, qué cansado estoy... Somers. Sí. Un hombre bastante joven, Somers. Educado en Merfield; estuvo allí como delegado en la misma residencia de Love. Love lo tenía en gran estima, ciertamente. Debería haberte dicho antes que ese favoritismo era uno de los pocos vicios de Love. La manera en que favoreció a Somers en Merfield levantó ampollas allí.

Volvió a bostezar, y se disculpó.

—Somers daba clases de lengua —añadió—. Inteligente, aunque un poco vanidoso y presuntuoso. No muy popular. Llegó hace un año, del ejército.

—¿Casado?

—No. Tiene..., tenía..., tiene... su residencia en una casa paladiana bastante bonita en el pueblo, en Castrevenford; se da por hecho que esa casa fue diseñada por Nicholas Revett. No le culpo por querer vivir lejos del colegio —añadió el director sin que viniera a cuento—. Yo siempre me largo lo más lejos que puedo, cuando me dejan... En fin.

—¿Parientes? ¿Amigos íntimos?

—Ni una cosa ni otra. Sus padres murieron, y no tiene hermanos ni hermanas. Y sobre lo de los amigos..., no, no creo que tuviera amigos íntimos aquí. Pero, ya te he dicho que Etherege es a quien tienes que preguntar. ¿Algo más?

—No, gracias —dijo Fen, y expulsó un aro de humo y observó cómo se expandía, opalescente contra el fulgor de la lámpara—. No... hasta que haya visto los cuerpos. —De repente su rostro adquirió un tinte melancólico—. Aunque supongo —dijo al final— que el superintendente pondrá todo tipo de dificultades y no querrá que meta las narices en este asunto.

—Pues yo no lo creo. —El director levantó la mirada y observó el reloj, y vio que ya eran las once y veinticinco—. En todo caso, no tardaremos en saberlo.

El superintendente llegó cinco minutos más tarde. Se presentó vestido de uniforme; y con su habitual expresión de alarma reflejada en sus gestos, aún más intensificada, sugería que estaba angustiado por la magnitud del desastre. Fen sospechó que, como el burro de Buridán, no era capaz de decidir a quién enfrentarse primero, si a Love o a Somers. Venía con él un médico —un hombre diminuto con los ojos inyectados en sangre, con una barba bien recortada y con un modo de hablar incomprensiblemente rencoroso—, un sargento con una bolsa Gladstone negra, bastante ajada, y un agente de policía. En el exterior había aparcado una ambulancia, y sus integrantes, con sus batas blancas, andaban deambulando de acá para allá como espectros iluminados por los intermitentes del vehículo, esperando impacientes hasta que se requirieran sus servicios.

Las formalidades sociales se resolvieron apresuradamente, y Stagge se dirigió enseguida a Fen.

—Los asesinatos quedan un poco fuera de mis ocupaciones habituales... —admitió—. Si es que estamos hablando de asesinato, claro está. Así que si pudiera echarme una mano, señor, agradecería muchísimo su experiencia. —Luego sonrió amablemente, y aquel añadido de cierta alegría imprimió en su habitual semblante un efecto singularmente raro y aterrorizado.

Fen, llegados a este punto, murmuró unas palabras de agradecimiento en los términos adecuados.

—Espléndido, espléndido —dijo el director, reprimiendo heroicamente un

bostezo—. Comprenderá usted, Stagge, lo preocupado que estoy. Sentimientos personales aparte, esta tragedia se presenta en el peor momento para el colegio. Naturalmente, será imposible mantener estas muertes en secreto, pero al menos...

—... sí, lo sé, desearía que actuáramos del modo menos llamativo posible. — Stagge levantó el índice, al parecer para centrar la atención de los demás en su perspicacia y tacto—. Comprendo la situación en la que se encuentra, doctor Stanford, y haré todo cuanto esté en mi mano. Si tenemos suerte, los periódicos no se harán eco de todo esto hasta después de la entrega de premios y diplomas. Pero me temo, por otra parte, que no se podrán evitar los rumores...

—Sí, eso es inevitable, ciertamente —admitió el director—. Habrá que asumirlo. Por fortuna, contamos con más solicitudes para entrar en el colegio de las que podemos admitir. Su número remitirá cuando se publiquen las noticias, y algunos histéricos se llevarán volando de aquí a sus chicos, pero estoy seguro de que podremos conservar las cifras de alumnos en su máximo, en su máximo... —Y de repente se dio cuenta de que la ocasión no era precisamente la más adecuada para un recital de sus propios problemas. Así que se calló.

—Vayamos al tema de los cuerpos, entonces —dijo el doctor en un súbito tono vampírico—, o nos pasaremos aquí toda la noche.

Stagge asintió, y se puso en pie. Miró nervioso a Fen.

—Me parece, señor, que deberíamos ir a ver primero a Somers, y luego, si le parece, podríamos ir a casa del señor Love.

—Bien —dijo Fen—. Pongámonos en marcha, pues. —Sus palabras quebraron la parálisis temporal que los invadía a todos, y después de unas pequeñas dudas por ver quién pasaba antes por la puerta, todos ellos se adentraron a la vez en la oscuridad exterior...

El director abrió la comitiva e indicaba el camino con una linterna que había cogido de un cajón de su escritorio, y durante la caminata de tres minutos hasta el edificio Hubbard nadie pronunció ni una sola palabra. La brisa aleteaba levemente en sus rostros, prometiéndoles perspectivas de frescor que sabían que jamás se cumplirían. Unos jirones de nubes oscurecieron el cielo, que quedó tapado salvo por un puñado de estrellas. Al abandonar el césped, los zapatos comenzaron a traquetear con estremecedora violencia en el asfalto, y se escuchó cómo todos jadeaban trabajosamente, como si al aire recalentado y pesado le faltara precisamente el oxígeno. Al final, la mole cubierta de hiedra del bloque de aulas se presentó ante ellos, y tras hacerse de nuevo un lío para ver quién procedía primero, entraron.

Algunas luces turbias y palpitantes seguían encendidas. Cruzaron todos un vestíbulo desnudo, pavimentado en piedra, y subieron un amplio tramo de escaleras cuyos peldaños habían sido pulidos en su tramo central por generaciones de muchachos que los habían maltratado sin piedad. Los cristales de las ventanas,

convertidos en espejos por la oscuridad del otro lado y la iluminación interior, reflejaron aquella silenciosa procesión, y sus pasos despertaron violentos ecos. El edificio parecía sumido en un dulce sueño, como hipnotizado por la varita mágica de un prestidigitador. Entraron en un largo pasillo, sombrío y desierto, desprovisto de cualquier objeto. Las puertas numeradas que lo flanqueaban dejaban ver en su parte inferior las marcas de innumerables patadas juveniles que las habían ido oscureciendo a lo largo de los años. Junto a una de ellas yacía la melancólica hoja de un cuaderno: un examen, con superabundancia de correcciones en tinta roja, y con la huella de un zapato en una esquina. Al final del pasillo había una puerta que parecía algo más robusta que las demás. El director la empujó y se abrió paso en la sala de profesores.

Era una estancia grande, de techos altos, de forma perfectamente rectangular. Colgado en la pared, junto a la única puerta existente, había un tablón de anuncios de tapete verde, repleto de notas. Al fondo de la estancia había varias hileras de pequeñas taquillas, pintadas de negro, y con los nombres de los propietarios en pequeñas cintas de cartón encajadas en raíles de metal. Había también unas estanterías de caoba medio vacías, una alfombra raída, de color marrón, manchada de ceniza, una larga hilera de perchas con una o dos batas que eran tan viejas que se habían vuelto verdes. Una gran mesa ocupaba el centro de la sala, salpicada de manchas de tinta, lapiceros mordisqueados, ceniceros, y gruesos sobres. Unas mesas más pequeñas flanqueaban la gran mesa central. Había tres butacas que a primera vista parecían bastante cómodas, y un número mucho mayor de sillas que desgraciadamente no lo parecían en absoluto. Las cortinas de arpillera estaban recogidas y las ventanas permanecían completamente abiertas. Y en el suelo, mirando con ojos ciegos las moscas que se arrastraban por el techo, estaba el cuerpo de Michael Somers.

A pesar de todo ello, la primera impresión, y la más fuerte, que tuvieron al entrar en la habitación no tuvo nada que ver con el cadáver, sino con el calor reinante. Los golpeó como una vaharada asfixiante, y enseguida vieron que la causa era una gran estufa eléctrica que se encontraba en medio de la sala. El portero, Wells, se tambaleó un poco. Tenía hileras de sudor corriéndole por el rostro, como si fuera lluvia. Murmuró algo, pero en aquel momento nadie le hizo caso. Tras el primer golpe insoportable de calor, no tuvieron ojos para ninguna otra cosa que no fuera el cadáver.

Estaba tumbado boca arriba, junto a una mesa pequeña. A su lado había una silla atravesada en el suelo. Evidentemente, Somers había debido de caer hacia atrás, contra la mesa, y entonces había resbalado hasta el suelo, pues su cabeza estaba en parte apoyada en una de las patas. Además, tenía los brazos extendidos, como si hubiera intentado protegerse en el último momento. La sangre había resbalado por la parte izquierda de su rostro hasta la alfombra, y donde antaño estuviera su ojo ahora

había una hendidura, un agujero con un amasijo de sangre encostrada donde en aquellos momentos estaba alimentándose una moscarda.

Todos lo miraron y, medio mareados, volvieron a salir de la estancia. El director se dirigió al conserje con cierto enojo:

—Pero ¿por qué demonios tienes encendida esa estufa ahí, Wells?

—Estaba así cuando lo encontré, señor —tartamudeó Wells—. Y usted me dijo que no tocara nada.

Y se secó el sudor de la cara con un pañuelo sucio, que al instante quedó empapado. Incluso su calva coronilla tenía un aspecto febril, y parecía como si su cuerpecillo delgado y encorvado fuera a colapsar en cualquier momento. Intentó apoyarse en el respaldo de una silla, pero su mano sudorosa resbaló en la madera pulida y no pudo evitar tambalearse un poco.

Fen se aflojó la corbata y se desabotonó el cuello de la camisa. Acodado junto a una ventana, observaba la escena del crimen mientras el sargento, por orden de Stagge, fotografiaba el cadáver y todo lo que había alrededor. A continuación el médico comenzó su examen. Mientras tanto, Stagge se había acercado a la estufa eléctrica y miraba la escena con curiosidad y recelo. Tras unos instantes pensándose, se acercó al interruptor de la pared al que estaba conectado y la apagó ayudándose de un lapicero. Las barras incandescentes se fueron apagando, y pasaron de un rojo vivo, al naranja y luego al ocre, y después se tornaron negras. Stagge volvió a donde estaba Fen.

—Un asunto rarísimo, señor —dijo—, conectar una estufa en una noche asfixiante como esta. —Titubeó un poco—. Aunque he oído que a veces se han utilizado métodos parecidos a fin de mantener caliente un cadáver y crear así cierta confusión respecto a la hora exacta de la muerte...

Fen estaba abanicándose con su libreta de notas, una actividad que en realidad le parecía que generaba más calor del que era capaz de mitigar; así que dejó de hacerlo de repente.

—Sí —dijo—, pero en este caso la estufa está un poco lejos del cuerpo, ¿no cree? Además, como es portátil, me temo que tendremos que descartar esa teoría. —Y con gesto preocupado se acercó a la pequeña mesa junto a la que yacía el cuerpo de Somers.

—Me da la impresión... —observó Stagge con una desconfianza que no se ajustaba a la frase que acababa de pronunciar—..., es como si Somers hubiera estado trabajando aquí antes de...

Miraron la mesa en silencio. Había un tapete de escritura, y la superficie blanca estaba cubierta de imágenes reflejas de escritura en tinta negra. Pudieron descubrir las palabras «satisfactorio», «muy bien», «una considerable mejoría desde el comienzo del curso» e innumerables repeticiones de las iniciales «MS^[13]». Había un montón de

cartillas de notas sobre el tapete de escritura, y también varios sobres dispersos parecidos en la mesa central. Cada sobre tenía el nombre de su cartilla correspondiente, con un listado de las iniciales de los maestros debajo, y contenía más cartillas. Por lo demás, había un cenicero con una o dos colillas aplastadas, un gran tintero de tinta azul oscura, un marcapáginas, un frasco de tinta negra, un trapo grande negro con los extremos cosidos y una pluma.

Stagge se giró hacia el director.

—Se trata de las notas trimestrales, ¿no es así? ¿Puedo mirarlas?

—Sí, superintendente —dijo el director, que había seguido el ejemplo de Fen y se había aflojado la corbata; parecía absorto y cansado—. Tanto los profesores fijos como los visitantes tenían que haber entregado las notas a las cinco de esta tarde —explicó—; luego pasan a los supervisores de las residencias, y después a mí.

—Entonces, eso significa que el señor Somers iba un poco retrasado...

—Sí, yo estaba al tanto. —El director señaló el trozo de tela que había sobre la mesa—. Eso es la tela que utilizaba para llevar el brazo en cabestrillo. Somers se torció la muñeca hace unos días, justo antes de que empezaran a redactarse los boletines de notas, y no pudo ponerse a escribir hasta que no mejoró un poco. De todos modos, ayer por la tarde me dijo que tendría preparadas sus calificaciones para la misma mañana del día de entrega de premios y diplomas, y a mí me bastaba. —Sonrió débilmente—. Yo siempre fijo las fechas *terminus ad quem* con un cierto margen, un poco antes de lo estrictamente necesario, porque incluso los mejores profesores pueden retrasarse...

—¿Y no pudo alguno de los otros profesores haber actuado como su amanuense? —preguntó Fen.

El director habló con cierto titubeo.

—Bueno, sí, supongo que sí... Pero probablemente Somers no quería cargar a nadie con ese trabajo. Es una época muy mala, entiéndalo, con mucho trabajo, e incluso la simple tarea de anotar «Satisfactorio» doscientas veces lleva más tiempo del que nadie puede imaginarse. Es más, Somers era un profesor de plantilla y además tutor, y por tanto tenía que revisar también las cartillas de sus tutelados...

—Ah, ya —dijo Fen, pensativo—. Y cuando se terminan las cartillas de las notas, ¿los supervisores de las residencias las recogen?

—No. Eso lo hace Wells. Las separa entre las distintas casas de las residencias y se las entrega a las personas interesadas.

Fen miró a Wells.

—Al parecer, señor Wells —apuntó—, ya se ha llevado unas cuantas. No da la impresión de que queden muchas sobre la mesa.

—Sí, señor —dijo Wells—. Todas las que ya había hecho el señor Somers, o las que no tenían que ver con él, están en mi oficina. Pero no he cogido ninguna desde

que el señor Somers vino aquí esta tarde.

Se produjo un silencio momentáneo, y el sargento, aprovechando para demostrar su celo profesional, dijo:

—¿Huellas dactilares, superintendente?

Stagge hizo un gesto de abatimiento.

—Déjelo de momento —dijo—. Habrá cientos de huellas de todos los miembros del claustro repartidas por toda la sala. —Dio unos golpecitos nerviosos en la mesa—. Entonces, por lo que parece, el señor Somers estaba trabajando aquí cuando alguien vino y... Entonces se levantó, al levantarse tiró la silla, miró hacia la puerta y en ese momento fue cuando le dispararon... —Se detuvo entonces, con un aire sombrío, meditando aquella vacua y poco ilustrativa reconstrucción, y luego se percató de que el médico ya había concluido su primer examen del cadáver—. ¿Y bien? —preguntó.

El médico se sacudió el polvo de las rodillas y se secó los ojos con el reverso de la manga.

—Exactamente lo que cualquiera imaginaría —dijo—. Le dispararon a una distancia de unos seis pies con..., bueno..., yo diría que con un 38.

—Así que seis pies... —murmuró Stagge. Dio un par de pasos, hasta llegar a la distancia desde donde el asesino probablemente había disparado, y cuando estuvo en su sitio, miró a su alrededor en busca de inspiración; pero al parecer la inspiración no llegó, porque se abstuvo de hacer ninguna apreciación más.

—Debía de tener un cráneo duro, el pobre —continuó el médico, señalando el cadáver con un gesto de la barbilla—, porque la bala se le ha quedado alojada en el cerebro... La muerte fue instantánea, por supuesto...

—¿Hora de la muerte? —preguntó Stagge.

—Digamos que murió entre hace media hora y una hora y media.

Stagge consultó su reloj.

—Faltan veinte minutos para las doce de la noche en estos momentos. Entre las diez y las once, entonces. ¿Alguna cosa más?

—Nada más —dijo el médico sin mostrar ninguna duda—. Pueden llevárselo ya en la ambulancia.

Stagge negó con un gesto.

—No, un momento. Tengo que mirar sus bolsillos. Además, el sargento tiene que tomarle las huellas dactilares. Después ya puede llevárselo usted.

El superintendente se inclinó y sacó el contenido de los bolsillos de Somers, y lo dejó todo encima de la mesa central. A primera vista no parecía que hubiera nada inusual: unas llaves, algo de dinero, una cartera —con un par de cheques, el carnet de identidad y un carnet de conducir—, una pluma, un pañuelo, una pitillera de carey medio vacía y un mechero corriente de gasolina...

—Pero ¿qué demonios hacía con esto...? —preguntó Fen.

«Esto» era una gran hoja de papel secante, immaculado y doblado en ocho, que Somers llevaba en el bolsillo de la pechera. Stagge lo desdobló con cuidado.

—Bueno —dijo—, yo no veo nada especialmente raro en que un hombre lleve encima una hoja de papel secante. Es más, me atrevería a decir...

Pero Fen ya había cogido la hoja de papel y estaba comparándola con el tapete de papel secante que había sobre la mesa.

—Es del mismo tipo —apuntó—, del mismo color, y del mismo tamaño. —Eché un vistazo alrededor de toda la sala—. Y hay otros iguales repartidos por las mesas, todos limpios. —Se volvió hacia Wells y le dijo—: ¿Es usted el encargado de reponer el papel secante en los tapetes de las mesas, Wells?

—Sí, señor. Lo hago cada primer día del mes. Invariablemente.

—Wells es un maniático de la rutina —sentenció el director.

—Y, claro, hoy es 1 de junio... —dijo Fen pensativamente.

Wells asintió con entusiasmo; una vez dejaron de ser evidentes los efectos de la estufa eléctrica, parecía haber recobrado parte de su vitalidad.

—He cambiado todos los papeles secantes esta tarde a primera hora, señor.

—Me atrevería a decir —apuntó el director con un gesto de decepción— que Somers quería llevarse alguna hoja a casa y simplemente se la metió en el bolso. La gente hace ese tipo de cosas, ya saben...

Pero Fen no parecía muy convencido con esa explicación. Volvió a dirigirse a Wells:

—¿Dónde guarda usted las hojas de papel secante nuevas?

—En un armario, en mi despacho, señor.

—¿Y de dónde las saca usted?

—Bueno, de la papelería del colegio, señor.

—¿Y se le vende el mismo tipo de papel secante a los profesores y a los alumnos?

—Sí, señor, eso creo.

—Y cuando usted los cambia, ¿pone una determinada cantidad en cada tapete?

—Sí, señor. Tres hojas grandes, dobladas a la mitad.

—Bien —dijo Fen—. Eche un vistazo a todos los tapetes de la sala, entonces..., incluido el que estaba utilizando Somers, y mire a ver si falta alguna hoja en alguno de ellos.

Encantado con ser de alguna ayuda, Wells comenzó a afanarse en su tarea.

—No entiendo qué pretende sacar en claro, profesor Fen —dijo Stagge.

—*Was ist, ist vernünftig*^[14] —dijo Fen alegremente—. Todos los datos son importantes, superintendente.

La confianza de Stagge en sí mismo se desvaneció visiblemente frente a aquella respuesta evasiva, y a partir de ese momento decidió permanecer en silencio,

observando cómo el sargento llevaba a cabo su desagradable tarea. El subalterno había limpiado los dedos de Somers con benzolina y luego los presionaba sobre una plancha de metal tintada; después comenzó a transferir las huellas digitales a una hoja de papel blanco. Al terminar, se puso en pie, rojo por el esfuerzo, y dijo:

—¿Qué hacemos con su reloj de muñeca, señor? ¿Cree que lo va a necesitar para algo?

Stagge rezongó.

—Me alegra que me lo recuerde —dijo, y se inclinó para quitárselo.

El director, observando esa operación, soltó de repente:

—Lo lleva mal.

Fen lo miró con sumo interés.

—¿Cómo que lo lleva mal?

—Siempre lo llevaba en la parte interna de la muñeca, igual que hacen los americanos. Y ahora no está así. Ahora está bien.

Stagge se había llevado el reloj a la oreja, sujetándolo delicadamente por un extremo de la correa.

—De todos modos, no funciona, parece que está estropeado —dijo, y lo miró de cerca—. Marca las nueve menos cinco.

—¿Está roto? —preguntó Fen.

—No, que yo vea —dijo Stagge agitándolo y volviéndolo a aplicar a la oreja.

—¿Lo han abierto por detrás, entonces?

A modo de respuesta, Stagge se acercó a la bolsa Gladstone del sargento, cogió de allí un bote de polvos grises, y con una brocha fina empolvó cuidadosamente el cristal y el metal del reloj. Lo observó durante unos instantes, luego sopló para retirar los polvos sobrantes, y a continuación cogió la hoja de papel con las huellas de Somers. Durante un par de minutos o tres estuvo concentrado comparando unas huellas y otras, con la ayuda de una lupa de mano.

—En el reloj están las propias huellas de Somers —dijo al final—, pero también las de alguien más. Que es lo que cabía esperar. —Y sacó la tapa trasera del reloj para comprobar el mecanismo—. Roto, muy bien —confirmó—. Y roto deliberadamente, diría.

—Para dar una idea errónea de la hora de la muerte, supongo —aventuró el director.

—Las nueve menos cinco... —señaló Stagge—. No es muy razonable. Y, por lo que veo, el cristal no está roto.

Wells ya había concluido su inspección de los tapetes con papel secante, y andaba rondando alrededor del grupo.

—Yo vi al señor Somers a las diez, señor —dijo—. Y estaba vivito y coleando. Y perfectamente bien.

—Ah —dijo Stagge—. Bien, tendremos una conversación sobre eso enseguida...

El médico, que había estado esnifando rapé con aire impaciente durante toda la conversación, dijo:

—¿Nos lo podemos llevar ya, o no?

—Sí, bien... —aceptó Stagge—. Pero usted no se vaya, doctor —añadió apresuradamente—. Tenemos que ir a ver otro cadáver todavía.

—Esperaré ahí fuera —dijo el doctor, que estaba visiblemente aburrido. Abandonó la sala, y al cabo los hombres de la ambulancia se presentaron con una camilla y se llevaron el cuerpo. Todos ellos se sintieron un tanto aliviados al verlo, y Fen se dio el gusto de aplastar la moscarda, que, privada de su obscuro banquete, se arrastraba pesadamente por el suelo incapaz de echar a volar.

—Bueno, Wells —dijo—. ¿Qué me dice del asunto de las hojas de papel secante?

—No falta ninguna en ningún tapete, señor. —Aquello pareció complacer a Fen; estaba a punto de hacer algún comentario al respecto cuando Wells añadió—: Pero respecto al reloj, señor, sí que puedo decirle una cosa. El señor Somers me dijo la última vez que lo vi que su reloj no andaba bien.

Fen parecía más satisfecho que nunca.

—Un problema maravilloso —murmuró.

—¿Problema, señor? —dijo Stagge.

—Piénselo bien, superintendente —apuntó Fen con un aire soñador—. Según usted, alguien ha estropeado deliberadamente la maquinaria del reloj. Ahora bien, ese alguien *podría* haber sido el propio Somers, pero si fue así, no se habría vuelto a poner el reloj de un modo que no era el habitual en él.

—Damos por hecho, señor —dijo Stagge—, que fue el asesino quien estropeó el reloj.

—¿Ah, sí? Pues de lo que Somers le dijo a Wells parece deducirse que el reloj estaba ya estropeado antes de que el asesino apareciera en escena. Por tanto, el asesino no tenía ninguna necesidad de estropearlo. Podría haber recolocado las manecillas, sí, pero para hacer eso no necesitaba quitarle el reloj de la muñeca a Somers. Es un caso curioso, incluso yo diría que contradictorio, y la explicación...

Fen se detuvo en seco, y un fulgor extraño apareció en su mirada; pero cuando decidió hablar, pocos instantes después, fue solo para decir, en un tono muy amable y delicado:

—Creo que Wells es nuestro principal testigo. ¿Podemos oír todo lo que sabe del asunto?

—Me gustaría sugerir... —terció el director— que nos sentáramos en algún sitio. Este calor...

Todos aceptaron la propuesta con prontitud, y Stagge conminó al sargento y al policía a que hicieran lo propio.

—Adelante, Wells —dijo.

Wells, un poco aturdido al verse empujado al centro del escenario y bajo los focos de aquel modo, intentó ganar tiempo sonándose la nariz durante un buen rato.

—Yo no estoy muy seguro, señor, de qué es lo que quiere saber...

—Todo, Wells, todo —dijo Stagge sin contemplaciones.

Wells sonrió débilmente y se guardó en el bolsillo su pañuelo.

—Bueno, señor —empezó—, pues verá. Todos los días de diario por la tarde, entre las diez y las once, los paso yo en este edificio, trabajando en mi oficina.

—¿Dónde está su oficina?

—Junto a la puerta este, señor.

—Es la puerta por la que hemos entrado —explicó el director—. Y por cierto, cuando Wells dice *todos los días*, quiere decir exactamente eso. Su regularidad es proverbial.

—Es el único modo de asegurarme de que las cosas se hacen como tienen que hacerse, señor —dijo Wells, con un engreimiento que se granjeó la sincera desaprobación de Fen—. En cualquier caso, a las once en punto, como es habitual, cerré las ventanas, eché la cerradura al edificio y me fui a casa. Esta noche en concreto llegué aquí a las diez menos cuarto, lo justo para vaciar los ceniceros y cambiar el papel secante. El señor Etherege estaba aquí, acabando con sus cartillas de notas. Estuve charlando con él un minuto, y alrededor de las diez menos cinco se presentó el señor Somers.

—¿Diría que estaba como siempre?

—Sí, superintendente; no noté nada fuera de lo normal.

—¿Y estaba solo?

—Sí, señor. El señor Etherege le tomó un poco el pelo por haber dejado las notas para el último momento, y estuvieron mirando a ver cuántas cartillas le faltaban, y el señor Somers dijo que podría tenerlo todo listo para las once.

—Solo una pregunta —interrumpió Fen—. ¿Por qué diantres no se llevó las cartillas a casa y las rellenó allí?

—Está estrictamente prohibido sacarlas de esta sala —dijo el director—. Alrededor de treinta y cinco personas tienen que rellenarlas durante al menos una semana, y si cada uno se las lleva a su casa, sería un caos.

—Ya, entiendo. Continúe, Wells.

—El señor Somers, señor, me dijo: «Tengo el reloj estropeado, Wells, así que me tienes que avisar cuando sean las once, pero no me molestes antes de esa hora». Y se puso a trabajar, en esa misma mesa de ahí.

—¿La mesa estaba colocada igual que ahora? —preguntó Stagge.

—Sí, señor, salvo que está un poco ladeada. Supongo que debió de empujarla al caer... En fin, yo me fui de aquí con el señor Etherege y dejamos al señor Somers a

lo suyo. El señor Etherege me acompañó hasta mi oficina y luego se marchó. Yo me puse a mis cosas. Entonces, a las once... —Wells se humedeció sus labios secos—..., a las once vine aquí y me encontré lo que ustedes han visto.

Stagge frunció el ceño.

—Pero usted tuvo que oír el disparo, supongo...

—No, señor. Yo no oí nada.

Stagge parecía bastante desconcertado.

—Entiendo que... —le dijo al director— el edificio más cercano es el Davenant.

—Sí, superintendente. No está muy muy cerca, entiéndame; no sé si alguien podría oír un disparo desde allí. En cualquier caso, yo he estado en mi despacho toda la tarde, con las ventanas abiertas, y no he oído nada.

Fen, mientras tanto, había estado examinando las ventanas de la sala de profesores. Había dos grupos de ventanas simétricas y unas enfrente de las otras a lo largo de las paredes más largas.

—Supongo —dijo— que esas ventanas, las que asoman al oeste, dan al río. ¿Hay algún tipo de camino público por ahí?

—Por ese lado no, señor —contestó Stagge—. Y el que hay en el otro lado tampoco está muy frecuentado.

—Y esas otras ventanas...

—Dan a un pequeño patio interior.

—Ah —dijo Fen, que parecía una pizca aburrido, como si estuviera haciendo aquellas preguntas más por obligación que por interés—. Bueno, pues habrá que hacer una prueba, para ver si el disparo de un revólver se oye desde la oficina de Wells; a veces se producen efectos acústicos raros en los edificios antiguos como este. Por otra parte, también es posible que se utilizara un silenciador.

—No solo es *posible*, sino *probable* —dijo el director. Todos se volvieron hacia él a un tiempo—. Hay..., o tal vez debería decir..., *había*... un silenciador en la armería de los Junior Training Corps.

—Bueno, yo diría que resulta bastante raro que un colegio tenga silenciadores guardados —comentó Fen.

—En realidad, pertenecía a Somers —explicó el director—. Lo consiguió cuando sirvió en el ejército, en Francia o en Alemania, y se lo entregó al sargento Shelley, nuestro instructor militar y deportivo, como una especie de recuerdo de la guerra. Al menos eso me contaron, porque creo que no he visto nunca ese maldito silenciador.

Stagge sacó su libreta y escribió algo apresuradamente en una hoja en blanco.

—Bien. Haré algunas averiguaciones. También valdrá la pena averiguar si ha desaparecido alguna pistola de la armería... Bueno —dijo, cerrando su libreta—. Respecto a los accesos a esta sala...

—Solo hay una puerta exterior por la que se puede acceder —dijo el director—.

Y es por la que hemos entrado, naturalmente. El edificio Hubbard, para incomodidad general, está dividido en tres espacios aislados, y cada uno de ellos dispone de una puerta exterior.

Stagge se dirigió a Wells.

—Creo que dijo usted que su oficina estaba justo al lado de la puerta, por la parte de dentro.

—Sí, señor.

—¿Vio usted entrar o salir a alguien entre las diez y las once, mientras estaba en su puesto?

—Ni a un alma, señor. Yo tenía la puerta abierta por el calor, así cualquiera que hubiera entrado habría llamado mi atención.

—Eeeh... —farfulló Stagge—. En ese caso, deduzco que el asesino llegó a esta sala de otro modo. Sin duda... —añadió como entre paréntesis— estaba ya aquí. Porque no me parece que a Somers le pudieran haber disparado por la ventana...

—O quizás el asesino podría haberse escondido en el edificio antes de que Wells regresara a su oficina —sugirió el director— y no haber salido hasta que Wells viniera aquí para montar guardia mientras nos esperaba.

—Es posible, desde luego... —dijo Stagge—, aunque eso constituiría un riesgo innecesario para el asesino si hubiera algún otro modo de entrar y salir del edificio sin que nadie lo viera. ¿Las ventanas de las clases se pueden abrir? —Wells asintió—. Esa sería una posibilidad, desde luego —prosiguió Stagge—. Tengo que echar un vistazo a esas ventanas..., aunque... no; creo que esperaré hasta que haya algo de luz diurna... Bueno, recapitulemos. Los datos concretos con los que contamos: a Somers le pegaron un tiro con un revólver del 38, en algún momento entre las diez y las once, y fue alguien que o bien se había ocultado en el edificio o bien entró por alguna ventana... —Se rascó la nariz con el extremo del lapicero. Su gesto dejaba entrever algunas dudas en su argumentación—. Ojalá pudiéramos estrechar un poco el margen de tiempo...

—Hay un modo evidente de hacerlo —dijo Fen.

—¿Eh? ¿Y cuál es, señor?

—Somers estaba poniendo las notas, ¿no es así? —apuntó Fen, bostezando ostensiblemente—. A juzgar por el testimonio de Wells, Etherage debía saber exactamente cuántas cartillas de notas había escrito ya cuando comenzó el trabajo a las diez en punto. Estudiando las cartillas de notas, y cogiendo a alguien cuya caligrafía sea semejante en tamaño y tipo para reproducir la tarea de Somers bajo las mismas condiciones, podremos averiguar aproximadamente cuánto tiempo pasó rellenando cartillas de notas hasta que lo mataron. En cualquier caso, con ello conseguiríamos una horquilla de tiempo aproximada.

Stagge chasqueó los dedos.

—Qué idea tan condenadamente buena, señor. Me ocuparé de preparar esa reconstrucción.

—Incluso me atrevería a aventurar una estimación del resultado —dijo Fen, bostezando de nuevo—. Creo que usted descubrirá que el tiempo que estuvo trabajando Somers se acerca mucho a la hora.

Stagge lo miró asombrado.

—¿Quiere decir usted que fue asesinado justo antes de que Wells lo descubriera?

—Me temo que voy a ser algo desagradable —dijo Fen— y no voy a satisfacer su curiosidad. La idea que tengo solo es una hipótesis, claro está, y debería esperar a confirmarla... o bien a rebatirla.

—Bueno, tendremos que darle ese gusto, supongo. —La simpatía de Stagge quedó perceptiblemente atemperada con la decepción—. Wells, eche usted por favor un vistazo a esas cartillas de notas y mire a ver si Somers acabó su trabajo.

Permanecieron allí sentados, observando, mientras el portero examinaba las cartillas. Al final dijo:

—Sí, las rellenó todas, señor.

—Me temo que debo confiscarlas —dijo Stagge al director—. Se las devolveré, naturalmente, lo antes posible. —Miró a su alrededor como si estuviera esperando alguna otra opinión—. Entonces, creo, en fin, que deberíamos ir de una vez a casa del señor Love... Dios mío, todo el maldito procedimiento otra vez. ¡Qué noche!

—Se me acaba de ocurrir —dijo Fen con los ojos cerrados— que no creo que a nadie se le pasara por la cabeza estar en esta sala y disparar a un hombre con las luces encendidas y las cortinas abiertas... Wells, ¿las cortinas estaban abiertas cuando entró usted aquí a las diez en punto?

—Sí, señor, estaban abiertas. Y seguían abiertas cuando encontré el cadáver del señor Somers.

—Hum... Eso no prueba ni refuta nada relevante. Oh, y una cosa más: ¿había muchas posibilidades de que alguien molestara a Somers en su solitaria labor?

—Pues muy pocas, señor. Es raro que ningún profesor venga aquí a esas horas tan tardías de la noche.

—Y hay baños —dijo Fen de repente. Todos lo miraron con aire de perplejidad—. Bueno... —añadió con cierto enojo—, ¡supongo que habrá baños en el edificio!

—Justo en la puerta de al lado —le informó Wells apresuradamente—. La primera a la derecha.

—Muy bien —dijo Stagge, poniéndose de pie—, creo que lo mejor será movernos, o si no la señora Love acabará preguntándose dónde demonios estamos. —Recogió los sobres de notas, los agrupó en un montón y se los metió debajo del brazo—. Me temo, doctor Stanford, que tendremos que mantener esta habitación precintada por el momento.

—Oh, mi querido amigo, qué engorro... Los profesores seguro que quieren venir y coger cosas de sus taquillas.

—Nos ocuparemos de eso —le confirmó Stagge—. Y, por cierto, señor, ¿cómo va a comunicarle todo esto a su plantilla? No creo que pueda evitar durante mucho tiempo que se enteren de la noticia.

El director pareció preocupado.

—Creo, si no tiene usted ninguna objeción, que intentaré reunidos antes de entrar en la capilla mañana, y les contaré lo que ha ocurrido, y procuraré convencerlos de la necesidad de guardar el debido silencio al respecto. Confío en que sean razonables.

—Nada de detalles, por favor, señor. Los hechos crudos, simplemente.

—Por supuesto, señor Stagge.

Todos se levantaron y abandonaron la sala. El superintendente, tras cerrar y echar el pestillo a todas las ventanas, cerró también la puerta, echó la cerradura y se guardó la llave en el bolso. Wells presidía la comitiva, que bajó las escaleras.

—Y, hablando de todo un poco, Stagge —dijo el director—, ¿tenemos alguna noticia de esa chica desaparecida? Todo esto ha sido tan tremendo que casi me había olvidado de ella.

—No tenemos nada de particular, señor —contestó Stagge—. Hemos hecho las indagaciones habituales: estaciones de ferrocarril, carreteras, todo eso, pero sin ningún resultado. Lo que sí que le puedo decir es que todo este asunto está poniendo un poco al límite nuestros recursos locales. Puede que tenga que pedirle a mi jefe de policía que llame a Scotland Yard.

Miró a Fen mientras lo decía, pero Fen no lo oyó. Estaba pensando en Brenda Boyce, y en las razones por las que estaba seguro de que ella, también, estaba muerta.

6. EL PROFESOR LOVE, ENSANGRENTADO

S alieron todos a la oscuridad del campus, y allí se volvieron a encontrar con el médico. Wells se quedó atrás para cerrar con llave el edificio, y el director se excusó de acompañarlos hasta el domicilio del señor Love.

—Me da la impresión —dijo— de que mis condolencias a la señora Love no cuadrarán muy bien con las investigaciones que ustedes tienen que llevar a cabo. Además, estoy agotado, y realmente no creo que pueda ser de mucha ayuda.

—Muy bien, señor —admitió Stagge—. Entonces, por la mañana...

—El servicio religioso en la capilla es a las diez, pero estaré en mi despacho desde las nueve. Podrán encontrarme allí cuando quieran, y por supuesto, me encantará saber qué progresos han hecho. Por lo demás... —El director estaba encendiendo un cigarrillo, y la llama de la cerilla resaltó sus huesudas mejillas y dibujó profundas sombras en sus ojos—. Por lo demás, va a ser un día complicado. Estaré ocupadísimo, pero si tuvieran necesidad de verme urgentemente... —Sopló la cerilla, y la oscuridad pareció tornarse aún más opresiva después de aquella mínima iluminación.

—Seremos tan discretos como nos sea posible, señor —dijo Stagge—. Yo siempre asisto al día de diplomas y premios en cualquier caso, así que mi presencia no sorprenderá a nadie aquí.

—Buenas noches, entonces... Ah, querido Gervase, dejaré la puerta delantera abierta para que puedas entrar, y te dejaré whisky y sándwiches en el salón. Buenas noches, de nuevo. Y buena suerte.

Se montó en su coche y se alejó. El coche de policía y la ambulancia, seguidos por el *Lily Christine III* de Fen, se dirigieron al domicilio de Love. Fue un trayecto más largo del que Fen había supuesto, y calculó que un hombre a buen paso podría necesitar al menos un buen cuarto de hora para llegar desde el recinto escolar a la casa del profesor Love. El pequeño grupo volvió a reunirse de nuevo en su puerta.

—No tengo ni la más remota idea de dónde estamos —se quejó Fen—. Lo único que he hecho ha sido seguir sus luces rojas.

—Estamos en un extremo de Snagshill, señor —le explicó Stagge; y con aquella escasa información tuvo que contentarse Fen de momento, porque la oscuridad impedía cualquier pretensión de orientarse. Todos avanzaron en tropel por el camino de entrada hasta la puerta principal, y Stagge llamó al timbre. La casa parecía tener un tamaño mediano, era un domicilio vulgar de las afueras, tipo villa, con fachada de ladrillos rojizos. Por fin se abrió la puerta, y apareció una mujer de mediana edad, diminuta y miope, en cuyas mejillas se apreciaban los húmedos rastros del llanto reciente, y cuyos cabellos grises y deslustrados aparecían rebeldes y despeinados por encima de las orejas y por la frente. Parpadeó frente a los visitantes sin saber cómo

actuar.

—¿Es la policía? —preguntó—. Pensé que ya no vendrían...

Se hizo a un lado mientras la extraña partida se adentraba en el vestíbulo. Era poco más que un recibidor, con su sintasol, y atestado de botas de goma, cuernos de venados, paraguas y viejos impermeables, y en el ambiente se mezclaban a partes iguales el aroma del café y el olor del abrillantador de suelos. La única bombilla eléctrica del vestíbulo brillaba muy débilmente, y había tarjetas de visita que amarilleaban en una deslustrada bandeja plateada. Respecto a la mujer, la expresión que el director había utilizado para describirla («una mujercilla diminuta, débil como un pajarito») era muy adecuada, pensó Fen, pero se sintió aliviado, si bien un poco sorprendido, al comprobar que no mostraba indicios de histeria. Aquel hecho, en realidad, le obligó a sospechar que su subordinación vital a su marido podría no haber sido enteramente de su gusto. Desde luego se la veía muy abatida, aunque no daba la impresión de que le hubieran arrebatado a un ser querido del que dependiera su vida.

Mientras Stagge explicaba la razón de su retraso con frases entrecortadas e hiperbólicas, la mujer le miraba, con los ojos abiertos como platos.

—¡Oh, Michael también...! —exclamó—. ¡Qué espanto, qué cosa tan espantosa...! Y mi marido lo adoraba, lo adoraba de verdad. Ay, Dios mío, qué noche tan trágica. —De repente cambió de discurso totalmente—. Al principio estaba bien, me refiero a estar *sola* con Andrew, y entonces empecé a tener miedo porque no venía nadie, y ya sé que pensarán ustedes que es una tontería, pero empecé a preguntarme si todo esto no sería más que un mal sueño, como cuando las cosas no ocurren como una espera y... —se detuvo entonces, y se ruborizó, como cuando se coge a una persona en falta—. Oh, pero querrán ustedes verlo, claro...

—Si no le importa, señora Love —dijo Stagge, con una expresión más bien extraña en la cara.

—Permítanme que no entre con ustedes —dijo—. No me van a necesitar. Y no quiero... Yo no...

Se le hizo un nudo en la garganta, y de pronto empezó a respirar con jadeos profundos y entrecortados. El médico, intentando brindarle un consuelo rápido y profesional, la condujo hasta una silla. Tras unos instantes de embarazoso silencio, los demás fueron aproximándose lentamente a una puerta que había en un extremo del vestíbulo, agradecidos por tener esa excusa para huir.

La estancia en la que se introdujeron era evidentemente el despacho de Love. Aunque nada pretencioso, su estilo era de cierto lujo. Los libros en las estanterías estaban agrupados por tamaños, una costumbre hiperdecorativa que Fen aborrecía con toda su alma. Había ficheros, un escritorio, y dos amplios butacones que tenían pinta de ser la mar de cómodos. Los ventanales, de estilo francés, daban al jardín trasero, cubiertos con unas cortinas cerradas de lo que parecía claramente como tela

Point d'Alencon. En una bandeja de metal de diseño hindú, que descansaba en un caballete junto a la puerta, había un servicio de café, con galletas, y con dos tazas limpias. Estaba intacto. El flexo de cromo para leer parecía sugerir a primera vista que aquello era un laboratorio, y la sugerencia se veía reforzada por la penetrante atmósfera de higiénica limpieza que contrastaba extrañamente con el desorden que todos ellos habían visto en el vestíbulo. El modo en que los distintos objetos estaban dispuestos en el escritorio, según notó Fen, revelaba la mano de un individuo casi fanático del orden.

Luego todos se fijaron en Love, que se encontraba doblado hacia delante y sentado en uno de los butacones, dando la espalda al ventanal francés.

A primera vista, había muerto de modo violento, como Somers, aunque seguramente no de un modo tan espantoso. Unos mechones lacios de pelo gris caían sobre su frente alta y huesuda. Una mano colgaba lánguida sobre la rodilla, mientras que la otra estaba crispada probablemente por un espasmo nervioso. Su ancho pecho reposaba sobre el brazo izquierdo de la butaca, y tenía la cabeza caída, forzando los nervios de su cuello delgado y marrón. Tenía un libro en el regazo, y Fen se acercó para leer el título. Era la *Pilkington's French Grammar: The Use of the Subjunctive (I)*. También había una mancha de sangre. Los adornos de la muerte, pensó Fen, se nos revelan con demasiada frecuencia así de vulgares: no había más que fijarse en Pitt^[15], que entró en la eternidad engullendo pasteles de carne de cerdo, o en Love, de cuerpo presente, que dejó este mundo, al parecer, preocupado únicamente por la conjugación del subjuntivo en francés...

—No se ha enterado de nada, el pobre —estaba diciendo Stagge—. Le dispararon por detrás, a través de las ventanas de estilo francés. Su cabeza debió de ser un objetivo fácil, porque sobresaldría un poco por encima del respaldo del sillón. —Sin mover el cuerpo, el superintendente se agachó para mirarle la cara—. Sí, fíjense. Hay un orificio de salida en la mejilla. —Se enderezó y miró por toda la estancia, y tras unos instantes, avanzó en un par de zancadas hasta el escritorio—. Y aquí está la bala, me temo, incrustada en la madera. —Sacó una pequeña navaja, y comenzó a extraerla.

Casi inmediatamente se les unió el médico, anunciando que había dejado a la señora Love bien instalada en el saloncito. Se procedió a reiniciar el forense ritual de la sala de profesores. Se hicieron fotografías; todas las superficies imaginables, incluyendo los picaportes y los marcos de las ventanas francesas, se sometieron a un estricto control de huellas dactilares; el doctor, tras examinar el cuerpo, anunció que también habían utilizado un calibre 38, que Love había sido asesinado hacía entre una hora y media y tres horas, y que no había más problemas que pudiera detectar; por otra parte, los bolsillos de Love no proporcionaron nada interesante.

—Este caso está tan vacío de indicios como el otro —gruñó Stagge—. Los

hechos básicos son los mismos, por supuesto: a Love le dispararon con el mismo tipo de arma, desde una distancia similar, y entre las diez y las once de la noche. Aparte de eso...

Agitó la mano con amarga displicencia, y se adentró en el jardín hasta desaparecer; allí se dedicó a pasear durante algunos minutos, rondando con una linterna eléctrica. Fen, que comenzaba a ser dolorosamente consciente de su propio cansancio, se dispuso a investigar los objetos del escritorio, aunque fue más por deber que por devoción. Al final Stagge regresó. Se le veía terriblemente deprimido.

—Hay un sendero asfaltado —informó—, que parte de este ventanal y rodea la casa hasta la puerta principal. Y la tierra está dura como una piedra: no he podido encontrar ni una huella. No hay colillas, ni hilos de tejidos prendidos en clavos o en las plantas... Nada.

—Aquí hay algo, sin embargo —dijo Fen, revisando un montón de papeles que había sacado de un cajón del escritorio—. Y creo que puede ayudarnos con respecto al móvil del crimen. Lea esto.

—«Y escribo estas páginas para registrar el hecho de que dos de mis colegas del Instituto Castrevenford están en connivencia en lo que solo podría denominarse un fraude deliberado, que...» —Stagge resopló con disgusto—. Y ahí se acaba. Pero tiene usted razón, Fen. Sin duda esto es importante.

—Lo realmente interesante de todo esto —dijo Fen— es que, como ve, ha tachado, al menos en parte, la palabra «colegas».

—Efectivamente. Curioso. Y es extraño que no concluyera la frase. Supongo que lo interrumpieron, o puede que pensara que escribir esto no serviría de nada.

—Ah... —dijo Fen con gesto sombrío—. Déjeme la lupa un momento, ¿quiere?

Examinó la caligrafía y la comparó con otros ejemplos de la caligrafía de Love que había encontrado en el escritorio.

—Es auténtica, lo cual es perfecto —apuntó—; y a juzgar por el aspecto de la tinta, seguramente lo escribió esta misma mañana. A mediodía a más tardar. —Luego le entregó la lupa y el papel a Stagge, y parecía dispuesto a hacerle algún comentario cuando le llamó la atención un montón de trabajos corregidos que había sobre la mesa. Cogió el de arriba y lo observó con gesto pensativo.

—Mire lo que escribió este chico —dijo, mientras leía—. «La frase ‘ἀρχόμενος ὡσεί ’ετών τριάγουια’ utilizada en el evangelio de San Lucas es ambigua^[16]». Y aquí está la corrección al margen de Love: «La palabra ‘ambiguo’ solo puede utilizarse con propiedad para algo que tiene dos significados posibles, no para algo que tiene más de dos; sustitúyase por el adjetivo ‘imprecisa’ o ‘indefinida’».

Stagge miró con un gesto muy desconcertado.

—Me temo que no le sigo, señor.

Fen devolvió el trabajo a su sitio.

—¿No? —dijo alegremente—. A mí me parece de lo más relevante, creo... Bueno, ¿y qué más tenemos?

Stagge consultó su reloj.

—La una y media. No creo que podamos hacer mucho más aquí, aparte de hablar con la señora Love. ¿Está en condiciones de contestar a nuestras preguntas, doctor?

—Sí, creo que sí —dijo el médico—. Tiene una conmoción importante, pero no creo que se derrumbe por el dolor. Yo conocía un poco a Love, por encima, y era un tirano, un tirano de lo más insidioso, me atrevería a decir. Su mujer puede parecer una persona sin carácter, pero sospecho que secretamente odiaba su posición de servidumbre.

—¿Podría haber sido ella la que le disparó? —preguntó Stagge con curiosidad.

—¿Desde el punto de vista psicológico, dice usted? Sí, no veo por qué no.

—Pero ella no lo hizo —dijo Fen, y lo dijo con tan implacable certeza que el superintendente dejó entrever indicios de enojo.

—Eso habrá que verlo —sentenció de modo cortante—. Doctor, será mejor que se lleve el cadáver a la ambulancia mientras nosotros hablamos con la señora Love.

El saloncito, en marcado contraste con el despacho, era una estancia andrajosa y desordenada, tan propia de la mujer como el despacho lo era del marido. Su único rasgo destacable era una sorprendente imagen que había encima de la chimenea, en un gran marco dorado, que mostraba a la mujer de Lot transformada en una columna de sal, con las ciudades a lo lejos ardiendo entre furiosas llamas, y al propio Lot mirando como si aquella metamorfosis fuera en realidad algún tipo de curioso proceso químico especialmente orquestado por Dios para su disfrute personal. Aparte de aquel sobrecogedor óleo, como ofrendas votivas en el altar de una divinidad pagana, había, salpicando la habitación entera, una profusión de tejidos, ganchillos, zurcidos y bordados, todos inacabados y dispersos por las mesas y sobre los respaldos de las sillas. Incluso para un ojo poco avisado, era evidente que la manera de llevar la casa de la señora Love era de lo más rudimentaria y primitiva. A Fen, pensando en las pequeñas tensiones —pero múltiples y constantes— que debían de haberse producido como resultado del matrimonio de un obsesivo crónico del orden con una mujer crónicamente desordenada, no le sorprendió la inexistencia de un verdadero dolor en las reacciones de la señora Love durante aquella fatídica noche.

Ella, mientras tanto, había vuelto a su dispersión inicial, y aunque seguía sosteniendo un pañuelo empapado y retorcido entre las manos, un brillo poco saludable de nerviosismo se dejaba entrever en sus ojos. Stagge, embarcado en unos prolegómenos discretamente amables y consoladores con la señora, se vio interrumpido de repente.

—¿Quién lo hizo, señor Stagge? —exclamó la mujer—. ¿Me puede decir quién lo

hizo? ¿Se suicidó? ¿Qué ocurrió?

Stagge disimuló lo mejor que pudo una extraña sensación de asombro.

—No creemos que su marido se haya suicidado, señora Love. No hemos encontrado arma alguna en la estancia. Y respecto a lo que pudo haber ocurrido, nosotros esperábamos que usted nos pudiera ayudar.

Se detuvo, y oyeron en el vestíbulo una trifulca de pasos y varias voces murmurando.

—Pero ¿cómo puedo ayudarles yo, señor Stagge? —dijo la señora Love—. Yo no sé nada de nada. Esto ha sido una absoluta sorpresa para mí, yo diría que una espantosa conmoción. Y luego el pobre Michael, también, un muchacho tan agradable. Lo recuerdo bien cuando estaba en Merfield; mi marido tenía una residencia allí, ya sabe, Peterfield se llamaba, aunque yo creo que el sistema que tienen aquí para nombrar las residencias por los nombres de los supervisores es mucho mejor. En fin, el pobre Michael fue delegado durante un año antes de salir, ¿o fue un año y un trimestre...?

—Sí, señora... —cortó Stagge apresuradamente—. Algo sabemos de eso. Pero respecto a lo de esta noche...

—Fue por el café —dijo la señora Love por sorpresa.

—Perdón, ¿qué dice, señora?

—Me quedé sin café, una cosa rara en mí, no sé cómo ha podido ocurrir, a no ser que la señora Fiske, que es mi asistente, haya estado gastándolo, porque los criados, ya sabe, son tan distintos hoy en día, una nunca sabe lo que han estado haciendo en casa y cuando vuelve una, pero en fin, yo sabía que Andrew no tomaría ni té ni cacao, porque es muy particular para sus cosas y para eso, y nunca toca el alcohol, desde luego, así que pensé yo para mí...

—Un momento, un momento, señora Love..., vayamos por orden. Exactamente, ¿cuándo vio usted con vida a su marido por última vez?

La mujer pareció sorprendida por la pregunta.

—Bueno, pues a la hora de cenar, naturalmente. Después de cenar Andrew siempre trabajaba solo en su despacho hasta las once menos cuarto exactamente, y siempre daba órdenes terminantes de que no se le molestara bajo ningún pretexto..., unas órdenes muy engorrosas, porque la gente que no conoce sus costumbres sabe que está en casa y a veces se presentan y yo tengo que explicarles que no puede atenderlos, y a menudo se van muy ofendidos.

Fen, esperando una pausa, aprovechó la oportunidad.

—Pero, claro —apuntó—, los otros profesores sí que conocerían esa costumbre.

—Oh, sí, era casi una cosa de broma entre ellos. Siempre decían que podían poner en hora sus relojes de acuerdo con las costumbres de Andrew, y era tan cierto que casi no había diferencia, y a veces yo le tomaba el pelo por eso, y le decía que no

debía hacerse esclavo de la rutina, pero él nunca alteraba sus costumbres, y naturalmente yo me tenía que adecuar a sus hábitos, y como no soy una mujer muy puntual, por mi carácter, ya sabe, siempre me resultaba muy difícil hacerlo, en fin, uno no puede tenerlo todo, ¿sabe?

Stagge asintió a esta propuesta de muy buena gana, menos porque estuviera impresionado por la profunda filosofía que destilaba que porque previo que la entrevista podía durar por lo menos hasta el amanecer si no aprovechaba todas las oportunidades de meter baza que se le ofrecieran.

—¿Y qué ocurrió después de cenar? —dijo.

—Bueno, Andrew estuvo trabajando solo en su despacho y yo me senté aquí a escribir cartas; es una tarea que odio, siempre lo he dejado para el último momento, y más tarde incluso, aunque Andrew siempre tenía como norma responderlas el mismo día que llegaban, que por otra parte es el modo más adecuado realmente de llevar una correspondencia, porque si no, uno no hace más que darle vueltas en la cabeza y...

—Y dígame, ¿vino alguien a lo largo de la tarde?

—Oh, no, señor Stagge. ¿No le he dicho que Andrew era muy regular en sus costumbres? Verá, siempre...

—Sí, sí, ya sé, ya sé... —dijo Stagge enseguida—. Ya me lo ha dicho. Lo he entendido perfectamente. Y bien, ¿escuchó usted algo raro esta noche?

—Bueno —dijo la señora Love, tras una pausa *sin precedentes* para pensárselo bien—, hubo una obra de teatro muy rara en la radio, muy intelectual, supongo, pero no es el tipo de cosas que a mí me gustan, porque hacen programas extraordinarios a veces, y me atrevo a decir que Andrew se habría enfadado, porque yo siempre tuve la sensación con él de que tenía mucho que aprender, y eso me resultaba un poco agobiante.

—Sin duda, sin duda... —apuntó Stagge sin demasiado tacto—. Sin duda era un poco agobiante. ¿Y usted no ha salido de la casa en ningún momento?

—Pues claro. Fui a llevar mis cartas al buzón.

—¿A qué hora, señora?

—Puedo decírselo porque yo siempre le echo un vistazo a mi reloj, y recuerdo, *fíjese*, que *pensé* que tenía el tiempo justo para ir a echar las cartas si me daba prisa, porque así saldrían con el correo de la mañana, y aunque es un engorro que el buzón esté tan lejos, me pareció que debería ir de todos modos, porque dos de las cartas ya debería haberlas escrito hacía dos semanas, y aunque un correo más temprano probablemente no cambiaría mucho las cosas, una siempre piensa que en un caso así eso es lo que una tiene que hacer...

Stagge reprimió un suspiro de impaciencia. Se tocó la frente con la mano.

—Pero aún no nos ha contado, señora, a qué hora salió usted.

—Ah, ¿no se lo he dicho? Eran las diez y veinticinco. Sí. Las diez y veinticinco,

ni un minuto más tarde. Dejé la tetera puesta para la última tacita antes de dormir, ya sabe...

—¿Y a qué hora regresó?

—A las once menos veinte, señor Stagge. Y fue entonces cuando me di cuenta de que no quedaba café, yo uso de ese café que se puede poner con leche o con agua, y la lata estaba totalmente vacía, y estoy segura de que fue la señora Fiske, ya hablaré yo con ella, porque yo sabía que Andrew se enfadaría, a él le gusta tomarse su café a las once menos cuarto, ni un minuto más pronto ni un minuto más tarde, pero ya no se podía, y entonces fui corriendo a casa de la señora Philpotts para que me prestara un poco, que fue lo único que se me ocurrió, y luego, claro, con la charla y la conversación con ella, porque hay gente capaz de estar hablando durante horas sin respirar, que no sé cómo lo hacen, así se lo digo, en fin, que ya eran las once para cuando conseguí el café y lo tuve preparado, y lo cogí para llevárselo a Andrew, y entonces..., y entonces... —de repente, su verborrea se anegó—, y entonces lo encontré.

Se enjugó los ojos con el pañuelo. No era una emoción fingida, pensó Fen, sino el producto de los nervios más que de los afectos.

—Una cosa más, señora —dijo Stagge, aprovechando el silencio de la mujer—. ¿Sabe usted de alguien que pudiera desear hacerle algún mal a su marido?

A continuación la mujer procedió a una prolija y confusa explicación, pero una vez cribadas todas las irrelevancias se pudo deducir muy poca cosa, y su verborrea no permitió imaginar ninguna sugerencia útil sobre los motivos del crimen. Y como la cuestión había sido puramente formal, Stagge decidió que no tenía sentido permanecer más tiempo allí. Se puso en pie, lanzando a Fen una mirada de complicidad, y Fen, que para entonces ya estaba en estado casi comatoso, siguió obedientemente su ejemplo.

—Nos ha sido usted de *mucha* ayuda, señora Love —dijo Stagge, y su rostro enrojeció ligeramente ante aquella inocente demostración de hipocresía—. Ahora nos tenemos que ir. Procure descansar.

—¿Van ustedes a..., van ustedes a *llevárselo*?

—Con su permiso, sí —dijo Stagge entre titubeos—. No sé si tiene usted alguna amiga con la que le gustaría pasar la noche o...

—Oh, no, no —y lo dijo con un curioso énfasis—. Estaré bien. Será la primera vez en los últimos cuarenta años casi. Estaré bien.

Ya en la puerta, se encontraron con el sargento, el policía y el doctor.

—Ya lo tengo dentro —dijo este último, haciendo un gesto con la mandíbula en dirección a un bulto negro que con toda seguridad era la ambulancia—. Y si quiere que le sea sincero, ya va siendo hora de que todos nos vayamos a dormir.

Stagge estaba ausente, pensativo, encendiendo y apagando la linterna.

—Sí, claro... —dijo como en un susurro—. Creo que sí. Bueno, no sé si he hecho todo lo que debería haber hecho. Como ya le dije, todo esto es nuevo para mí.

—En mi opinión —apuntó Fen—, ha manejado usted el caso admirablemente. Y en unas circunstancias muy difíciles y complejas, además.

Stagge se mostró agradecido por aquel comentario.

—Bueno —dijo con un poco más de ánimo—, ¿y qué piensa usted de todo esto?

—Puede que a Love le hayan disparado mientras su mujer se encontraba fuera, pero si se empleó un silenciador...

—Es probable, ¿no? —dijo Stagge—, que fuera asesinado antes de las once menos cuarto, la hora a la que habitualmente tomaba su café. Es decir, me parece probable, si el asesino conocía esa costumbre particular. Había dos tazas en la bandeja, así que doy por supuesto que ella tomaba el café con su marido en el despacho... Bueno, lo consultaré con la almohada, señor, y le veré a usted por la mañana.

Se dieron las buenas noches y, después de que Fen recibiera información para llegar hasta la casa del director, se despidieron, silenciosos y agotados. Y Fen sintió un escalofrío cuando se montó en su coche, porque ya casi estaba empezando a amanecer; era la hora, pensó, a la que la mayoría de los hombres enfermos mueren. Fue abrumándolo cada vez más la melancolía mientras conducía en dirección a la casa del director, en medio de la oscuridad.

7. SATURNALIA

El día de entrega de premios y diplomas amaneció brillante y luminoso: una circunstancia rara por la cual el director había dado infinitas gracias a Dios; al menos se ahorraría la molestia de sustituir el programa en el exterior por una programación a cubierto. Durante el desayuno, en el salón bañado de sol matutino, Fen le contó las circunstancias del fallecimiento de Love, y el director escuchó la historia con semblante sombrío.

—Me he pasado la noche en blanco por el cansancio y las preocupaciones —dijo—. Ahora me siento como un borracho a la mañana siguiente de... Bien, aunque demasiado consciente de la sordidez de todo. Tengo que acordarme de escribir sin falta a Gabbitas esta misma mañana para que me busquen un par de sustitutos. —Se sirvió más café—. ¡Cielos, cómo detesto estos cambios! A veces pienso que el cambio, y solo el cambio, constituye la fuente de todas las desgracias. Sin duda el Paraíso era un lugar estático y letárgico.

—Todo avance implica un cambio —apuntó Fen sin mucho entusiasmo. La hora del desayuno no era precisamente su mejor momento del día.

—Entonces todo avance es malo —dijo el director dogmáticamente—. Al menos en el plano material, naturalmente. La Naturaleza exige, por alguna inescrutable razón, un equilibrio. Destruye ese equilibrio y la desgracia se abatirá sobre ti mientras dure la transición hacia un equilibrio diferente. Un hombre tiene una bicicleta, y está tan contento. Entonces se le antoja un coche, y se sentirá un desgraciado (porque el antiguo equilibrio entre él y su posesión se ha roto) hasta que lo consiga. Y así sucesivamente.

—Me siento inclinado a pensar —dijo Fen— que ni los cambios favorables ni los desfavorables tienen demasiada importancia en el conjunto de las desgracias humanas. La Historia demuestra que las desgracias y las miserias humanas son valores constantes en el tiempo, aunque varíen en su aspecto. La ciencia nos libra de las enfermedades pero nos amenaza con la bomba atómica. El humanitarismo nos libra de los sufrimientos del trabajo, pero a cambio nos entrega a los horrores de la agitación política. Hay una gran variedad de desgracias, cierto, pero eso es todo.

—Soy de natural pesimista —dijo el director—. Bueno, da igual, este no es el momento para establecer filosofías de la historia. ¿Tienes alguna idea sobre esos asesinatos?

—Lo que tengo son unas cuantas sospechas importantes. Pero aún no hemos recopilado todos los datos.

—Comprendo. —El director acabó su café y se metió una vieja pipa de cerezo en la boca—. Bueno, pues tendré que ir a ponerme la toga. ¿Vas a llevar la ropa ceremonial todo el día?

—Santo Dios, no. Me moriría de calor. Me la pondré solo para la entrega de diplomas, y ya está... Por cierto, ¿tienes un anuario del colegio que me pudieras prestar?

—Hay uno en la mesa del vestíbulo —dijo el director mientras salía por la puerta—. Puedes quedártelo si quieres.

Subió escaleras arriba, y Fen, tras encontrar el anuario, se sentó en la terraza al sol para estudiarlo. Los pájaros cantaban alegremente en las altas hayas y los últimos jirones de las brumas matutinas iban desvaneciéndose al otro lado de los setos. El anuario era una especie de pequeño folleto impreso en papel amarillo. La mayor parte del mismo consistía en retahilas de nombres de chicos, pero a estos les prestó muy poca atención; bien al contrario, se concentró en las tres primeras páginas, que contenía un listado de los nombres, las direcciones y los números de teléfonos de los profesores, seguidos de un catálogo parecido del resto de los empleados de la escuela: del encargado de los Junior Training Corps, de su ayudante, del tesorero, del bibliotecario, del secretario del director, de la enfermera del botiquín, del médico, del propietario de la tienda del colegio, del jefe de mantenimiento, del portero, del carpintero... Fen se percató de que los empleados de baja categoría no estaban incluidos, pero eso, afortunadamente, no era importante. Sacó un lápiz y trazó unos cuantos signos rúnicos en el margen.

Al cabo reapareció el director de nuevo, resplandeciente con su toga escarlata y carmesí, como correspondía a un doctor de Derecho Civil por Oxford. Luego se montaron los dos en el coche y condujeron hasta el colegio; una vez allí subieron al despacho del director en el edificio Davenant. De camino, el director le había explicado el programa del día.

—El servicio religioso es a las diez, en la capilla; será muy cortito, no temas. Luego, a las once menos cuarto, hay una exhibición general de gimnasia en los campos de deporte, acompañada por la banda de los Corps. Después ya no hay nada hasta la tarde; los muchachos comerán con sus padres, la mayoría, y la plantilla suele bajar a The Beacon, en Castreventford, a atiborrarse de ginebra. Los discursos y la entrega de premios son a las dos y media, y como no podemos meter a todos en el salón de actos, a esa misma hora se celebrará el partido de críquet entre los First Eleven y los Old Boys, para que los que se han quedado fuera tengan algo que hacer. A las cuatro, o aproximadamente a esa hora, se celebrará una enorme fiesta en el jardín de mi residencia, con té por turnos. Después de cenar hay una obra de teatro..., o la habrá si Mathieson puede arreglárselas sin Brenda Boyce. Y mañana (Dios sea alabado) será fiesta todo el día.

Cuando enfilaron el camino de los robles, el recinto escolar todavía estaba más o menos desierto; semejante hecho curioso se debía a que aquella mañana los muchachos desayunaban tarde. En todo caso, un par de ellos ya andaban por allí, con

sus trajes azul marino y sus claveles o rosas en los ojales —era la ostentación permitida aquel día de fiesta a todo el mundo, incluso a los más pequeños y a los más novatos—. Saludaron al director cuando este se cruzó con ellos, y al mirar preocupado el cielo con vistas a profetizar el tiempo estuvo a punto de inmolar a uno de ellos. También vieron a Wells, corriendo presuroso en la lejanía, afanado en algún ignoto recado administrativo. El señor Merrythought, incomprensiblemente misántropo, estaba rascándose tímidamente detrás de un árbol. Y a través de las ventanas del edificio Davenant, cuando llegaron allí, comenzó a oírse una alegre barahúnda de gritos y silbidos.

El director inmediatamente entabló conversación con Galbraith, con vistas a reunir a toda la plantilla en una de las clases, antes de ir a la capilla, y Galbraith se dirigió enseguida a su oficina para iniciar la larga tanda de llamadas telefónicas. A las nueve y cuarto llegó Stagge. Sus ojeras violáceas sugerían que había dormido más bien poco, pero hablaba como si estuviera de verdad animado.

—He apostado a un policía de paisano en el exterior de la sala de profesores, señor —dijo—. Tiene la llave, así que si alguien quiere coger algo, lo único que tiene que hacer es pedirlo. No tengo que añadir que se les vigilará mientras cogen lo que necesiten. Tal vez podría comunicar a los profesores nuestras disposiciones cuando se reúna luego con ellos.

—Por supuesto, superintendente. Confío en que acudan todos.

—Yo también —dijo Stagge bastante serio—. Y además, quizás me pueda ayudar con otro asunto... Me gustaría saber si acuden todos..., y si no, cuál es la razón de su ausencia. ¿Es probable que falte alguien?

—Si mi secretario puede ponerse en contacto con todos ellos, no. No hay ninguno que esté enfermo, y es una ley no escrita que todos los profesores han de estar presentes en el colegio este día de fiesta. Antes de que yo llegara aquí solían largarse a Londres con la idea de evitar a los padres, pero desde que estoy yo de director, eso está prohibido. —Stagge asintió a su explicación—. Y ustedes ¿han hecho algún... progreso? —preguntó el director.

—Muy poco, señor. Hemos examinado las dos balas, y aunque todavía tienen que ir a balística, para una ulterior comprobación, no tenemos ninguna duda, al menos yo, de que ambas proceden de la misma pistola. Ahora lo que tenemos que hacer es averiguar de dónde salió esa pistola, y dónde ha ido a parar.

—Al río —sugirió Fen.

—Me temo que eso sí podría ser, señor. De todos modos...

—¿Cuáles son sus planes para hoy, entonces? —preguntó el director.

—Tenemos un montón de cosas que hacer, señor. Tenemos las autopsias..., aunque, claro, no podemos hacer más que esperar los resultados. Luego están las dependencias del señor Somers, y la sala de profesores, tendremos que escrutarlas

minuciosamente. Tendremos que indagar en la procedencia del arma..., es decir... — Stagge decidió simplificar su modo de hablar—, intentar saber de dónde salió. Tenemos que averiguar cuánto le llevó a Somers escribir esas cartillas de notas. Y... lo más pesado de todo, tenemos que averiguar dónde estaba todo el mundo entre las diez y las once de ayer. Voy a poner a tres hombres a ello, y también estaría bien, señor, si usted informará a los profesores de que probablemente vamos a interrogarlos de un modo discreto. Cualquiera que tenga algo que ocultar estará preparado, así que no revelará nada y no le hará ningún daño.

—Señor superintendente: le agradezco muchísimo la discreción de sus métodos.

—Siempre que la discreción no interfiera con nuestra eficiencia, señor, puede usted contar con ella. Y ahora, si puede dedicarnos un momento, tal vez podría serme de mucha ayuda.

—¿En qué sentido?

—Creo, señor, que estuvo usted aquí, en su despacho, la pasada noche hasta el momento en que yo llegué.

—Así es. Desde las ocho y media en adelante.

—¿Abandonó usted el despacho en algún momento, señor?

—No. En ningún momento.

—¿Escuchó usted algo raro?

—No, nada de relevancia.

—¿No oyó ningún coche o alguna motocicleta por aquí, circulando por el recinto escolar? —intervino Fen.

El director reflexionó durante unos instantes.

—Eso es más difícil, pero creo que no... Espere, aunque... —añadió como arrepintiéndose—. No estoy seguro de si Galbraith vino en su coche... No, no vino en coche. Ahora lo recuerdo. Y toda la gente que acudió a la reunión de los *Fasti* llegó a pie, de eso estoy seguro.

—Muy bien, señor —dijo Stagge—. Y, en fin, esa reunión para preparar el último trimestre, ¿a qué hora empezó?

—A las nueve y media. Siempre que los supervisores de las residencias tienen algo que ver, las reuniones se celebran bastante tarde, porque siempre tienen cosas que hacer en las residencias.

—¿Y a qué hora acabó la reunión?

Poco antes de las once menos cuarto. La gente ya se estaba marchando cuando llegó Galbraith.

—Comprendo. —Stagge sacó su libreta—. Y ahora, señor, ¿puede usted darme una lista de la gente que asistió a ese encuentro? Solo los nombres.

El director frunció el ceño mientras encendía la pipa.

—Philpotts para el críquet. Weems, para música. Saltmarsh para el desfile.

Mathieson, para el club de cine. Du Cann, para las lecciones en el exterior. Peterkin, para los exámenes. Stout, el capellán, para los servicios religiosos. Morton, para la natación. Lumb, para el remo... Creo que esos son todos.

—Gracias, señor. ¿Faltó alguno que debería haber estado?

—Ninguno. Asistieron todos.

—¿Y se fueron todos a la vez?

—En grupo, superintendente. Por supuesto, probablemente se separaron cuando salieron a la calle. Pero yo estaba demasiado contento por haberme librado de ellos como para detenerme a ver qué hacían después...

—Y después de eso, ¿se quedó usted solo con su secretario hasta que supo todo lo que había ocurrido?

—Exactamente.

—¿Había otras cuestiones oficiales o administrativas de las que tuviera que ocuparse?

—No. Más bien un montón de asuntos oficiosos. La noche anterior al día de entrega de diplomas y premios es siempre una noche de fiestas.

—Ah. —Stagge cerró su libreta y la volvió a meter en el bolsillo—. Eso puede ayudarnos mucho. Verá, intentaremos conseguir una lista de todos aquellos que no tengan una coartada durante todo o parte de la horquilla de tiempo que manejamos: de diez a once de la noche. Aunque cuando sepamos cuánto tardó el señor Somers en cumplimentar las cartillas de notas, estaremos en condiciones de reducir la lista considerablemente.

—Entonces —dijo el director—, ¿dan ustedes por sentado que los asesinos no son..., bueno..., en fin..., *de fuera*?

—No damos por sentado nada, señor —contestó Stagge, de un modo tan cortante y oficial que impidió cualquier pregunta ulterior—, hasta que no tengamos todos los datos disponibles. Ah, una cosa más: me gustaría conocer su opinión personal respecto a la fiabilidad o no del portero de su colegio, Wells, y sobre el señor Etherege.

El director pareció sorprendido.

—Ambos son completamente de fiar, diría yo. Wells ha estado aquí, en el colegio, desde hace más de veinte años; es un hombre quisquilloso, pero es la imagen misma de la honestidad. Y respecto a Etherege, bueno..., es un caso distinto, más complejo. Se interesa *apasionadamente* por sus semejantes, y nunca he sabido que sus enojos fueran injustificados. Confío en él, supongo, por una razón bastante vaga, y es que Etherege disfruta pensando, leyendo y hablando, hasta la extenuación, de cualquier cosa que no guarde ninguna relación con aspectos esenciales para la vida, la indumentaria o la alimentación. No sé si me explico.

Pero no iba a obtener respuesta a esa sugerencia, porque en ese momento Fen

anunció desde su puesto, junto a la ventana, el comienzo de la jornada festiva:

—Aguarden. Los grupos ya se están reuniendo.

Los demás se acercaron también a la ventana.

Un grupo de profesores se había reunido en el exterior del edificio Hubbard, y en ese momento llegaba otro contingente. Las mucetas blancas de los diplomados, las rojas de los licenciados, las flores en los ojales —elegantes motas de color en la distancia—, y las más exóticas indumentarias de uno o dos doctores se recortaban llamativamente contra la pared de ladrillo granate y el manto de hiedra verde. Todos parecían reacios a abandonar la solana. El resto del recinto, por su parte, se iba animando paulatinamente. Los coches llegaban y se detenían en la diminuta media luna de gravilla del patio, o a los lados de la avenida que daba a la entrada. Los muchachos iban saliendo cada vez en mayor número para saludar, para guiar o controlar a su nerviosa parentela. El señor Philpotts venía corriendo por el campo de críquet de los First Eleven, y con su toga agitándose como una bandera. Y por todas partes había padres y más padres —padres como ratoncillos, padres agresivos, padres ostentosos, padres modestos, padres tímidos, padres animados: una riada de padres cada vez más abundante se reunía bajo el brillante cielo azul celeste... ¿Y para qué?, se preguntaba el director. Era improbable que aquello les divirtiera en lo más mínimo. Era improbable, incluso, que sus retoños se estuvieran divirtiendo. Y sin embargo, aquello tenía un cierto *glamour* que hacía hervir la sangre de todos los participantes, y el propio director, mientras contemplaba el espectáculo, no era inmune a esa emoción.

—Ya casi son menos cuarto —anunció alegremente—, así que debo irme. ¿Va a venir conmigo, superintendente?

—No, señor, creo que no. Es imprescindible que me quede aquí.

—Muy bien. Pero de ahora en adelante, recuerden, estaré hasta el cuello y no podré prestarles mucha atención. —Y lo dijo casi con agrado.

—Nos ocuparemos de nuestro trabajo, señor —le aseguró Stagge—, y si ocurriera algo importante, encontraré alguna manera de hacérselo saber.

—¿Y tú, Gervase? ¿Vienes?

—Sí, claro, claro —dijo Fen—. Estaré con usted dentro de diez minutos —añadió, dirigiéndose a Stagge.

—¡Galbraith! —exclamó el director. El secretario asomó solícito la cabeza por la puerta—. Venga conmigo, y coja la lista de los demonios. Así podremos estar seguros de que están todos allí dentro.

—Me he puesto en contacto con todos, señor.

—Bien. Pero tráigala de todos modos. —El director se acercó a un jarrón con rosas, escogió un elegante capullo, quebró el tallo y se lo entregó a Stagge—. Tenga. Un talismán protector —le dijo—. Ahora puede usted fingir que es un familiar de

algún chico. —Cogió luego el birrete y se lo puso de mala manera en la cabeza—. ¿Estamos listos ya? Pues andando.

Avanzaba a grandes zancadas por el recinto escolar hacia el edificio Hubbard, con Fen y Galbraith escoltándolo, igual que las rémoras escoltan a los tiburones. Los muchachos saludaban, los padres se levantaban el sombrero a su paso, las madres hacían un leve gesto de asentimiento y sonreían. El director les correspondía a todos con una discreta afabilidad. Fen, aunque había cedido a la recomendación de dejar en casa la corbata de las sirenas, aún presentaba un aspecto distinguido y festivo.

—Creerán que eres por lo menos lord Washburton —apuntó el director.

—Debería serlo —dijo Fen.

Los empleados, viendo venir a su jefe, entraron apresuradamente en el edificio. Y los tres hombres los siguieron en el momento en que el reloj en la torre techada de cobre daba los tres cuartos.

Se reunieron en el aula donde Fen había fingido un interés pedagógico al dar clase el día anterior: algunos de los treinta hombres se habían sentado en las mesas, o en el alféizar de las ventanas, interesados, curiosos, habladores. Fen se quedó apostado en el umbral de la puerta, con Galbraith. El director, reprimiendo su ánimo festivo a las exigencias de la noticia que debía dar, se abrió camino hasta la tarima.

—Caballeros —dijo, y todos se callaron—. Siento verme obligado a convocarles para esta reunión de urgencia, pero existe, como verán ustedes, una buena razón para ello. Ya se habrán dado cuenta de que ni Love ni Somers están con nosotros. Es mi penoso deber decirles que..., que ambos han muerto. Y en circunstancias que apuntan a un doble asesinato.

Se despertó un murmullo de asombro y consternación, pero nadie dijo nada. El director, observando rápidamente sus rostros, prosiguió:

—Somers encontró la muerte la pasada noche, en la sala de profesores. Por esa razón dicha sala está de momento cerrada, pero un policía de paisano está de guardia en la puerta, y les dejará pasar si necesitan coger algo que tengan allí dentro. Estoy seguro de que comprenderán ustedes que estas molestias son las mínimas imprescindibles, y también estoy seguro de que cooperarán con la policía en el caso.

Se detuvo. Un silencio mortal se adueñó del aula. El único movimiento lo estaba haciendo Galbraith, que, como era un hombre bajito, se veía obligado a ponerse de puntillas para contar a todos los presentes.

—La policía también me ha pedido —prosiguió el director— que les comunique que es posible que sean interrogados durante el día de hoy. Están llevando a cabo sus pesquisas lo más discretamente que pueden, y teniendo en cuenta las circunstancias, debo pedirles que no hablen con nadie de este asunto, por el momento. Y entre ustedes, lo menos posible. Comprenderán ustedes lo nocivo y ruinoso que sería

cualquier rumor sobre estos asuntos para el desarrollo normal de los acontecimientos del día. Debemos salvaguardar los intereses del colegio, y no creo que sea exagerado pedirles que eviten conversaciones y suposiciones sobre este tema a lo largo de las próximas horas, antes de que todo se sepa. Por favor, compórtense en el día de hoy como si nada hubiera ocurrido. Sean cuales sean sus sentimientos al respecto.

»Esto es todo, caballeros. Naturalmente querrán conocer ustedes los detalles del caso, pero no estoy autorizado a decir más de lo que les he dicho. Esta noche próxima, sin duda, todo será ya de dominio público. Mientras tanto, espero que tengamos un día tan agradable y ameno como las circunstancias nos permitan.

Hizo un gesto de despedida y tras unos momentos de duda, Peterkin, el jefe de estudios, dio un paso al frente.

—Estoy seguro de que hablo por todos mis colegas aquí presentes si digo que haremos todo lo que esté en nuestra mano... para cumplir con sus órdenes.

Se levantó un breve murmullo de aquiescencia que fue seguido de inmediato por una breve y tímida orden de silencio. Luego todos fueron saliendo en fila, lentamente y callados. Fen habría dado un brazo por saber qué pasaba por sus cabezas. Se acercó al director, que recibía el informe de su secretario.

—Estaban todos aquí, señor —informó Galbraith.

—Bien —dijo el director—. Me alegra que ya haya pasado... Y ahora, todos a la capilla.

Salieron del edificio Hubbard y se toparon con un grupo de profesores que andaban murmurando furtivamente. La campana comenzó a repicar. Los distintos grupos que remoloneaban en el campus se encaminaron a la capilla, en una lenta y desorganizada procesión. A Stagge —con las solapas levemente levantadas, de modo que su prominente nariz pudiera aspirar con más eficacia los perfumados aromas de la rosa amarilla de su ojal— se le comunicaron los términos esenciales en que había discurrido la reunión. Galbraith se dio la vuelta y regresó a toda prisa a su oficina en el edificio Davenant.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —preguntó Fen.

—Creo... —dijo Stagge— que iré a echar un vistazo a la sala de profesores, mientras todo el mundo está en la capilla.

—Yo iré al servicio religioso, entonces, y me encontraré más tarde con usted.

—Muy bien, señor. Luego pensaba ir a ver las dependencias del señor Somers. No sé si le apetecería venir conmigo...

—Ahí estaré —prometió Fen.

Fue caminando lentamente con el director hasta la capilla. El director inmediatamente desapareció por la puerta de la sacristía, y Fen aguardó, viendo cómo llegaba la multitud, hasta que el cese del repique de campanas anunció a todo el mundo que ya era hora de pasar adentro. Fen no tenía invitación, pero había

convencido a Wells para que le permitiera estar en una galería, y permaneció en la parte de atrás durante todo el servicio, observando con una mirada suspicaz la intolerable proliferación de susurros subrepticios en los bancos de los profesores. El coro salió en procesión con sus elegantes indumentarias rojas y negras, con el capellán y el director al final, se leyeron las oraciones, se cantaron los himnos y los salmos en un tono y en un volumen electrizantes, el director se explayó sobre unos cuantos asuntos que eran muy propios para un día de entrega de premios y al mismo tiempo conjugaban también con la religión cristiana, y la ceremonia concluyó de forma ruidosa a la par que idealista con el *Jerusalem* de Parry.

Fen consiguió escabullirse un poco antes de que el oficio acabara y, encendiendo un cigarrillo, regresó caminando por el campus vacío hasta el edificio Hubbard. A través de un hueco entre las ramas de dos hayas pudo ver el río, con un cisne solitario introduciendo el pico y la cabeza en el agua. Tenía la deliberada elegancia de un epicúreo metiendo la cucharilla en su taza de café. Algunos rectángulos de brillante verde esmeralda entre los campos de hierba seca señalaban los montículos de lanzamiento del críquet, y el calor se refractaba con violencia en los caminos de asfalto. El señor Merrythought estaba tumbado todo lo largo que era debajo de un árbol; un gorrión lo observaba curioso con la alegre insolencia de un pícaro callejero. Algunos centenares de yardas más allá, una alondra entonaba un canto de adoración al sol. La luz era cegadora, y los parabrisas y las brillantes carrocerías de la larga hilera de coches aparcados en las veredas lanzaban destellos resplandecientes. Al girarse, mientras se dirigía a la entrada del edificio Hubbard, Fen vio salir al gentío de la capilla y dispersarse como un chorro de vapor multicolor saliendo de un diminuto orificio. El reloj dio la media.

Stagge, con un gesto de cansancio y casi sofocado por el esfuerzo, seguía aún en la sala de profesores; el trabajo, tal y como admitió a regañadientes, no había dado ningún fruto, y aún tenía que bajar a las clases de abajo para echar un vistazo.

Fen se apiadó de él amablemente, se reprimió a la hora de ofrecerle su ayuda, y volvió a la calle. Al salir de la capilla, los muchachos habían abandonado a sus familiares y corrían a sus residencias para cambiarse de ropa. El director iba de grupo en grupo, saludando a los asistentes. Algunos chicos mayores de cursos especiales de tres meses caminaban con gesto hosco, y con las pipas en la boca, intentando sin mucho éxito ocultar su automática sumisión a sus antiguos profesores y supervisores de residencia. Al final, el regreso de los chicos, ataviados ahora con camisetas blancas, pantalones cortos azules y zapatillas de correr, señaló claramente que la demostración deportiva iba a comenzar de un momento a otro. La banda militar llegó, con sus lustrosos instrumentos lanzando destellos al sol, y todos se reunieron junto al campo de críquet. Un público compuesto de padres, maestros, chicos mayores y empleados se reunió al borde del campo. Los muchachos se ordenaron en sus niveles

correspondientes sobre la hierba. El mayor Percival, que además de ayudante de la banda del ejército era el profesor de gimnasia, se encaramó a una escalera portátil enarbolando un enorme megáfono gris y los fue dirigiendo con gran entusiasmo. El reloj dio las once menos cuarto.

—¡Atención! —gritó el mayor Percival por el megáfono, y todos se pusieron firmes dispuestos a obedecer.

El sargento Shelley levantó el bastón. El señor Merrythought empezó a hacer ruidos premonitorios de un ataque de ladridos. Las conversaciones titubearon al principio, luego se rebajaron y finalmente murieron. Los miembros de la banda, bizqueando sobre sus narices para descifrar las partituras pinzadas en sus instrumentos, se lanzaron a interpretar una de las marchas de Sousa^[17].

Durante veinte minutos —mientras la banda seguía tocando marchas, valeses y *pout-pourris*, y el mayor Percival daba alaridos admonitorios—, todos los escolares agitaron sus brazos y estiraron sus piernas, hicieron el pino, se doblaron y se estiraron, dieron volteretas, marcharon con aire marcial y regresaron con similar ademán; todo con una precisión relojera que levantaba murmullos de admiración de sus progenitores así como la cualificada aprobación de sus tutores provisionales. Desde luego, pensó Fen, había sido un espectáculo de lo más colorista y divertido; y luego se dijo con una mueca de remordimiento que debería haberse ocupado en otros asuntos más provechosos, en vez de estar mirando espectáculos tan coloristas y divertidos. Había que atar los cabos sueltos; el caso había sido excepcionalmente sencillo y obvio hasta el momento (dejando aparte el problema de los motivos), pero podía resultar útil conseguir una confirmación en un par de puntos concretos. Echó un vistazo a su alrededor, divisó a un profesor de mediana edad solo unas cuantas yardas más allá, y se acercó a él.

—Me preguntaba, hum... —le dijo—, me preguntaba si le importaría decirme quién de entre toda esa gente es el señor Etherege.

—Yo soy Etherege —dijo el tipo. Tenía pinta de lo que era: un profesor de mediana edad. Estrechó la mano de Fen y luego la soltó de repente, como si hubiera agarrado un manojo de ortigas—. Encantado de conocerle —añadió—. Sepa que su chico lo está haciendo espléndidamente. Tengo grandes esperanzas puestas en él.

—No, no... —corrigió Fen—. No soy uno de los padres.

—¿Ah, no? —dijo el señor Etherege muy educadamente, y le volvió a estrechar la mano, del mismo modo mecánico que antes. Tenía un pelo negro muy bien arreglado, un poco ralo ya en la coronilla, y llevaba unas gafas de pasta. A pesar de la deslustrada chaqueta y los pantalones de ligera franela gris que llevaba debajo de la toga, era extraordinariamente educado, con el aire de un aristócrata impenitente y empobrecido. Fen se presentó y el señor Etherege, que amagó con darle la mano por tercera vez, se lo pensó mejor y, en vez de estrechársela, señaló con un gesto a los

gimnastas.

—¿Le está gustando? —preguntó.

—Sí, un poco —dijo Fen—. Tiene el aire débil e inexacto de un ballet.

—Representa la Disciplina —dijo el señor Etherege, cuya pregunta claramente se había planteado menos por buscar información que como pretexto para disertar sobre el asunto—. Y para las mentalidades no instruidas, también la Uniformidad. —Era evidente que aquellas abstracciones las pronunciaba con letras mayúsculas—. Pero la última idea es una falacia.

—Sin duda, sin duda —dijo Fen, percibiendo que aquella incipiente homilía necesitaba más una puntuación que una contradicción.

—Una falacia —añadió el señor Etherege—, porque el intento de alcanzar la Uniformidad inevitablemente acentúa la Excentricidad. Consigue, como si dijéramos, asegurar la Excentricidad. Solo cuando a un muchacho se le abandona a su suerte en la universidad o en los negocios tiende a adquirir un carácter. El hombre es un animal gregario. En la escuela, el carácter Gregario es instintivo e inevitable, y por eso anima lo contrario. Pero, a la larga, en el mundo, un hombre que desea la compañía de sus semejantes es impelido a asociarse únicamente con los que se consideran de su Categoría: los deportistas, los artistas, los estudiosos o lo que sea, y al hacerlo, todos los perfiles de la Individualidad quedan borrosos o incluso desaparecen. Solo en un lugar como este puede tener uno la seguridad de encontrar gente rara.

—Ah —dijo Fen.

—De hecho, buena parte de las críticas que se le hacen a la escuela pública están basada en un infantil Error Psicológico: a saber, que la mente adolescente es más receptiva que crítica. Eso es simplemente incierto. Y las habituales objeciones de la izquierda a la preponderancia de los maestros conservadores son puras y simples bobadas. En esas cuestiones, los muchachos más adultos siempre adoptan un punto de vista diametralmente opuesto al de sus maestros. Pretender introducir maestros socialistas inevitablemente derivaría en una renovación a nivel nacional del Conservadurismo.

El señor Etherege se detuvo en el desarrollo de aquel grandilocuente augurio, y Fen aprovechó la oportunidad para cambiar de tema.

—Muy interesante, sí —observó con toda la falsedad de que era capaz—. Entonces, según usted, el profesor Love seguramente favorecía el caos y el libertinaje. Y Somers... ¿qué favorecía Somers?

—Somers carecía completamente de personalidad —dijo el señor Etherege—, de modo que ni favorecía ni dejaba de favorecer nada.

—Supongo que también carecía de dinero.

—Su salario era de trescientas setenta libras al año —sentenció Etherege con toda tranquilidad—, y el balance en su cuenta corriente bancaria cuando murió, calculo,

debía de ser de unas ciento cincuenta libras. Así que es inconcebible que lo mataran por dinero. No había hecho testamento, así que lo poco que tuviera irá a parar a manos de una tía acomodada que tiene en Middlesbrough. Es su pariente más cercano. No tenía ni amigos ni enemigos, así que pensar en motivos personales es también casi inconcebible.

—¿Y qué me dice de las mujeres?

—Su vida sexual —dijo el señor Etherege con aire docente— se reducía al cortejo de una joven llamada Sonia Delaney, que trabaja como modelo en una tienda del West End, y a quien visitaba un par de veces en vacaciones. La relación era un acuerdo puramente comercial, y no veo ninguna posibilidad de conflictos por ese lado.

—Entonces no tiene usted ni idea de cuál pudo ser el motivo para que lo asesinaran.

—Ni idea —admitió el señor Etherege con semblante triste. Aquella expresión le recordó a Fen la de un jugador de críquet que no ha podido atrapar una bola especialmente fácil.

—¿Y respecto al profesor Love?

—Love era un autómatas, no un ser humano —dijo el señor Etherege. Su afirmación le salió teñida de cierta malicia envenenada. Estaba claro que se sentía molesto por la incapacidad de Love para proporcionarle *a él* material provechoso para su fábrica de rumores y habladurías—. El y su mujer eran temperamentalmente incompatibles. Podría haberlo matado la propia mujer.

—Pero no fue ella la que lo hizo.

—¿No? Entonces muy probablemente metió las narices en algún vicio inocente, y el afectado se revolvió contra él.

—¿Sonia Delaney?

El señor Etherege negó con un gesto.

—Él lo sabía...

—¿Y no puso ninguna objeción? Pensaba que Somers era su protegido.

—Love era un puritano, pero no en todo... —El señor Etherege, cuyo rostro en los últimos minutos había mostrado tics de nerviosismo e incomodidad, sacó ahora un enorme pañuelo y se sonó la nariz con tanta violencia que podría haberse dicho que estaba intentando imitar el sonido del cuerno que Roldán hizo retumbar en Roncesvalles—. Alergia —explicó—. ¿Por dónde iba?

—Me estaba diciendo que el puritanismo del profesor Love no era... *indiscriminado*..

—Exactamente. Era un puritanismo comercial, por así decirlo; concernía sobre todo a los asuntos pecuniarios. A Love sin duda no le agradaba que Somers tuviera una amante, pero le habría agradado aún menos que, por ejemplo, Somers hubiera

intentado estafar a la Hacienda Pública.

Para entonces la banda ya estaba tocando los insípidos acordes del vals *Merry Widow*. «Vaya, así que un puritanismo comercial», pensó Fen: eso casaba muy bien con las palabras de Love acerca de cierto fraude en la nota que encontraron en su despacho. Por otra parte, el señor Etherege no se había mostrado especialmente hablador y colaborador, teniendo en cuenta lo asombrosamente detallado que era su conocimiento de las cosas. El problema del motivo tendría que abordarse desde otro punto de vista.

—¿Le importa —dijo Fen— si le hago un par de preguntas más?

El señor Etherege fue capaz de estornudar y asentir al mismo tiempo. El sonido resultante causó una momentánea consternación entre todas las personas que tenía a varias yardas a la redonda.

—Así está mejor... —dijo, empleando de nuevo su pañuelo vigorosamente—. Se ha desatascado un poco... Sí, pregunte lo que quiera. Ya me he enterado del asunto de las notas. Si quiere saber algo más sobre eso, puedo decirle claramente que cuando salí de la sala de profesores a las diez, ayer noche, aún tenía que poner noventa y siete notas en las cartillas.

—Su información parece extraordinariamente precisa.

—Lo es —dijo el señor Etherege con cierto engrimiento—. En este caso particular existe, naturalmente, una buena razón para ello. Inmediatamente después de la primera clase, ayer por la tarde, le pregunté a Somers cuándo pensaba acabar de rellenar las cartillas de notas. Comprenderá usted que yo sabía que andaba retrasado, por culpa de su esguince de muñeca. Me dijo que tenía intención de empezar a trabajar a las diez, ayer mismo por la noche, para poder dárselas a Wells a las once. Yo había acabado mis propias notas un poco antes, y como me parecía que sería difícil que acabara el trabajo en el tiempo que había previsto, conté el número de cartillas que aún le faltaban por rellenar. Y ya le digo, eran noventa y siete.

—¿Y podría usted decir qué noventa y siete eran?

El señor Etherege volvió a sonarse.

—Oh, sí —apuntó cuando se hubo recobrado—. Por la sencilla razón de que Wells recogió todas las que estaban hechas a las diez.

—Interesante —comentó Fen—. Cuénteme. ¿La regularidad de Wells a la hora de renovar el papel secante y sus horarios de oficina eran de dominio público? ¿Lo sabía todo el mundo?

—Desde luego.

—¿Y las costumbres cronométricas de Love?

—Era un chiste recurrente y pesado.

—Bien. ¿Y había notado usted algo raro en la conducta de Love últimamente?

—Sí. Precisamente se lo comenté a Somers ayer. Parecía estar dándole vueltas a

algún tipo de problema grave. —En el semblante cortés del señor Etherege se reflejó un gesto de frustración profesional—. Pero desconozco qué problema podría ser —añadió pensativamente—. Y al parecer tampoco lo sabía Somers.

—¿Cómo se hizo el esguince de muñeca Somers?

—Se cayó de la bicicleta —dijo el señor Etherege—, hace alrededor de una semana.

—¿Lo vio alguien?

—Unas quinientas personas, diría yo. Ocurrió enfrente del edificio Hubbard justo cuando estábamos todos saliendo de clase. Intentó evitar a algún muchachito estúpido que no miraba por dónde iba. Un esguince muy feo, puedo añadir; lo digo porque lo vi.

—¿Y Somers siempre utilizaba tinta negra?

—Desde que yo lo conozco, esa es la que usaba.

—Ah —dijo Fen pensativamente—, y en ese caso...

Una andanada de aplausos interrumpió su frase. La exhibición había llegado a su fin. El mayor Percival bajó de la escalera. La banda se fue alejando para librarse de sus instrumentos, los chicos regresaron a las residencias para cambiarse por segunda vez de ropa y los espectadores, en general sin ningún propósito concreto, comenzaron a deambular lenta y desordenadamente por el recinto.

—¿Algo más que se le ocurra preguntarme? —inquirió el señor Etherege, pellizcándose el puente de la nariz para intentar reprimir un amenazante estornudo—. Porque estoy viendo a un par de padres que vienen hacia aquí...

—No, nada más, gracias. Me ha sido usted de mucha ayuda.

El señor Etherege se sonó la nariz, estornudó a continuación y contempló con un gesto de abatimiento cómo un par de padres se aproximaban hacia él.

—No tengo ni la más ligera idea —dijo— de por qué una pareja tan fea podría estar tan interesada en la educación de... Disculpe. —Se dirigió al padre y le estrechó la mano levemente—. ¡Encantado de conocerle! —le dijo—. Sepa que su chico lo está haciendo maravillosamente. Tengo grandes esperanzas depositadas en él.

Fen lo dejó allí y se lanzó en persecución del sargento Shelley, que se dirigía en esos momentos a la armería. Lo alcanzó casi cuando ya estaba en la puerta. Se presentó y Shelley lo saludó con educado respeto. Shelley era un viejo soldado profesional que se había visto obligado a dejar el ejército regular por un problema gástrico. Aunque se cuidaba con un régimen estricto, estaba lejos de tener buen aspecto. Tenía unos ojos azules legañosos, un pelo casi cortado al rape, una tez pálida, sobre el labio superior lucía un minúsculo bigotillo y (a Fen le resultó curioso cuando lo notó) hablaba con un pronunciado acento *cockney*. Y poseía esa costumbre de mantener la concisión y la economía de palabras que con frecuencia es característica de la carrera militar.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas... —dijo Fen sin más preliminares—. ¿Ha oído usted algún rumor de lo que ha sucedido esta pasada noche?

—Alguna cosilla, señor. Por Wells.

—Fantástico. Entonces no necesito hacerle perder el tiempo con explicaciones. Se utilizó un calibre 38 en ambos casos, y necesitamos saber si por alguna casualidad el arma salió de este arsenal.

—Ya lo pensé, señor, y eso era precisamente lo que iba a comprobar ahora. No he tenido tiempo de hacerlo hasta este momento.

—Vayamos dentro entonces.

El sargento extrajo una llave de su bolsillo y abrió la puerta. El arsenal no era más que un pequeño cobertizo de madera, cuadrado, extraordinariamente sofocante, y con unos ventanucos tan impropios e inadecuados que incluso en aquella mañana tan luminosa fue necesario encender la luz. El recinto olía terriblemente a grasa. Había muchísimos rifles anticuados colocados en diversos estantes de rejilla repartidos a lo largo de las paredes. En un extremo se veía algo de equipación —cinturones, mochilas, cantimploras—, toda amontonada. Una mosca que se había quedado prisionera zumbaba con furiosa rabia contra uno de los polvorientos cristales. Las botas de Shelley resonaban con fuerza en los inestables tablones del suelo.

El militar se dirigió inmediatamente a un armario bastante grande y lo abrió; Fen se dio cuenta de que estaba sin cerrar con llave.

—La munición se guarda aquí, señor. La mayoría es de fogueo, claro. Y aquí —dijo mientras revolvía dentro— debería haber tres Colt del 38, y algunos cartuchos.

Su examen del armario apenas duró unos minutos.

—Pues estaba usted en lo cierto, señor —dijo—. Ha desaparecido uno. —Extrajo una caja de cartón con una etiqueta verde y la abrió—. Y esta caja de balas debería estar llena, y no lo está.

—¿Y qué me dice del silenciador? —preguntó Fen.

Shelley pareció desconcertado durante unos instantes, y luego exclamó:

—¡Ah, ya le entiendo, señor! El que me dio el señor Somers. Casi me había olvidado de él. —Volvió a revolver en el interior del armario—. ¡Que me aspen! ¡Ha desaparecido también! —exclamó al final.

—¿No le parece un poco arriesgado dejar ese armario sin cerrar con llave?

—Bueno, la verdad es que no, señor. Yo siempre estoy presente cuando los chicos vienen a coger sus rifles, y cuando los vuelven a dejar en la rejilla. Y el resto del tiempo la armería permanece cerrada.

—¿Cuántas llaves hay?

—Esta es la mía, señor, y hay otra que se guarda en la oficina, y Wells tiene otra... porque él tiene todas las llaves, y el director tiene otra que se guarda en la oficina del secretario.

—Supongo que en circunstancias normales ninguna persona no autorizada tendría la posibilidad de hacerse con ninguna de esas llaves... Es decir, que los sitios donde se guardan estarán cerrados con llave cuando no haya nadie allí.

—Así es, señor.

—A lo largo de la semana pasada, más o menos, ¿estuvo este sitio abierto y desatendido en algún momento?

Shelley pareció titubear un poco y se ruborizó ligeramente.

—Bueno, señor..., me temo que sí. Ayer por la tarde fue..., durante el desfile. Abrí la armería como siempre para que los chicos cogieran sus rifles y entonces me vi aquejado por un fuerte dolor de estómago, y el mayor Saltmarsh, que es nuestro Oficial al Mando, me sustituyó en el desfile. Me sentía tan mal que fui a sentarme un rato a mi oficina. Y creo que me debí de ir sin cerrar la armería... No debería haberlo hecho, lo sé. —Su rostro se ensombreció—. ¿Cree usted que fue entonces cuando se llevaron la pistola, señor?

—Es posible —dijo Fen—. Pero yo no me preocuparía mucho por su propia responsabilidad. Los asesinos lo habrían hecho de todos modos, hubiera cerrado usted con llave la armería o no. —Estudió de cerca los dos ventanucos—. De todos modos, nadie entró por ahí. Es evidente que no se han abierto desde hace meses.

Salieron otra vez al sol y Fen, tras despedirse de Shelley, se encaminó hacia el edificio Llubard. Iba pensando que no le había prestado demasiada atención a la cuestión de las huellas digitales en la armería, pero como sabía perfectamente quién había robado el arma, el dato prácticamente carecía de importancia. Por lo demás, la conversación no había probado ni refutado nada.

El movimiento general para abandonar el recinto escolar había comenzado, y los coches desfilaban lentamente hacia el pueblo de Castrevenford. Fen se reunió con Stagge en el edificio Hubbard. Su tarea había resultado en cierto modo infructuosa, aunque compartió con el superintendente lo más relevante de lo que había averiguado hablando con Shelley y Etherage. Stagge no parecía muy animado, dadas las circunstancias.

—El hecho es, señor, que todavía estamos delimitando el tiempo —dijo—, a la espera de que podamos comprobar las coartadas. Ya he acabado aquí, así que creo que lo mejor será bajar al pueblo para echarle un vistazo a las dependencias de Somers y de paso comprobar sus cuentas bancarias. He dejado a un hombre en la comisaría, haciendo las pruebas de la escritura de notas. Quiero ver qué resultados obtenemos de ahí.

—Iré con usted, si me lo permite —dijo Fen—. Y hay una cosa que me interesaría saber: ¿ha habido alguna noticia de Brenda Boyce?

Stagge negó con la cabeza.

—Nada, señor. Hemos cumplido con todos los procedimientos rutinarios y hemos

buscado en todos los lugares posibles, pero esa chica parece haber desaparecido de la faz de la tierra. El hecho cierto es que sencillamente no tenemos hombres suficientes para enfrentarnos a todo este embrollo. Me reuniré con el jefe de la policía a la hora de comer, y estoy casi convencido de que tiene la intención de llamar a Scotland Yard.

Bajaron a Castrevenford en el coche de Stagge. Castrevenford es una importante y floreciente villa comercial de Warwickshire, insólitamente afortunada en su arquitectura y casi completamente carente de suburbios empobrecidos. Los granjeros de la zona son prósperos y Castrevenford comparte naturalmente su prosperidad. Los guías turísticos pueden contar algunos hechos históricos de relativa importancia, de tipo provincial; en los alrededores se entablaron algunas batallas durante la Guerra Civil, y también cuenta con algunos personajes famosos que nacieron en la localidad, y cuyas figuras se veneran en una irrelevante colección estatuaria. La carretera principal evita el centro del pueblo, así que es un lugar relativamente tranquilo. Aquel espléndido día de primeros de junio la villa tenía un aspecto apacible y acogedor.

El coche aparcó enfrente de la estrecha casa de estilo palladiano en la que había vivido Somers. Acompañados por la casera, Fen y Stagge inspeccionaron la casa. No encontraron nada reseñable, aunque Fen mostró un cierto interés por un libro titulado *El cuarto falsificador*^[18], que Somers, al parecer, había dejado a medio leer; por lo que pudo ver, el libro trataba sobre todo de las falsificaciones de los manuscritos de Shakespeare. Los documentos privados de Somers no arrojaron tampoco mucha luz, porque consistían principalmente en facturas modestas y recibos. No parecía existir ningún tipo de correspondencia privada, y la propietaria aseguró que por lo que ella sabía nunca había recibido carta alguna de nadie. Desde luego, Somers había sido uno de esos hombres sin amigos, pensó Fen..., puede que por su inclinación eremítica.

No pasaron más de diez minutos en la casa, y de allí fueron al banco. El director, que era amigo personal de Stagge, no puso ninguna dificultad a la hora de permitirles examinar las cuentas corrientes de Love y Somers. Las del primero ofrecían un escasísimo interés: en asuntos de dinero Love había sido evidentemente tan meticulosamente regular como en todo lo demás. La cuenta de Somers, por su parte, arrojaba un balance positivo de cuarenta y ocho libras, aunque les llamó la atención el hecho de que el día anterior a su muerte, el titular había retirado cien libras en billetes de una libra. La breve conversación que mantuvieron con el empleado de la ventanilla que había hecho la transacción no arrojó ninguna luz, porque Somers no había dado ninguna pista sobre el propósito para el cual requería esa cantidad de dinero.

—Vaya, esto sí que es extraño... —dijo Stagge cuando salían del banco—. No encontramos ninguna suma de dinero ni en sus bolsillos, ni en sus dependencias. Me pregunto qué habrá sido de ese dinero. ¿Se lo robaría quizás el asesino?

Pero Fen, aunque estaba inusualmente absorto en sus pensamientos, no hizo ninguna sugerencia. Luego fueron hasta la comisaría de policía, y apenas llevaban allí cinco minutos cuando les llegó la noticia del tercer asesinato.

8. LA MUERTE DE UNA BRUJA

En este punto, nuestra historia se ve repentinamente enriquecida por la aparición de un personaje llamado Peter Plumstead, un empleado de una oficina de seguros de Londres que estaba de vacaciones en la zona. El señor Plumstead estaba disfrutando de quince días de senderismo. Se había cogido las vacaciones en una época tan temprana en parte porque, al no estar casado, solo tenía que pensar en sí mismo y en sus gustos, y en parte por su teoría, tan frágil como comprensible, de que algo no estaba yendo bien en la sucesión de las estaciones climáticas en Inglaterra, y que por consiguiente era más probable que tuviera buenos días a principios de junio que cuando más arreciaba la canícula. Al principio, cuando empezó su viaje, un inesperado día de lluvia torrencial había debilitado su fe en dicha teoría, pero superado ese pequeño bache toda su hipótesis había quedado perfectamente justificada y refrendada, y pudo cantar victoria así como otras alegres melodías mientras recorría jovialmente campos y caminos. Era un hombre joven, de genio vivo pero amigable, con unos ojos verdes bastante grandes y agudos, y un intratable pelo castaño; portaba la ropa adecuada para su divertimento deportivo: pantalones cortos, botas de caminar y una camisa sin corbata, una mochila y un bordón.

—Dame la vida que quieroooo —cantaba el señor Plumstead—, deja que las cosas paseeen, tum-te-tum-te-tum-tum-tum-tum, que otras vendraaán...

Había llegado a la conclusión de que Warwickshire era un condado mucho más interesante y hermoso que Leicestershire. En primera instancia, había cogido un tren hasta Leicester, y ahora viajaba hacia el sur camino de Londres, pasando por Warwickshire, Oxfordshire, Bucks y Middlesex. En Leicester había ido a ver, como era obligatorio y preceptivo, el muro de Jewry, el castillo de Astley en Nuneaton, el Lord Leycester Hospital en Warwick, y en Stratford-upon-Avon, donde nació Shakespeare, había visitado el Festival de Teatro y había presenciado *Como gustéis* en un recinto cerrado situado en las orillas del Avon.

Así que, concluyendo, serían las once de la mañana del mismo día en que se celebraba, en la cercana Castrevenford, la entrega de premios y diplomas, una fiesta de cuya existencia, en todo caso, Peter Plumstead no tenía ni la más remota idea, cuando hete aquí que nuestro intrépido viajero se encontraba caminando por un tranquilo sendero a apenas cuatro millas de la escuela.

—Mi cama en los arbustooos, viendo las estrellaaas —cantaba el señor Plumstead—, el pan lo mojo en el río, a un hombre como yoooo cualquier cosa le bastaaaa: la vida es para siempreee...

Estaba muy alegre y contento. Había prímulas en los campos y campanillas en los bosques. Los setos estaban moteados en blanco con las flores del espino, y ya se

adivinaban los primeros frutos de los ciruelos. Había visto también violetas medio ocultas en la hierba —florecían en las cunetas de los senderos— y había cogido un manojito para prendérselo en el ojal. Los pájaros cantaban animadamente y en los bosques que coronaban las pequeñas y lejanas colinas la luz del sol se derramaba como oro candente. El cielo, de un puro azul, enmarcaba la escena como una perfecta cúpula que el sol adornaba en el centro como un fabuloso ópalo girasol.

Pasaban pocos minutos de las once cuando el señor Plumstead llegó al *cottage*. Se alzaba a la derecha del sendero y era isabelino, pensó, o incluso más antiguo. La techumbre de paja estaba en unas condiciones ruinosas y las ladeadas chimeneas parecían a punto de venirse abajo. Los cristales cuadrados de los pequeños ventanucos estaban mugrientos y hasta misantrópicos, y el jardín tan asilvestrado que ni siquiera se distinguían ya las líneas que trazaban los parterres. La parte de atrás del *cottage* estaba delimitada por un grupo de deprimentes alerces. Un pato gordísimo y apestoso miraba el mundo desde el enrejado de una cancela desvencijada. El señor Plumstead, que ya había caminado aquella mañana más de ocho millas sin descansar, se detuvo y le devolvió al pato una mirada desafiante. El animal perdió entonces de repente todo su interés en el caminante y el señor Plumstead pudo reanudar la inspección de la casa.

La presencia del pato era la única prueba tangible de que la casa estuviera habitada por alguien; de hecho, las ventanas no tenían siquiera cortinas, y a pesar de que el *cottage* tenía varias chimeneas, de ninguna salía nada de humo que oscureciera aquel cielo silencioso y ardiente.

Hasta que de repente, como si se hubiera materializado de la nada, apareció una vieja detrás de una ventana. No parecía que le estuviera prestando ninguna atención al señor Plumstead, pero era difícil estar seguro al respecto, debido a la costra de mugre del cristal y a la oscuridad que parecía reinar en el interior de la estancia. Era como si estuviera hablando o algo... ¿Para sí misma? No: se distinguía una silueta un poco al fondo, y podía ser un hombre o una mujer. El señor Plumstead, inofensivo y curioso, se alzó de puntillas para atisbar mejor por encima del seto de matorral desastrado y medio seco. Pero en esos momentos ambas figuras se movieron y quedaron fuera del alcance de su vista. El señor Plumstead, resoplando, se dio la vuelta y retrocedió hasta el camino polvoriento.

Y entonces oyó el grito.

De ningún modo podía considerarse un grito melodramático. El señor Plumstead lo describió posteriormente como un lamento ahogado, medio enmudecido, muy agudo y muy breve, y por un momento dudó si sería realmente un grito humano. Se paró en seco y permaneció en el camino, dubitativo y titubeante. Le parecía muy probable que si hubiera actuado a tiempo podría haber salvado a alguien de posibles problemas y peligros..., podría incluso haberse ganado un puesto en el panteón

inmortal de los amantes de la gran poesía. Pero el temor a hacer el ridículo lo obligó a quedarse quieto y contenerse. Pasaron varios segundos antes de que se decidiera a darse la vuelta, volver sobre sus pasos, abrir la cancela y entrar en el jardín lleno de hierbajos.

El pato se alejó temeroso por el camino, como un cortesano que se aparta en presencia de un miembro de la realeza, y cuando el señor Plumstead apretó el paso, se giró y huyó a esconderse entre unos zarzales, desde donde empezó a lanzar malhumorados graznidos. El señor Plumstead, tras titubear un momento, comenzó a llamar repetida y nerviosamente a la puerta con los nudillos, pero en el interior de la casa no se oyó ningún movimiento. Tras un corto intervalo, probó a empujar la puerta, y se sorprendió al comprobar que estaba abierta. Una peste a taberna vieja le azotó la cara y atacó sus pituitarias. Escudriñó el sombrío pasillo.

—¡Hola...! —exclamó, primero tímidamente—. ¡Hola! ¿Hay alguien aquí?

Al parecer, no había nadie; los hipotéticos ocupantes de la casa, como los testigos encantados del poema de De la Mare^[19], no contestaron.

—¡Hola! —gritó el señor Plumstead más fuerte.

Pero el silencio siguió siendo absoluto. Ni una pisada, ni una respiración, ni el chasquido de un picaporte.

El señor Plumstead, conteniendo un repentino deseo de largarse de allí a toda pastilla, se adentró en la casa intentando no hacer ningún ruido. Su pie resbaló al pisar una botella de ginebra vacía, y el esfuerzo por no caerse no contribuyó precisamente a calmar sus nervios. La botella, díscolamente, se alejó rodando por el piso de madera y golpeó contra una pared. El señor Plumstead se detuvo para reunir algo de valor.

El *cottage* estaba tan abandonado por dentro como por fuera. El mobiliario, observó, era de lo más rudimentario y el ambiente, asfixiante. El señor Plumstead calculó que la primera puerta a la derecha debía de conducir a la estancia en la que había visto a la vieja. La abrió y se introdujo en una especie de salita.

Todo estaba cubierto por dos dedos de polvo. En el centro de la estancia, había un sillón desvencijado, cuyo asiento estaba abultado por los muelles sueltos. Al lado había una mesa con una pata ligeramente más corta que las otras. Encima había una barra de pan de la que alguien había arrancado trozos a puñados, un vaso sucio, y un plato descascarillado con una corteza de tocino solitaria y cubierto de grasa seca. También pudo entrever un montón de botellas vacías en un rincón, y una medio llena de ron en la repisa de la chimenea, junto a una vela apagada que se mantenía en pie gracias a su propia cera. Todas las paredes estaban revestidas de roble. En el enorme hogar, que parecía tan antiguo como la propia casa, las cenizas y las brasas de un fuego apagado aparentemente desde hacía siglos estaban cubiertas con un pestilente revoltijo de basuras y desperdicios en el que predominaban las mondas secas de

patatas. El sol de junio se filtraba lánguido y mustio por los cristales del único ventanuco, y la mayor parte de la estancia se encontraba a oscuras. Puede que fuera por eso por lo que el señor Plumstead no se dio cuenta de la presencia de la vieja hasta que estuvo a punto de tropezar con ella. O más bien con su cuerpo.

—¡Santo Dios bendito! —murmuró. Y luego, ya consciente de lo que había ocurrido—: ¡Maldita sea mi suerte...!

Seguramente ni siquiera en su juventud había sido una mujer hermosa, y el paso de los años no había mejorado ese aspecto de su personalidad. Su rostro —o lo que podía adivinarse de su rostro bajo las manchas de sangre— estaba lleno de profundas e innumerables arrugas, y tenía la nariz ganchuda como el pico de un piquituerto y el pelo canoso, apelmazado por la mugre. Llevaba un vestido negro lleno de lamparones y hecho trizas, y un par de viejas zapatillas de andar por casa, con una costra de barro pegada a cada una, aunque, por lo que sabía, por esa zona llevaba sin llover desde hacía por lo menos una semana. A su lado, tendido en el suelo, había un pesado atizador de hierro.

Pero si bien el señor Plumstead pudo apreciar todos los detalles de la escena, no quiso detenerse mucho tiempo en ellos.

Se quedó mirándolo todo, con los ojos abiertos como platos, intentando reprimir las náuseas hasta que no pudo más, y una arcada caliente y agria empezó a subir por su garganta. Fue concretamente cuando vio el agujero que tenía la vieja en la cabeza, y aquella mezcla asquerosa de pelo gris y sesos grisáceos con sangre y huesos rotos que adornaba el piso.

La conmoción lo dejó jadeante e inmóvil. Empezó a hablar de manera inconexa consigo mismo. Lo cual le impidió oír, ni siquiera sospechar, el ágil y cauteloso movimiento que se producía a sus espaldas: no se enteró de nada hasta que su consciencia se vio envuelta en un torbellino de constelaciones estrelladas a través de las cuales se vio impelido a sumergirse en un doloroso vacío. Notó cómo su cuerpo se derrumbaba al caer justo sobre el acolchado cuerpo de la vieja; y sintió, o quizás solo imaginó, que había unos hábiles dedos manipulando su muñeca derecha. Entonces, los latidos de su corazón se convirtieron en un martilleo como de graves tambores, y lo siguiente que recordaba es que se sumió en una profunda oscuridad.

Más adelante descubriría que solo estuvo inconsciente durante algo más de cinco minutos. Para ser un urbanita, el señor Plumstead contaba con un aguante físico y una resistencia notables, porque el golpe que le dieron en la nuca podía haber resultado mucho peor. Lo primero que hizo al recobrar la consciencia fue rodar y apartarse lo más posible de aquel siniestro colchón humano sobre el que había caído. Luego procuró ponerse en pie, lenta y cautelosamente. Aparte de sí mismo y de la vieja, en la estancia no había ni un alma, y eso suponiendo que el alma de la vieja siguiera en las inmediaciones. El señor Plumstead, ansioso de respirar algo de aire fresco y de

que le diera un poco de luz en la cara, abandonó el lugar trastabillando por la puerta principal. El resplandor del sol de mediodía cegó sus ojos. Se apoyó en el quicio de la puerta y, con el pato obeso como espectador impasible —o tal vez un poco hostil—, vomitó durante un buen rato sobre un seto de jazmines asilvestrados.

Después se sintió mucho mejor..., o al menos lo suficientemente bien como para ir a buscar ayuda. Volver a entrar, pensó, no era recomendable; el *cottage* era la primera casa que había encontrado en las últimas dos millas. Así que emprendió la marcha penosamente por aquel sendero que tan tontamente había abandonado, tocándose con cuidado la herida de la cabeza, y con un paso considerablemente menos vivo del que había llevado apenas unos minutos antes.

Aproximadamente un cuarto de milla después llegó a un grupo de casas lo suficientemente grande como para justificar que se le otorgara el nombre de ‘villorrio’; a la primera de las casas llegaba un cable de teléfono. Era una casa apenas más grande que la que acababa de dejar atrás, pero mucho más moderna y de bastante mejor aspecto. El señor Plumstead se detuvo junto a la cancela, que daba a un jardincito muy arreglado y colorido. Entonces trató de aclararse la garganta para llamar la atención de su presencia.

La joven que estaba tumbada en una esterilla sobre el césped levantó la mirada con el ceño un poco fruncido. Era rubia, y muy guapa, y llevaba sandalias y el biquini más escaso que el señor Plumstead hubiera visto jamás. De todos modos, en aquellos momentos estaba demasiado angustiado como para dedicarle el tiempo necesario a la escultural figura de la joven y a sus piernas morenas.

—Eeeh... —farfulló sin mucha convicción; en ese momento la joven se quitó las gafas de sol y lo miró con cierta sorpresa.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Un..., un teléfono... —murmuró el señor Plumstead, notando que el rubor ascendía a sus mejillas—. Me preguntaba si podría utilizar su teléfono... Verá..., se ha producido un asesinato...

La muchacha se puso rápidamente en pie.

—¿Un qué? —preguntó arrugando la nariz.

—Un asesinato... —dijo el señor Plumstead, con voz angustiada—. Es preciso llamar a la policía.

—Pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—En el *cottage* del camino, ahí, más abajo. Una señora mayor...

—¿Se refiere usted a la señora Bly?

—No lo sé... —dijo el señor Plumstead desesperado—. ¿Se llama así, Bly? Yo pasaba por delante de la casa cuando oí un grito, así que fui a ver qué pasaba, y..., y allí estaba, tumbada y llena de sangre... —Notó que la náusea volvía de nuevo, pero se contuvo.

La joven lo observó con suspicacia durante unos instantes.

—De acuerdo —le dijo—. Pase.

El señor Plumstead la siguió obediente. La modestia le aconsejaba que debería bajar la mirada —la indumentaria de la muchacha era decididamente exigua—, pero ella actuaba con una inconsciencia tan encantadora que el joven ignoró aquel consejo. El teléfono se encontraba en un pequeño y soleado recibidor.

—Marque el 0 —dijo la joven—, y... —entonces, el tono de su voz cambió dramáticamente—. ¡Santo Dios!, ¿qué le ha pasado en la cabeza?

—Me arrearón un golpe —admitió el señor Plumstead con un gesto de abatimiento—. ¿Me sangra mucho?

—Un poco. Voy a por un poco de yodo. Usted telefonee.

—¿Dónde estoy...? —dijo el señor Plumstead—. Quiero decir, ¿cómo se llama este sitio y ese camino?

—El pueblo se llama Ravensward, y esto es Maiden Lane —dijo la joven—. No sé cómo se llama el *cottage* de la señora Bly. No creo que tenga nombre siquiera... Cuando haya acabado de telefonar, espéreme aquí. Bajaré en un minuto.

Y subió corriendo las escaleras. El señor Plumstead, marcó el 0, preguntó por la policía y le comunicó lo fundamental de su descubrimiento al agente que le atendió.

Cuando la joven regresó con un bote de yodo, ya se había cambiado el traje de baño por un vestido de muselina blanca sin mangas. El señor Plumstead se percató de que, aunque aquel cambio satisfacía mejor las exigencias de la modestia, el vestido había aumentado más que disminuido su belleza.

—¿Le apetece tomar una cerveza mientras espera? —le preguntó; y ante el gesto agradecido del señor Plumstead de que sí tomaría una, la muchacha cogió cuatro botellines y dos vasos y los llevó a la esterilla del césped. Allí se sentaron y ella examinó con cuidado la herida de su cabeza.

—No es nada grave, no tiene de qué preocuparse —dijo al final—. Tómese una cerveza y yo le pondré el yodo.

Sus dedos eran ágiles y eficaces. Raras veces la vida proporcionaba un final tan agradablemente tradicional a una desdichada aventura como la que acababa de vivir, pensó el señor Plumstead.

Cuando la joven concluyó la cura, él dijo:

—Ha sido usted increíblemente amable... Por cierto, debería haberle dicho que me llamo Peter Plumstead.

—Yo me llamo Daphne Savage —y dio un trago a su cerveza, que saboreó con gusto; luego, dejando en el suelo el vaso, añadió—: Y, francamente, estoy como loca por saber lo que ha ocurrido.

El señor Plumstead se lo contó, del modo más detallado que pudo; siendo como era un joven sincero, no trató de minimizar su vergonzoso papel pasivo en lo

ocurrido..., aunque le habría gustado fingir que había sido un héroe.

Cuando concluyó la explicación, Daphne se quedó callada durante unos instantes, y luego preguntó:

—¿Por qué cree que le golpearon?

—Imagino que quienquiera que fuera quería que nadie lo viera salir de allí.

—Pero usted lo vio por la ventana. ¿No lo reconocería?

El señor Plumstead negó con un gesto.

—No vi más que una sombra. Ni siquiera podría jurar que se tratara de un hombre. —Titubeó—. ¿Sabe usted por qué alguien querría hacer algo tan espantoso?

—No, ni idea, a menos que la señora Bly tuviera dinero escondido en casa. Yo no sé mucho de ella, ¿sabe? Esta casa es de mi tía, y solo estoy aquí pasando mis vacaciones. La señora Bly era una vieja bruja bastante inaguantable, pero de ahí a matarla de esa manera...

A pesar del calor, Daphne dejó entrever que sentía un escalofrío.

No tardaron en empezar a hablar de otros asuntos. De la conversación se dedujo que Daphne era taquígrafa en una oficina de la City, así que al menos ya tenían algo en común. Estuvieron hablando de los distintos méritos de varios restaurantes de la zona, y ambos iban ya por la segunda cerveza cuando el coche de Stagge se detuvo a la puerta del jardín.

Cuando llegaron a la comisaría de policía, Fen y Stagge pudieron recabar algo más de información relevante.

De lo más interesantes fueron los resultados del experimento con las cartillas de notas. Un policía joven y culto, de aspecto severo, había sido el encargado de llevarlo a cabo.

—Tal y como usted ordenó, superintendente —dijo—, hablé con el señor Etherege, y me dio el número de cartillas de notas que el señor Somers aún tenía que rellenar a las diez en punto de la pasada noche. Me tomé la libertad de pedirle prestadas algunas cartillas al secretario del director y copié las observaciones del señor Somers lo más rápido que pude. Me llevó exactamente cincuenta y cinco minutos.

—Exactamente como usted había predicho, señor —dijo Stagge dirigiéndose a Fen.

Fen asintió.

—¿Escribe usted muy deprisa? —le preguntó al policía.

—Sí, señor. Más rápido que la mayoría de la gente.

—Bien, entonces ahí tenemos nuestro mínimo —dijo Stagge—. Y va a ser de gran ayuda cuando tengamos todos los informes sobre las coartadas.

El resto de la información hizo que su optimismo se atemperara. El análisis *post*

mortem de Somers no había revelado nada fuera de lo común, y los expertos en balística, por su parte, habían confirmado la opinión de Stagge de que ambas balas procedían de la misma pistola. Stagge estaba embarcado en extraer algún tipo de enjundiosa deducción de todo aquello cuando les comunicaron la llamada del señor Plumstead.

Así que no tuvieron más remedio que dejar lo que estaban haciendo y acudir a la escena del tercer desastre, por supuesto. Stagge agarró el volante, con Fen sentado a su lado y el sargento se acomodó con todo el equipo en el asiento trasero. El doctor los siguió en su propio vehículo.

—¡Esto es el colmo! —exclamó Stagge—. ¡Tres asesinatos y una desaparición, y todo en menos de veinticuatro horas! Aunque por lo que yo entiendo, este nuevo crimen no tiene nada que ver con los otros... —Y resopló con disgusto—. No es que sea un consuelo —añadió—, a no ser que eso signifique que podamos dilucidarlo en el momento. Y créanme que no soy muy optimista al respecto.

Recogieron al señor Plumstead en el *cottage* de Daphne, aunque una vez que Fen vio las botellas de cerveza vacías y le presentaron a la chica, Stagge tuvo ciertas dificultades para conseguir que se metiera de nuevo en el coche.

En el lugar del crimen todo estaba tal y como el señor Plumstead lo había dejado, y no es necesario repetir cómo se llevó a cabo la rutina de la investigación. El señor Plumstead le hizo a Stagge un detallado resumen de lo que había constituido su participación en el caso, y aceptó que se le tomaran las huellas dactilares, con el fin, tal y como señaló Stagge, de distinguirlas de las de cualquier otro extraño que pudiera haber estado en la escena. El informe del médico fue breve y conciso: la señora Bly había recibido un solo golpe, presumiblemente con el atizador de hierro, y había fallecido en el acto. Fen, tras haberse asegurado de que no había huellas relevantes sobre los pulverulentos muebles, hizo una inspección somera por el resto de las habitaciones de la casa. La miseria de aquel lugar era indescriptible: esto es, no hay necesidad de describirla. Sin embargo, había un detalle que valía la pena anotar: en la cocina se habían instalado muy recientemente unos fogones nuevos, y el proceso, al parecer, había precisado la demolición parcial de la vieja chimenea.

Una vez revisado el interior de la casa, Fen salió al jardín principal, donde hizo algún tímido intento de hacerse amigo del pato. Aún estaba ocupado en ese empeño infructuoso cuando salió Stagge y sugirió que caminaran un rato por la vereda que corría pareja a la puerta.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para que no los escuchara nadie, Fen le preguntó:

—¿Y bien?

—Las únicas huellas que hay en el atizador son las de Plumstead.

—¿De qué mano?

—De la derecha.

—Él es zurdo.

—Sí, ya me había dado cuenta.

—Además, no deberían ser las únicas huellas que hubiera en el atizador. ¿Dónde están las de la mujer?

Habían llegado ya al lugar donde habían dejado aparcado el coche. Stagge se detuvo y puso un pie en el estribo del vehículo. El camino en esa parte estaba asfaltado y el alquitrán, que había formado burbujas por el calor, se le pegaba a las suelas de los zapatos.

—Lo que es lo mismo, limpiaron bien el atizador —contestó Stagge—. La cuestión es... ¿quién lo limpió? ¿Plumstead u otra persona?

Fen se lo pensó.

—¿Podría describirme a grandes rasgos el crimen si lo hubiera cometido Plumstead? —dijo sin mucho entusiasmo.

—El caso sería así: tras haber matado a la vieja, limpia el atizador de todas las huellas, y luego lo agarra con la mano derecha, confiando en que nosotros asumiríamos que eso había sido un truco del asesino, puesto que él es zurdo. Respecto al golpe en la cabeza, podría habérselo dado a sí mismo; es apenas un rasguño.

—Pero eso... ¿no está un poco traído por los pelos? Demasiado fino. Este camino no está muy frecuentado, supongo. Si la hubiera matado, lo más lógico sería simplemente borrar las huellas de su presencia y largarse de aquí por donde había venido. Por lo que dice, no es de aquí, así que no hay nada en este sitio que lo relacione con el crimen.

Stagge tamborileó con los dedos sobre la ardiente carrocería del vehículo.

—Creo que tiene razón. Naturalmente. No hay ninguna prueba de que la historia de Plumstead no sea cierta; todo en ella cuadra perfectamente, y debo admitir que no me parece que tenga pinta exactamente de ser un maníaco homicida.

—¿Cree que ha sido un psicópata, entonces?

—No necesariamente. Estaba hablando por hablar. Es posible que la vieja fuera una de esas desgraciadas que guardan en casa algo de valor, y que alguien, sabiéndolo, haya entrado a robar.

—Es todo muy hipotético —dijo Fen—. ¿No había más pistas que las huellas dactilares?

—Nada que yo haya visto —dijo Stagge entre dudas—. ¿Cree usted que hay alguna relación entre este asesinato y los otros?

—No, al menos aparentemente. Pero hasta que tengamos un mínimo indicio sobre el motivo de los asesinatos, es imposible estar seguro. No me gusta esta ausencia tan determinante de motivos; es antinatural. El problema reside, no tanto en que nosotros

no podamos encajar el puzzle, como en que no tengamos siquiera las piezas a la vista.
—Se hizo un corto silencio—. Bueno, ¿tiene algún plan?

Stagge miró el reloj.

—Son las doce y veinte... Bajaré a Plumstead a la comisaría para que firme la declaración, y le pediré que se quede en Castreventford de momento; como está de vacaciones, eso no debería ser ningún inconveniente para él. Y luego tengo que ver al jefe de policía. Lo haré esta tarde —dijo Stagge suspirando profundamente—..., bueno, aunque de eso no estoy seguro todavía. Tengo más cosas que hacer de las que realmente puedo asumir.

—Hágame llegar lo que sepa en cuanto tenga los informes sobre las coartadas.

—Por supuesto, señor. ¿Quiere que le deje en el colegio de camino al pueblo?

—Gracias, pero me quedaré por aquí y fisgonearé un poco. Afortunadamente, la comida no es hasta la una y media. ¿Estamos muy lejos del colegio?

—Como a tres millas.

—Ah. ¿Cree que podría dejarme un coche para volver? Debería haberme traído el mío.

—Si quiere usted, señor, le enviaré un taxi desde Castreventford.

—Bueno —dijo Fen—. Que se presente a la una y cuarto en el pub del pueblo, comoquiera que se llame.

—The Beacon... Ah, hay una cosa más, señor. Encontré esto en uno de los bolsillos de la señora Bly. ¿Cree que tiene algún valor?

Era un retrato en miniatura, pintado en plata y con un marco muy sencillo, muy deslustrado, del mismo metal. Representaba, sobre un fondo de un azul muy brillante, a un joven que llevaba una túnica negra acuchillada, con un gran cuello almidonado. Tenía el pelo castaño oscuro, y los ojos estaban bastante separados, con unos párpados muy prominentes. Aparte del pequeño bigotillo, su rostro estaba pulidamente afeitado. Tenía la nariz redonda en la punta, y los labios eran muy finos. A la izquierda de la cabeza, recortado contra el fondo, había una inscripción: AE SVAE 29.

Fen lo observó con notable interés.

—Desde luego, no soy un experto en estas cosas —dijo—, pero yo diría que probablemente tiene algún valor. Es un retrato isabelino, por supuesto. Incluso diría que muy posiblemente de Hilliard^[20]. Dado que el *cottage* es isabelino también, me atrevería a decir que la señora Bly lo encontró allí.

—Ah, bien. —Stagge cogió la miniatura y la guardó de nuevo cuidadosamente—. Cada vez me convengo más de que el robo podría haber sido el motivo... Muy bien, señor. Tendré cuidado de no perderlo. Y ahora, tenemos que irnos.

Una vez se hubo marchado Stagge, Fen, tras permanecer pensativo un rato, se metió las manos en los bolsillos y emprendió camino a la casa de Daphne Savage.

9. TRABAJOS DE AMOR LOGRADOS

Fen podría haber dicho sobre el crimen lo mismo que Lewis Carroll solía decir sobre los niños: «No soy omnívoro, como los cerdos». De hecho, prefería los aspectos elegantes y refinados de la historia a un vulgar trozo de pan con mantequilla. Así pues, en el hipotético caso de que la señora Bly hubiera sido asesinada por algún vagabundo, como producto de la simple codicia, Fen no tenía ningún inconveniente en dejarle todo el peso de la investigación a Stagge.

Pero aquel caso no podía desestimarse tan a la ligera. Si Plumstead decía la verdad, la situación implicaba sutilezas que iban más allá de la mera suposición de una trampa, y además, su coincidencia temporal y geográfica con las otras muertes era suficiente para que las sospechas se levantaran por sí solas. Bien podía existir un nexo de unión en alguna parte, y no sería en absoluto una pérdida de tiempo intentar desentrañarlo.

Cuando todavía la nube de polvo que levantaron las ruedas del vehículo de Stagge no se había posado en el suelo, Fen llegó hasta la cancela del *cottage* de Daphne. La muchacha se había vuelto a tumbar al sol en la esterilla, en el césped, pero levantó la vista con una sonrisa admonitoria cuando vio aparecer al nuevo visitante.

—Supongo que le apetecerá una cerveza —dijo sin dar opción a una discusión, y Fen de inmediato supo que aquella joven era notablemente inteligente. Sin esperar una respuesta, la muchacha se levantó y entró dando saltitos en la casa, y volvió enseguida con algunas botellas y una jarra.

—Es usted de lo más hospitalaria —dijo Fen, que para entonces ya se había derrumbado en el césped, y estaba mordisqueando el largo tallo de una hierba.

—Tengo mucha curiosidad —aseguró Daphne. Se sentó y sirvió la cerveza—. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

Fen le sonrió. Había que reconocer que tenía un aspecto estupendo y fresco con aquel vestidito blanco. Su pelo rubio ceniza, recortado a lo *garçon*, pero un poco más largo, se balanceaba sobre sus hombros cuando se movía, y sus ojos verdes, muy separados, refulgían de alegría y buen humor. La joven le tendió la jarra de cerveza, y él bebió un buen trago.

—Hay pocas chicas de su edad que sean capaces de detectar cuándo uno necesita una cerveza —observó con aire soñador—, y sobre todo cuándo uno necesita tomarla en una jarra adecuada. Envidio enormemente al hombre que se case con usted.

Ella se echó a reír.

—No se crea, tengo otras desventajas —dijo, y añadió con cierta timidez—: Discúlpeme, pero no he entendido muy bien quién es usted. ¿Es usted policía?

—Dios no lo permita. Soy profesor.

—¿De qué?

—De Lengua.

La muchacha se puso en pie de un brinco.

—¡No será usted Gervase Fen!

—Oh, pues sí, resulta que lo soy.

Daphne dejó traslucir su asombro.

—¡Pero yo he oído un montón de cosas sobre usted! ¡Tenemos una amiga en común!

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—Oh, una chica llamada Sally Carstairs^[21].

—¡Cielo santo! —exclamó Fen—. No la he visto desde que heredó todo aquel dinero de la señorita Snaith. ¿Qué hace ahora? ¿Se casó?

—No, no se casó. Compró un piso en Londres.

Fen se quedó pensativo.

—Debe de hacer ya casi diez años de aquello... Dios mío, ¡qué mayor me estoy haciendo! La próxima vez que la vea dígame que ha sido un gesto extraordinariamente desagradecido y cruel por su parte no haberse mantenido en contacto conmigo.

—Tiene mucho cargo de conciencia por eso, créame —le aseguró Daphne—. Y siempre está hablando de aquella juguetería, y de la señorita Tardy, y de Richard Cadogan, y de todos los demás...

Fen suspiró.

—En aquellos días yo era un irresponsable y un despreocupado —dijo—. Desde entonces me he reformado mucho, ¿sabe?, y me he vuelto un poco nostálgico, lo cual es indicio de una vitalidad menguante... Bueno, bueno. Dele recuerdos de mi parte la próxima vez que la vea.

—Naturalmente. Pero ¿qué está usted haciendo por estos lares?

—Dando premios y diplomas —explicó Fen—. En la escuela Castrevenford.

—¿Y entonces supo de este asunto de la señora Bly y le pareció que tenía que echar un vistazo?

—Sí —dijo Fen, recostándose levemente—. En sí mismo no es más que un crimen como cualquier otro. Brutal, sí, pero..., como habría dicho Holmes, presenta ciertos aspectos interesantes.

Daphne se revolvió para buscar una postura más cómoda y se alisó el vestido.

—Cuénteme —le dijo—. Quiero decir, a menos que le preocupe divulgar lo que sabe.

Fen le proporcionó un escueto resumen de los hechos. Ella le escuchó atentamente, frunciendo un poco el gesto por la concentración.

—Supongo —dijo al final— que la historia del señor Plumstead será cierta... Cuando lo vi meterse en el coche de la policía, me pregunté si...

—Personalmente, creo que es cierta —dijo Fen, y le ofreció un cigarrillo.

—No, gracias. He tenido que dejar de fumar, porque me resultaba muy caro... Pero lo que no entiendo es por qué alguien querría matar a esa mujer.

—El mismo problema tenemos nosotros. —Fen se encendió un cigarrillo y lanzó la cerilla usada a un macizo de flores—. Me estaba preguntando precisamente si usted lo sabría.

La muchacha negó con un gesto.

—Yo casi no sé nada de la señora Bly. Verá, este es el *cottage* de mi tía, y solo estoy aquí de vacaciones.

—Ah... —dijo Fen—. No lo sabía. —Apuró su jarra de cerveza—. Pero tal vez conozca usted a alguien de por aquí que pudiera darme alguna información. Su tía, por ejemplo...

—Ha ido a pasar el día fuera. La verdad es que creo que el pub es su mejor opción. Conozco bastante bien al señor Beresford, que es el propietario, y si se lo presento...

Fen se puso en pie de un brinco con una agilidad que contradujo claramente su diagnóstico de una menguada vitalidad.

—Perfecto —dijo—. Además, eso me permitirá disfrutar de un placer adicional: invitarla a tomar un trago. ¿Está lejos?

—No, está aquí al lado. —Y Daphne imitó a Fen en su ágil decisión, pero con bastante más elegancia—. Pero espere un momento, hay una cosa que quiero saber.

—¿Sí?

—¿Qué le está haciendo la policía al señor Plumstead?

—Solo le está tomando declaración.

—¿No dijo..., no dijo si pensaba volver por aquí? —Daphne hablaba demasiado a la ligera como para creer que era una pregunta casual.

—Si es listo —dijo Fen—, será lo primero que haga. Le van a pedir que se quede en Castrevenford un tiempo.

—Pero eso no va a poder ser.

—¿Y por qué no?

—Porque todos los hoteles y las residencias están llenas con los padres y los familiares de los alumnos.

—Entonces le avisaré y le diré que se aloje en el pub de aquí.

—Sí, supongo que realmente esa es su única posibilidad —dijo Daphne con entusiasmo.

—Me ocuparé de que no la desperdicie —prometió Fen—. Por cierto, ¿qué piensa usted de él?

Daphne estaba ya abriendo la cancela.

—Parece majó —contestó despreocupadamente.

La aldea de Ravensward nunca había crecido lo suficiente como para que su población requiriera una iglesia propia. Era un amable conjunto de pequeñas casas, y pocas de ellas habían sido construidas después de 1800. En su centro había una pequeña plaza triangular, y un arroyo minúsculo, ahora reducido a un regatillo, que discurría bajo un puente estrecho y encorvado. Algunos muchachos alegres y mugrientos se apostaban allí para pescar —haciendo gala de un envidiable optimismo— tras salir del colegio. Aparte de ellos, no parecía haber nadie en el pueblo.

The Beacon se encontraba, puerta con puerta, junto a una pequeña tienda que vendía jabones, y cordelería, y caramelos de frutas, y horquillas para el pelo, y sobres de cartas. El edificio donde estaba el pub tenía un techo a dos aguas muy empinado y varias chimeneas muy altas, y las vigas de madera a la vista, con la fachada formando un bonito dibujo en blanco y negro. Contaba con un salón con barra, pero era obvio que no se utilizaba mucho. El bar era de techo bajo, oscuro y fresco, flanqueado de unos viejos bancos de madera, bien cepillados. Colgadas encima de la barra había hileras de pichelos de peltre abollados. Afortunadamente no se veían por ninguna parte carteles con frasecitas ingeniosas y, aparte del propietario, no había nadie en el lugar.

El señor Beresford resultó ser un hombre de mediana edad, de gesto adusto, con la cara encarnada como una manzana lustrosa. Recibió de buena gana a Daphne y esta le presentó formalmente a Fen; el anonimato sencillamente no se concebía en The Beacon. Fen pidió unas pintas de amarga para el señor Beresford y para él, y media pinta para Daphne.

—Señor Beresford —dijo Daphne: el profesor Fen me ha preguntado si le puede contar cosas de la señora Bly.

—¿Ah, sí? ¿Ahora? —contestó el señor Beresford con aire suspicaz. Escudriñó atentamente a Fen durante unos instantes, guiñando un ojo, como para asegurarse de que aquel interés no guardaba ninguna relación con cotilleos y frivolidades, y al parecer quedó satisfecho con lo que vio en su rostro—. Bueno, porque es amigo suyo, señorita Savage, que si no...

Salió de la barra y cada cual cogió su bebida para acercarse a una mesa junto a la ventana. Nadie dijo una palabra mientras se acomodaron; el ambiente reinante sugería que era inconcebible hacer más de una cosa a la vez. El señor Beresford brindó gravemente por la salud de sus clientes; Fen y Daphne correspondieron con un brindis semejante; y los tres bebieron. Luego, el señor Beresford dejó en la mesa la jarra, extrajo una pipa del bolsillo, sacó un paquete de tabaco, metió un poco en la cazoleta y lo encalcó con su dedo calloso.

—Bueno, bueno... —dijo.

Fen percibió que en la mirada de Daphne había una pregunta y asintió para que la

hiciera.

—No sé si sabe usted lo que ha ocurrido, señor Beresford —dijo Daphne—. Lo que le ha ocurrido a la señora Bly, digo.

—¿Ocurrido, señorita Savage? ¿Qué puede haberle ocurrido? Estuvo aquí esta mañana..., eso es lo que sé.

—Me temo que ha sido asesinada, señor Beresford.

Permanecieron en silencio mientras el señor Beresford asimilaba la noticia. Era evidente que en su código de conducta no cabía la expresión de fuertes emociones, cualesquiera que fueran las circunstancias. Tras un considerable paréntesis, al final dijo:

—¿Asesinada, me dice usted? Oh. Vaya. Mal asunto. Muy mal asunto. Verdaderamente un mal asunto...

Tras aquella somera evaluación de los hechos, que aunque parecía poco relevante se había pronunciado con una severidad que podría revestir la palabra mal⁵ con la connotación de toda una filosofía ética..., tras aquella evaluación de los hechos, en fin, el señor Beresford se quedó callado esperando alguna explicación; y Daphne, cogiendo la entradilla, le contó brevemente las circunstancias en las que se había producido el fallecimiento de la señora Bly. El señor Beresford la escuchaba con mucha atención.

—Mal asunto —repitió el tabernero cuando la joven concluyó—. Mal asunto. Pésimo... —Parecía obsesionado con la misma cantinela, como si fuera una runa mágica—. Y este caballero entonces —dijo señalando con la barbilla a Fen—, ¿es de la policía?

—Está trabajando con ellos, sí —dijo Daphne—. Y le he dicho que si hay alguien en Ravensward que puede ayudarle, ese es usted.

Con un movimiento ágil y concreto, el señor Beresford se llevó la pipa a la boca, prendió un fósforo y la encendió.

—Mal asunto —murmuró, y sorbiendo, dejó escapar unos cuantos ruidos líquidos de la boquilla. Fen, aunque apreciaba la placentera lentitud de las conversaciones rústicas, estaba pendiente de sus compromisos vespertinos, así que procuró acelerar discretamente las cosas.

—Lo que necesito es simplemente algo de información —apuntó con cierta precipitación—. Sobre sus amigos, sus familiares, sus costumbres, todo eso.

—Ah —dijo el señor Beresford, asintiendo—. Bueno, ahora le diré lo que puedo decirle, señor... —Y continuó asintiendo repetidamente, al parecer para mantenerlos en silencio mientras él ordenaba sus pensamientos. Luego le dio un buen trago a su cerveza.

—Era una forastera —soltó de repente—. No llevaba aquí más de quince años.

Fen inclinó la cabeza, para indicar que comprendía perfectamente las

circunstancias.

—Y tampoco es que se mezclara mucho con la gente de aquí. Hay gente que dice... —el señor Beresford miró a ambos lados. Su voz se tiño de desprecio—, hay quien dice que era una bruja. Pero yo no tengo ninguna razón para afirmarlo, no señor. No digo yo que no haya brujas por ahí..., eso no lo digo yo. Pero la ciencia acabó con ellas... ¿es así o no es así, señor?

Fen se mostró de acuerdo con esa afirmación. Aun así, en su mente dudaba de la fiabilidad del tabernero.

—¿Entonces no tenía amigos? —sugirió.

—No, la verdad es que no los tenía. Y una cosa más le diré, señor. —El señor Beresford se inclinó hacia delante en un gesto de íntima confidencialidad, y golpeó repetidamente la mesa con el índice—: Bebía.

Se recostó otra vez hacia atrás para ver bien el efecto que aquella revelación había tenido en su audiencia.

—Bebía —repitió con aire dramático—. Bueno, que yo también bebo, señor, pero hay bebedores y *bebedores*. —Y luego emitió un silbido que podría transcribirse como «*Pfiuuu*»—. Y yo no sé usted, señor, pero yo no confío en las personas que beben solas bajo su propio techo. Eso no es natural, para mi manera de pensar. Digo.

Fen dejó escapar algunos ruidos afirmativos que eran los que se suponía que tenía que emitir ante una revelación así.

—¿Y no tenía familiares? —dijo—. ¿Marido?

—Si tenía marido, yo nunca lo vi —contestó el señor Beresford—. Dicen que si se fue y la dejó cuando ella empezó a beber, pero eso no son más que habladurías. No se fíe usted de eso, señor. No. Lo único que puedo decirle yo aquí y ahora es que nunca apareció por aquí. —El señor Beresford se detuvo para empinar el codo, levantando una mano para poder proseguir su argumento—. Y respecto a sus familiares, tenía un hijo, eso es lo que yo sé. Un hijo casado. Y sé que ella a veces lo iba a visitar; ahora, lo que pensara la esposa del chico de lo cerda que era su suegra...

Hizo un gesto con la cabeza, como para quitarse de encima la visión de las tensiones domésticas que sugería su reflexión.

—¿Y dónde vive su hijo? —preguntó Fen—. ¿En algún pueblo por aquí cerca?

—Ah. De eso ya no estoy yo seguro. Cerca de aquí no, eso sí. Creo que vive en una de esas ciudades grandes —dijo el señor Beresford en un tono melancólico—. Es gracioso que me venga usted preguntando por él precisamente... —comentó tras unos instantes de silencio.

—¿Eh? Ah. ¿Y por qué?

—Porque hubo otro caballero..., déjeme ver..., creo..., hoy estamos a sábado, así que debió de ser el jueves, cuando vino por aquí el tipo ese. Quería saber también de la señora Bly, y quería saber dónde andaba, y yo le dije que había ido a ver a su hijo,

sea donde sea que viva el hijo, pero yo sobre eso no pude contestarle a ese señor, ni puedo contestarle a usted ni a nadie. —Hubo un gesto en los ademanes del señor Beresford, como si se sintiera ofendido por la insinuación no hecha—. No pude serle de mucha ayuda al caballero..., venía haciendo preguntas y eso. Y no tuvo ni la decencia de pedirse ni una media pinta. Uno de esos abstemios que hay por ahí, diría yo.

A Fen se le pasó por la mente una idea.

—No sería de la escuela por casualidad.

—Bueno, señor, pues puede que sí. Los maestros de la escuela a veces vienen aquí, un rato, para tomar una pinta o dos, aunque no mucho más. Pero yo a ese no lo había visto antes.

—¿Puede usted describírmelo?

—De mediana edad sería —dijo el señor Beresford—, y delgado, fuerte, con el pelo cano.

Aunque la descripción era un tanto vaga, la imagen parecía corresponder al profesor Love, o eso pensó Fen, y si había sido él, entonces de inmediato se establecía una conexión entre la muerte de la señora Bly y los asesinatos de la escuela: una conexión que, hasta donde podía alcanzar, no tenía más fundamentos que su instinto para la sospecha criminal.

—Y luego cómo se puso el hombre —prosiguió el señor Beresford— cuando descubrió que yo no tenía ni idea de dónde podía vivir el hijo de la señora Bly. ¡Ah! Chasqueó la lengua y meneó la cabeza como si estuviera desesperado. Me pregunta, dice, si sabía yo cuándo iba a regresar la señora Bly a Ravensward, y es lo que le dije, que hoy. Y eso parece que le calmó un poco, y se marchó sin darme siquiera los buenos días. ¡Ah!

El señor Beresford se detuvo un instante para refrescar su indignación retrospectiva con un buen trago de su jarra.

—¿Entonces la señora Bly ha estado fuera últimamente? —preguntó Fen.

—¿No se lo acabo de decir a usted? —El señor Beresford observó a Fen con pena y conmiseración, pareció, como si fuera un poco lerdo o no comprendiera bien lo que se le decía—. Estuvo fuera, visitando a su hijo desde..., vamos a ver..., desde el miércoles, eso es. ¡Ah! Eso es: desde el miércoles. El miércoles por la mañana estuvo esperando el autobús que va hasta Castrevenford. «De viaje otra vez, señora Bly», le dije yo. «Solo hasta el sábado, señor Beresford —me dijo ella—, solo hasta el sábado.» ¡Y por eso estoy seguro de que regresó esta misma mañana!

Fen pensó que eso significaba que el domicilio de su hijo no podía estar muy lejos. Se le ocurrió que podía preguntar de dónde sacaba el dinero para vivir.

—Ella tenía su pensión, desde luego —dijo el señor Beresford—. Y su hijo creo yo que le daría algo, algo le daría de vez en cuando. O eso debía de hacer. Si no, ¿de

dónde sacaba el dinero para beber como bebía?

—¿Sabe usted si tenía alguna cosa de valor? ¿Algo que valiera la pena robar o...?

El señor Beresford negó lentamente con la cabeza.

—Lo dudo yo, señor. Ella en lo único que pensaba era en beber. ¡Habría vendido el alma me parece a mí por un trago!

—Sin embargo, cuando estuve en el *cottage* de la señora Bly me di cuenta de que habían instalado una cocina nueva.

El señor Beresford pareció un poco humillado al ver que su aseveración se veía refutada tan pronto.

—Eso sí que es verdad —murmuró—. Extraño sí que es. *Raro*. —Y pronunció esta palabra con un énfasis tan amenazador que la muchacha y Fen casi se sorprendieron; parecía como si poner una cocina nueva fuera el epítome de todas las excentricidades imaginables que se hubieran podido imaginar desde el principio de los tiempos—. Pero el señor Taverner —añadió el tabernero— lo sabe todo de eso.

—¿El señor Taverner?

—Fue él quien le puso la cocina.

—El señor Taverner es el fontanero y carpintero del pueblo —terció Daphne.

—¡Ah! Así es, señorita Savage. No tardará en venir, así que podrán hablar con él. ¡Ah! —dijo el señor Beresford con aire pensativo—. Ahora que lo pienso yo..., una cosa curiosa, una cosa curiosa, sí.

Fen reprimió un vehemente deseo de preguntarle qué era lo que le parecía tan curioso, y esperó pacientemente hasta que el señor Beresford creyó oportuno ilustrarlos cuando le pareció bien y por su cuenta. Y lo hizo después de dar varias caladas premonitorias a su pipa, que hacía ya largo rato que se había apagado.

—Me preguntaba usted antes —dijo— si la señora Bly tenía algo que valiera la pena robar. —Un tanto nervioso y exasperado, Fen asintió—. Bueno, señor, pues me acabo de acordar yo en este momento de que el señor Taverner vio que había algunas cosas viejas cuando le estuvo poniendo la cocina. ¡Ah! Estaban ahí escondidas, en la chimenea misma estaban. Un retrato antiguo me pareció entender a mí, y alguna cosa más. Ahora, que no creo yo que nadie quisiera robar una pintura vieja..., y que era una cosa muy pequeña, según dice todo el mundo..., pero esto solo se lo digo por si le parece a usted que es importante.

Una pintura antigua, pensó Fen: probablemente la miniatura que se había encontrado en el bolsillo de la señor Bly, y si era eso, entonces era posible que...

—Supongo que el señor Taverner estará en condiciones de decirme qué más había —dijo Fen.

—Sí, desde luego, señor. No se lo habría dicho, si no...

—Me alegro de que lo mencionara, señora Beresford. —Una curiosa premonición estaba afianzándose en el pensamiento de Fen: la idea de estar a punto de asistir a

alguna emocionante e inimaginable revelación; y cuando pensó en ello más adelante, se asombró al darse cuenta de que en aquel momento no hubiera tenido ni la más mínima idea de lo que podría ser. Se quedó pensativo. El señor Beresford había proporcionado alguna información que podría resultar finalmente útil: por ejemplo, que la señora Bly había estado fuera desde el miércoles hasta aquella misma mañana de sábado; que Love (si es que fue Love) había estado por allí preguntando por ella y por su hijo; que en circunstancias normales no tenía nada en casa que justificara un robo, pero que había algunas cosas «viejas» que se habían encontrado cuando le instalaron la cocina nueva... Desde luego, había que interrogar al señor Taverner. Y había otra línea de investigación que también podía ofrecer resultados...

—Señor Beresford —dijo Fen—, ¿no conocerá usted por casualidad a un profesor del colegio que se llama Somers?

—Ah, pues claro que sí, señor —contestó el señor Beresford sin tardanza—. Podría decir yo que es uno de mis parroquianos. Un caballero joven y muy agradable, aunque callado. Viene aquí solo, mayormente.

—¿Y tenía alguna relación con la señora Bly?

—No que yo sepa, señor. Nunca le oí hablar de ella.

—Entiendo —dijo Fen, un poco desilusionado—. ¿Ha venido por aquí esta última semana?

El señor Beresford vació su jarra y se secó la boca con el envés de la mano.

—Déjeme que lo piense, a ver. Déjeme que lo piense... Estuvo aquí el lunes por la noche, y el martes también estuvo, pero no lo he visto desde entonces. El lunes estuvo aquí hablando con el señor Taverner. Y el martes aquí estuvo muy contento y animado, y así se lo dije yo. «Vaya, señor Somers —le dije yo—, está usted esta noche feliz como una perdiz. ¿Ha heredado una fortuna o qué?» Y va él y me dice: «Algo parecido, señor Beresford —me dice—, algo parecido», y se echó a reír.

El señor Beresford también sonrió, para ilustrar el comentario. Pero en aquel momento tanto Fen como Daphne estaban completamente ajenos a lo que les esperaba a continuación. Porque el señor Beresford levantó una mano, la dejó caer sobre la mesa dando un tremendo golpetazo, y dijo:

—¡Eh, un momento ahí! —y lo dijo con una furia y una violencia tal que Daphne derramó la cerveza que le quedaba en la jarra. El señor Beresford se disculpó, pero muy por encima; su gesto, impasible hasta ese momento, era ahora casi de crispación. Mientras Daphne se secaba el vestido con un pañuelo, y Fen se retiraba precipitadamente del Niágara de cerveza que se estaba derramando por el borde de la mesa, el señor Beresford no hizo más que levantar el dedo con un gesto melodramático para dar a entender que le había llegado la inspiración.

—¡Charlie, *el Truenos!* —exclamó ante su espantado auditorio—. Claro que sí. ¡Charlie, *el Truenos!*

Al principio, y comprensiblemente, ambos pensaron que aquello no era más que un comentario sobre los difíciles procesos digestivos de algún ilustre personaje local, y miraron al señor Beresford con aire de perpleja sorpresa; pero pronto fueron desengañados de esa idea.

—¡Él lo vio! —añadió el señor Beresford, pronominalmente oscuro—. Lo vio salir del *cottage*.

Fen se acodó en la mesa y se atrevió a pedirle que se explicara.

—Charlie *el Truenos*, eso fue. —El señor Beresford empezó a calmarse enseguida, y, de hecho, pareció como si estuviera confuso y avergonzado por su estallido de entusiasmo—. Espero que no se haya echado a perder su bonito vestido, señorita Savage.

—No, no —dijo Daphne educadamente—. Pero díganos, señor Beresford, qué vio Charlie *el Truenos*. —Y empezó a frotarse el vestido con más violencia si cabe que antes.

Sin embargo, el señor Beresford para entonces ya estaba únicamente pensando en sus responsabilidades de tabernero. Cogió un trapo de la barra y empapó la mesa con él. Solo cuando terminó aquella operación y Fen le encargó una segunda ronda de cervezas, volvió al asunto que se traían entre manos.

—Lo que me estaba preguntando usted, señor, era si el señor Somers había tenido alguna vez algo que ver con la señora Bly. Y yo le dije que no, pero porque se me olvidó lo de Charlie. Verá usted, a Charlie le falta un..., está un poco de aquí... —Y el señor Beresford se dio unos significativos golpecitos en la sien con el dedo—. No siempre puede uno fiarse de él. Así que cuando me dijo, justo antes de cerrar el martes, que había visto al señor Somers saliendo del *cottage* de la señora Bly..., bueno, yo no le presté mucha atención. Pensé para mí que se estaba imaginando cosas. ¡Y por eso lo había olvidado!

Dio un largo trago a la nueva jarra de cerveza, con un aire penitencial. De momento, Fen no le hizo ninguna precisión, porque estaba pensando en la secuencia de hechos que se derivaban de lo revelado en los últimos minutos. El señor Taverner descubre algunas «cosas viejas» en el *cottage* de la señora Bly; el señor Taverner habla con Somers; este visita a la señora Bly y poco después se le ve extrañamente contento y feliz en el pub. Fen miró el reloj que había encima de la barra y vio que las manecillas estaban a punto de dar la hora.

—¿Entonces está usted esperando al señor Taverner? —preguntó.

—A la una vendrá, señor. Estará al caer. Y le podrá decir lo que usted quiera, se lo aseguro yo. Es un hombre muy inteligente, el señor Taverner digo, y un predicador muy famoso.

—¿Predicador, dice?

—Predicador laico, señor. Ha predicado por todo el condado. Pero no es un santo

Jesús, entiéndame —añadió el señor Beresford: una explicación que a Fen le resultó de lo más pintoresca—. Salvo en domingo, le gusta tanto calzarse una pinta como a cualquier hijo de vecino.

El señor Beresford se quedó callado y pareció escuchar algo con detenimiento; unas pisadas se acercaban a la puerta del bar, y exactamente cuando el picaporte giró, el reloj que había encima de la barra dio la una. La puerta se abrió y entró el señor Taverner, seguido de un joven grandullón y tímido, que venía arrastrando los pies.

Si no fuera por su indumentaria de carpintero, que estaba tiznada con pintura y moteada con serrín, el señor Taverner parecería un mayordomo real. Tenía la cara colorada, de tonos ocres, con prominentes bolsas bajo los ojos, y su cuerpo tenía en todo la semejanza de una pera. Emanaba una pomposidad típicamente *johnsoniana*^[22]. El suelo de madera crujió bajo su considerable peso. Del bolsillo de su pechera asomaba un formón. Le dio a los presentes los buenos días con una voz melodiosa, rotunda y clerical. Luego avanzó con paso moderado y gran dignidad hasta la barra, donde recibió, y después pagó, una pinta de amarga que el señor Beresford le sirvió, dejando al muchacho grandullón que pidiera lo que quisiera. A continuación tuvo lugar una conversación en voz baja, y a su conclusión el señor Taverner se aproximó a Fen y a Daphne con aquel mismo movimiento dramático de ánfora andante. A Daphne le dedicó una leve reverencia, y luego se dirigió a Fen.

—Creo, señor —dijo—, que voy a tener el placer de conocerle.

Fen se levantó, le estrechó muy seriamente la mano y le hizo un gesto, a modo de formal invitación, para que se sentara; entonces el señor Taverner cogió una silla vacía, la agarró firmemente por el respaldo, la sacudió con violencia —al parecer para comprobar que el machihembrado era seguro— y después de arrastrarla a un lugar donde no pegara el sol, se sentó en ella con una majestuosa gravedad. Luego aplacó su sed con un par de sonoros tragos y dejó la jarra de cerveza en la mesa. El joven grandullón, que se había agenciado una media pinta de cerveza ligera, se sentó a su izquierda y un poco por detrás de él. Parecía como si fuera una especie de ayudante, y en su actitud hacia el señor Taverner había algo reverencial. Fen pensó que así debían de comportarse los aprendices medievales respecto a sus señores. El señor Beresford, ocupado tal vez en una tarea inimaginable, había desaparecido en las más profundas simas del bar.

El señor Taverner se aclaró el gaznate.

—*En mitad de la vida, estamos muertos*^[23] —sentenció el carpintero. Su mirada se clavó inquisitivamente en la figura de Fen, como si estuviera tomándole medidas para fabricar su ataúd, y luego permaneció en silencio para que su auditorio reflexionara y asimilara aquella frase—. Naturalmente, señor, me ha producido una terrible conmoción saber que la señora Bly ha fallecido en circunstancias tan violentas. No exagero apenas si le digo que estoy abrumado. —Fen pensó que pocas

veces había visto a alguien con tanta capacidad para sobrellevar esa conmoción abrumadora como el señor Taverner—. Estoy seguro de que mi ayudante, el señor Tye —en ese momento se giró para dedicar una gélida y calculadora mirada al joven grandullón—, está tan apenado como yo mismo.

—Sí, señor Taverner —dijo el señor Tye con gesto sumiso.

—Siendo así —prosiguió el señor Taverner—, no necesito decir que estaré encantado de ofrecerle la máxima colaboración para que pueda aprehenderse al asesino. —Eché un vistazo rápido a su alrededor, como si estuviera presagiando una batalla inminente allí mismo, e hizo un severo gesto militar con la mano—. Y lo mismo digo del señor Tye.

—Sí, señor Taverner —asintió el señor Tye.

—Es extraordinariamente amable por su parte —dijo Fen—. Si no le importa, me gustaría que me contestara a un par de cuestiones que...

—Mi conversación —dijo el señor Taverner con paquidérmica gracia—, será «sí, sí», y «no, no». La iniciativa, señor, es suya.

—Estoy sobre todo interesado en esa nueva cocina que le instaló usted recientemente a la señora Bly en su casa.

—Ah, sí. Me veo obligado a confesar, señor, que la naturaleza de ese encargo me sorprendió, y que al principio fui reacio a llevarlo a cabo. ¿Verdad, señor Tye?

—Sí, señor Taverner —dijo el señor Tye.

—Y la mercenaria e inevitable razón de esas suspicacias era la previsible dificultad a la hora de conseguir que se abonaran mis servicios. En cualquier caso, al final, lo hice, efectivamente, y al final, efectivamente, cobré. —El señor Taverner hizo sonar la calderilla en su bolsillo, presumiblemente para confirmar su última aseveración—. La cocina antigua, que era de las de quemar aceite, estaba muy estropeada y ya ni siquiera se podía arreglar, y aunque la señora Bly, digamos, había abandonado la gran mayoría de las costumbres civilizadas, aún necesitaba los fogones para cocinar.

—Y entiendo que fue usted quien encontró... —interrumpió Fen de un modo bastante brusco.

El señor Taverner levantó la mano.

—Todo a su debido momento, señor. Ya llegaré a eso cuando tenga que llegar. Pues bien: con el fin de instalar la nueva cocina, fue necesario nivelar el hogar de la cocina. El señor Tye estará de acuerdo conmigo, creo, en que ese trabajo no era baladí.

—No, señor Taverner —dijo el señor Tye—. Quiero decir, sí, señor Taverner.

El señor Taverner le dedicó una mirada lastimera, pero evitó hacer cualquier comentario.

—En realidad, me vi obligado a retirar un cierto número de ladrillos de la

chimenea. ¿Y qué fue lo que encontré? Un alijo, señor: un auténtico alijo.

Le dio un buen trago a su cerveza, con evidente satisfacción.

—Un hueco revestido con mortero —prosiguió—. Romántico, ¿no le parece? — En ese punto el señor Taverner sonrió de un modo que evidentemente él suponía enigmático y divertido—. Pero, ay, allí no había ningún tesoro escondido: no había nada, bueno, quiero decir, nada excepto un relicario y algunos hatillos de viejos papelajos amarillentos. Naturalmente, le comuniqué a la señora Bly mi hallazgo.

—Sí, sí... —dijo Fen, cuya impaciencia se encaminaba a pasos agigantados hacia la exasperación—. Pero esos papeles...

—Le comuniqué, digo, mi hallazgo —repitió el señor Taverner, y reprobó con un gesto hosco la indecorosa precipitación de Fen; Daphne le dio a Fen unos golpecitos amables con la mano en el brazo—. Me temo que aquel descubrimiento le disgustó. Creo que el señor Tye tuvo la misma impresión...

—Sí, señor Taverner —dijo el señor Tye apresuradamente.

—Como usted comprenderá, ella esperaba que hubiera algo de valor, algo que pudiera vender. Bueno, desde luego, estaba el relicario: yo le dije que a lo mejor podía sacar por él unas cuantas libras, porque era de plata. «¿Y qué me dice de los papeles?, señor Taverner», preguntó. «¿Cree que podré venderlos?» Naturalmente, señor, yo me reí de ella en su cara. «Nadie quiere papelajos viejos, señora Bly», le dije. «Las cartas puede quemarlas usted tranquilamente. Pero por el otro fajo de papeles viejos puede sacar usted un par de libras en un museo.» No se puede usted ni imaginar, señor, lo que me contestó. —Fen hizo un ruido ininterpretable—. Me dijo: «Cien libras, señor Taverner, eso es lo que pediré por los papeles. Y si no me las dan, lo quemaré todo». —Fen dejó escapar otro lastimoso suspiro—. Nos estuvimos riendo un buen rato con eso, señor.

Fen sonrió sin ninguna alegría; estaba aferrado a los brazos de su silla con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Y me puede usted describir esos papeles de algún modo, señor Taverner?

—Innegablemente eran viejos. Muy viejos. Amarillentos, como le dije, y estaban comidos en las esquinas. ¿No estoy en lo cierto, señor Tye?

—Sí, señor Taverner —dijo mecánicamente el señor Tye.

—Los dos paquetes tenían la misma caligrafía, muy retorcida y desvaída, y con algunas extrañas faltas de ortografía. Uno de los dos fajos, como le dije, eran cartas privadas. El otro parecía como de poesías, aunque confieso que no pude sacar nada en claro de ello, más allá del título.

Fen se inclinó hacia delante.

—¿Y qué era?

—Oh, *Trabajos de amor logrados*^[24] —dijo el señor Taverner.

A Fen se le quedó la cara como si le hubieran puesto delante un espectro... y, en cierto sentido, se lo habían puesto. Lo increíble, lo insospechado, había ocurrido. Hizo unos cálculos rápidos. Stratford estaba a cuarenta millas, a poco más de una hora en coche... Y, sin embargo, era increíble.

Incluso el señor Taverner estaba sorprendido ante el efecto que había causado aquella inocente mención en su interlocutor. De hecho, se había quedado con la boca abierta, y así seguía: parecía aletargado, con su dignidad diplomática desvanecida. El señor Tye, para quien aquel momentáneo éxtasis era total y absolutamente incomprensible, observaba confuso y aturdido la escena. Daphne comprendió que algo había ocurrido, algo trascendental, aunque no estaba muy segura de qué era exactamente. Y durante medio minuto todo el mundo permaneció en completo silencio.

Fen fue el primero en recomponerse, y solo tras repetirse una y otra vez veces las mismas palabras machaconas: «Imposible, imposible, imposible...». Ni siquiera se atrevía a pensar que aquello no fuera, efectivamente, de todo punto algo imposible. Si fuera verdad, y las cartas —*¡las cartas!*— se hubieran quemado... Sintió escalofríos, como un loco aquejado de un ataque de fiebre. Por supuesto, todo aquello explicaría los asesinatos... ¡Lo que estaba en juego era una verdadera enormidad!

Se dio cuenta entonces de que, inconscientemente, había estado aguantando la respiración, y expiró el aire con una especie de ruidoso jadeo. Entonces apuró su jarra de cerveza hasta la última gota, y cuando volvió a levantar la mirada, la normalidad parecía haberse restaurado. El señor Taverner había dejado de boquear, el señor Tye había regresado a su aquiescencia acrítica, y Daphne parecía simplemente un poco más perpleja que cuando llegaron. Los rayos de sol arrancaban destellos de las botellas y de los vasos que había tras la barra, y una abeja zumbaba enloquecida mientras chocaba contra el cristal de una ventana.

—Me ha sido usted de muchísima ayuda, señor Taverner —dijo Fen—. De mucha ayuda... —Una aseveración que, si hubiera podido percibirlo el señor Taverner, venía cargada de una férrea dosis de autocontrol. La principal emoción de Fen respecto al señor Taverner era el deseo de cogerlo del cuello y asfixiarlo con sus propias manos.

—Me halaga usted mucho, señor —dijo el señor Taverner, inconscientemente vanidoso—. Me adula.

Fen pudo oír cómo se aproximaba un coche a lo lejos: era su taxi, con toda probabilidad. Pero calculó que había tiempo para una pregunta más, una sola. Una pregunta para la que, no obstante, ya tenía respuesta.

—Señor Taverner, ¿le mencionó usted por casualidad el pasado lunes al señor Somers, de la escuela, todo este asunto de los papeles, igual que me lo ha contado a mí?

El señor Taverner pareció sorprendido.

—Pues sí, señor, ¿cómo lo sabe? Y a fe mía que parecía interesadísimo.

El taxi aparcó a la puerta. Fen se puso en pie. Notó que estaba mareado.

—Sí —dijo—. Sí, me imagino que lo estaría... Por cierto, puede que le interese saber, señor Taverner, que es usted el responsable indirecto de tres asesinatos, así como la persona directamente responsable de la destrucción de un bien de incalculable valor, que en una estimación conservadora, podría alcanzar, diría..., un millón de libras. Le sugiero que en el futuro se abstenga de ofrecer consejos sobre el valor de cosas sobre las que no sabe nada, y se limite a los púlpitos y a los destornilladores. Buenos días.

Salió de la posada en medio de una indignación sobrecogedora. Estaba junto a la puerta del taxi cuando Daphne lo alcanzó.

—¡Dios bendito! —exclamó—. ¿Qué demonios ha pasado?

Aunque aún temblaba de furia, Fen se las arregló para sonreír.

—Lo siento —dijo—. No debería haberla hecho pasar por esto...

—No importa. Pero ¿de qué va todo esto? ¿Qué es eso de los *Trabajos de amor logrados*?

—¡Es una obra perdida de Shakespeare! —le dijo Fen—. Una obra de la que nadie había vuelto a saber nada desde por lo menos 1598. Por fortuna, no creo que puedan haberla quemado, aunque en este momento se encuentra sin duda en posesión del asesino... Y ahora perdóneme: tengo que irme enseguida. —Se subió al taxi—. Ah, y me acordaré de sugerirle a su señor Plumstead que venga y se quede aquí con usted.

El taxi partió, y Daphne se quedó allí parada, mirándolo marchar, completamente confusa y perpleja por lo que acababa de presenciar.

10. MEDITACIÓN ENTRE LAS TUMBAS

El almuerzo en casa del director resultó ser como Fen esperaba: un acto eterno e insoportablemente protocolario. Estaba presente la señorita Parry, también el administrador, uno o dos supervisores de las residencias, el secretario de la Sociedad de Alumnos Veteranos, el alcalde de Castrevenford, y para rematar, la plantilla al completo del consejo escolar. Cuando llegó Fen, estaban bebiendo todos jerez y martinis en un salón, alrededor de cuyas ventanas el señor Merrythought estaba merodeando como el fantasma de Catherine Earnshaw en *Cumbres borrascosas*. Fen apenas tuvo tiempo de que anunciaran su presencia antes de que sonara el gong.

La comida, aunque estuvo adornada con una alegría bastante especiosa, no puede decirse que fuera precisamente un éxito. El presidente del consejo, un hombrecillo torpe y vanidoso, debió de pensar que aquel era el momento oportuno para dar rienda suelta a su anecdotario, y no dejó de contar historietas desde que sirvieron la sopa hasta que se llevaron el café.

La gracia de las anécdotas era, como poco, dudosa, y muchas veces ni siquiera se entendía, por lo que generalmente se veía obligado a explicar los chistes. Las cosas no mejoraron cuando, en dos ocasiones al menos, Fen y el director, en un vano intento por evitar aquellos apéndices exegeticos, se rieron antes de tiempo. Pero aparte del torrente discursivo del que hizo gala el presidente del consejo, las figuras literarias y los tropos destinados a la sociabilidad se ejecutaron sin inconvenientes, y en consecuencia se le evitó a Fen la necesidad de ser gracioso con la señorita Parry, que ocupaba el asiento de su izquierda.

—A veces pienso —dijo— que estas ocasiones tienen un cierto aire vergonzoso.

Fen se dedicó a observar detenidamente los rostros de los invitados para encontrar evidencias de vergüenza social, pero sin mucho éxito.

—Y eso ocurre no solo en el banquete —le explicó la señorita Parry con bastante severidad—, sino a lo largo de todo el día de fiesta. —Fen hizo unos ruidillos que significaban una educada incompreensión—. Me refiero, naturalmente, a las relaciones entre padres e hijos. Oh, Dios mío, estos espárragos son de lata...

Fen los probó y se mostró de acuerdo. De lata.

—Se refería usted a las relaciones entre padres e hijos —dijo, volviendo a dar pie a la señorita Parry.

—Así es. Creo que muchos de los chicos tienen un vago temor a que sus padres los pongan en evidencia de algún modo. —La señorita Parry vació su copa y, volviéndose, le lanzó una mirada asesina a una camarera, que se apresuró a rellenarla—. Y los padres, naturalmente, se dan perfecta cuenta de ello. Los padres llegan aquí bastante nerviosos, y a toda costa quieren parecer inteligentes, amables y ricos; las

madres se ponen sus mejores galas y esperan que los amigos de sus hijos piensen que aún tienen buen aspecto, que son atractivas, que todavía son apetecibles... —El champán era una de las pocas cosas capaces de provocar en la señorita Parry alguna emoción sentimental; suspiró—. Las que tienen dinero en el bolso triunfan, naturalmente.

Fen asintió.

—Cuando yo era un crío tuve también ese sentimiento. En aquella época me avergonzaba mucho, y todavía me avergüenzo. Estoy de acuerdo: esto produce una especie de vergüenza ajena.

—Pero, muy curiosamente, es algo que no les ocurre a las chicas —dijo la señorita Parry. Alcanzó un segundo panecillo y lo partió bruscamente en dos—. Excepto, por supuesto, en lo que se refiere al aspecto de sus padres, sobre lo cual nunca se puede hacer nada en ningún caso. Una chica con un padre guapo se encuentra en una posición privilegiada, pero todo el mundo reconoce que eso se debe a un don de Dios, así que no hay mucho sentimiento de culpa en juego.

—Y ya que estamos hablando de las preferencias de las jóvenes... —Fen bajó la voz. Debía ser cauteloso—, ¿qué opina usted de la desaparición de Brenda Boyce?

La señorita Parry dudó unos instantes, y luego, mirando directamente al frente, dijo:

—Así que ya lo sabe, ¿eh?

Fen sintió que aquel tono de la directora rezumaba enemistad; sin duda aquella mujer consideraba todo el asunto como una ácida reflexión sobre su propia competencia, y por lo tanto le desagradaba enormemente el hecho de que se difundieran sus errores.

—Es un verdadero engorro para usted, lo sé —apuntó Fen con todo el tacto que pudo reunir—. Pero, naturalmente, hizo usted todo lo que estuvo en su mano.

El gesto de la mujer se descongeló un poco.

—Profesor Fen, estoy convencida de que esa carta que dejó Brenda es falsa.

—¿Ah, sí?

—La caligrafía es suya, sí, pero el estilo no lo es. Debería ser más brillante, más elaborado. Estoy convencida de que la carta se la dictaron.

—¿Bajo amenazas?

—Posiblemente. —Y aquí la voz de la señorita Parry pareció entrecortarse—. En cualquier caso, podrían haberla dejado en su mesa por la ventana del estudio.

Fen pensó que eso no hacía sino confirmar lo que él ya había sospechado. El asesino, naturalmente, había cometido un error; la carta era una añagaza innecesaria y arriesgada. Habría matado a la muchacha y habría dejado la carta allí...

(En este punto se apoderó de su esófago un eructo imprevisto, y el champán que bebió para evitarlo produjo el efecto contrario al que buscaba.)

¿Cómo habría ocurrido todo? ¿Le habría dado un golpe el asesino o le habría disparado por la espalda? ¿Se habría dado cuenta la joven de lo que estaba ocurriendo? ¿Habría sollozado, habría pedido clemencia? ¿O simplemente había apretado los dientes en silencio y cerrado los ojos? ¿Había luchado, había intentado huir? Tenía dieciséis años. Dieciséis... Y... Fue entonces cuando se le cruzó por primera vez la idea: la muerte de Brenda era completamente innecesaria; habría bastado con que el asesino hubiera decidido cambiar sus planes, y correr algunos pequeños riesgos más... La muchacha tendría que haber estado en esos momentos comiendo con sus padres, excitadísima ante la deliciosa y nerviosa previsión del éxito que alcanzaría en la obra teatral que se representaría esa misma noche...

La indignación sentimental era una emoción de la cual Fen desconfiaba absolutamente, e hizo un esfuerzo para acallarla.

Una vez concluida la comida, Fen se escaqueó de los asistentes al acto y encontró tiempo para llamar a Stagge a la comisaría y comentarle sus impresiones.

—El móvil —dijo secamente—. Creo que lo tengo. La muerte de la señora Bly y las muertes acaecidas en el colegio están indudablemente conectadas.

—Bueno, creo que eso es un gran avance —dijo Stagge. El tono era de reverente respeto—. Y dígame, ¿cómo lo ha averiguado?

—No tengo tiempo para exponérselo, me temo. Sería demasiado largo. Desgraciadamente tengo que ir a entregar los premios. ¿Podemos vernos después..., sobre las cuatro?

—Bien, señor, siempre que esté usted seguro de que el retraso no va a beneficiar a nuestro asesino...

—No, no creo que eso ocurra. Y por cierto, me vendrían de miedo los informes de las coartadas.

—Estarán listos para las cuatro, señor.

—Bien. ¿Está aún Plumstead con usted?

—Sí, señor. Pero tenemos dificultades para encontrarle un sitio donde pueda dormir esta noche.

—Oh, sí. Dígale que vaya al pub de Ravensward. Esa joven..., Daphne Savage...

—Sí, señor —dijo Stagge, interrumpiéndolo en el momento justo—. Ya lo había pensado. Se lo comunicaré.

—Supongo que no seguiré creyendo que fue él quien mató a la señora Bly...

—La verdad es que no, señor.

—Hace bien. Porque no fue él. Nos veremos luego.

Fen colgó el teléfono y subió las escaleras parsimoniosamente para investirse con la túnica de doctor en Letras. Y luego todo el grupo partió hacia el colegio, donde iba a tener lugar la ceremonia.

Eran ya cerca de las dos y media cuando llegaron, y una multitud de padres y muchachos se agolpaba a pleno sol, en el exterior del salón de actos. A una señal convenida, todos comenzaron a entrar en el edificio. Sus rostros transmitían esa inquieta y floja perspectiva de aquellos que se ven obligados a aguantar un espectáculo aburrido e incómodo únicamente para cumplir con las apariencias; solo aquellos padres que habían pasado un rato entretenido en los bares de Castrevenford mostraban algún indicio de jovialidad. Una buena parte de la concurrencia había ido a ver el partido de críquet, que ya había comenzado, y Fen lanzó una mirada de envidia al dibujo moteado en blanco bajo el sol de los jugadores en la hierba mientras a él lo llevaban por una entrada lateral directo a un anexo del salón de actos. El reloj del edificio Hubbard dio la media. Fen, el director y los miembros del consejo salieron al estrado en medio de un rumor que fue disminuyendo, *slentando* paulatinamente.

El salón de actos estaba tan desnudo por dentro como por fuera, sin el más mínimo adorno; además, parecía un tanto insustancial, como si lo hubieran construido a base de contrachapado, como si las paredes fueran a abombarse y reventar con la presión de la masa humana que en aquel momento se apretujaba en su interior. El ambiente era asfixiante y la gente se abanicaba con sus programas de mano. En la parte delantera del auditorio había dos filas de sillas duras de madera destinadas a los profesores, que esperaban con sus túnicas y sus togas, y cuyas actitudes variaban desde un educado hastío hasta un coma virtual. Tras ellos, en la platea del salón, se situaba el gran concurso de sudorosos padres. Y en el gallinero —las manecillas del reloj que había allí se habían quedado paradas en algún momento ignoto a las once y cinco, no se sabe si de la mañana o de la tarde— se embutían todos los muchachos, con la excepción de los galardonados, que formaban una hilera en uno de los pasillos que recorría el salón de parte a parte, vigilados y ordenados convenientemente por dos officiosos monitores. El aire estaba poblado de susurros, inquietudes, taconeos nerviosos. Alguien intentaba, infructuosamente, forzar una ventana que se resistía con terca pertinacia a abrirse. A través de las puertas cristaleras, detrás de la galería, se veían rostros sin cuerpo curioseando en el interior.

Fen, el director y el presidente del consejo escolar se acomodaron en el estrado, tras una mesa larga atestada de libros. A la izquierda se encontraba Saltmarsh, entre cuyos deberes se encontraba la adquisición y la organización general de los premios, y que sujetaba varias hojas de papel mecanografiadas y convenientemente grapadas. En un semicírculo de sillas, en la parte posterior del estrado estaban los miembros del consejo; era el suyo un lugar digno pero insignificante. Hubo una barahúnda de toses que anunciaban el comienzo del acto. El presidente del consejo se levantó con gran formalidad para pronunciar su discurso.

Su disertación fue larga, difusa, chistosa y sentenciosa. Cuando, después de lo que pareció una verdadera eternidad, se sentó en medio de un aplauso de alivio, el

director se levantó para resumir los logros académicos y deportivos del colegio durante el último curso escolar y para expresar del modo más convencional sus beatíficos deseos y aspiraciones de cara al futuro. A modo de conclusión, presentó a Fen, que habló con ingenio y sin mucha voluntad doctrinaria durante exactamente cinco minutos, ni un segundo más, ni un segundo menos, un hecho que le valió el elogio inmediato de todos y cada uno de los miembros de aquella atestada y sudorosa audiencia. Luego se procedió a la entrega de los premios. Saltmarsh leía los nombres de los galardonados uno por uno y le daba el libro o los libros a Fen, que se los entregaba al muchacho en cuestión y le estrechaba vehementemente la mano, mientras todo el mundo aplaudía, con espasmos guiados por un imaginario metrónomo. Un muchacho, superado por el calor y la solemnidad de la ocasión, se desvaneció y tuvieron que llevarse fuera («Siempre hay alguno que se desmaya», comentó resignadamente el director). Al final, Weems, el maestro de música, se sentó al piano y atacó con brío el himno del colegio, que los muchachos corearon con el frenético griterío de unos asesinos recién indultados, mientras los padres, que no conocían la letra, permanecían mirando al tendido con toda seriedad y respeto, moviendo los labios de un modo bastante extraño y desajustado. Y así fue como la entrega de premios llegó a su fin.

Fen, aliviado de poder desprenderse por fin de la toga, la abandonó en una sala aledaña al salón de actos, y después de despedirse del presidente del consejo y asegurarle al director que asistiría a la fiesta del jardín un poco más tarde, salió a toda prisa del edificio. Stagge lo esperaba en la puerta con una carpeta en la mano. Su gesto revelaba la inquietud y la concentración de alguien que está intentando hacer sumas y restas mentalmente. Por acuerdo mutuo los dos hombres caminaron por la hierba agostada en dirección al edificio Davenant y el despacho del director, hasta que quedaron fuera del radio de acción de las masas que seguían a gritos el partido de críquet o que iniciaban ya el camino hacia la casa del director, donde se celebraría la fiesta vespertina.

—Bueno, señor —dijo Stagge—, he comido con el jefe de policía. Va a llamar a Scotland Yard, y a primera hora de mañana nos enviarán refuerzos. Me siento aliviado, lo confieso.

Fen habló lentamente.

—No sé..., quizás para entonces no tengan mucho que hacer aquí.

El superintendente lo miró con suspicacia.

—Entonces es que tiene más información...

—No es eso lo que me preocupa —dijo Fen, que miraba a su alrededor con gesto ausente—. Sentémonos por aquí, al aire libre, y hablemos.

Había cerca un banco rodeado de laureles. Se sentaron allí y encendieron unos

cigarrillos. Fen alejó de un manotazo una avispa que volaba peligrosamente por encima de su nariz, con aviesas intenciones.

—Bien, le diré lo que tengo —dijo. Su voz era neutra, y no parecía estar a la altura de la solemnidad requerida para un anuncio de tal envergadura—. Lo cierto es que el verdadero motivo, el motivo oculto de todos estos asesinatos es un manuscrito de Shakespeare. Y probablemente también algunas cartas suyas.

Stagge permaneció unos segundos en silencio. Parecía más perplejo que sorprendido.

—¿Un manuscrito, dice? ¿De mucho valor?

—Su valor es incalculable. Yo diría que bien podría valer un millón de libras.

—¿Un millón...? —dijo Stagge entre risas, abiertamente incrédulo—. Está usted tomándose el pelo, señor.

—Nada más lejos de mi intención, Stagge. Soy muy consciente de lo que le estoy diciendo. Y si metemos las cartas en el lote, la suma podría rondar fácilmente los dos millones de libras.

El superintendente miró fijamente el rostro de Fen. No vio en su semblante ninguna prueba de burla. Entonces también él se puso serio.

—¿Le importaría explicarse algo mejor, señor? No soy muy ducho en esos temas, lo reconozco. Ni cuando era un estudiante podía con Shakespeare, para serle sincero.

Fen arrancó una hoja de laurel del arbusto que tenían detrás, y comenzó a desmenuzarla en fragmentos de acuerdo con sus nervaduras.

—Bueno —dijo tras unos instantes de reflexión—, así es la cosa: por lo que sabemos, existen solo cuatro muestras ciertas de la caligrafía de Shakespeare, y todas ellas son meras firmas: tres de ellas están en su testamento y la otra en el acta de un pleito de 1612.

Stagge se removió inquieto.

—Pero... ¿y las obras de teatro, señor?

—No contamos con los manuscritos originales, desde luego; solo nos han llegado copias impresas de sus obras... en cuarto, en folio, y en otros formatos^[25]. Y ha de saber que cualquiera de ellas suele alcanzar una buena cantidad de miles de libras en cualquier subasta.

Stagge asintió.

—Entiendo, señor. De modo que una obra completa de Shakespeare, escrita de su puño y letra...

—Exactamente. ¡La sola idea de que exista constituye una fantasía fabulosa! En América hay gente que daría un millón de libras por esa obra. Y eso no es todo. Solo es una parte...

Stagge observó atentamente la punta incandescente de su cigarrillo.

—Continúe, señor.

—Porque el título de esta obra concreta de la que le hablo es *Trabajos de amor logrados*.

—Ah, sí, señor... Supongo que tuve que leerla en el colegio. Iba de unos hombres que decidían estudiar durante un año y unas chicas los distraen. —Stagge negó significativa y críticamente con la cabeza—. Aunque no parece que fuera nada del otro mundo, al fin y al cabo.

—Sea o no algo del otro mundo —dijo Fen, que en realidad compartía en buena medida aquella opinión—, la obra de la que usted está hablando es *Trabajos de amor perdidos*: y lo nuestro es harina de otro costal. Y, por cierto, tiene una araña subiéndole por el cuello de la camisa.

—Oh, una araña del dinero^[26] —observó Stagge, trasladándola delicadamente a una hoja de hierba—. Aunque, a juzgar por lo que me está diciendo, no debería estar caminando sobre mí. Respecto a esa otra obra de la que me habla...

—Tenemos noticias de que existió. Pero nadie la ha leído ni se ha sabido nada de ella —dijo Fen— desde 1598, cuando Shakespeare tenía treinta y cuatro años.

Stagge pareció dubitativo.

—Pero, señor, una obra de Shakespeare no puede desaparecer así como así...

Fen lanzó la ceniza de su cigarrillo a la araña, que estaba tirada en la hierba, lamentando la mala suerte que tenía.

—Oh, sí, pudo desaparecer muy fácilmente —señaló—. Hubo un montón de obras de teatro isabelinas que desaparecieron para siempre: *La Isla de los Perros*, de Jonson y Nashe, sin ir más lejos. Y salvo por un solo detalle, podríamos no haber sabido jamás que existió una obra titulada *Trabajos de amor logrados*.

—¿Y qué detalle es, señor?

—En 1598 —explicó Fen—, un estudiante llamado Francis Meres publicó un libro llamado *Palladis Tamia*, y en ese libro había un capítulo titulado «Un discurso comparativo de nuestros poetas ingleses con los griegos, los latinos y los franceses». En ese capítulo habla de Shakespeare, un autor a quien idolatraba, y proporciona un listado de sus obras. Seguramente no se trate de una lista completa, pero esa no es la cuestión. «De las comedias —citó Fen—, tenemos *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los enredos*, sus *Trabajos de amor perdidos*, sus *Trabajos de amor logrados*, su *Sueño de una noche de verano* y su *Mercader de Venecia*.» ¡Ahí lo tiene!, ¿entiende? El caso es que como Meres no menciona *Mucho ruido y pocas nueces*, que generalmente se creía que se había escrito antes de 1598, muchos críticos han dado por hecho que *Mucho ruido* no es más que un título alternativo de *Trabajos de amor logrados*. Pero eso no es más que una suposición. Nadie lo sabe realmente...

—Dios bendito... —murmuró Stagge, impresionado a pesar de las dificultades que había tenido con Shakespeare en el colegio—. ¡Dios bendito! Jamás me imaginé que la cosa fuera tan complicada... —Se puso en pie de repente—. Pero, en fin,

señor... el caso es que si es una obra de teatro nueva..., y nadie la ha leído jamás..., eso incrementaría su precio, ¿no es así?

—Muchísimo. Enormemente. Y luego también están las cartas, si es que *aún* existen, claro está. Salvo por ocasionales y excepcionales dedicatorias, no tenemos carta ninguna de Shakespeare, ni impresa ni de ningún otro tipo. Supongo que entiende lo que eso significa.

Stagge asintió lentamente.

—La fama, señor —dijo al final—. Imagínese: un poeta..., un poeta..., siendo tan famoso cuatrocientos años después de su muerte que su caligrafía podría valer millones. —Se quedó callado entonces—. «Yo debería haber sido un par de pinzas melladas —declamó inesperadamente—, recorriendo los fondos marinos de los silenciosos océanos.»^[27] Sí, es una langosta, ya lo sé, o puede que un cangrejo. ¿Cree usted que el tipo que escribió eso generará el mismo dinero dentro de cuatrocientos años?

Fen comenzó a reírse en silencio.

—No sabía que era usted un devoto del señor Eliot, superintendente.

—No, yo no, señor. Es mi hija. Tiene quince años, un poco precoz, lo sé, y un poco rara con esos poetas modernos. Encontré ese verso en uno de sus libros. Una historia rarita, como poco... No puedo decir que me disguste, solo que no lo entiendo bien, por decirlo de alguna manera. Me da la impresión de que algo hay ahí, pero era demasiado resbaladizo para que yo pudiera pillarlo. En fin... —Stagge agitó la mano para intentar desvanecer aquella digresión literaria que se estaba apoderando de él—. Pero volvamos a nuestro asunto. Dado el valor de esos manuscritos, ¿podría decirme usted, señor, cómo ha conseguido saber de ellos?

Fen le contó lo esencial de sus conversaciones con el señor Beresford y con el señor Taverner.

—La secuencia de acontecimientos es muy obvia, me parece —dijo a modo de conclusión—. Taverner descubre los manuscritos y la miniatura. Taverner habla de ello con Somers. Somers visita a la señora Bly, y constata el hallazgo. La señora Bly sale del pueblo para ir a visitar a su hijo, nadie sabe a dónde va exactamente. El profesor Love (si es que fue él) pregunta por ella sin ningún éxito. Y luego, los tres asesinatos.

—Lo que se deduce es que Somers había comprado esos manuscritos.

—Sí. De ahí, por cierto, que estuviera leyendo *The Fourth Forger*. Pero yo no diría que *ya* los había conseguido. Como mucho tenía intención de comprarlos. Recuerde, visitó a la señora Bly el martes por la noche, pero no pudo disponer de las cien libras de su banco hasta ayer a mediodía.

—Cien libras... Sí. Creo que eso es lo que usted dijo que la vieja pensaba pedir por el manuscrito. Pero yo supongo que Somers pudo llevárselo el martes y prometer

pagarle cuando consiguiera el dinero del banco y cuando ella regresara de visitar a su hijo.

Fen gruñó de un modo muy poco civilizado.

—No me puedo imaginar a la señora Bly haciendo gala de semejante alarde de confianza. Además, si Somers tenía ya en su poder el manuscrito, no tendría sentido matar a la señora Bly. No: mi teoría es que el manuscrito nunca llegó a manos de Somers.

—Entiendo... —dijo Stagge pensativo—. Alguien mató a Somers para evitar que se hiciera con él, y luego mató a la señora Bly para robárselo. Quienquiera que fuese... tenía que matarla, porque de lo contrario ella revelaría que Somers había intentado comprárselo, y el asesino quedaría de inmediato conectado con la muerte de Somers también... —Frunció el ceño y chasqueó los dedos—. Sin embargo, eso no puede ser. Este relato tiene más agujeros que un colador. En primer lugar, ¿por qué no pudo ese hipotético individuo simplemente pujar más alto que Somers? ¿Qué necesidad tenía de matar a nadie?

—Puede que no tuviera dinero. O puede que Somers consiguiera que la señora Bly firmara un papel comprometiéndose a venderle a él los manuscritos.

—Un contrato condicional —dijo Stagge en un tono bastante malhumorado—, no vinculante legalmente.

—Pero mi querido superintendente, la señora Bly era una persona que apenas sabía nada de contratos ni de leyes.

—De acuerdo, señor. De acuerdo. Le concedo una de esas dos posibilidades. Pero nuestras dificultades no acaban ahí. Para decirlo clara y crudamente: ¿por qué no pudo tratarse de un simple robo?

Fen encendió un nuevo cigarrillo, y apagó la colilla del viejo cuidadosamente para que no se viera, entre las raíces del laurel.

—Ah —dijo—. Estoy de acuerdo con usted: es de lo más extraño. Pero no es irresoluble. Verá...

Se detuvo, porque le dio la impresión de que algo muy importante se le había ocurrido a Stagge.

—¿Qué? —preguntó.

—Déjeme contestar a mi propia pregunta, señor —dijo Stagge con un gesto un poco melancólico—. De hecho, se produjo un robo en esa casa: encontramos una ventana que había sido forzada, aunque si fue esta mañana, o en algún otro momento, cuando la señora Bly estaba fuera...

—Ahí está —dijo Fen. Tras varios intentos, Fen había conseguido hacer un aro de humo—. Mírelo, ¿no es precioso...? Pero volviendo a su afirmación, no, mi idea es esta: que la señora Bly, dándose cuenta tras la visita de Somers de que poseía algo verdaderamente valioso, o bien lo escondió donde nadie lo pudiera encontrar, o bien

se lo llevó con ella. Creo que la segunda opción es la más factible de las dos.

—Muy bien, señor. Hasta ahí, muy bien. Somers desea el manuscrito. Está loco por conseguirlo. Alguien más también lo desea. Este alguien intenta robarlo, pero no consigue culminar su plan. Así que mata a Somers porque no puede superar su oferta, o por cualquier otra razón. Y a la señora Bly la mata porque..., porque...

—Porque ni puede pagar el manuscrito, ni puede saber dónde está sin su ayuda.

—Sí, señor. Eso cuadra bien.

Ambos permanecieron en silencio. Desde el campo de críquet les llegó el sonido del cuero golpeando contra la madera, y un instante después un leve rumor de aplausos. Al parecer alguien había conseguido una banda^[28] o quizás una buena recepción; la reacción del público suele ser idéntica en ambos casos.

—La única cosa que no entiendo en absoluto, señor —dijo Stagge, con mirada cautelosa—, es en qué parte de esta historia entra el profesor Love.

—Bueno, tenemos esa declaración inacabada que dejó escrita, en la que habla de «lo que solo podría denominarse un fraude...». Cuando la gente dice que *algo* solo puede denominarse *de cierta forma* quieren dar a entender que el resto de la gente, o la mayoría de la gente, no lo describiría de ese modo en absoluto. Lo que creo es que el profesor Love debía de referirse a una acción que era legalmente intrascendente pero moralmente dudosa.

—Como comprar un manuscrito de un millón de libras por solo cien a un comprador lo suficientemente ignorante como para desconocer su verdadero valor.

—Por ejemplo. Supongo que de una manera u otra el profesor Love supo que se iba a efectuar dicha transacción, y decidió contárselo a la señora Bly, y decirle cuál era el valor real de los manuscritos que tenía en su poder. De ahí que fuera preguntando por ella a The Beacon.

—Y de ahí su muerte también —sentenció Stagge—. Una fortuna semejante es suficiente como para tentar a cualquiera a cometer un asesinato, y si el profesor Love estaba dispuesto a meter un palo en las ruedas... —Pareció titubear—. De todos modos, se nos plantea un problema. Era Somers quien iba a comprar el manuscrito, pero Somers, es un hecho, *no pudo* matar al profesor Love. No pudo haberlo matado antes de las diez, según nos dicen las pruebas médicas. Y en esa hora que va desde las diez, que fue la última vez que lo vieron vivo, hasta las once, cuando lo encontraron muerto, se pasó al menos cincuenta y cinco minutos redactando las cartillas de notas. Le habría resultado físicamente imposible haber ido hasta el domicilio del profesor Love, haberlo matado y regresar de nuevo a la sala de profesores en solo cinco minutos.

—Debe recordar, no obstante —dijo Fen amablemente—, que el profesor Love habla de dos colegas que estaban implicados en lo que él llamaba «un fraude».

—Ah, sí. Se me había olvidado eso en este momento... —Stagge aún parecía un

poco confuso—. Pero, escúcheme, señor: si Somers estaba compinchado con otro, eso lo complica todo y lo hace aún más raro. Eso descabalaría todos los móviles sobre los que hemos estado trabajando tan minuciosamente sobre la muerte de la señora Bly y el propio Somers. No había ninguna necesidad de asesinar a la señora Bly si esos dos individuos pudieron reunir el dinero para comprar el manuscrito..., y sabíamos que lo tenían. Y Somers...

—Tal vez el otro traicionó a Somers —sugirió Fen.

—Tal vez —dijo Stagge un poco *reacio* a admitir la propuesta. Estaba claro que, como Fen, él estaba empezando a agotarse de pensar en ese aspecto concreto del problema—. No importa: en todo caso tenemos que dar determinados pasos, a la vista de esta nueva información. Y el primero es peinar el *cottage* de cabo a rabo. Luego ya veremos si podemos identificar definitivamente al profesor Love como el hombre que estuvo preguntando en The Beacon por la señora Bly.

Sacó un pañuelo y se secó la frente. La tenía congestionada y colorada como un ladrillo.

—Hay solo una cosa más, señor. Esos manuscritos... ¿es posible que sean falsificaciones?

—Le he estado dando vueltas a ese asunto, no se crea usted —dijo Fen—. Es un dilema interesante, por varias razones. En términos generales estoy inclinado a pensar que no. Verá, existen dos posibilidades. Una es que se trate de una falsificación moderna, lo cual significa que tanto Taverner como la señora Bly seguramente estarían implicados en dicho fraude. Pero eso, francamente, me parece imposible. Un carpintero de pueblo y una bruja borracha falseando un posible manuscrito de Shakespeare..., no, no me cuadra.

—Puede que fueran solo testaferrros.

—Cierto. Pero entonces vayamos al lado económico del fraude. Tres personas implicadas... y muchas semanas de laborioso trabajo por parte del falsificador. ¿Y qué piden por todo eso? ¡Cien tristes libras!

—Sobre ese extremo solo contamos con la declaración de Taverner.

—Nada de eso. Porque fueron cien libras las que Somers sacó del banco. No. Tras conocer a Taverner, estoy razonablemente seguro de que me decía la verdad, y que encontró lo que me dijo que había encontrado. Desde luego también queda la posibilidad de que en algún momento en el pasado algún bromista con un pervertido sentido del humor pusiera ahí esos manuscritos para engañar a cualquiera que los pudiera encontrar en el futuro.

—Oh, vamos, señor... —protestó Stagge—. ¡La gracia de las bromas es que los bromistas puedan estar presentes cuando se descubre el pastel!

—Es bastante improbable, lo admito. Y admito también que no parece una teoría muy sólida. Aunque el principal detalle que contradice mi teoría es la miniatura, que

es genuinamente isabelina. Es demasiado suponer que la hubieran escondido allí solo para dotar de verosimilitud a los manuscritos.

Stagge había sacado la miniatura de su bolsillo y la contemplaba con cara pensativa.

—¿Cree usted, señor, que este hombre... —y bajó la voz casi en un tono reverencial— es *él*?

—Podría serlo perfectamente —dijo Fen.

—No se parece mucho a los otros retratos que he visto...

—No. Ahí está más joven, naturalmente, que en el busto de Stratford o en el grabado de Droeshout. En ese tiene todo el aspecto de un cochinito. Además, no creo que el busto de Stratford se parezca en nada a quien fue Shakespeare en realidad; es inconcebible que un hombre así pudiera escribir *El rey Lear*. —Fen se puso en pie enérgicamente—. ¡Nada de falsificaciones, mi querido Stagge! Estoy seguro. Piense en lo cerca que está Stratford de aquí.

Se relajó de nuevo.

—Esas cartas... —murmuró melancólico—. Podrían haber explicado todo lo que aparece en los sonetos... Me pregunto si las quemaría de verdad esa mujer del demonio. ¿Se puede averiguar quién vivió en ese *cottage* durante los últimos años del siglo XVI? Los registros parroquiales pueden ayudarnos. Una joven hermosa, quisiera pensar, para cuando se cansaba de Anne^[29]. Una dama de ensueño. Shakespeare debía de tener veintinueve años en 1593...

Pero Stagge se negó a embarcarse en esa nave para cruzar aquellos océanos de brumosas conjeturas.

—Hay una cosa que debería haber mencionado usted, señor, sobre la cuestión de la falsificación o de lo que sea. He estado recopilando una notable cantidad de información sobre varias personas durante todo el día, y una de las cosas que he averiguado es que Galbraith, el secretario del director, es muy aficionado a los manuscritos antiguos y sabe un montón de ese tema.

Fen pareció interesado por esta última revelación.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? Me pregunto si Somers habló con él de este asunto. Supongo que no querría gastarse cien libras en una resma de papelajos sin valor. Se lo preguntaré a Galbraith cuando lo vea... Pero lo que me encantaría sería saber quién vivió en ese *cottage*.

—Y lo que yo quiero saber —dijo Stagge enfurruñado— es quién cometió esos asesinatos.

—¿Tiene ya el informe sobre las coartadas?

—Aquí, en esta carpeta.

—Bien, entonces, ¿a qué estamos esperando? —dijo Fen.

11. RAZONANDO PARA EQUIVOCARSE

Stagge abrió la carpeta y sacó unas cuantas hojas de papel bien ordenadas y repletas de notas escritas.

—No es del todo preciso, señor —apuntó—. Hemos eliminado a un buen puñado de gente, claro, pero aún tenemos a cuatro..., bueno, yo diría a tres y medio, que no tienen coartada.

—¿... y *medio*? —preguntó Fen con gesto de perplejidad—. Se refiere usted a un muchacho, entiendo.

—No, no, señor. Solo hay una persona que podría haber matado al profesor Love, pero no es Somers. Es Galbraith, para ser precisos.

Fen resopló.

—Galbraith no mató al profesor Love —dijo con impaciencia. Y por primera vez se le pasó por la cabeza seriamente la posibilidad de que Stagge no tuviera ni la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo—. ¿Qué les ha dicho? ¿Cuál es su coartada?

Stagge rebuscó entre sus papeles hasta que encontró la ficha concreta.

—Estuvo solo en sus dependencias desde las siete y media en adelante, de acuerdo con su propia declaración. Al parecer no está casado, y puede salir y entrar de su casa sin que su casera lo sepa.

—¿Dónde vive?

—En Snaghill. No lejos de aquí. Como la mayoría. En cualquier caso, Galbraith llamó por teléfono al capellán a las diez y media, para hablar de algo referido al orden de los asientos en el servicio religioso de esta mañana, y supo que se había producido algún pequeño contratiempo. Así que volvió a venir aquí para hablar con el doctor Stanford sobre ello, y estuvo con él desde las once menos cuarto hasta que se descubrieron los asesinatos. ¿Entiende lo que significa esto? Pues que Somers no pudo ser asesinado hasta justo después de las once...

Fen suspiró.

—Ya, ya... —dijo—. Ya entiendo lo que significa. Bueno, ¿y quiénes son los otros tres sospechosos *a tiempo completo*?

Stagge consultó otra vez sus papeles.

—Mathieson, para empezar.

—Ah, sí. El que dirige la obra de teatro...

—Justo. Estuvo en la reunión de los *Fasti*, para los eventos del último trimestre, con casi otra docena de personas, desde las nueve y media a las once menos cuarto. Luego regresó a su residencia solo, y según nos dice, llegó allí a las once. Pero no tenemos confirmación de ello.

—¿Dónde vive?

—Bastante cerca del profesor Love, de hecho. A apenas una milla, en realidad. Le

habría costado llegar alrededor de un cuarto de hora. Pero la realidad es que pudo haber llegado a casa sin que nadie lo viera a cualquier hora antes de medianoche. Vive con una familia, de pupilo, un tipo de alojamiento muy raro por estas tierras, y estuvieron todos fuera hasta mediada la madrugada.

—Entiendo. El siguiente candidato, por favor.

—Philpotts —dijo Stagge—. Es el profesor de química que descubrió que habían reventado el armario del laboratorio. También estuvo en la reunión de los *Fasti* desde las nueve y media a las once menos cuarto. Luego se fue a casa solo, y según dice, llegó alrededor de las once menos cinco. Eso concuerda bien con la distancia, pero tampoco tenemos confirmación de su historia. Su mujer no estaba en casa, porque tuvo partida de *bridge* hasta muy pasada la medianoche, y sus hijos estaban ya durmiendo. Tiene ocho críos... —dijo Stagge con ánimo informativo—. Ocho, vaya —repitió, sorprendido ante una fecundidad tan descontrolada—. Y al parecer ninguno de ellos lo oyó llegar. Duerme en una habitación distinta de la de su mujer... (normal, con ocho críos...), así que el hecho, simplemente, es que nadie lo vio desde las once menos cuarto hasta la hora del desayuno, hoy por la mañana.

—Sí —dijo Fen pensativamente—. Me gustaría comentarle algo: será solo un momento, si me lo permite. ¿Le dijo usted algo a Philpotts ayer sobre ese armario del laboratorio de química?

—Sí, señor.

—¿Averiguó usted en qué circunstancias se abren y se cierran esos armarios, y qué profesores tienen llaves?

—Todos los profesores de ciencias tienen llaves de esos armarios, señor..., seis profesores en total. Y los armarios siempre están cerrados cuando no hay un profesor en el aula. Por razones obvias. Philpotts dice que todos son muy estrictos en ese punto, y por lo que él sabe, esa norma se ha cumplido siempre.

—Bien —dijo Fen, y sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo colocó cuidadosamente en la cabeza a modo de protección contra el sol; aquello solo consiguió que pareciera un beduino muy poco convincente—. Es un pequeño detalle, pero vale la pena tenerlo en cuenta. Y ahora, vamos con el tercer sospechoso.

—Etherege —dijo Stagge—. No tiene coartada para ningún momento del espacio temporal que nos interesa. El último que lo vio fue Wells, cuando salía del edificio Hubbard a las diez. Dice que fue a dar un paseo, y que no llegó a casa hasta las doce menos cuarto. Desconfío de la gente —añadió en tono malhumorado— que sale a dar paseos en plena noche. Es antinatural.

Fen se quedó pensativo.

—¿Sabe? —dijo tras unos instantes de silencio—. Creo que hay una omisión importante en su lista.

—¿Una omisión, señor? ¿Qué quiere decir?

—Wells, superintendente. El impecable Wells. Estaba solo en su oficina, ¿no?, entre las diez y las once.

Stagge lo miró atónito.

—Santo Dios, señor, tiene usted toda la razón... Le dije a mi gente que no se preocuparan por él, porque en todo momento nos ha estado diciendo lo que hizo. Sencillamente me olvidé de él, lo pasamos por alto... —Sacó entonces un lapicero y redactó una breve nota al final de la última hoja—. Wells. Sí, él también tuvo oportunidad de hacerlo...

—¿Ha comprobado usted las coartadas de otros empleados del colegio? El resto..., el administrador, los otros profesores.

—Sí, señor. Incluso pensé en los de mantenimiento. Aunque no en el personal del servicio doméstico. ¿Cree usted que deberíamos interrogarlos también?

—No —dijo Fen rotundamente—. Sería una completa pérdida de tiempo. ¿Cree usted que esos informes son fiables?

—Creo que sí, señor. Hay un montón de fiestas esta noche, así que mis hombres podrán hacer un montón de comprobaciones y preguntas. La gente que hemos descartado, bien descartada está, de eso estoy seguro.

Fen le cogió los papeles y los leyó detenidamente. Aparte de lo que le había comentado el superintendente, aquellos documentos nos ofrecían nada de interés..., aunque se percató de que el administrador, el ayudante de los Junior Training Corps, el médico del colegio y el bibliotecario habían estado todos jugando al *bridge* en casa del administrador entre las diez y las once, y se excusaban naturalmente los unos a los otros.

—Y lo siguiente —dijo con acento melancólico cuando le devolvió los documentos— es descubrir la coartada del asesino de la señora Bly.

Stagge asintió con semblante apesadumbrado.

—Eso, como usted dice, será lo siguiente.

—¿Cuál fue la hora exacta de la muerte?

—Plumstead dice que serían aproximadamente las once y cinco o y diez...

—Ah, sí. Durante la exhibición gimnástica, exactamente. Así que Etherege no pudo hacerlo. Estuve hablando con él justamente durante la exhibición.

—¿Había muchos profesores por allí, señor?

—No muchos, supongo. Cualquiera se traga el acto entero.

—¿Philpotts?

—No lo vi. No sé dónde estaría.

—¿Mathieson, entonces?

—No, no creo que estuviera tampoco.

—¿Wells?

—No, tampoco a él. Pero no es que estuviera muy pendiente, ya sabe. —Fen miró

a su compañero, cuyo rostro reflejaba un lastimoso abatimiento—. Bueno, superintendente, ¿y ha llegado usted a alguna conclusión respecto a esas cinco personas?

Stagge volvió a meter los papeles en la carpeta, la cerró con un golpe seco, y la dejó en la hierba, al lado del banco. Miró a su alrededor, a las ventanas superiores del edificio Hubbard, al cielo inmaculado, a las copas de las hayas en las orillas del río, y al propio río del que apenas se divisaba un fugitivo recodo. Pero lo que vio no consiguió animar su espíritu abatido.

—Es difícil, señor —dijo al final—. Condenadamente difícil. He estado pensándolo mientras esperaba que usted saliera del salón de actos. —Se mesó el bigote, como si no estuviera seguro de que aún siguiera allí—. Fíjese en el asesinato del profesor Love, por ejemplo. Lo encontraron muerto a las once, y Mathieson y Philpotts ni siquiera dejaron la reunión de los festejos aquí en el colegio hasta menos cuarto... Apenas tendrían tiempo siquiera para llegar a su casa y pegarle un tiro.

—Hay bicicletas —apuntó Fen bastante obviamente.

—De acuerdo, señor. Pero el tiempo no es la única dificultad que se nos plantea. Tenemos que suponer que ambos conocían la costumbre del profesor Love de tomar el café con su mujer a las 10:45 todas las noches. Y, si uno puede evitarlo, no planea matar a un hombre del que sabe que estará tomando café con su mujer.

—También se podría hacer un reconocimiento previo y comprobar que ella no estaba.

—Ya, señor, pero me concederá usted que uno no andaría rondando la casa de su víctima con una pistola en el bolsillo solo por si diera la casualidad de que las cosas le fueran tan propicias como para que justo esa noche en concreto pudiera llevar a cabo su plan.

—Cierto, estoy de acuerdo con usted en eso. Pero centrémonos ahora en Somers; tanto Mathieson como Philpotts podían haberlo matado tranquilamente.

—Sí, señor. Y es así como encaja todo, según lo veo yo. —Stagge entrelazó sus grandes manazas y se golpeó con ellas la rodilla para hacer hincapié en cada detalle que iba describiendo—. El asesinato de Somers: Mathieson o Philpotts o Etherege o Wells pudieron haberlo cometido. Bien. El asesinato de Love: Galbraith o Wells pudieron cometerlo. Sigamos. El asesinato de la señora Bly: no podemos estar seguros de nada, pero, desde luego, Etherege no pudo hacerlo. Hágase la cuenta y eso deja a Etherege y a Wells en una situación más que comprometida. Y si Wells no tiene una coartada para la muerte de la señora Bly, entonces todo apunta a que nuestro hombre debe de ser... —Pero aquí se paró—. Solo hay un problema a la hora de razonar de esta manera concreta: no podemos estar seguros de que los tres asesinatos fueran cometidos por la misma persona.

—Fueron diferentes personas, pues —dijo Fen—. Al menos hay dos asesinos

implicados. Y cuatro asesinatos, superintendente..., no tres.

—¿Cuatro, señor?

—La cuarta víctima es Brenda Boyce.

—Oh, vamos, señor... —comenzó a protestar Stagge, pero Fen le interrumpió.

—Lo siento —dijo tras pensarlo bien—, pero me resulta de todo punto inconcebible que esa chica siga viva.

Se hizo un largo silencio. Desde el campo de críquet llegaba el sonido de otra ronda de aplausos, y alguien bastante cerca estaba silbando el vals *Merry Widow*. Stagge estaba visualizando la educación de Etherege, la fingida torpeza de Mathieson, la ácida vehemencia de Philpotts. Y no estaba nada convencido. Aunque era normalmente un hombre tranquilo, de ningún modo era un individuo insensible, y era muy consciente de que Fen había llegado mucho más allá en el caso que él. Si hubiera querido, podría haber exigido oficialmente que Fen le comunicara sus deducciones y sus hipótesis, pero no le gustaba trabajar de ese modo, y además estaba lejos de estar seguro de que ese método pudiera dar resultados positivos con un hombre con el temperamento de Fen.

«No cabe duda de que he fracasado», pensó. «Demasiado complicado. Excesivamente complicado para mí.»

Fen intuía que algo de eso pensaba, y sintió algún remordimiento de conciencia.

—Escúcheme, superintendente —le dijo—, debe tener muy claro en estos momentos que tengo algunas ideas bastante precisas sobre todo esto. Y usted es lo suficientemente razonable, creo, como para no tomárselo a mal si le digo que hasta este momento, usted no las tiene.

—Lo admito, señor —dijo Stagge, con cierta dignidad—. Todo esto me supera un poco en estos momentos, y tampoco tiene ningún sentido ocultarlo. Estoy completamente en sus manos.

Esperó. Fen frunció el ceño y se miró las uñas.

—La cuestión es esta —dijo lentamente—: que yo estoy moralmente seguro de las respuestas a todas las preguntas que se nos plantean. Lo único que ocurre es que no tengo las pruebas. Hay algunos indicios, pero todo podría derrumbarse ante un tribunal, y eso es lo último que queremos que ocurra. Como usted sabe, nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo delito. Pero le diré lo que voy a hacer: deme hasta medianoche de hoy para encontrar la prueba que busco, y si no la tengo para entonces, entonces le aseguro que se lo diré todo.

—Me parece muy bien, señor. Ojalá tenga suerte en su búsqueda.

—¿Qué va a hacer usted el resto del día? ¿Dónde puedo localizarle?

—Bueno, señor, ahora regresaré a Castrevenford para conseguir algunas órdenes de registro... Creo que deberíamos registrar las casas de Wells, Philpotts, Mathieson y Etherege. En busca del manuscrito, ya sabe, y probablemente de la pistola. Por

supuesto, si alguno es culpable estará preparado para evitar que encontremos nada, pero hay que hacer lo que se pueda. En fin, dejaré dicho en la comisaría que le tengan al tanto en todo momento de dónde estoy, por si me llama por teléfono.

Fen se puso en pie de un salto, sacudiéndose los trocitos de la hoja de laurel de su regazo.

—*Marchons alors!* Los sospechosos sin duda acudirán a la fiesta del director, así que tengo que estar presente. Le haré saber lo que averigüe.

Stagge sonrió.

—Buena caza, señor —dijo.

Fen cruzó a grandes zancadas el recinto escolar hasta las puertas de entrada, y así llegó al barrio de Snaghill. Era una próspera zona residencial de calles tranquilas, casas grandes y hermosas, y pintorescos jardines, rebotante de adinerada respetabilidad y ocupada principalmente por gentes de cierta edad. Pero aquel día el barrio estaba más animado que de costumbre. Los padres y los chicos iban y venían, se cruzaban con Fen y lo saludaban respetuosamente, y aquellos que habían estado presentes en la ceremonia de entrega de premios lo hacían incluso con verdadero afecto. En circunstancias normales aquello habría halagado extremadamente su vanidad..., porque Gervase Fen tenía una buena dosis de vanidad, aunque habitualmente la ostentaba con cierta sorna e indiferencia. En aquella ocasión, no obstante, su respuesta apenas fue algo más que automática. Estaba demasiado ocupado trazando planes.

Pensaba que había hecho bien al decirle a Stagge que no había pruebas suficientes aún para llevar el caso a la mesa de un fiscal. Una demostración por el mero sentido común, en la cuestión de los manuscritos, podía quedar hecha jirones frente a un tribunal en manos de un abogado dotado de cierta habilidad... Por otro lado, existían distintas alternativas para explicar tanto el esguince de muñeca de Somers como la frase inacabada del profesor Love. Sin embargo, la solución del caso era evidente. Supo que la tenía ante sus ojos.

El asesino había cometido dos errores especialmente llamativos; no era descartable que tuviera en mente incluso cometer otro crimen, tanto más cuanto que no sabía hasta dónde había llegado la investigación. Fen intentó desarrollar en detalle una idea que había alumbrado vagamente cuando Stagge le comentó los informes de las coartadas. Pensó con cierto abatimiento que la trampa que pensaba tenderle al asesino no era muy hábil, pero era lo mejor que se le ocurría de momento, y si la persona era un poco nerviosa podía caer perfectamente en ella sin darse cuenta. Y si fallaba, fallaría, y punto; en ningún caso estarían peor de lo que estaban en ese momento. Debía evitarse a toda costa que el asesino cometiera otro crimen.

El único problema con ese plan era que requería un agente: alguien capaz de

actuar, alguien con un sutil dominio del arte escénico...

Al final tuvo a la vista la casa del director. Se encontraba un poco apartada del resto de edificios de Snagshill, en una finca bastante grande: una hermosa y agradable residencia de la época de la reina Ana, con un curioso tejado a cuatro aguas con remates en las esquinas, unas sencillas chimeneas y una puerta principal elegante y noble. Junto a la puerta pudo ver que había un policía uniformado, previsiblemente para que nadie se colara en la fiesta. Y, avanzando hacia él, apartándose de la fiesta del jardín, iba Weems, el maestro de música.

Weems...

Fen se había fijado en Weems cuando acompañó el himno del colegio, y en aquel momento había pensado que tenía el aire de un cortesano intrigante del Renacimiento. Era un hombre de aspecto juvenil, blando, moreno y ágil, con una mirada gélida y un aire maquiavélico en su porte. Vestía una indumentaria impecable. El párpado del ojo izquierdo se le caía ligeramente, concediéndole, para desconcierto general, la apariencia de una persona que transmitía una sensación de vicio lujurioso. Las apariencias engañan, y Fen lo sabía; pero si la capacidad actoral de Weems se ajustaba a su aspecto cortesano e intrigante, podía resultar muy útil su concurso...

Fen observó a su alrededor. De momento no veía a nadie comprometido por allí, salvo al policía. Se acercó a Weems y entabló conversación con él.

Innegablemente Weems se ajustaba a lo que su aspecto sugería. No mostró la menor sorpresa ante la petición de Fen, y tampoco hizo preguntas; Fen tuvo la impresión de que habría envenenado de buen grado al mismísimo director si el plan hubiera sido lo suficientemente retorcido, sutil y complejo.

—¿Y cuándo quiere que lo haga? —se limitó a decir.

—Antes de cenar, en todo caso. En cuanto pueda.

—Muy bien. Debo entender que esa persona de la que me habla es el asesino.

—Esa persona... —dijo Fen—, sí, cierto: es el asesino. Pero, por favor, guárdese para usted esa información hasta que yo decida que puede contarla.

Weems arqueó las cejas.

—Señor... —murmuró con aire de disculpa.

Fen prosiguió su camino hacia la casa, convencido de que Weems era un hombre en el que podía confiar absolutamente.

El director había olvidado proporcionarle a Fen una invitación para la fiesta, así que se vio obligado a entablar una ácida discusión con el policía, que no lo conocía de nada. Afortunadamente apareció Mathieson.

—Por el amor de Dios, Mathieson, responda por mí...

—No pasa nada, agente —dijo Mathieson—. Es el profesor Fen.

El policía cedió pero siguió mirando a Fen con la ceja arqueada: hasta ese momento no había tenido ocasión de negarle la entrada a nadie, y la ausencia de

intrusos le molestaba sobremanera. De todos modos, se apartó y los dejó entrar.

—¿Cómo va la obra de teatro? —preguntó Fen.

—Muy bien, muy bien —contestó Mathieson—. La chica nueva no tiene ni punto de comparación con Brenda Boyce (su francés es del estilo Stratford-atte-Bow), pero lo sacará adelante. ¿Piensa asistir?

—Espero que sí —dijo Fen—. Buena suerte con la representación —dijo, y se dirigió al jardín.

El segundo turno de té ya estaba en marcha. En una zona amplia, con el césped muy corto, flanqueado por un lado por unos rosales, y por el otro por unas hayas altas y de buena sombra, y por un tercer flanco por la casa, había grupos de chicos veteranos y padres haciendo equilibrios imposibles con platos y copas. Los muchachos deambulaban por allí con un comportamiento tan educado como antinatural, ofreciendo pastas, sándwiches y tartas. Se habían dispuesto unas largas mesas de caballete con comida y teteras plateadas, presididas por unas mujeres con aire de matronas vestidas de blanco. El director, todavía con la toga puesta, charlaba amigablemente con un pequeño grupo de padres, que escuchaban su discurso con la tensa y reverente atención de la Sibila de Cumas. El señor Merrythought se estaba comiendo unos pensamientos con aire santurrón. Algunas pequeñas nubes de lluvia se estaban reuniendo en el cielo de zafiro y los asistentes las observaron con cierta aprensión, pero afortunadamente todos debieron pensar que habían llegado demasiado tarde como para arruinar aquel día tan gozoso. Fen, contemplando la alegría general de la gente, el panorama de amable tranquilidad, pensó que la plantilla y la policía habían sabido guardar el secreto increíblemente bien.

Aunque no lo pidió, varios muchachos se apresuraron a proporcionarle té y pastas, y durante un rato estuvo charlando amigablemente con ellos sobre historias de fantasmas, y descubrió que por desgracia en ese tema su educación era bastante deficiente. Les estaba recomendando fervientemente que leyeran al señor De la Mare, al señor Hartley y al doctor M. R. James cuando le llamó la atención la presencia de Galbraith. Entonces recordó que había algo que quería preguntarle. Así que se disculpó cortésmente de los muchachos y se llevó al secretario a un aparte.

—Me han dicho que es usted un experto en manuscritos antiguos —le dijo.

Galbraith sonrió. Era un hombre callado y tímido, poseedor de una de esas pieles que se ponen morenas apenas les dé una hora el sol.

—Oh, no, no tanto —dijo—. Pero así me entretengo, sí. Me gustan las falsificaciones... y cosas por el estilo.

—Precisamente. La cuestión es que algo relacionado con unos antiguos manuscritos ha dado la casualidad de que ha resultado tener alguna conexión con los asuntos de la otra noche, y me preguntaba si Somers había hablado con usted últimamente sobre algo relacionado con manuscritos.

—Oh, sí, así es. De hecho hace bastante poco..., creo que fue el miércoles pasado, sí... Me proporcionó una detallada descripción de lo que él creía que podía ser un manuscrito isabelino, y me preguntó si podía decirle si era auténtico o no. —Galbraith titubeó entonces—. He de reconocerle que no se lo mencioné a la policía porque no tenía ni idea de que fuera importante... ¿Lo es?

—Nosotros tampoco sabíamos que lo era —dijo Fen—. Hasta esta tarde. Pero no importa: ¿puedo saber qué le dijo a Somers? ¿Pudo confirmar la autenticidad de los documentos?

Galbraith se encogió de hombros.

—Santo Cielo, ¡no! No podía confirmarle nada sin haber visto antes los manuscritos, y aun así tendría que hacer muchas comprobaciones. La falsificación es un asunto muy especializado en estos tiempos.

—Sí, supongo que tiene razón.

—Verá —dijo Galbraith, aprovechando que por fin alguien, después de tanto tiempo, le preguntaba por su afición—, a menudo uno suele encontrarse, por ejemplo, con partes auténticas que alguien combina con otras partes imitadas gracias a grabados fotográficos. El truco es...

—Sí, ya, ya... —dijo Fen. No estaba de muy buen humor, no le apetecía que le soltaran una conferencia—. ¿Le pareció que Somers se sentía desilusionado? ¿O quizás frustrado?

—Pues ya que lo dice me pareció que sí. Yo le aconsejé que fuera extraordinariamente cauteloso si estaba pensando en comprar algún manuscrito antiguo.

—¿Y no volvió a hablarle del tema?

—No, que yo recuerde.

Fen le dio las gracias, y a continuación se entregó a nuevos ejercicios de estéril sociabilidad. Veinte minutos después, mientras le estaba explicando la trama de una historia de detectives a un padre perplejo que no había podido asistir a la ceremonia y que evidentemente lo tomó por un miembro más del profesorado, alguien le interrumpió con unos ligeros golpecitos en el brazo. Al darse la vuelta, vio a una guapa y rolliza joven de unos dieciséis años cuya indumentaria y aspecto revelaban una decidida determinación para parecer mayor de lo que era.

—Es usted el profesor Fen, ¿verdad? —le dijo. En ese momento, el padre aturdido, aprovechando su oportunidad, murmuró algo inaudible y desapareció subrepticamente. Fen asintió—. He visto su foto en los periódicos —añadió la joven—, y he seguido todos sus casos.

—¡Ah! ¡Excelente! —exclamó Fen, encantado—. Eso es más de lo que los lectores de ese tal Crispin pueden decir. Y dígame, señorita, ¿puedo ayudarte de algún modo?

—Soy Elspeth Murdoch —explicó la joven, y le dio la mano—. Estudio en el Instituto Castrevenford para chicas. —Se detuvo entonces, en un gesto muy teatral—. No sé si puede usted ayudarme, pero creo que yo sí puedo ayudarle a usted. Puedo decirle cómo puede usted encontrar a Brenda Boyce.

12. UNA IDEA VERDE A LA SOMBRA VERDE

Fen estaba perplejo. Siguiendo un impulso súbito, cogió a Elspeth por el brazo y se la llevó aparte, lejos de los grupos que seguían conversando en el jardín. Ella le siguió obediente hasta la sombra de un haya. Aquello estaba suficientemente aislado para impedir que nadie escuchara su conversación ni aunque quisiera. La muchacha se sentó recatadamente en una ladera herbosa. A pesar de parecer un cachorro rozagante, Elspeth era atractiva, y se notaba a la legua que era consciente de ello; tenía unos ojos azules muy oscuros, el pelo castaño con destellos bronceados, una naricilla ligeramente respingona, unos labios gordezuelos y una figura que en un par de años sería poco menos que perfecta. Fen se sentó prudentemente a su lado, escogió una hierba alta y comenzó a mordisquear la parte inferior, limpia y fresca. Miraba hacia ambos lados como despreocupadamente, intentando disimular.

—Muy bien —dijo—. Desembucha.

—Mi hermano viene a esta escuela —dijo Elspeth, que al parecer sentía la necesidad de contárselo también a sí misma—. Es por eso que vine a la entrega de premios. Aunque, en realidad, no asistí a la entrega. Demasiado calor. En el instituto femenino tuvimos fiesta todo el día de hoy, por la entrega de premios, ya sabe. Y por la obra de teatro, pero también porque hay muchas chicas como yo que tienen a sus hermanos aquí.

—Sí, claro, claro... —contestó Fen pacientemente—. ¿Y qué hay de lo de Brenda Boyce...?

—No debería haber sido tan tajante —dijo Elspeth—. En realidad no sé dónde está, y en realidad *no sé dónde encontrarla*. Lo único es que he estado pensando, y... hay una posibilidad, ¿entiende?

—¿Ah, sí? —Fen estaba un tanto aturdido ante tanta precisión; en cierta manera le recordaba los artículos de la prensa especializada universitaria—. Bueno, tal vez podrías explicarte un poco mejor...

Elspeth dejó escapar un profundo suspiro.

—En primer lugar, estoy segura de que Brenda no se ha fugado con nadie.

Fen había sacado su pitillera. Le ofreció un cigarro a la chica, pero ella negó con la cabeza con cierto disgusto.

—No puedo si mamá y papá andan por ahí. Es una tontería, pero no les gusta *nada* que fume. Por supuesto, yo fumo un montón cuando estoy sola —añadió rápidamente—, pero no se lo digo porque..., bueno, ya sabe usted cómo son los padres de pesados. Les gusta seguir tratándote como a una cría muchos años después de que ya seas adulta.

Fen lamentó, con las frases más apropiadas, aquellas rarezas del instinto paternal,

mientras se encendía un cigarrillo.

—Y bien, ¿por qué estás tan segura de que Brenda no se ha fugado? —le preguntó al final.

—Bueno, la conozco bastante bien, ¿sabe?, y ella no es del tipo de personas que harían eso. Brenda nunca perdería la cabeza por una relación. Es demasiado realista y práctica. A veces me pregunto si realmente posee emociones profundas de verdad. Es reservada como un gato.

—¡Miau! —dijo Fen elegantemente.

Elspeth hizo una mueca.

—Vale, estoy siendo un poco maliciosa. Pero no piense que no es amiga mía; me cae bien de verdad... Y luego está lo de los hombres, claro —dijo Elspeth con una elegancia mundana que habría envidiado la mismísima Madame de Pompadour—, le gustaban mucho los hombres, vale. Pero le juro a usted que nunca se fugaría con uno. Esa carta a la directora Parry es una falsificación.

Todo lo cual, pensó Fen, confirmaba la opinión de la señorita Parry, y a partir de puntos de vista tan divergentes se podía colegir casi con toda certeza que esa y no otra era la verdad. Entonces se le ocurrió preguntarle a Elspeth cómo sabía ella de la existencia de la carta.

—Oh, esas cosas siempre se acaban sabiendo... —contestó despreocupadamente—. En realidad me lo dijo Jean Carvel, que lo supo por Gillian Pauncey, a quien se lo dijo...

—Vale, vale... —interrumpió Fen enseguida—. De acuerdo. Eso ahora no importa. ¿Qué más?

—Si la carta es un embuste —prosiguió Elspeth, frunciendo el ceño y concentrada en lo que decía—, eso significa que, una de dos: o Brenda se fue por su cuenta, por alguna razón diferente que no sabemos (y yo creo que nos lo habría dicho a mí o a Judith Lindsay si tuviera intención de irse, porque podía confiar en nosotras, ya sabe, y nunca fue una chica de secretos), o bien Brenda ha sido secuestrada por alguien. Eso es lógico, ¿no?

—Un razonamiento impecable, lo reconozco —dijo Fen—. Pero me gustaría comentarte algo antes de que continúes, si no te importa. Dices que te lo habría dicho a ti, o a otra chica, si tuviera intención de irse por su cuenta... y también que no era una chica de guardar secretos. Siendo así, ¿por qué no mencionó nada sobre lo que la puso tan nerviosa en el ensayo de *Enrique V* aquella noche? Estaba nerviosa por algo: tú lo sabes. Y era algo grave.

—Vaya, eso tiene gracia... —dijo Elspeth, y entrelazó las manos en torno a sus rodillas; sin embargo, estaba muy seria—. Dio la casualidad de que no tuve oportunidad de hablar con ella durante todo el día de ayer. Ella fue a Historia, ¿sabe?, y yo a Lengua, y a la hora de comer nos sentamos en mesas distintas, y después de

comer estuvo hablando con la señorita Parry, y después de clase se fue corriendo y yo me quedé para una reunión. Pero Judith notó que le pasaba algo, y le preguntó qué era, y ella le dijo que no se atrevía a decírselo. Y Judith me dijo que parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar todo el rato —concluyó Elspeth gravemente—, y el caso es que ninguna la habíamos visto llorar jamás, ni siquiera cuando se rompió la muñeca jugando al hockey.

—Un asunto desagradable, ciertamente —dijo Fen con gesto compasivo—. En fin, continúa con lo que me estabas diciendo.

—Vale —dijo Elspeth con algo más de entusiasmo—. Le estaba diciendo que o bien Brenda se ha ido por su cuenta o bien la han secuestrado... Y luego piden un rescate, ya sabe, porque su padre está forrado.

—Pero en ese caso... ¿a qué venía esa carta falsa?

—Para retrasar su búsqueda, naturalmente, y para mantener a la policía dando vueltas y buscando en los registros matrimoniales hasta que ella pudiera estar bien lejos o llegar a un sitio donde nadie la pudiera encontrar. Ahora bien, vayamos a los detalles. Ella se fue del colegio, vale, a las cuatro en punto ayer por la tarde, porque me he encontrado con varias niñas que la vieron. Habitualmente iba en bicicleta, porque el colegio casi está a cuatro millas de su casa, pero su bici de tres velocidades estaba estropeada en ese momento, así que ayer tuvo que regresar andando a casa. Caminaba muy deprisa, y debería haber estado en casa a las cinco. Así que debieron de secuestrarla en el camino a casa.

—Tengo que admitir —dijo Fen en tono de disculpa— que a mí también se me ha pasado alguna idea parecida por la cabeza...

—No sea impaciente, déjeme acabar —dijo Elspeth con severidad—, debemos ser rigurosos en esto. Un paso en falso en nuestro razonamiento y nos desviaríamos cientos de millas. —Humillado, Fen murmuró algunas frases contritas—. Bueno —continuó Elspeth—, la cuestión es que en el camino entre el colegio y la casa de Brenda solo hay un lugar lo suficientemente solitario para que alguien se atreviera a secuestrarla a plena luz del día.

Fen, que ya se había recostado confortablemente sobre sus riñones, se incorporó de repente. Hasta ese momento no había tenido demasiadas esperanzas de que aquella conversación le fuera a resultar de alguna utilidad, pero ahora le estaba empezando a resultar muy interesante.

—¿Y qué lugar es ese? —preguntó.

—Melton Chart.

—¿Y dónde está Melton Chart?

—Es un bosque que está justo a las afueras de Castrevenford, al oeste del río. Es además un bosque grande. Hay gente que ya se ha perdido allí alguna vez y ha muerto de inanición... Sin ir más lejos, el año pasado encontraron una trampa con

huesos humanos, y hace cinco, los cuerpos de unos niños que habían estado buscando durante casi una semana. —Elsbeth desgranaba los truculentos detalles con cierta delectación—. Pero, claro, el camino rodea ese bosque. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Fen le dio unos golpecitos con el dedo al cigarrillo y la ceniza cayó en la copa de una diminuta florecilla silvestre; enseguida se arrepintió de su acción deforestadora y sopló para dispersar la ceniza.

—Te sigo en parte —contestó con reservas—. ¿Quieres decir que a Brenda la han... —evitó con cuidado decir la palabra «asesinado»—, la han... *escondido* en algún sitio de ese bosque?

—Exactamente. Y ahí es donde entran mis conocimientos. Como le dije, el bosque es grande, y llevaría días enteros peinarlo completamente. Pero si podemos encontrar alguna especie de rastro, y ponemos a un perro sobre la pista...

—Pero tendría que ser un rastro de algo concreto, después de tanto tiempo... —dijo Fen—. Un grano de anís, una mancha de alquitrán, sangre...

—¡Sangre: eso es justo lo que creo que podemos encontrar!

Fen se sobresaltó.

—¿Por qué dices eso?

—Se lo diré. —Elsbeth miró a su alrededor y bajó la voz—. Hace años, cuando éramos solo unos críos, solíamos jugar a una especie de juegos de guerra en unos campos cerca de Melton Chart —miró a Fen con un mohín de timidez—. Ya sabe las bobadas que hacen los críos... En fin, nos dividíamos en dos bandos, hacíamos prisioneros, y todas esas cosas, y Brenda solía tomárselo todo muy en serio. Si jugaba, jugaba, cualesquiera que fueran las consecuencias para ella o para cualquier otro.

»Bueno, pues hubo una vez que hizo una cosa asombrosa: podía ser absolutamente temeraria cuando se lo proponía. Aquel día era la capitana de nuestro bando, y una vez que andaba sola, explorando, la capturaron los del bando contrario. Cuando te capturaban, te tenías que quedar quieto hasta que venía uno de tu bando y te tocaba. El enemigo te podía retener donde quisiera, y una vez que estabas allí, se suponía que te comprometías a quedarte donde estabas, y a no hacer ningún ruido ni señal alguna que pudiera ayudar a que tus compañeros te localizaran. Solo mientras te trasladaban podías salir corriendo y escapar. Decidíamos quién había ganado por el número de prisioneros no liberados al final de las dos horas que duraba el juego.

»Claro, por supuesto, nosotros teníamos que conseguir que volviera Brenda, porque era nuestra capitana, pero no teníamos ni idea de dónde la habían llevado, y ella estaba demasiado lejos cuando la capturaron para que pudiéramos oír sus gritos de auxilio. Estuvimos buscándola mucho, hasta que después de un buen rato nos dimos cuenta de que un pequeño perro callejero que llevábamos con nosotros estaba

nerviosísimo y frenético tras haber encontrado unas gotitas de sangre en un camino, y esa fue la pista. Él fue siguiendo el rastro, y nosotros lo seguimos a él, y al final nos condujo a donde estaba Brenda. —Elsbeth se detuvo para coger aliento—. ¿Y sabe usted lo que Brenda había hecho?

Fen admitió que apenas podía imaginárselo.

—Bueno, pues tenía una navajita muy pequeña en el bolsillo, y cuando vio que la capturaban, se las arregló para abrirla sin que se la quitaran, y se la escondió en la mano, y se agachó como si se estuviera subiendo un calcetín y se hizo un espantoso corte en la pierna, por debajo de la falda. Sabía que así no lo notarían. Y también sabía que nosotros teníamos al perro, ¿sabe?, y pensó que el perro podría seguir el rastro de la sangre, y así fue.

Elsbeth se había ido entusiasmando cada vez más con su propia historia.

—Y eso es todo —concluyó—. Me apuesto lo que quiera a que Brenda todavía se acordaba del truco, porque estuvimos hablando de aquella treta suya durante mucho tiempo. Desde entonces siempre llevaba encima la navajita. Estoy segura de que si ha sido raptada, habrá vuelto a hacer lo mismo. Sabe que el truco volverá a servirle de ayuda.

Para entonces Fen estaba completamente pensativo.

—Mi querida señorita —dijo en tono de reproche—, ¿por qué demonios no le ha contado antes a nadie todo esto?

—Oh, soy una tonta —dijo Elspeth con una compungida expresión de sincera penitencia—, pero el hecho es que prácticamente me acabo de acordar de aquello. Y entonces lo vi a usted, y como sabía que estaba investigando junto al superintendente de la policía, y suponía que estarían intentando resolver lo de Brenda, pensé que quizás a usted le interesaría conocer mi teoría.

Se estaba procediendo entonces a la tercera y última ronda de té, y la composición de los grupos sobre el césped había cambiado radicalmente. Fen observó con mirada ausente a todos los participantes y arrojó la colilla del cigarrillo al agua.

—Bueno, creo que deberíamos hacer algo al respecto —le dijo a la muchacha, levantándose—. Hablaré con Stagge.

—Oh, no, por favor, con él no... —dijo Elspeth casi con odio.

—¿Y por qué no? —preguntó Fen, preguntándose cómo era posible que un policía tan afable pudiera provocar semejante animosidad en la muchacha.

—Le ha quitado a mi padre el carné de conducir —explicó Elspeth medio enfurruñada—, y mamá no sabe conducir, y yo todavía soy muy joven, así que tenemos que ir andando a todas partes.

Fen comprendió: era una situación desesperada y terrible.

—Sin embargo —añadió—, no podemos guardarnos esto solo para nosotros, ¿no crees?

—¿Por qué no? ¿Por qué no podemos seguirle la pista nosotros a Brenda, y chafar a la policía y ganarlos en su trabajo?

—Bueno, pero nos falta una cosa: alguien que nos proporcione un sabueso.

Elspeth señaló al señor Merrythought, que, soñoliento y comatoso tras su banquete floral, estaba tumbado y bostezando, solo y medio ausente, en un extremo del jardín.

—¿Qué me dice del señor Merrythought? —dijo—. Es un sabueso, o eso creo.

Hablaba en el tono de alguien que plantea una proposición irrefutable, pero Fen tenía algunas objeciones al respecto...

—Demasiado viejo —protestó—. Y por lo que he visto, no me parece un perro demasiado fiable.

—Oh, por favor, profesor Fen —le rogó Elspeth, con aquellos grandes ojos azules suplicantes—. ¿Por qué no podemos intentarlo siquiera? Si va usted a la policía, seguro que no me dejan ayudar, y como la idea se me ha ocurrido a mí, dejarme fuera sería asquerosamente desagradable por su parte.

Fen se quedó pensativo. Tenía poderosas y fundadas razones para creer que Brenda Boyce ya no estaba viva; si lo estuviera, a pesar de la información de Elspeth, la investigación *amateur*, de la que él era un glorioso exponente, quedaría desprestigiada para siempre. Pero tal y como estaban las cosas, Fen no vio que su teoría corriera ningún peligro. Y además, poner en acción la propuesta de la joven Elspeth tendría el mérito adicional de dotar de cierto aire de verosimilitud a la trampa que, con la connivencia de Weems, le había tendido al asesino.

—Muy bien —dijo—. Lo intentaremos. ¿Cuándo puedes empezar?

—Ahora mismo —dijo Elspeth con toda firmeza—. ¿Tiene usted coche?

—Sí. Y vaya coche.

—Muy bien —dijo—. Pero antes de ir, tendría que presentarle a mis padres, o de lo contrario tendrán dudas sobre sus intenciones. Ya sabe... No quiero salir en *News of the World*. —Fen puso cara de espanto—. Vamos.

Al final, y por razones que no nos conciernen pero entre las que se debe considerar la insistencia de Fen en cambiarse de ropa y ponerse algo más fresco antes de emprender la búsqueda, ya eran casi las siete cuando salieron, y el cielo, que durante la primera mitad del día había estado azul como el huevo de un colirrojo real, se había nublado y auguraba una ligera llovizna. El señor Merrythought había decidido demostrar al mundo una implacable actitud de negación de la realidad, y durante mucho rato les fue de todo punto imposible introducirlo en el coche.

—Este perro tiene una mente enfermiza —dijo Fen después de que todos los sobornos y carantoñas hubieran fracasado—. Creo que lo que tenemos que hacer es probar la medicina contraria y decirle que se largue.

Efectivamente, lo hicieron, intentaron echarle a patadas y espantarlo de allí y la treta funcionó a las mil maravillas. El señor Merrythought saltó de inmediato al asiento del conductor, donde se acomodó y acto seguido se puso a lamer el volante, que no tardó en cubrirse completamente de unas babas viscosas y asquerosas. Una vez satisfecho, se puso a mirar con ojos gélidos a través del parabrisas. Tuvo que transcurrir un buen rato hasta que consiguieron que se quitara de allí. Cuando al final lo lograron, Elspeth lo agarró con firmeza por el collar y lo llevó al asiento de atrás, mientras Fen, después de secar apresuradamente el volante con un pañuelo, accionó la llave de contacto del *Lily Christine* y lo puso en marcha en medio de grandes petardeos. Aterrorizado por el movimiento, el señor Merrythought clavó las garras de su pata izquierda en un lateral del habitáculo, como un nadador inexperto a punto de sumergirse en agua helada, hasta que comprendió que no había modo de escapar, y se resignó a sumirse en un profundo letargo.

Informado por Elspeth, Fen condujo desde la casa del director hasta la carretera principal. Recorrieron tres cuartos de milla tras dejar atrás las puertas del colegio, y se internaron por distintas carreteras secundarias, estrechísimas y llenas de curvas, cuyas cunetas estaban repletas de matorrales de resedas y jaras.

—Mejor ir por este atajo —dijo Elspeth a modo de disculpa—. Podíamos haber ido rodeando por la carretera principal, pero habría sido mucho más largo.

—Así está bien —dijo Fen mientras giraba para evitar a una gallina vagabunda—. ¿Sigue el señor Merrythought ahí?

Elspeth se giró para mirar en el asiento de atrás. El señor Merrythought, que no paraba de dar tumbos, parecía furioso. No era probable que estuviera en condiciones de mantener la serenidad mental para entregarse a la tarea que se habían propuesto en aquella expedición. De vez en cuando, con un movimiento súbito y babeante, se abalanzaba sobre algún mosquito que pasaba volando junto a su nariz, perdía el equilibrio, y se caía pesadamente sobre el respaldo de Fen. Pero al final se las arregló para mantenerse incólume en el interior del coche.

—Va bien, a las mil maravillas —informó Elspeth—. Además, ya no estamos muy lejos.

Cruzaron campos de verdes trigales, dejaron atrás rebaños de ovejas pastando y un vieja casona de labranza construida en madera. El terreno se elevaba gradualmente, formando leves ondulaciones, y ofreciendo paisajes de ricos y fértiles bosques. Los pastos se veían salpicados de ranúnculos y margaritas. Había un perfume de heno en el aire vespertino, y el sol, en su camino hacia el oeste, parecía enredarse entre las ramas más altas de una alameda. Junto a un enorme granero negro, por encima del pueblo de Castrevenford y los deslumbrantes brillos en los meandros del río, giraron a la izquierda, para adentrarse por otro camino, y los grupos de árboles no tardaron en hacerse más espesos hasta que el bosque los rodeó por

completo.

—Ya estamos —dijo Elspeth.

Fen detuvo el coche. El señor Merrythought, sumido en la apatía más absoluta, miró impasible a su alrededor, con ojos acuosos. En medio del bosque todo estaba mucho más oscuro —y más silencioso también—, y no se veía ni un alma.

—No parece muy transitado, este sitio —observó Fen—. Tenías razón cuando me dijiste que este era un lugar de lo más propicio para secuestrar a alguien. Bueno, ¿cuál es tu plan de campaña?

—Sugiero que me deje aquí y que continúe con el coche hasta el final del camino que atraviesa el bosque —dijo Elspeth—. Verá, la cosa es que tenemos que encontrar la sangre antes de poder empezar. Si nos separamos ahora, podemos rastrear la cuneta, buscándola, hasta que nos encontremos, o hasta que uno de los dos encuentre el rastro.

—¿Los dos lados del camino?

Elspeth negó con la cabeza.

—No, al principio no. Como verá, no hay mucho bosque a la izquierda; es por la derecha por donde debemos mirar.

—De acuerdo. ¿Quién se lleva al señor Merrythought?

—Usted —dijo Elspeth mientras saltaba fuera del coche—. Parece que le cae simpático.

—Todo el mundo dice lo mismo... —apuntó Fen, enfurruñado—. Y, la verdad, no creo que sea un cumplido, aunque sea cierto, lo cual dudo.

—Grítame si encuentra algo —dijo Elspeth, ignorando las lamentaciones de Fen—. ¡Gritad mi nombre a los ecos de las montañas^[30]!

Fen arqueó asustado las cejas.

—¡Que Dios nos bendiga! —dijo—. Una joven con veleidades literarias.

Elspeth le espetó una sonrisa burlona.

—Estoy a punto de graduarme en el instituto —explicó—. Nos vemos ahora.

Así que Fen siguió conduciendo, como se le ordenó, y a poco más de media milla salió de un túnel de árboles. Aparcó el coche, salió del vehículo, y le hizo una señal al señor Merrythought.

—Bueno, ¿qué? —le dijo—. Se supone que eres un sabueso rastreador. ¡Encuentra sangre o algo!

El camino estaba alquitranado y era bastante estrecho. A la izquierda, según se avanzaba de nuevo hacia el bosque, había un terraplén alto repleto de avena silvestre, a través de la cual, de vez en cuando, podía vislumbrar los destellos amarillos de las flores de la potentilla. Algunos viejos carteles abollados advertían contra los posibles intrusos. La débil y brumosa luz del atardecer jugaba de tanto en tanto en las pálidas hojas amarillentas de los robles, y en el aire flotaban los perfumes de los abedules. El

señor Merrythought olisqueaba por todas partes, mostrando más interés y voluntad de lo que era habitual en él. Fen comenzó su búsqueda.

Con aquella luz cada vez más grisácea no era tarea fácil, y la proliferación de hierbas estivales no resultaba de mucha ayuda. Por fortuna, había abundantes tramos de la cuneta en los que, gracias a los zarzales y los helechos, se veía bien a las claras que por allí era imposible que hubiera pasado nadie, así que pudo concentrarse en los puntos más accesibles, algunos de ellos hollados por feroces intrusos cuyas huellas se adivinaban en el barro de los charcos. Fen, no obstante, era extremadamente pesimista respecto a sus posibilidades de éxito; y cuando, al final, tras casi una hora de cuidadoso trabajo, llegó hasta sus oídos el distante grito de Elspeth, no concedió mucha credibilidad a la idea de que la muchacha hubiera encontrado lo que andaban buscando.

13. NUEVA FANFARRIA: ENTRA EL SEGUNDO ASESINO

Sin embargo, resultó que sí que lo había encontrado. Fen corrió para reunirse con ella —el señor Merrythought iba trotando con bastante rapidez a su lado— y descubrió a la joven inspeccionando con profundo interés una pequeña salpicadura oscura en el suelo, junto a la cuneta. El señor Merrythought enseguida mostró una notable curiosidad en aquel fenómeno; sin duda, las glorias de su juventud estaban regresando por algún oscuro conducto a su mente llena de recovecos inexplorados, porque profirió un gruñido de satisfacción y comenzó a olisquear el rastro lentamente dando vueltas por la cuneta y gañendo.

—¡Ahí está! Lo tenemos —dijo Elspeth, con los ojos lanzando destellos de emoción—. ¡Le apuesto lo que quiera a que se trata del rastro!

—Puede ser —dijo Fen con precaución.

—Oh, no sea aguafiestas, señor Fen... ¡Por supuesto que lo es!

—No quiero desanimarte, querida —dijo Fen—. Pero aunque eso fuera sangre, puede que se trate simplemente de un conejo herido, ¿sabes?

—No importa. Lo seguiremos. ¿Tiene algún papel?

—¿Un papel? —preguntó Fen—. ¿Y para qué demonios...?

—Si vamos a adentrarnos mucho por el bosque, debemos dejar algún tipo de rastro —dijo Elspeth con sentido práctico—. De lo contrario tardaríamos horas en encontrar el camino de regreso, sobre todo si se hace de noche. Puede que nunca consiguiéramos regresar, y los cuervos se nos comerían hasta dejar nuestros huesos mondos.

—¿Cuervos? —dijo Fen, visualizando aquella escena sin excesivo placer—. Que el Cielo no lo permita. —Rebuscó en los bolsillos de su gabardina y sacó, para su propia sorpresa, una pequeña Biblia.

—Quinientas páginas —apuntó—. Eso debería permitirnos internarnos bastante lejos en el bosque, si las vamos soltando con moderación.

El señor Merrythought tuvo algunas dificultades a la hora de trepar a la parte alta de la cuneta; iba haciendo ruidos que sugerían que sufría en silencio de reumatismo. Fen le propinó un buen empujón en los cuartos traseros y luego subieron a gatas tras él. El borde del bosque estaba poblado por densas nubes de mosquitos. Los tojos estaban en flor, con sus apretados capullos amarillos, y, junto con las ortigas, las jaras, y enormes frondas de zarzales como pagodas, constituían la mayor parte de la vegetación del sotobosque. Había pequeñas zonas ennegrecidas, arrasadas por algún tipo de fuego reciente. Las pequeñas flores púrpuras de las aguileñas colgaban de sus tallos. Los troncos de los árboles estaban rodeados de hiedra. Pronto los rodearon los extraños y ligeramente amenazantes susurros del bosque.

El señor Merrythought, con la nariz resoplante arrastrando por el suelo, salió disparado en lo que Fen interpretó con aire optimista como «una actitud decidida».

Durante la siguiente media hora —con la oscuridad creciendo a pasos agigantados y con Fen arrancando como un loco páginas de la Biblia y dejándolas caer en el suelo —, los progresos de Fen, Elspeth y el señor Merrythought resultaron bastante lentos. En parte se debía al hecho de que empleaban muchísimo tiempo en apartar de su camino los arbustos de vegetación selvática: su ropa, como Elspeth observó tristemente, nunca volvería a ser la misma; y en parte se debía a la dispersa conducta del señor Merrythought. Al final del Levítico, por ejemplo, después de un arranque inicial bastante prometedor, el perro pareció perder de repente cualquier interés en el asunto, y se fue a un lado para olisquear las madrigueras de unos conejos. Los lepóridos hicieron bien en esconderse. Bien adelantados en el terreno de los Proverbios, de nuevo, el sabueso se quedó parado de repente, y se distrajo con alguna cosa en la lejanía... (¿Qué era y por qué le interesaba tanto? Ninguno de sus dos acompañantes humanos podría decirlo.) Se quedó mirando a lo lejos con el gesto sublime y espiritual que debió de mostrar Cortés mientras observaba el océano Pacífico desde un altozano en Darien; así que Fen, que desconfiaba de la estatura intelectual del señor Merrythought, comenzó a preguntarse si realmente estaba siguiendo algún rastro concreto o si directamente estaban vagando por el bosque y dando vueltas.

Por desgracia —aunque a la vista de lo que ocurrió después, tal vez uno debería decir «afortunadamente»—, no podían describir los esfuerzos del señor Merrythought sino como meras ilusiones de la senilidad. Aunque Fen sospechó con ánimo lúgubre que el sabueso simplemente dio por supuesto que había ido a dar un paseíto por el campo, en dos ocasiones la linterna, que al aumentar la oscuridad se hizo casi imprescindible, les mostró restos de lo que parecía ser sangre seca, y esos restos fueron suficientes para que continuaran con la búsqueda, aunque de todos modos nunca les proporcionaron serias esperanzas de obtener ningún éxito en su empresa. Además, una persistente ansiedad se revolvía en lo más profundo del pensamiento de Fen; si por alguna casualidad —fantástica e inimaginable— el señor Merrythought conseguía al final conducirlos hasta Brenda Boyce, sin duda la encontrarían muerta, tal vez de forma horrible, y para Elspeth el golpe de un descubrimiento semejante sería descomunal. Fen avanzó en silencio, meditando cuál sería el mejor modo de actuar si se diera el caso. Para empeorar las cosas, pronto la amigable charla con la que Elspeth había amenizado la primera parte de su caminata empezó a languidecer y finalmente murió. La muchacha parecía desmoralizada, a decir verdad, por el hecho de que su mejor falda y sus calcetines estaban quedando lenta pero inexorablemente reducidos a harapos, y solo el orgullo evitó que sugiriera que debían dejarlo por imposible y regresar a casa.

—Dios mío, esto es aterrador... —dijo con un escalofrío.

Y ciertamente había algo estremecedor en aquel enorme bosque a la hora del crepúsculo. Aparte del distante graznido de un chotacabras, el silencio era absoluto, y en esos momentos, cuando la luz prácticamente había desaparecido, los árboles parecían multiplicarse y cerrarse sobre ellos a medida que caminaban. Se sentían como si estuvieran a punto de caer en una emboscada. Elspeth se alegraba de no estar sola, porque si lo hubiera estado, habría tenido dificultades a la hora de mantener a raya la impresión de que alguien o algo los seguía de cerca. Un par de veces tuvo la sospecha de que había entrevisto una pálida sombra moverse entre los árboles, que alguna persona estaba moviendo los arbustos a su paso mientras avanzaba por un sendero paralelo a su camino. «Y al pobre chico lo siguieron, y al final lo acosaron y cazaron, y lo hicieron pedazos y lo esparcieron por ahí, y fue una horrible criatura sigilosa vestida de blanco, que primero viste merodeando entre los árboles, y gradualmente apareció más y más claramente.»^[31] Era una tragedia, pensó Elspeth, que estuviera condenada a encontrar una cita para cada momento, por espeluznante que este fuese.

Algo tenue y sedoso cubrió su rostro. Dejó escapar un pequeño grito.

—Solo es una tela de araña... —dijo Fen alegremente cuando le iluminó la cara con la linterna.

—Lo siento... —dijo la joven, avergonzada—. No sé lo que me pasa.

Siguieron adelante, y en el cielo se escuchó un trueno. La lluvia no tardó en empezar a caer, ligeramente al principio, y luego susurrando y crujiendo sobre las hojas que goteaban sobre sus cabezas. A pesar de las negativas de la joven, Fen consiguió que se pusiera su gabardina. Él se subió el cuello de la chaqueta y empezó a silbar entre dientes la marcha funeral de la sinfonía *Heroica*. Se percató de que habían llegado ya al tercer capítulo de los Hechos de los Apóstoles; y cuando ya habían entrado en el Apocalipsis, se vieron obligados a detenerse y volver sobre sus pasos.

A mitad de la primera epístola de San Pablo a los Corintios, sin embargo, el señor Merrythought comenzó a actuar por su cuenta. Su trabajo durante los minutos anteriores había sido considerablemente lento, pero llegados a ese punto se sentó sobre sus cuartos traseros con el aire de haber terminado la labor y soltó un enorme soplido; era evidente que no pensaba dar ni un paso más. Lo que no estaba tan claro era si ellos estarían obligados a cargar con él para volver al coche. Se detuvieron junto al sabueso.

—Y esto parece ser todo —dijo Fen.

—Debo disculparme —dijo Elspeth con frialdad, intentando retener las lágrimas de la humillación en su ojos—. Lo he embarcado a usted en una búsqueda inútil.

—Mi querida amiga... —dijo Fen amablemente—. Nada de disculpas. Vine por

mi propia voluntad, sabiendo que era probable que fracasáramos. Verás...

—¡Ssssh...! —siseó Elspeth de repente. Ambos escucharon con atención. Elspeth volvía a estar alerta, y todos sus temores supersticiosos habían desaparecido. Se dio cuenta, con un momentáneo sobresalto de sorpresa, de que aunque mantuviera un estado de ánimo sereno y racional, no se había desvanecido la sensación de que había una tercera persona por allí, cerca de ellos. Pero de momento aquellas consideraciones eran irrelevantes. Aguzó sus sentidos.

—¿Qué pasa? —susurró Fen.

—Me pareció oír a alguien gritando.

Fen miró a la joven con gesto contrariado.

—¿Estás segura de que no ha sido un búho?

—No... no... No era un búho. Por lo menos..., eso creo. ¿No oyó usted nada?

—No. Nada.

Durante al menos un minuto ambos permanecieron inmóviles.

—Nada... —dijo Elspeth al final—. Deben de haber sido imaginaciones mías.

Fen suspiró.

—¿A casa entonces?

—Supongo que sí.

—No tengo ni idea de lo que vamos a hacer con el señor Merrythought. Parece incapaz de moverse, me da la impresión, y por lo que puedo ver...

—¡Escuche!

Y en esa ocasión ambos lo oyeron... Era una voz débil, mínima, casi de ultratumba, pidiendo auxilio. No sonaba muy lejos.

—¡Dios mío! —murmuró Fen—. Tenías razón. ¿De dónde viene?

Pero Elspeth le arrebató la linterna de la mano sin decir ni una palabra; parecía que al menos ella no tenía ninguna duda. Echó a correr a toda prisa.

—¡Vamos! —gritó.

Fen corrió tras ella. El señor Merrythought, tambaleándose sobre sus patas y temeroso, probablemente, de que estuvieran pensando simplemente en abandonarlo allí en plena noche para que se muriera de hambre y aburrimiento, siguió a Fen trotando, y soltando lastimeros aullidos. Los zarzales se prendían en sus ropas, y se trastabillaban con las matas de hierba y las raíces cubiertas de musgo. Fen se cayó en un charco que había colocado allí a propósito la bendita Providencia, y se levantó todo embarrado y hecho un desastre, solo para volver a caerse gracias al topetazo del señor Merrythought, que le seguía a corta distancia. Un búho, aterrorizado ante aquel tropel, levantó el vuelo con un graznido y un aterrador batir de alas desde las ramas bajas de un olmo.

En menos de un minuto salieron a un claro del bosque, bordeado de alerces, donde las luces del atardecer aún se demoraban. Pequeños macizos de margaritas

refulgían con una blancura espectral. Elspeth y Fen se detuvieron sin saber hacia dónde dirigirse.

Pero el señor Merrythought no se detuvo. Continuó su trote directamente hacia un matorral de helechos y comenzó a olisquearlo con preocupación. Ellos se aproximaron, y el perro se tumbó y los miró con la vanidosa complacencia de una gallina que ha puesto un huevo especialmente hermoso.

Entre los helechos, tumbada boca arriba, se encontraba tendida una muchacha de la edad de Elspeth. Era rubia, pero tenía el pelo enmarañado y sucio. Tenía ojos, enrojecidos e hinchados a causa del llanto, y el cuello lleno de abrasiones violáceas. Bajo su cuerpo, una pierna, con su calcetín negro medio bajado, se doblaba de un modo antinatural.

Era Brenda Boyce, gracias al cielo, y aún estaba viva.

Elsbeth se arrodilló junto a ella.

—¡Brenda! —dijo jadeante y sin aliento—. ¡Soy yo! ¡Elsbeth!

Brenda estaba muy pálida, y unos enormes lagrimones de alivio y agotamiento comenzaron a caer silenciosamente por sus mejillas.

—Llévame a casa... —susurró casi de modo inaudible—. Por favor, llévame a casa...

Elsbeth tragó saliva; tenía la boca seca.

—¡Oh, Brenda! ¿Estás muy malherida...?

Fen la cogió del hombro, y ella se apartó. El profesor tenía una petaca de whisky en la mano.

—Bebe esto —le dijo—. Te sentará bien.

—Por favor, solo quiero...

—Hazme caso —le dijo Fen, amistosa pero firmemente—. Te necesito apaciblemente borracha, y que sea lo más rápido posible... Y tú, Elspeth, mantén esa linterna firme. No, alma de cántaro, no le metas la luz en los ojos a la pobre muchacha...

Fen le cogió con cuidado la cabeza a Brenda, acunándola en el hueco de su brazo, y le puso la petaca en los labios. Ella tragó el licor. Pareció reanimarse un poco, porque incluso trató de sonreír entre las lágrimas.

—El whisky siempre me marea un poco... —farfulló—. Ojalá tuviera ginebra con limón.

—Vaya si tienes agallas, jovencita —le dijo Fen con verdadera admiración. Se giró luego hacia Elspeth, cuya reacción nerviosa se estaba resolviendo en una cascada de silencioso llanto.

—Y tú, deja de lloriquear como una tonta —le dijo sin miramientos—. Mejor que hagas algo de provecho. Tienes que ir a buscar un teléfono cuanto antes. —Elsbeth se

restregó los ojos y asintió repetidamente—. Cógete el *Lily Christine* si te atreves a conducir. Llama a la comisaría de policía y cuéntale al superintendente lo que ha ocurrido. Si él no está, insiste en que te pongan en contacto con él de inmediato. Dile que necesitamos un médico y una ambulancia urgentemente. Luego, espera en la carretera y cuando lleguen tráelos hasta aquí. Venga, no hay tiempo que perder.

—¿Le dejo la linterna?

—¡Santo cielo, no! La necesitarás para seguir el rastro de papeles... Espera un segundo. Quítate mi gabardina, por favor —Elspeth obedeció, y Fen cubrió a Brenda con ella—. Así está mejor... —dijo—. Por el amor de Dios, Elspeth: deja de temblar y lárgate corriendo ya.

—Pero ¿se va a...?

—Está perfectamente —dijo Fen, colocando el envés de la mano en la frente de Brenda—. Ni siquiera tiene fiebre. Su vida no corre peligro. Estará completamente recuperada en menos de una semana. Pero de todos modos, no podemos quedarnos mucho tiempo aquí sentados entre estos helechos empapados. ¡Así que date prisa!

Elspeth se puso en pie rápidamente.

—De acuerdo —dijo—. Me voy. Adiós, hasta ahora, Brenda. No tardaré.

Salió corriendo hacia el interior del bosque, y Fen se volvió hacia Brenda. Se quitó como pudo la chaqueta, hizo con ella una especie de almohada y se la colocó bajo la cabeza. Era una niña condenadamente guapa, pensó, con una belleza más delicada y más fina que la de Elspeth, aunque bastante más patilarga y aniñada; pero eso cambiaría radicalmente en un par de años; para sus adentros, Fen aplaudió el talento y el buen gusto de J. H. Williams. Por supuesto, era un milagro que siguiera viva, y desde luego no podía culparse por pensar que el asesino había sido tan torpe de no acabar su trabajo. La estrangulación era un asunto difícil y complicado, desde luego. Y esas marcas en el cuello...

La lluvia, que caía copiosamente en ese claro del bosque, estaba empezando a empapar la ligera seda de su camisa. Fen encogió los hombros con disgusto.

—Va a resfriarse usted... —susurró Brenda.

—Qué va —dijo con alegre ánimo—. Tú sí que debes de haber cogido un buen resfriado, después de llevar ahí tirada desde ayer.

—Tengo hambre... —contestó débilmente—. Ya no me duele tanto la garganta, y el corte de la pierna ya se me ha cicatrizado, pero..., pero la otra pierna me duele horrorosamente. Creo..., creo que la tengo rota.

—¿Te importa si le echo un vistazo?

—Sí. Sí..., claro...

Fen tentó la pierna con mucho cuidado, en la oscuridad.

—No la tienes rota —diagnosticó al final—. Quizás te has dislocado la rodilla, no es muy grave. Aunque en estos momentos te tiene que estar doliendo horrores. —Le

sonrió..., un ejercicio de amabilidad inútil, porque apenas podían verse el uno al otro —. ¿Quieres que te la coloque?

Hubo un largo silencio antes de que ella dijera:

—¿Me..., me va a doler mucho?

—Puede que sí —dijo Fen con amabilidad—, y puede que no. Uno nunca está seguro en estos casos.

—De acuerdo —dijo la joven, después de otro breve silencio—. Supongo que habrá que hacerlo de todos modos en algún momento, así que lo mismo da hacerlo ahora que luego. Adelante.

Cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes, y esperó, depositando toda su confianza en aquellas manos firmes y hábiles que palpaban el hueso desencajado. Hubo un momento de indecisión cuando Fen comenzó a estirar la pierna, pero lo aguantó. Todos y cada uno de los músculos y tendones gritaron y protestaron; la muchacha estaba deseando gritar, pero no lo hizo. Entonces, casi de repente, se produjo un crujido perfectamente audible, seguido de una celestial sensación de normalidad y bienestar. La joven abrió los ojos con un gesto de agradecimiento.

—Casi no ha dolido nada —dijo, mirando sorprendida a la dudosa figura que estaba arrodillada junto a ella.

—Estupendo —dijo Fen, simplemente—. Está muy hinchada, y te tendrás que quedar en cama durante unos cuantos días, pero por lo demás... No has de preocuparte, te pondrás bien.

Se quitó la corbata, y le vendó la rodilla con ella.

—Así está mejor. Esto es todo lo que puedo hacer de momento. Maldita lluvia... Pero pronto podremos largarnos de aquí.

—Me siento mucho mejor —dijo Brenda—. Dígame... ¿quién es usted? ¿Y cómo se las ha arreglado para encontrarme?

—Me llamo Gervase Fen.

—¡Ah, sí...! —Brenda, cuya voz se había tornado más firme, se incorporó sobre un codo—. Elspeth siempre está hablando de usted. Estará de lo más contenta, claro.

Fen intentó buscar una posición más cómoda en medio de los helechos.

—La naturaleza... —dijo en tonos sombríos—. No puedo decir que haya tenido mucho trato con ella.

—¿Y fue Elspeth quien le dijo todo eso del rastro de sangre?

—Así es —dijo Fen, apartando unos arbustos que parecían querer meterse en su boca a toda costa—. Solo que no se acordó de eso hasta esta tarde. —Arrancó algo que le estaba molestando en la nuca y lo arrojó a la oscuridad. Brenda notó que se estaba moviendo.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Arañas.

—Sí, me han estado pasando por encima continuamente. Habitualmente me hacen gritar, pero me encontraba tan mal que casi ni me importaban.

—¿Más whisky?

—Sí, por favor.

Fen le entregó la petaca.

—Menuda borrachina estás hecha —murmuró—. Bueno, te lo has ganado.

La joven bebió un buen trago y le devolvió la petaca.

—Delicioso —dijo—. ¿Sabe una cosa? Creía que nadie se acordaría de aquella historia del rastro de sangre, pero algo tenía que hacer. Y lo que de verdad me daba miedo era que la gente se tomara en serio aquella carta vergonzosa...

—Creo que nadie se la tomó en serio, en ningún momento —le dijo Fen.

—¿Por qué no?

—La opinión general era que tienes demasiado sentido común como para fugarte con un hombre. Y además, la señorita Parry sostenía que el estilo de la carta no era el tuyo.

—Sí, menuda manera de escribir, como un crío, ¿no? Una mentalidad muy pobre.

—*Peg's Own Paper*^[32] —asintió Fen.

Brenda permaneció en silencio durante unos instantes.

—Creí que nadie iba a venir... —dijo—. No podía moverme, y grité y grité, pero no sirvió de nada. Y me he desmayado Dios sabrá cuántas veces, y he vomitado dos veces...

—Ya pasó todo —dijo Fen a modo de consuelo—. En una hora estarás a salvo en casa... Eso sí, oliendo como una destilería —añadió, y ella se echó a reír.

Los destellos de la linterna que se había llevado Elspeth hacía rato que habían desaparecido entre los árboles. Todo lo que tenían a su alrededor era una profunda oscuridad, y los pequeños ruidos del bosque quedaron sumidos en el susurro de la lluvia, que cada vez caía con más fuerza.

—Si te apoyas en mí —dijo Fen—, ¿crees que podrías caminar un par de yardas? Deberíamos guarecernos bajo los árboles; no quiero que cojas una neumonía...

—La lluvia no me hace nada —dijo en tono desdeñoso—. Pero lo podemos intentar si quiere.

—De acuerdo —Fen se incorporó—. Espera solo un momento que vaya a ver un poco dónde podemos meternos.

Se alejó unos cuantos pasos de donde la muchacha estaba tendida, rebuscando unas cerillas en los bolsillos. Y lo que aconteció entonces le cogió completamente desprevenido.

Oyó un sigiloso susurro de plantas en el sotobosque, muy cerca de donde se encontraba él.

Peligro.

Durante un instante permaneció casi paralizado e incapaz de razonar, escudriñando inútilmente la oscuridad. No tenía armas, ni luz, salvo la que pudiera dar una cerilla. No podía localizar tampoco el lugar de donde provenía el ruido. Pero sabía que el asesino andaba cerca, y que él tenía la obligación de capturarlo. Maldijo en voz alta.

El haz de luz de una potente linterna resplandeció de repente entre los árboles, deslumbrándolo. Las gotas de lluvia cruzaban sesgadamente el haz como brillantes agujas. Pero solo lo iluminó unos instantes, porque enseguida el haz se dirigió hacia donde se encontraba Brenda, tendida de espaldas. Junto a la linterna, Fen pudo ver el brillo mate del negro metal, y vio a Brenda mirarlo con la boca abierta, como si fuera a decir algo.

Durante un segundo, la escena permaneció congelada como si se hubiera grabado en piedra. Entonces, de repente, todo se precipitó. El señor Merrythought, ladrando como una bestia furibunda, se arrojó contra la luz. Se produjo una violenta detonación y una brevísima llama produjo un tenue fulgor. Brenda gritó. Entonces la luz se desvaneció, y se oyeron pisadas que huían entre los árboles, y luego las del perro alejándose en la misma dirección.

Fen regresó trastabillándose hasta donde se encontraba Brenda.

—¿Estás bien? —gritó—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo, para alivio del profesor Fen—. Estoy..., estoy bien... Pero tengo mucho miedo. ¿Quién era? ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien ha querido dispararme —mintió Fen. Y buscó la mano de joven y la sujetó con firmeza entre las suyas. Brenda estaba temblando.

—No —dijo Brenda como en un susurro, y Fen desconfió de su firmeza—. Era a mí. ¡Era a mí a quien querían matar! ¿Van a volver?

—Yo diría que no...

—Volverán, y usted lo sabe. Oh, Dios..., ¿por qué no pueden dejarme en paz? —dijo Brenda, y estalló en incontrollables sollozos—. ¡No puedo soportarlo más! ¡No puedo soportarlo...!

—Tranquila... —Fen apretó su mano, intentando deliberadamente que notara el dolor—. Animo, aguanta solo un momento...

Los sollozos fueron acallándose.

—Oh, Dios mío —dijo entre lamentos—. ¡Qué maldita cobarde soy...! Era solo... Verá, esto no me había pasado nunca... Es tan desagradable...

—Vamos —dijo Fen—. Ahora vamos a movernos.

La ayudó a incorporarse. Ella se tambaleó un poco y pasó un brazo alrededor del cuello de Fen. La gabardina quedó abandonada en el suelo.

—¿Bien? —preguntó Fen.

—Creo que podré arreglármelas —dijo, dejando escapar una risa entre jadeos.

En un impulso cariñoso, Fen le dio un beso amable en la frente.

—Bendita seas, hija mía —dijo casi en un susurro—. Y ahora, avancemos lo más silenciosamente que podamos. Y por lo que más quieras, no hables.

Melton Chart quedó en silencio de nuevo. Por unos gruñidos olisqueantes y agotados que sintió alrededor de sus piernas, Fen dedujo que el señor Merrythought había regresado.

Mientras iban avanzando a trompicones —ay, demasiado ruidosos— hacia el refugio de los árboles, Fen tuvo tiempo de recapitular todo lo que había pasado, y la sangre se le heló en las venas. ¡Alguien había intentado disparar a Brenda! Dadas las circunstancias, con seguridad esa persona no se detendría así como así. Sin embargo, no podía abandonar a Brenda: la joven era incapaz de moverse lo suficientemente rápido como para huir, y esa era su única posibilidad de escapar. Serían cazados en el bosque como animales heridos. El atacante regresaría, seguiría su rastro, los identificaría y los iluminaría a cierta distancia. Entonces les dispararía a placer. Estaban completamente a su merced.

Y lo peor, y lo más horroroso de todo, era que de todo aquello tenía la culpa él y solo él: Gervase Fen. Había tendido una trampa al asesino, pero con una estupidez ciega e increíble él mismo había caído en ella, arrastrando a Brenda con él. Weems había hecho muy bien su trabajo, pensó; ahora tenía la prueba definitiva. Pero parecía improbable que pudiera vivir para demostrarlo. Tal vez Stagge lo conseguiría averiguar al final, pensó, con aquella delirante verborrea que, tal y como había comprobado en las dos entrevistas previas, el extremo peligro evoca a veces. Si Stagge se detenía a pensarlo, y lo meditaba durante una semana..., «si siete damas con siete fregonas...»^[33] La clave era saber cuánto hacía que se había ido Elspeth. Tal vez podrían ocultarse hasta que llegara la ayuda. ¿Media hora? No. Como mucho diez minutos...

La lluvia caía sobre ellos de modo inmisericorde. Parecía que hubieran transcurrido eones desde que llegaron al borde del bosque, con el señor Merrythought merodeando ruidosamente entre sus piernas. «Si lo hace, que lo haga rápido», pensó Fen. Mejor eso que intentar escapar de manera indigna, humillante e inútil.

Y parecía que su deseo iba a cumplirse. Se detuvieron en seco cuando la luz de antes volvió a deslumbrarlos otra vez, aunque esta vez a más distancia. Los cálculos de Fen estaban en lo cierto. Eso significaba que si intentaba abalanzarse sobre el asesino, caería muerto antes de poder cubrir siquiera la mitad de la distancia que los separaba. La mano que sostenía la linterna era firme y segura: las sombras que arrojaba apenas se movían, con los delineados e irreales contornos de unas sombras chinescas en el teatro. De la persona que la sostenía, nada se distinguía, salvo aquella mano huesuda y pétreo que sostenía el revólver.

Fen cedió a su instinto de huir, girándose rápidamente y dando la espalda a la luz

para proteger a Brenda con su cuerpo. Sabía que era un intento completamente vano. Una bala para él, otra para ella, y ya: aquel sería el final. Ella levantó la mirada para verlo, y su rostro en las sombras parecía extrañamente tranquilo y despreocupado, casi infantil en su inocencia.

—No te preocupes... —dijo.

Pero no habían contado con el señor Merrythought. No habían contado con los recurrentes ataques asesinos del sabueso. El trabajo y la excitación del día evidentemente habían tenido un efecto funesto en la constitución mental del señor Merrythought, y ahora, más rabioso y violento de lo que cualquiera sería capaz de imaginar, echaba espumarajos por la boca, gruñendo, aullando, y revolviéndose monstruosamente, con los ojos inyectados en sangre y el pelo erizado a lo largo de su columna vertebral. Parecía un aterrador puercoespín.

Y por segunda vez se abalanzó furioso hacia la luz.

El haz de la linterna apenas tardó en iluminarlo, y el disparo sonó cuando el perro se encontraba a mitad de camino hacia ella. Girándose, Fen lo vio tambalearse por el impacto de la bala. Con cualquier otro perro, y sobre todo con cualquier otro perro de la venerable edad del señor Merrythought, eso habría sido suficiente. Pero parecía que el ataque furibundo del señor Merrythought era capaz de trascender todas sus limitaciones físicas. El sabueso siguió avanzando a trompicones, apenas más despacio que antes. El atacante disparó otra vez, aterrorizado, pero esta vez falló. Y un instante después, con un gruñido sanguinario, el señor Merrythought se le había echado encima.

La linterna cayó y rodó por el suelo, propiciando un movimiento de claroscuros entre los troncos de los árboles. Ensilenciado por los disparos, Fen adivinó una imprecisa silueta corriendo entre las sombras. En un súbito impulso, se lanzó tras ella hasta que, pasadas unas yardas, la alcanzó con un violento topetazo. Fen soltó los puños para golpear a diestro y siniestro, y sintió un punzante dolor en la mano cuando los nudillos entraron en contacto violento con el duro metal del revólver. Se golpeó la rodilla al caer, y en ese instante su enemigo se desembarazó de él y salió huyendo.

Fen ni siquiera intentó perseguirlo. Tanteó el terreno buscando la pistola, y la cogió. Entonces recuperó la linterna y regresó con Brenda, que se había agazapado en el suelo. Estaba paralizada.

—Se acabó... —dijo Fen calladamente—. No creo que tenga otra pistola ni otra linterna, así que probablemente se irá y nos dejará en paz. Ya pasó todo, cariño.

Una sola lágrima recorrió su mejilla. Durante un par de minutos escucharon los lejanos aullidos del señor Merrythought.

Luego cesaron, y la silenciosa quietud regresó de nuevo a Melton Chart.

Pero bajo un árbol lejano el señor Merrythought sacudía la cabeza, porque su visión se estaba oscureciendo. Entonces hundió su hocico caliente en un matorral de

hierba húmeda y cerró los ojos. Los variopintos y deliciosos perfumes de los animales salvajes y de los pájaros se difuminaban en sus ollares mientras se le iba la vida por la herida. Había luchado como un gladiador, pero ya no podía más. No dejó escapar ni un quejido ni un lamento; solo gruñó suavemente para sí mismo y después nada. Y de ese modo, furioso, mohíno y elegantemente altanero, esperó la muerte.

Media hora después el bosque se pobló de luces. Stagge y Elspeth precedían a un grupo compuesto por el doctor barbado y dos camilleros. Fen pensó que jamás en su vida había visto una escena que le resultara tan encantadora y maravillosa.

14. MUTIS POR EL FORO, PERSEGUIDO POR UN OSO

El médico salió de la habitación de Brenda con un gesto de complacencia de lo más profesional. Le estrechó la mano a Fen, y luego a Stagge, que estaban esperando en el pasillo, que era estrecho y que tenía la moqueta verde.

—Ya pueden hablar con ella —dijo—. La mayoría de la gente habría muerto si hubiera pasado por lo que ha pasado esta chica, pero ella no parece haber sufrido mucho, a juzgar por el apetito con el que está comiendo... En fin, me voy a casa.

—¿Tiene mejor la rodilla? —preguntó Fen. Llevaba el pelo despeinado, iba sin chaqueta y sin corbata, y cualquiera podría haberlo confundido con un holgazán callejero.

—Perfectamente. Tendrá el cuello dolorido durante algún tiempo, claro, y si no estuviera tan hambrienta no disfrutaría tanto tragando. Equimosis subconjuntival. Pero se le pasará en un par de semanas. Fue un trabajo de aficionado.

—Afortunadamente... —murmuró Fen. El médico balanceó su maletín en señal de despedida, y se marchó. Fen y Stagge entraron en el dormitorio.

Era una estancia pequeña, y decorada en tonos pastel. Un agradable fuego ardía tras una diminuta rejilla, en la chimenea, y las cortinas de un azul pálido cubrían la ventana, impidiendo la visión, aunque no el sonido, de la tormenta que seguía azotando el pueblo. Un muñeco de peluche con la forma de un panda los observaba con aire miope desde la repisa de la chimenea. En la cómoda, que Fen identificó con asombro como una auténtica Luis XVI, había más maquillajes y ungüentos de los que serían recomendables para una niña de la edad de Brenda. Junto a un viejo pato de madera —evidentemente un recuerdo sentimental de sus días de infancia— estaban *The Poetical Works of Shelley, Horses and Horsemanship*, y un ejemplar muy usado de una novela de Peter Cheyney, brillantemente forrado, y un objeto que parecía como una réplica de una horquilla de Cleopatra. El ambiente estaba levemente perfumado con sándalo... Al percibirlo, Stagge, a quien una educación puritana le obligaba a asociar las delicias olfatorias (no culinarias) con el ateísmo, frunció el ceño ligeramente. Una enfermera vestida de blanco andaba rondando por allí, limpiando y ordenando cosas. Brenda estaba incorporada y apoyada en un montón de almohadas, vestida con un ligero camisón negro y una bata amarilla de satén, comiendo con la mayor delectación patatas fritas y guisantes de un plato que tenía en una bandeja.

Fen se sintió aliviado al darse cuenta de que los embarazosos nervios emocionales del regreso a casa en cierto modo se habían aplacado. Brenda había llorado, la madre de Brenda había llorado, Elspeth había llorado, los criados habían llorado, y el padre de Brenda le había estrechado fervorosamente la mano a todo el mundo. A Fen le

habían ofrecido trajes limpios, la cercanía de varias chimeneas, armarios enteros llenos de ropa y lo que a él le parecieron cantidades industriales de brandy. Él, con aire austero y espartano, lo había rechazado todo... excepto lo último, claro. Afortunadamente, la crisis había pasado ya y en el ambiente reinaba una tranquila alegría.

—Mmm..., mmm... —farfulló Brenda con la boca llena cuando vio a Fen—. Venga y siéntese conmigo, profesor Fen. ¿Tiene hambre?

—Nada de nada —dijo Fen con sinceridad, aunque la verdad es que no había cenado y se moría de apetito. Y cuando observó a Brenda, se maravilló ante la proverbial resistencia de la juventud. Él aún estaba temblando. Hay algo particularmente desconcertante cuando uno se resigna a morir y luego, de repente, se encuentra vivo y con todos sus órganos intactos; y un efecto secundario pero importante en estos casos es que uno se siente vagamente ridículo, como cuando uno se va a sentar en una silla y resulta que no hay silla. Sin embargo, Brenda parecía completamente tranquila. El color había vuelto a sus mejillas y parecía incluso dispuesta a mostrarse un poco coqueta.

El señor Boyce, un hombre pequeño, cárnico, que rezumaba prosperidad económica, le estrechó la mano a Fen por novena vez.

—Estoy eternamente en deuda con usted, señor —dijo—. Brenda me ha contado todo lo que ha ocurrido.

—Debe usted agradecerse al señor Merrythought —dijo Fen—, y yo también, me temo. Si no hubiera sido por él, ninguno de los dos estaríamos aquí. Bueno, Brenda..., pareces completamente recuperada.

—Tragar es una mierda —dijo Brenda sin ningún miramiento, y sus padres mostraron su enfado y su decepción con simultáneos ruidillos de desaprobación, a lo cual respondió Brenda con un portentoso rubor—. Pero por otra parte —dijo apresuradamente—, así me recupero y reverdezco como un laurel en flor. —Fen entendió entonces lo que quería decir la señorita Parry cuando se refería a la prosa florida de Brenda—. Muchísimas gracias por todo, profesor Fen. Mamá, ¿tienes su corbata?

—Sí, querida. Aquí está, profesor Fen. La hemos planchado. Pero me temo que su chaqueta aún está empapada. La llevaré a la tintorería y se la enviaré mañana.

—Por favor, no se moleste —dijo Fen mientras se acercaba a un espejo y se ajustaba la corbata alrededor del cuello—. Puedo llevármela como esté.

Se enzarzaron entonces en una civilizada y educadísima discusión sobre las corbatas, durante la cual Stagge —como era habitual en él— se mostró un poco azorado e inquieto. Carraspeó un poco y se dirigió al señor Boyce.

—Si no tiene usted ninguna objeción, señor, hay un par de preguntas que debería hacerle a su hija.

—Naturalmente —dijo el señor Boyce, que era proclive a la disculpa inmediata—. Sí, naturalmente. Querida, debemos dejar a estos caballeros que hagan su trabajo —dijo entre titubeos—. Respecto al futuro inmediato...

—Dejaré a un hombre de confianza aquí, para que haga guardia durante la noche, señor —dijo Stagge—. Aunque creo que, ahora que su hija va a tener la oportunidad de decirnos lo que sabe, seguramente ya no correrá más peligro.

—Me alegra mucho oír eso. —El señor Boyce se secó la frente, sudorosa aún por la emoción—. Pero hasta que cojan a ese individuo...

—Hasta entonces, señor... —Stagge miró a Fen con un gesto que lo decía todo —, y espero que no tardemos mucho, yo mismo me haré responsable de la seguridad de su hija.

—Muy bien. —El señor Boyce se giró hacia su esposa—. Vamos, querida. Y tú, Elspeth, lo mejor será que te vuelvas a casa, o tu familia empezará a preguntarse qué ha sido de ti. Luego volveremos, Brenda. Y confío, caballeros, en que se unan a mí para tomar una copa antes de irse.

Fen sonrió a Elspeth y le tendió la mano; sin embargo, para sorpresa de todos y para disgusto —secreto— de Brenda, Elspeth se lanzó hacia el profesor, rodeó su cuello con los brazos, y lo besó apasionadamente en ambas mejillas. Luego estalló en lágrimas y se marchó corriendo de la habitación. El señor y la señora Boyce, después de un intercambio de miradas y muecas de desaprobación ante aquel episodio, también abandonaron la estancia.

Con Brenda solo se quedaron Fen, Stagge y la enfermera. Esta última permaneció discretamente en un segundo plano, y se dedicó a revolver los frascos de medicinas para dar la impresión de que estaba haciendo algo. Los dos hombres se sentaron en sendas sillas junto a la cama. Fen encendió un cigarrillo.

—Bueno, bueno... —dijo Stagge.

Brenda, que ya se había terminado las patatas y los guisantes, había comenzado a dar cuenta de un enorme melocotón. Ante la sugerencia de Stagge, la muchacha sonrió de repente.

—Creo —dijo ella, mirando maliciosamente a Fen— que el maestro debería hacernos una demostración de sus poderes.

—¿En qué sentido, señorita? —preguntó Stagge.

—Podría empezar contando por adelantado todo lo que yo voy a decir.

Fen le devolvió la sonrisa.

—Lejos de mí la idea de robarle el protagonismo —observó con fingida educación—, pero, naturalmente, si insiste usted...

Sacó un lápiz y una libreta de bolsillo... —un gesto que Stagge contempló con evidente disgusto—, arrancó una hoja del final, y garabateó meticulosamente durante unos minutos. Luego le entregó a Brenda sus anotaciones. Los ojos de la muchacha

se abrían cada vez más a medida que leía.

—Solo estaba bromeando... —dijo—, ¡pero usted lo sabe todo! Y, sin embargo, no entiendo cómo nadie salvo yo puede saberlo, porque yo no se lo he dicho a nadie. —Entonces, hizo un puchero de desconsuelo—. Oh, pero supongo que *él* habrá confesado.

—En absoluto —dijo Fen bastante ampulosamente—. Todo esto es pura deducción.

Brenda le hizo una solemne reverencia.

—Lo siento, maestro... Ah, pero hay una cosa en la que está usted equivocado.

—¿Ah, sí? —Fen no pareció muy contrariado—. Siento defraudarla.

Stagge adelantó los pies en el suelo.

—Si no le importa, señorita... —suplicó.

Brenda dio buena cuenta del melocotón con una rapidez inusitada, se tomó el jarabe nauseabundo que le dio la enfermera, se lo tragó cerrando los ojos, pidió un cigarrillo, que le dio Fen a pesar de las tímidas protestas de la enfermera, y se recostó sobre los almohadones fumando con la torpe elegancia de una novata.

—Todo empezó —dijo— anteayer por la noche, cuando estábamos ensayando *Enrique V*. Yo hacía de Katharine, ¿saben?, aunque supongo que ahora le habrán dado el papel a Sheila Wotherspoon. Tiene unas tetas enormes pero no tiene ni idea de actuar... Bueno, da igual: yo había quedado con Jeremy Williams en el edificio de ciencias después del ensayo. Todo muy inocente, ya saben —dijo Brenda, removiéndose bajo las sábanas y mirando de reojo a la enfermera, en un intento de calibrar su potencialidad como informadora familiar—. Ambos estábamos interesados en..., en..., bueno, *en las flores*, ya saben. Y en fin, como dice Freud...

Stagge tosió discretamente.

—De acuerdo, vale, les ahorraré lo de Freud —admitió Brenda—. Bueno, yo salí del ensayo antes que Jeremy, y fui directamente al edificio de ciencias y subí las escaleras hasta el laboratorio de biología, donde habitualmente..., quiero decir, *donde dijimos* que nos encontraríamos. Y esperé allí..., en la oscuridad, naturalmente, porque no me atrevía a dar la luz..., pero Jeremy tardaba tanto que empecé a ponerme nerviosa. Jeremy no se presentó, y yo no tenía ni idea de qué podía estar reteniéndolo, y la verdad es que a mí no me gustan los laboratorios, y el sitio resultaba escalofriante.

A Fen no le costó mucho imaginarse la escena: el fulgor de los frascos y las botellas y las pipetas a la débil luz de las estrellas, un esqueleto articulado, tal vez, con sus blanquecinos huesos pulidos, los macabros cuadros del sistema linfático, y el húmedo y penetrante olor de las ranas diseccionadas y abiertas en canal y metidas en formol. Un escenario bastante sórdido, pensó Fen, para ambientar los inocentes éxtasis del tierno amor.

—Luego, pues alrededor de las diez y cuarto —continuó Brenda—, decidí que lo mejor sería dejarlo y marcharme a casa. Sabía que Jeremy tenía que estar en casa a las diez. Me había dado plantón, y les puedo asegurar que estaba furiosa por ello.

—A nadie le gusta perderse una agradable conversación *sobre flores* —murmuró Fen.

Brenda pareció desconcertada durante un momento. Luego ahogó una risa divertida...

—*Touché!* —dijo—. Un punto para usted, profesor Fen... ¿Por dónde iba? Ah, sí. Bueno: estaba a punto de mandarlo todo al diablo cuando oí unas pisadas subiendo las escaleras. ¡Y, Dios mío, me entró un miedo horrible! Yo sabía que no podía ser Jeremy, ¿me entienden? No a esa hora. Y se me ocurrió que, una de dos, o era ese mojigato de Wells, que seguro se lo diría al director, que con toda seguridad se lo diría a la señorita Parry... o bien debería esconderme, si es que encontraba un lugar donde hacerlo. No me importaba quedarme encerrada allí toda la noche. La verdad es que la segunda perspectiva no era tan mala, desde luego. En un momento dado, no me costaría mucho abrir una ventana del pasillo y saltar. Era la idea de que me pillaran lo que me aterraba, porque no era capaz de imaginar una buena historia que explicara mi presencia allí, y alguna gente... —y puso una cara de burlona seriedad—, alguna gente simplemente no te cree cuando dices que estás interesada *en las flores*.

»Bueno, el caso es este, verán: que el laboratorio de química y el laboratorio de biología están juntos y unidos por una puerta. De hecho, solo se puede pasar al laboratorio de biología pasando por el de química. Así que me escondí detrás de la puerta que los une y miré por la ranura de la puerta a ver quién entraba en el de química. Y lo que vi fue a un hombre con una linterna.

»Eso me extrañó muchísimo. Para empezar, porque si era alguien que tenía algo que hacer allí, perfectamente podría haber encendido la luz. Iba andando muy cautelosamente también, y en ese momento no pude averiguar quién era. Lo único que hice fue esperar y mirar, y rogar al cielo para que no entrara en el laboratorio de biología. Y, gracias a Dios, no lo hizo. Permaneció allí un momento, quieto y escuchando atentamente, y luego se dirigió hacia uno de los armarios del laboratorio de química, y lo enfocó con la linterna. Los armarios tienen frontales de cristal, ya saben, así que se puede ver perfectamente lo que hay dentro. Evidentemente no encontró lo que quería en el primer armario, así que se fue a otro, y luego a otro... Dio una vuelta por todos, en realidad, antes de encontrar lo que buscaba. Entonces sacó un destornillador muy grande y lo metió entre las puertas, e hizo palanca para reventarlas. En un momento en que la luz de la linterna iluminó su manos pude ver que llevaba guantes.

Involuntariamente Brenda se llevó la mano a la garganta para tocarse las heridas.

—Entonces sacó una pequeña botella de cristal del bolsillo —continuó tras una mínima pausa—, y luego otro botecito, y echó un poco de ese líquido en su botella... No mucho, diría yo. Lo vertió muy despacio y con mucho cuidado, y vi que de ese líquido salía como una especie de vapor, y cuando comencé a sospechar qué era, ahí sí que me entró miedo de verdad. Bueno, luego le puso un tapón de corcho a la botella, bien apretado, y se lo metió en el bolsillo, y entonces volvió a poner el frasco en el armario y lo cerró. Pueden ustedes imaginarse: yo estaba en vilo, pero tuve la idea de fijarme dónde dejaba el bote, para poder averiguar qué era lo que se había llevado.

»Y entonces ocurrió. —Brenda hizo un gesto de desesperación—. La misma situación trillada que hemos visto mil veces. En fin: me vino un estornudo. Sentí cómo me picaba la nariz y no pude evitarlo, no pude hacer nada... Lo amortigué todo lo que pude, claro, pero el ruido fue espantoso.

—Deberías haberte pellizcado el puente de la nariz —le dijo Fen.

—¿Ah, sí? No lo sabía... En fin, pues no lo hice. Y pueden ustedes imaginarse cómo me sentí. Habría dado mi alma por que hubiera sido la señorita Parry, en vez de un criminal con una botella de aquella cosa en el bolsillo.

»De todos modos, ya no había nada que hacer. Me había oído. Por un momento pensé que él tenía tanto miedo como yo. No hizo ni un movimiento: se quedó allí quieto como si no estuviera seguro de lo que tenía que hacer a continuación. Luego dijo: «¿Quién anda ahí?», con una voz bastante temblorosa. Aquello me animó un poco, así que me mantuve serena y no dije nada. Pero... pero al final debió de pensar que era él quien tenía las de ganar y me encontró.

»Creo que se sintió aliviado al ver quién era. De todos modos, me dijo: «¿Qué demonios andas haciendo aquí?», con muy malos modos, pero sin gritar, como en susurros. Y yo le contesté, también entre susurros (Dios sabe por qué tendría que susurrar yo en esos momentos): «No estoy haciendo nada, no estoy robando». Fue una completa bobada por mi parte, y el modo como me miró entonces me dejó helada. Me dijo: «Creo que has visto demasiado, jovencita. ¿Sabes lo que he cogido?». Yo asentí. Y me dijo: «Si dices una palabra sobre esto a alguien, te echaré eso en tu cara, preciosa, y no va a ser divertido. Y si por casualidad estás pensando en avisar a la policía para que te proteja, acuérdate de esto: no estoy solo. Si yo voy a la cárcel, tengo amigos que esperarán los años que sea para dar contigo. Así que ya lo sabes: tienes suerte de que no te mate aquí mismo y en este momento. Y ahora, largo de aquí; y mantén el pico cerrado».

Todo aquello lo contaba Brenda de un modo que tenía el recuerdo del miedo que había pasado de cierto efectismo teatral. Sin duda estaba disfrutando, porque era, tal y como había señalado Mathieson, una magnífica actriz, alguien capaz de utilizar todas las argucias teatrales para dejar a su oyente boquiabierto; sin embargo, se notaba que

todavía estaba bastante asustada, y, por una curiosa ironía, aquel hecho más bien desdibujaba que enfatizaba la verosimilitud de lo que estaba contando.

—Entonces me agarró por el brazo y me sacó a empujones del edificio —añadió—. Sin embargo, por el camino me las arreglé para echar un vistazo al armario y asegurarme de qué era lo que había robado. —Brenda miró a Fen—. Y aquí es donde está usted equivocado. No era lo que usted decía. Era ácido sulfúrico.

—El vitriolo —explicó Fen— no es más que otro nombre del ácido sulfúrico.

—Ah, no lo sabía —dijo Brenda—. Mis más humildes disculpas, profesor... En fin, cuando salimos fuera, él se alejó y se perdió en la oscuridad y yo me quedé allí, parada, sin saber qué hacer.

Stagge fue incapaz de contenerse más:

—Pero... ¿quién era? —preguntó—. Porque vería quién era, ¿no es así?...

—Oh, sí, claro —dijo Brenda—. Era Somers. Michael Somers.

Stagge se llevó una mano de desesperación a los ojos, y se los restregó como si quisiera asegurarse de que no estaba soñando. Evidentemente, eso no era ni de lejos lo que esperaba.

—¿Somers? —repitió—. ¿Está usted segura, señorita?

—Por supuesto —el tono de Brenda fue ligeramente desdeñoso—. Yo nunca había hablado con él, pero lo conocía perfectamente. Todo el mundo lo conocía, al menos de vista. Solíamos cruzarnos cuando íbamos en bicicleta, él a la ciudad, y yo de camino a casa desde la escuela.

El superintendente hizo un gesto de resignación.

—Muy bien, señorita. Continúe, por favor.

—Bueno, yo estaba espantosamente nerviosa, por supuesto —dijo Brenda para reanudar el relato—. Había visto *El fantasma de la Opera* y todo eso, y nadie quiere que le echen ni media gota de ácido sulfúrico en la cara. Me fui a casa, rogando a Dios para que mamá y papá no notaran lo nerviosa que estaba. Pero lo notaron, y empezaron a preguntarme... pobrecitos míos: sabían que había algo que les estaba ocultando, pero ¿qué demonios podía hacer sino callarme como una tumba? Y a la mañana siguiente, llamaron a la señorita Parry, y ella también me interrogó, y me pareció que sospechaba que me habían violado o algo así, y me dio miedo que le dijera a mamá y a papá que era eso lo que había pasado y ellos la creyeran, y entre una cosa y otra, y el miedo que tenía, ayer fue seguramente el día más condenadamente desgraciado que he tenido en mi vida.

Brenda se detuvo para tomar aliento, se enjugó una previsible lágrima rápidamente, y apagó el cigarrillo en un platillo.

—Por supuesto, yo sabía que debía de haber ido inmediatamente a la policía y haberme olvidado de las posibles consecuencias. Me moría de ganas de hacerlo, pero

luego pensaba en Somers, y en aquello que me dijo de que tenía amigos que me perseguirían si algo le ocurría, y aunque yo sabía que probablemente estaba mintiendo, también podría ser verdad, y no podría tener un policía de guardaespaldas toda mi vida, y por eso... —Brenda no concluyó la frase—. La verdad es que no creo en las venganzas a largo plazo..., como en *El valle del terror*^[34] y todo eso. Pero supongo que algunas veces debe de pasar.

—Es muy comprensible, señorita Boyce —dijo Stagge con amable condescendencia—. Lo mejor habría sido que viniera a avisarnos, pero si yo hubiera estado en su lugar, no sé si habría tenido la fortaleza y el ánimo para hacerlo.

La joven pareció consolarse con aquella confesión.

—Bueno —dijo—. Estaba muy preocupada por eso mientras volvía del colegio a casa ayer por la tarde. Y por otras cosas también... La gente sabía que estaba ocultando algo, y si Somers empezaba a sospechar que me iba a derrumbar tarde o temprano y que iba a levantar la liebre, como probablemente haría, no dudaría en tomar cartas en el asunto. Yo pensaba que ojalá tuviera mi bici, porque una vez que una sale de Castrevenford el camino está bastante solitario, pero mi bici de tres marchas había pasado a mejor vida. Había llamado por teléfono a mamá durante el recreo y le había dicho que viniera a buscarme en el coche, pero no podía porque tenía a gente en casa para tomar el té. Así que tuve que ir caminando.

»Yo sabía que lo peor iba a ser Melton Chart. Por allí no hay nunca ni un alma, y no había llegado ni a la mitad cuando de repente salió de los árboles..., Somers, me refiero, y bajó a la cuneta. Y tenía un revólver. Yo pensé: «Bueno, pues ya está, se acabó». Pero no iba a rendirme sin luchar. Yo llevaba mi navaja en el bolsillo de mi chaqueta, aunque solo cabía una mínima oportunidad de que alguien recordara el juego...

—¿El juego? —preguntó Stagge. Fen y Brenda se lo explicaron—. Oh. Ah —dijo—. Ya, sí, entiendo. Continúe, señorita.

—Él me dijo: «No hagas ni un ruido, niña, ni un movimiento en falso. Vamos a ir a dar un paseo juntos». —Fen pensó que la fraseología de Somers había sido deplorablemente melodramática, pero también era posible que Brenda estuviera dramatizando un poco—. Pero yo tenía que arriesgarme, claro. Me hice un corte en la pierna para que la sangre fuera haciendo un rastro... Estaba desesperada, y puedo asegurarles que fue un corte espantoso, y afortunadamente él solo pensó que me estaba subiendo el calcetín y no se enteró; de todos modos, fue solo un segundo. Bueno, entonces, yo fingí ser una víctima aterrorizada para retrasar la partida durante unos instantes, porque quería que hubiera un poco de sangre en el camino para proporcionar un punto de partida. No me atrevía a mirar, claro, pero para cuando me apremió para que subiera el terraplén y nos internamos en el bosque, yo pensé que lo había conseguido.

»Bueno, entonces me hizo caminar mucho rato por el bosque con la pistola apuntándome por la espalda, y les puedo asegurar —Brenda se iba poniendo cada vez más pálida mientras lo recordaba— que no quiero volver a pasar por nada igual jamás en la vida... Llegamos al claro del bosque donde me encontró usted, y él sacó un papel y un lápiz y un sobre y me dictó una especie de ridícula despedida para la señorita Parry. Supongo que no querría que escribiera con mis propias palabras por temor a que pudiera esconder alguna especie de mensaje cifrado.

»Entonces me obligó a describirle exactamente dónde estaba mi sala de estudios. Si hubiera tenido cabeza, habría descrito el estudio de cualquier otra niña, y al encontrar la carta en el estudio de otra compañera todo el mundo habría sospechado, pero en aquel momento estaba tan asustada que ni siquiera se me ocurrió... Un instante después (yo estaba sentada de espaldas a él), oí un ruido, cuando dejó caer la pistola en el suelo, y antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, me había agarrado por el cuello. Yo luché y me resistí, y nos caímos, y entonces sentí un dolor horrible en la pierna, y ya no recuerdo nada más hasta que me desperté en la oscuridad.

No me podía mover, así que me quedé allí tendida hasta que usted y Elspeth me encontraron.

La extensa narración, junto con las heridas de su garganta, hicieron que al final la voz de Brenda se pusiera muy ronca, tanto que a duras penas podía seguir hablando. Tosió, dolorosa y prolongadamente. La enfermera se apresuró a darle un jarabe suavizante y entonces se calmó un poco.

Fen se preguntaba, aunque sin excesiva preocupación, por qué Somers había preferido estrangular a Brenda en vez de pegarle un tiro. Tal vez había desarrollado un placer sensual al imaginar sus dedos en torno a aquel blanco cuello de la muchacha... Pero resultaba difícil pensar objetivamente sobre un crimen tan malvado y cobarde.

—Fue un chapucero —apuntó Fen—. Pensó que estabas muerta cuando solo estabas inconsciente. Has tenido mucha, mucha suerte, Brenda.

—Dígamelo a mí —dijo la joven, afónica pero con todo el énfasis que pudo.

Stagge estaba observando a Fen con notable curiosidad.

—¿Y usted sabía todo esto de antemano, señor?

A modo de respuesta, Brenda le entregó las notas de Fen, y el superintendente las leyó en voz alta.

—«Viste a Somers romper el armario en el edificio de ciencias, y robar vitriolo. Él amenazó con matarte si hablabas. Te sorprendió en Melton Chart cuando volvías a casa de la escuela, te dictó una carta falsa, te obligó a decirle dónde estaba tu estudio, e intentó estrangularte». Hum... —Stagge asintió condescendiente; su humildad no le permitía admitir una completa derrota delante de una tercera persona—. Lo cierto es

que es preciso en todos sus detalles.

—¿Y ahora qué? —preguntó Brenda—. Supongo que lo detendrán.

—Oh, Dios mío... no, no —dijo Fen—. El bueno de Somers ya no puede someterse a las leyes humanas. Verás, Brenda: ocurrieron muchas cosas mientras tú estabas abandonada y malherida en Melton Chart. No quiero andar con paños calientes: han sido asesinadas tres personas. Y Somers es una de ellas.

Brenda estaba atónita.

—Pero ¡entonces..., esta noche! —exclamó—. ¿Quién..., por qué...?

Fen se puso en pie.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. O más bien confirmar. Pero tú no te preocupes. Estarás bien vigilada; así que no tienes nada que temer. Nosotros ahora tenemos que irnos. Tú descansa.

Se inclinó sobre la cama y la besó cariñosamente en la punta de su atractiva nariz.

—¡Oh! —dijo Brenda con picardía—. Así que aprovechándose, ¿no? Pero yo habría dicho que usted podía hacerlo mejor.

—Soy un hombre casado —le dijo con gravedad—, así que de nada sirve que alardees de tus encantos conmigo. Además, piensa lo agradable que será volver a ver a Jeremy y disfrutar del olor de una gamba diseccionada.

—¡Es usted malo! —dijo, entre risas—. Vuelva mañana a contármelo todo. —La joven estaba cansada. Se le caían los párpados de sueño.

—Lo haré —prometió Fen—. Dulces sueños.

La dejaron en manos de la enfermera, y dieron instrucciones al policía del pasillo para que no dejara el puesto en ningún momento.

—Espero que se recupere pronto —dijo Stagge con cierta angustia mientras bajaban las escaleras—. Siento una verdadera admiración por esa joven señorita.

—Se pondrá bien, pierde cuidado —contestó Fen con seguridad y confianza—. Creo que ya nada malo puede ocurrirle.

Ya era casi medianoche y, por fin, después de tomar un whisky con el señor Boyce, pudieron marcharse. Los dos coches —el *Lily Christine* y el pequeño Morris de Stagge— estaban aparcados por fuera de la cancela, y antes de despedirse y partir, se detuvieron a charlar un momento. La lluvia casi había cesado del todo, pero en cambio se había levantado un viento fresco y algo molesto. Las nubes se abrían como cortinas en el proscenio de un teatro para mostrar las estrellas.

—He comprendido una parte del asunto, señor —dijo Stagge lentamente—, y podría darme de cabezazos por no haberme dado cuenta antes. Pero..., maldita sea —y se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha—, no consigo comprender la otra parte. Aún estoy completamente perdido respecto a los otros dos asesinatos.

—Todo ha concluido, superintendente —dijo Fen con gesto de agotamiento. Llevaba la chaqueta del brazo, y el viento frío agitaba su camisa empapada—. Ante nosotros tenemos la prueba decisiva.

—Bien, señor. Nuestro próximo movimiento depende de usted.

—Creo que debemos revelarlo todo. Y creo también —dijo Fen pensativamente— que el director debe estar presente cuando lo hagamos.

Así que se metieron en sus coches y regresaron a casa del director cruzando de nuevo los bosques de Melton Chart. Pero cuando llegaron a su residencia, les dijeron que el director aún seguía en la escuela. Fen aprovechó la oportunidad para secarse un poco con una toalla, cambiarse de ropa y engullir tres aspirinas seguidas —una droga por la que sentía una reverencia acrítica—, más que nada como medida de precaución. Luego fueron en coche hasta el despacho del director, en Davenant. Todo estaba vacío y desierto, y solo quedaban encendidas algunas luces en los pasillos.

El director permanecía solo en su despacho. Estaba repantingado en un butacón, bebiendo whisky y mirando la chimenea apagada. Su larga nariz parecía brillar a la luz de la lámpara, y tenía el escaso pelo negro muy despeinado, y la mirada perdida por el cansancio. Pero se levantó al verlos entrar y se aprestó a servirles un par de copas. Les explicó que había estado sentado allí durante la última media hora, tras librarse de un grupo de pertinaces padres que insistían en acosarlo incluso cuando la obra de teatro ya había acabado.

—¿Y cómo fue la obra? —preguntó Fen.

—Oh, bien —dijo vagamente el director—. Sí, de hecho bastante bien, creo. Pero ¿dónde has estado, mi querido colega? No te he visto el pelo desde la fiesta de esta tarde en mi casa...

Muy brevemente, Fen le refirió los acontecimientos de aquella noche y la aventura de Brenda Boyce.

—Dios bendito... —farfulló el director—. Somers... No lo puedo creer... Dios bendito. Algo había en ese hombre que me daba mala espina, pero jamás me habría imaginado que... —Se sumió en el silencio, y empezó a retorcerse los dedos nerviosamente. Stagge miró a Fen.

—Debería saberlo, señor —dijo el policía—. Debería ser capaz de descubrirlo por mí mismo. ¿Podría darme alguna pista?

Fen levantó el vaso y bebió un trago antes de contestar.

—La coartada de Somers —dijo—, el esguince de la muñeca, la frase de Love sobre un fraude, el sentido común sobre los manuscritos, los informes de las coartadas, y el intento de matar a Brenda esta tarde...

Stagge meditó en silencio aquellas sugerencias arcanas que Fen le hacía.

—Nada, señor —le dijo al final—. Va a tener que decírmelo. —Había una pizca de amargura en su voz.

Fen dejó el vaso en la repisa de la chimenea.

—En primer lugar, supongo que entiende que fue Somers quien mató a Love.

El director giró en su silla.

—Pero yo creo que él no pudo...

—Espere un momento, señor, por favor —dijo Stagge levantando una mano en señal de advertencia—. Sí, hasta ahí sí llego. Pero...

—Pero usted querrá saber entonces quién mató a Somers... y de paso a la señora Bly. Muy sencillo —dijo Fen, y sonrió levemente—. ¿Quién podría haber sido, salvo...?

Se detuvo entonces, escuchando, y luego avanzó hasta la puerta, la abrió de repente, y miró al exterior. No había nadie.

—Espere —dijo, y desapareció. Solo habían transcurrido unos segundos cuando el policía y el director oyeron su voz en el campus.

—¡Rápido! —gritaba—. ¡Rápido, rápido, por el amor de Dios! ¡Que se nos escapa, se nos escapa...!

15. LA HUIDA

La conclusión del caso constituyó una extraña mezcla de farsa y tragedia.

Nada más salir del Davenant, Fen escuchó pisadas que se alejaban apresuradamente por la hierba, en dirección a las puertas exteriores del colegio. Deteniéndose solo para avisar a gritos a Stagge y al director, partió en persecución del fugitivo. Pensó que era improbable que el asesino hubiera encontrado medios adecuados para abandonar el país, pero perderle la pista ahora tal vez significaría perderlo de vista para siempre.

Fen apenas había comenzado a ir tras él, sin embargo, cuando escuchó el portazo de un coche y el rugido de un motor un poco más adelante, en el camino de acceso al colegio. Fen echó a correr frenéticamente. Un centenar de yardas por delante de él, unas potentes luces rasgaron la oscuridad, y una forma alargada y baja se alejó rápidamente en dirección a la carretera principal.

—¡Demonios! ¡Maldición! —gritó Fen. Se dio media vuelta para reunirse con Stagge y el director, que habían salido corriendo del despacho en su busca—. ¡Se va, se va...! —dijo abrumado.

Cada uno de los tres hombres corrió de inmediato hacia sus respectivos coches. Fen fue el primero en salir. Decidió optar por el sencillo procedimiento de ignorar el césped y los parterres de flores, y dejando un rastro de devastación y destrozos a sus espaldas, salió a toda pastilla y con un ruido ensordecedor por el camino de entrada al colegio. Aunque tenía serias dudas de que un vehículo tan petulante y excéntrico como *Lily Christine* pudiera mantenerle el ritmo a un Hispano-Suiza —eso le había parecido que era—, estaba decidido a llegar hasta el final, si era mecánicamente posible. Stagge iba tras él, y detrás venía el director. Y de ese modo la pequeña flota automovilística cruzó a toda velocidad las cancelas exteriores del recinto escolar.

Fen llegó justo a tiempo para ver las luces traseras del Hispano-Suiza desapareciendo de la carretera principal al girar en un punto que de inmediato reconoció como la pista que conducía a Ravensward. No tardó en hacerse evidente que aquella acción evasiva había sido un gravísimo error por parte de su presa, porque esa carretera secundaria era tan estrecha y tortuosa que anulaba cualquier diferencia de potencia entre su coche y el de sus perseguidores. Además, aunque el director seguía tras Fen con la inquebrantable fe del mártir, Stagge no había cogido el desvío, sino que había seguido recto por la carretera principal. Conocía un atajo y confiaba en cortarle el paso al Hispano-Suiza un poco más adelante. Pero desafortunadamente infravaloró la longitud del rodeo, y el resultado fue que sencillamente se volvió a unir a la caravana precisamente en la misma posición en que la había abandonado cuando decidió ir por otra ruta: esto es, entre Fen y el director.

El pelotón continuó a toda velocidad, denodadamente, rasgando la noche con el ruido de los motores, como perros de caza enloquecidos en frenéticos ladridos, acechando a las desprevenidas reses, inquietando los sueños de los pueblerinos que dormían plácidamente en sus casas. Los barrios residenciales dieron paso a la Arcadia. Árboles, setos, granjas, casas de labranza y palos de telégrafos pasaban volando junto a ellos como hojas agitadas por un temporal otoñal; caminantes a los que se les había echado la noche encima se veían arrojados a las cunetas, y las gallinas que no estaban en el gallinero morían aplastadas bajo las ruedas. No tardaron en llegar a Ravensward: los coches saltaron la joroba del puente, pasaron a toda pastilla junto a The Beacon, cruzaron la diminuta plaza, y siguieron por el camino en el que se encontraba el *cottage* de la señora Bly. Stagge sabía que su presa, viendo la desventaja en la que se encontraba, intentaría salir de nuevo a la carretera principal.

Pero he aquí que *Lily Christine* comenzó a mostrar síntomas de desafección..., una desafección que rápidamente se convirtió en un abierto amotinamiento. Extraños petardeos resonaban bajo el capó, que se fueron convirtiendo con una espantosa rapidez en un ruido como el de un comando de guerra haciendo fuego con ametralladoras. Una pareja de enamorados, entrelazados en un apasionado abrazo nocturno junto al arcén, saltaron y se separaron como si una espada llameante hubiera partido su pasión en dos. Fue entonces cuando el acelerador dejó de funcionar, el motor se paró, y el coche se detuvo en seco. Con un gruñido espectral, Fen se apartó a un lado de la carretera y observó cómo Stagge y el director pasaban volando junto a él sin percatarse de su presencia.

—¡Aquí, aquí...! —gritó tras ellos de un modo completamente inútil—. ¡Eh, socorro! ¡Aquí...!

La pareja de enamorados se acercó a él. Resultaron ser dos viejos conocidos: Daphne Savage y el señor Plumstead.

—¡Dios bendito! —dijo Daphne—. Si es el profesor Fen. Pero ¿qué demonios...?

—Es inútil... —contestó con ademán sombrío. Estaba desmoralizado por los continuos reveses que la vida le estaba propinando aquella noche.

—¿Se ha estropeado su automóvil? —preguntó el señor Plumstead, de un modo un tanto impreciso—. Yo lo arreglaré. —El señor Plumstead sufría la ilusión común a muchos hombres de que era capaz de arreglar coches así como así—. Será la junta de la trócola, supongo.

Fen lo miró sin ningún optimismo.

—Siempre me ha parecido extraordinario —dijo— que los científicos anden por ahí fanfarroneando de todos los beneficios que han concedido a la Humanidad, cuando jamás han sido capaces de inventar una cosa que pueda resultar fiable en momentos de tan vital importancia.

El señor Plumstead no contestó a semejante observación extemporánea a sus ojos.

Ya había abierto el capó del coche y estaba entregado, según todos los indicios, al desmantelamiento completo del motor. Trozos de piezas metálicas comenzaron a tintinear en el suelo, a sus pies. Mientras tanto, resoplaba como si estuviera haciendo algo absolutamente agotador.

—¿A que es un chico muy listo? —dijo Daphne con una sonrisa de admiración; y cuando vio que Fen no parecía dispuesto en absoluto a confirmar aquella aseveración, añadió—: Pero dígame, ¿qué ha pasado exactamente, profesor Fen?

Fen se lo explicó brevemente, mientras el señor Plumstead continuaba lenta pero decididamente con su labor de desguace.

—¡Cielo santo! —dijo Daphne, impresionada—. ¿Pero quién...?

Se detuvo de repente. Hacía ya un rato que los ruidos de la cacería se habían desvanecido por completo, pero ahora volvían a oír un coche aproximándose desde la dirección en la que todos se habían ido, y cuando estuvieron a la vista, Fen reconoció —por la cantidad de luces fulgurantes que ostentaba— al Hispano-Suiza. Era evidente lo que había ocurrido: en un intento por burlar a sus perseguidores, el criminal había girado en la entrada a una casa o en un desvío, y había apagado las luces y el motor, esperando que sus perseguidores se pasaran de largo, y luego volver sobre sus pasos. La maniobra le había permitido obtener una pequeña ventaja, pero eso era todo, porque Fen ya podía ver también las luces de los otros dos coches regresando en su estela.

—¡Rápido! —gritó.

Sobresaltado, el señor Plumstead se dio con la cabeza en la tapa del capó, y salió de allí con la tubería del radiador en la mano y con gesto de perplejidad.

—¡Vamos a empujar el coche y a cruzarlo en la carretera! —ordenó Fen.

A continuación los tres se embarcaron de forma completamente desorganizada en una febril actividad. El señor Plumstead, caballerosamente, apartó con gallardía a Daphne de la zona de peligro; Fen quitó enseguida el freno de mano; y ambos hombres, con un enorme esfuerzo, consiguieron que *Lily Christine* se moviera. Pero el Hispano-Suiza estaba demasiado cerca; se les echaba encima, y un segundo después sus ruedas derraparon en la hierba húmeda del arcén, y el vehículo pasó raspando a toda velocidad.

—¡Maldita sea! —exclamó Fen.

Entre tanto, *Lily Christine*, moviéndose por su cuenta, continuó su camino y enterró el morro con virulencia en la cuneta contraria, bloqueando la estrecha carretera por completo. Y apenas habían tenido tiempo de considerar los imprevisibles resultados de aquella operación cuando los vehículos de Stagge y el director se abalanzaron sobre ellos con violentos derrapes que torturaron los frenos y los neumáticos de los coches.

El rostro de Stagge, una turbia mancha pálida en el interior del coche, se asomó

por la ventanilla.

—¡Sacad ese maldito coche de en medio, alelados! —gritó enfurecido.

Titubearon a la hora de obedecer. Sin decir un palabra más, cuando tuvieron sitio para pasar, los dos perseguidores se lanzaron de nuevo en persecución de su presa.

—¡Parad, parad...! —gritó Fen lastimeramente—. ¡Esperadme, esperadme...!

Pero no le hicieron ni caso. Stagge, decidido a cumplir con su deber, no podía permitirse el lujo de demorarse ni siquiera un instante, y el director, imbuido por una increíble y dionisiaca pasión por la caza, solo tenía ojos y oídos para la persecución. El rugido de sus motores se fue alejando hasta desaparecer en la distancia. Fen se derrumbó en la hierba junto a la cuneta. El señor Plumstead volvió a su labor destructiva. Y Daphne se quedó allí plantada, en un sombrío silencio, mirándolos.

Al final volvieron a oír otro coche aproximándose; esta vez el vehículo venía del pueblo de Ravensward. Fen se puso enseguida en pie, lo divisó en la lejanía, y casi en ese momento se sintió poseído por algo parecido a la histeria.

—¡Lo ha vuelto a hacer! —exclamó—. ¡Rápido!

Sin duda lo había vuelto a hacer, porque el coche que vieron era desde luego el Hispano-Suiza. Pero en esta ocasión Stagge estuvo hábil y no se dejó engañar, de modo que la distancia entre la liebre y los sabuesos era perceptiblemente menor. Fen y el señor Plumstead empujaron frenéticamente el chasis rojo de *Lily Christine*. A la segunda iría la vencida.

Y entonces, increíblemente, todo volvió a ocurrir como la vez anterior. Ciertamente, el Hispano tuvo menos espacio para librar el choque, y si hubiera tardado un segundo más, habrían podido detenerlo de una vez y para siempre, y el criminal probablemente habría muerto horriblemente en el acto. Pero el vehículo esquivó violentamente el coche de Fen, y pasó de largo, de milagro, y una vez más, siendo incapaces de frenar el avance de *Lily Christine* en ese momento y lo suficientemente deprisa, de nuevo impidieron que Stagge y el director pudieran seguir su marcha. Solo que esta vez el vehículo de Stagge no pudo frenar a tiempo y chocó contra el lateral del *Lily Christine* empujándolo dos o tres yardas por la carretera; el vehículo rojo de Fen se agitó y se desplazó de lado, como si fuera un centollo con ruedas.

No podían verle la cara a Stagge, pero se imaginaron —correctamente— que estaba encendido de furia.

—Pero ¿es que estáis locos? —preguntó con una voz rota y frenética—. Pero ¿es que estáis LOCOS?

Fen y el señor Plumstead volvieron a la humillante tarea de empujar el vehículo. En esta ocasión, sin embargo, Fen dejó que *Lily Christine* siguiera su andadura sin preocuparse siquiera de poner el freno de mano, y saltó al asiento del copiloto del director justo cuando su coche empezaba de nuevo a moverse... Daphne se apartó con dificultad hacia atrás, y el señor Plumstead, aunque sus reacciones eran más

lentas, consiguió saltar al estribo del vehículo, donde se agarró como si mil legiones de demonios estuvieran intentando descabalarlo. Fen le echó un vistazo a los restos, ya meramente morales, de *Lily Christine* esparcidos lastimosamente por la carretera, y un momento después partieron y se adentraron en la oscuridad nocturna.

—Excitante, ¿no?... —le dijo el director sin mucho entusiasmo.

Tenía un coche bastante potente y no tuvo ninguna dificultad en dar alcance a Stagge, aunque la aguja del velocímetro rondara las sesenta millas por hora. Por delante de Stagge, el Hispano-Suiza iba poco a poco ganando terreno. No tardaron en llegar a un largo tramo de carretera, más recto y ancho que hasta ese momento. Al final, aunque apenas lo distinguían todavía, había un puente incluso más pequeño y más peligroso que el de Ravensward. A la derecha del puente había un terraplén muy empinado, y la única protección la constituía una frágil valla de madera y alambre. Y hacia ese terraplén iban lanzados los tres vehículos a una velocidad endiablada.

—La carretera principal está a tiro de piedra —murmuró el director. Iba aferrado al volante como si fuera un piloto de carreras—. Si llega allí, lo perderemos, me temo. Mira, ya nos está cogiendo distancia...

Pero todo estaba a punto de acabar del modo más estrepitoso. Todos los conductores saben que, por alguna inescrutable razón, los camiones más grandes siempre aparecen en los puntos más inaccesibles de las carreteras secundarias, sobre todo de las más estrechas, y a las horas más imprevisibles del día o de la noche. Y eso fue lo que pasó. El Hispano no estaba a más de unas cuantas yardas del puente cuando una enorme figura se recortó en el extremo opuesto. El Hispano había reducido su velocidad para entrar en el puente, pero aún iba a demasiada velocidad como para poder detenerse a tiempo. Lo vieron girar en el último momento..., vislumbraron el lateral metálico aplastarse como papel en el radiador del camión. Entonces el vehículo dio una vuelta de campana, se estrelló con la valla de madera y desapareció por el terraplén. Un instante después se produjo una violenta explosión y el cielo nocturno se iluminó con el fuego del coche en llamas.

El camionero echó los frenos y saltó de la cabina, lanzando maldiciones. Los dos coches perseguidores llegaron al lugar segundos después, y Stagge y el señor Plumstead, pasando por el hueco roto de la valla, bajaron corriendo el terraplén hacia el automóvil incendiado. Desaparecieron en el fulgor del desastre, y después de lo que a todos les pareció una eternidad, aparecieron de nuevo, arrastrando una figura chamuscada y retorcida.

—¡Jesús! —farfulló el camionero—. Pobre diablo. ¡Pero ha sido su maldita culpa! ¡Apareció de la nada!

Se produjo una segunda explosión. Una vaharada de calor ascendió hasta donde se encontraban los espectadores. La deflagración convirtió la ladera en un horno feroz.

Fen, hasta entonces inmóvil en la carretera, de repente se vio dominado por una febril actividad. Comenzó a correr ladera abajo hacia aquel horno de calor blanco. Pero apenas había llegado a la mitad cuando lo sujetaron del brazo, por detrás, y se volvió para ver el rostro ennegrecido de Stagge. El superintendente tenía quemaduras graves, y el resplandor de las llamas solo conseguía que pareciera un habitante de algún espantoso círculo infernal.

—Yo que usted no lo haría, señor —le advirtió—. Aunque quisiera sacrificarse, nunca conseguiría sacar de ahí lo que busca. Y, de todos modos, puede que ni siquiera esté ahí.

Fen se detuvo, reconociendo que su pretensión era inútil. Le hizo al superintendente un gesto señalando a la figura humana, encogida e inidentificable que aguardaba tendida junto a Daphne y el señor Plumstead y el camionero.

—¿Está muerto? —preguntó.

—No, señor. Vive. Pero solo de momento. Tengo que llevarlo de inmediato a un hospital.

—Es usted el que debe ir a un hospital —dijo Fen—. Él va a morir de todos modos.

—Lo mío no tiene ninguna importancia —dijo Stagge con una mueca—. Saldré de esta.

Se alejó cojeando. Fen volvió la mirada hacia el fondo del terraplén: el vehículo aún seguía ardiendo. El director llegó a su altura.

—¿Quién es? —preguntó—. ¡Por el amor de Dios, Gervase!, ¿quién es?

Fen lo miró como si no comprendiera sus palabras. El director repitió de nuevo su pregunta incluso con más vehemencia.

—Mi querido amigo —dijo Fen—. No me daba cuenta de que aún no sabías nada de nada... Es tu secretario, naturalmente. Es Galbraith.

16. ECLIPSE

A sí que pasé la mañana atando cabos sueltos —dijo Fen—. Hablé con Weems, vi a Stagge, conversé con Etherege..., por casualidad, fue él quien me proporcionó uno de los ingredientes que me faltaban para completar mi plato. Luego visité a Brenda y se lo conté todo, y me fui a tomar unas cervezas a The Beacon con Daphne y el señor Plumstead.

—¿Se está recuperando Brenda? —preguntó el director.

—Oh, sí. Rápidamente.

—¿Y Stagge?

—No tenía quemaduras tan graves como creímos en un primer momento. Le han puesto vendas, claro, pero no está en cama. Y respecto a Plumstead, aunque sacó a Galbraith fuera del coche no parece haber recibido daño alguno en absoluto. Cualquiera diría que es una salamandra. Le ha cogido gusto a The Beacon, y me ha dicho que piensa pasar el resto de sus vacaciones por aquí.

Al día siguiente de la fiesta de entrega de premios y diplomas, por la tarde, Fen y el director se encontraban sentados en el despacho del edificio Davenant. Al otro lado de las ventanas, el recinto escolar estaba casi desierto, pues la mayoría de los chicos estaban pasando el día con sus padres. La lluvia de la última noche había roto la racha de buen tiempo, y el cielo estaba encapotado. Soplaban un viento frío y bastante molesto..., tan frío que el director se había animado incluso a encender la chimenea. Fen había desparramado casi horizontalmente su cuerpo grandullón y larguirucho en un butacón de piel; su corbata de sirenas lucía montada sobre la solapa izquierda, y su pelo oscuro y rebelde se proyectaba en pinchos desde la coronilla en todas direcciones; llevaba el rostro bien afeitado, y lucía un agradable rubor gracias a los efectos conjuntos —una noche de pesadilla desde el punto de vista gastronómico pero una sesión pedantesca de copas lo mantenía despierto— de las cervezas en el pub del señor Beresford y el burdeos Haut Brion del director.

—Galbraith... —murmuró el director—. Casi no puedo creérmelo todavía...

—¿Por qué? —preguntó Fen. La psicología de los casos le interesaba, y estaba deseoso de escuchar los puntos de vista del director.

—Porque he trabajado con ese hombre durante muchísimo tiempo. Hemos sido colaboradores estrechos, y ni por un momento me habría imaginado que pudiera ser capaz de semejantes atrocidades. No puedo concebir, en fin, ya sabes, que este sea un caso del que se diga: «bueno, eso le podía haber pasado a cualquiera». Debía tener algo raro en su interior..., pero en ningún momento sospeché sobre él. Antes creía que tenía buen ojo para evaluar la personalidad de las personas, pero jamás volveré a confiar en mis juicios personales.

—Pero, en realidad, ¿lo conocías bien?

—En absoluto —dijo el director—. He estado pensando en ello, y me he dado cuenta de que no sabía nada de él en realidad. Apenas algunos detalles vagos e inocuos sobre su pasado, pero poco más. Si lo hubiera contratado yo, tal vez podría haber sabido algo más de él; pero yo simplemente lo heredé de mi predecesor, que me lo recomendó encarecidamente. Y a fe mía que fue un secretario eficiente: callado, competente, discreto, colaborador. Demasiado eficiente, incluso. Si lo hubiera pensado, me habría dado cuenta de que algo estaba ocurriendo detrás de la fachada que mostraba a todo el mundo. Pero, por lo que yo sé, se comportó de modo absolutamente normal hasta que surgió este asunto de los manuscritos... Lo único que se me ocurre es que estuviese obsesionado con el dinero y la riqueza, y que las enormes sumas de las que se hablaba simplemente lo desequilibrasen mentalmente.

—¿Y Somers? ¿Te sorprende que estuviera involucrado?

—No tanto. El tipo no me caía bien, como te dije, pero no llevaba mucho tiempo aquí, y no lo conocía bien... Pero escucha una cosa, Gervase, me prometiste a la hora de comer que me lo explicarías todo con detalle. Los periódicos de esta mañana no traían nada salvo la redacción pura y simple de los hechos, y aún hay muchas cosas que no comprendo.

—¿Qué quieres saber exactamente? —preguntó Fen, bostezando. Era un dormilón convicto, y dos noches seguidas sin dormir habían conseguido que estuviera medio anestesiado.

El director sacó su pipa.

—Lo primero de todo: ¿cómo supiste todo? Quiero que me lo vayas contado paso a paso, en una secuencia lógica. Luego, una narración cronológica de los acontecimientos, con todos los antecedentes.

—Eso es muy largo —murmuró Fen—. Estaríamos aquí hasta la hora del té.

—No importa. Apenas puedo hacer nada hasta que consiga un sustituto para Galbraith. ¿Sabes...? —El director se quedó absorto unos segundos. Demasiados problemas tenía ya—. ¿Sabes que el único sustituto que pude encontrar era una chica un poco cortita de la escuela de secretariado? Todo esto va a ser un caos los próximos días. Y sé cómo va a ser el correo de mañana: una infinidad de cartas de padres que han leído los periódicos en un abanico que va desde la exigencia nerviosa de disculpas al insulto más o menos categórico.

Fen estiró el brazo para alcanzar un cigarrillo de la caja plateada de la mesa.

—La clave de todo el asunto, querido amigo —dijo—, puede resumirse en dos palabras: tinta invisible.

—Eso tengo entendido —dijo el director, ofreciéndole unas cerillas—, pero comienza por el principio, por favor.

Fen pareció un poco hosco ante aquella exigencia, pero de todos modos dejó escapar un suspiro de resignación.

—Muy bien. Lo primero que yo supe del caso (tú me lo contaste en cuanto llegué) fue que Brenda Boyce había tenido una cita en el edificio de ciencias, que luego había estado muy asustada y que se negaba a explicarlo; y, al mismo tiempo, me contaste el asunto del armario en el laboratorio de química y cómo lo habían reventado. Más adelante nos enteramos de que Brenda había desaparecido en el camino a casa, después de salir del instituto. Bueno, se podían hacer un montón de conjeturas e hipótesis al respecto, pero, como te dije en su momento, la cantidad de posibles explicaciones, siniestras y de otro jaez, que se nos presentaban eran numerosísimas. Yo asumí provisionalmente que ambos hechos estaban relacionados: posiblemente Brenda había visto al ladrón y este la había amenazado para que guardara silencio. Pero eso no era más que una hipótesis vaga y, desde luego, no confirmada, y por mi parte estaba dispuesto a abandonarla a la mínima oportunidad si era necesario. Además, en esa fase del caso, la teoría presentaba un sinfín de complicaciones: bastante obvias, por otra parte, así que no es necesario que te las explique pormenorizadamente. En concreto, la desaparición de Brenda, unida a la opinión de la señorita Parry de que la carta de despedida era completamente falsa, revelaba claramente que si ella había visto al ladrón, las consecuencias serían mucho más relevantes que las que corresponderían a un robo común, porque los que cometen un pequeño latrocinio en raras ocasiones se toman la molestia de secuestrar a los testigos y pergeñar complicados engaños para explicar sus desapariciones. Así que llegué a la conclusión de que (puesto que Brenda había visto al ladrón) este era un crimen de una naturaleza muy especial. Aparte de eso, todo resultaba muy confuso y oscuro.

—Esta exposición me resulta demasiado precavida por tu parte —comentó el director—. Después de todo, sería una extraordinaria coincidencia suponer que el secuestro de Brenda no tenía nada que ver con el robo que se había producido en el lugar donde estaba ella esa noche y, probablemente, a la misma hora.

—Pero las coincidencias ocurren a veces —dijo Fen—. Y estoy intentando ceñirme a lo que resultaba *claro e indiscutible*. De hecho, quiero dejar sentado que todas las conclusiones a las que llegué en este caso eran perfectamente obvias e incontrovertibles, y no llegamos a nada controvertido hasta que investigamos los asesinatos del profesor Love y Somers.

»Recordarás que mientras estábamos esperando a Stagge, me informaste sobre el pasado de las víctimas. Dos cosas me dijiste que más adelante me resultaron de gran importancia... aunque creo que no le presté una especial atención en ese momento. Eran, la primera, la regularidad en las costumbres del profesor Love, y la segunda, su puritanismo. Guardé esos detalles en mi mente, junto con el resto, para un posible uso en el futuro; y cuando se presentó la policía, todos nos encaminamos a la sala de profesores y yo me limité a observar.

»La primera curiosidad, y la más llamativa, que me encontré en el caso del asesinato de Somers era aquella estufa eléctrica encendida. Estuve pensando en ello mientras hacían las fotos y completaban los demás procedimientos rutinarios. En primer lugar, naturalmente, podría haber sido alguna especie de pista falsa; el problema de esa teoría, sin embargo, era que la estufa eléctrica no indicaba ni sugería nada; era totalmente irrelevante. ¿Podemos pensar en alguna razón, por muy fantásica que sea, por la que, tras haberle pegado un tiro a un hombre, alguien encendería una estufa eléctrica con el fin de equivocar a los investigadores?

El director, tras unos instantes de meditación superficial, admitió que no encontraba ninguna razón.

—Muy bien, entonces. Yo no deseché por completo la teoría de la pista falsa, pero parecía más probable que la estufa tuviera alguna utilidad. Solo que... ¿para qué el asesino había dejado la estufa encendida?

»¿Para calentarse? Por supuesto que no; era una noche muy calurosa. ¿Para cocinar? Bueno, no había ningún indicio de que se hubiera calentado nada allí, cosa que habría ocurrido si lo que hubieran calentado fuera inocuo. ¿Y en qué medida calentar algo allí podía ser criminal y cómo podría estar relacionado con los disparos...? Yo no tenía ni idea. ¿Para calentar el cadáver y despistar al forense sobre la hora de su muerte? Como señalé en su momento, la estufa estaba demasiado alejada del cuerpo. No: el asunto tenía que considerarse *en términos generales*. Científicamente hablando, la función del calor es producir un cambio químico. Y esa reflexión, casi no necesito aclararlo, hizo sonar las alarmas: un cambio químico, el armario en el laboratorio de química, la cita de Brenda en el edificio de ciencias... Pero, en fin: un cambio químico..., ¿de qué a qué? ¿Y con qué propósito? Puede que alguien hubiera estado quemando papeles, pero una estufa eléctrica no es un aparato apropiado para hacer eso... Y, en fin, ese tipo de cosas fueron las que me planteé. No te voy a abrumar con el listado completo de todas las posibilidades que concebí y las objeciones que confronté a cada una de ellas. Al final centré mi reflexión en las cartillas de notas, y estarás de acuerdo conmigo en que el único cambio químico que podría producir el calor en unas cartillas de notas solo podía referirse al papel o a la tinta... ¡Eso era! ¡Tinta invisible!

»¿Había alguna confirmación de esa posibilidad? La había, ciertamente. Me refiero, por supuesto, a la hoja de papel secante nueva, parecida en todo a las que Wells había puesto en los tapetes aquella misma noche a primera hora, y que encontramos en el bolsillo superior de la chaqueta de Somers. El papel secante en el que estaba trabajando, como recordarás, estaba cubierto con imágenes reflejas de los comentarios que había escrito en las cartillas de notas, y Wells comentó que todos y cada uno de los tapetes tenían su cantidad exacta de papel secante. Así que me dije: si por alguna razón Somers había escrito las cartillas de notas con tinta invisible y se

dedicaba a calentarlas con la estufa (mientras pretendía dar la impresión de que las había escrito normalmente entre las diez y las once), tendría que hacer algo con el papel secante para que razonablemente no pudiera quedar en blanco y sin manchar; y lo que hizo fue coger previamente una hoja de papel (de la misma marca proporcionada por la papelería que suministra material a los muchachos del colegio y a la plantilla, así como a Wells para el uso de la sala de profesores), llenarla de huellas y marcas de su escritura, llevarla a la sala dentro de su libro de notas, sacarla y ponerla encima del tapete. Solo que..., conociendo las meticulosas costumbres de Wells, tendría que tener cuidado de quitar una hoja secante limpia del tapete para llevársela, por si acaso a alguien se le ocurría contar las hojas y descubrir que había una hoja extra. ¿Me sigues?

—Te sigo —dijo el director—. Y también entiendo ahora lo que pudo ocurrir, y también voy entendiendo los otros datos que confirman esa hipótesis.

—Pero esos datos son de una clase menor. Te refieres, naturalmente, al problema de las horas. Pero no vayamos tan deprisa. Yo estaba convencido de que se había estado utilizando tinta invisible, pero... ¿por qué? No hacía falta ser muy listo para saber que Somers deseaba que todo el mundo creyera que había estado ocupado en la sala de profesores entre las diez y las once, cuando en realidad habría tenido todo ese tiempo para irse de allí y dedicarse a sus asuntos privados. ¿Y qué clase de asuntos privados eran? Bueno, pues presumiblemente asuntos ilegales. Lo cierto es que se había proporcionado meticulosamente esa coartada; y si iban a considerarlo sospechoso de algo, siempre podía plantear exactamente el mismo experimento que yo le propuse, bastante maliciosamente, a Stagge: en concreto, que se imitara el trabajo que había hecho y se controlara el tiempo mínimo necesario para cumplimentarlo. El tiempo que tardaría en completar las cartillas de notas rondaba la hora de trabajo. De ese modo Somers siempre podría decir: «¿Ven? No habría tenido tiempo de hacer lo que quiera que fuera de lo que se me acusa...».

»Y había otras evidencias que reforzaban esa hipótesis: el hecho de que Etherege, al parecer, sabía exactamente cuántas cartillas de notas tenía que completar todavía Somers, el hecho de que Somers asegurara que había terminado hacia las once, el hecho de que le pidiera a Wells que le avisara a esa misma hora, el hecho de que pudiera fiar en el testimonio de Wells de que había llegado a las diez y que a esa hora había dado comienzo su trabajo. Sin embargo, yo me preguntaba: ¿para qué tanta preparación? ¿Para qué quería procurarse Somers una coartada tan elaborada?

»Bueno, para entonces ya sabíamos del segundo asesinato, y, a falta de alguna prueba en contrario, yo pensé que era muy probable que Somers hubiera preparado toda esa coartada con el fin de matar al profesor Love. Pero había un factor desconocido en aquella ecuación tan cuidadosamente elaborada: alguien había matado a su vez a Somers. Y me pareció que no debía dar por segura la explicación

que te acabo de dar sobre la tinta invisible sin examinar la posibilidad de que ese señor X, el factor desconocido, hubiera tenido algo que ver en ello. Me pareció que había dos posibilidades: o bien el asunto de la tinta invisible había sido deliberadamente ideado por el señor X con el fin de que se descubriera el pastel y así señalar a Somers como el asesino del profesor Love, o bien toda la historia de la tinta invisible había sido un invento del señor X para proporcionarse a sí mismo una coartada para el asesinato de Somers.

—Pero ambas teorías —interrumpió el director— necesariamente implicaban la completa inocencia de Somers.

—¡Exactamente! Pero también implicarían su colaboración. No había ninguna duda de que la caligrafía de las cartillas de notas era la suya.

—Bueno, supongo que también podría haberse imitado —dijo el director a modo de disculpa.

—Oh, mi querido Horace —gruñó Fen—. Imitar una firma con precisión es una cosa; imitar noventa y siete cartillas de notas es otra bien distinta. Y, además, ¿has probado alguna vez a imitar una escritura con tinta invisible o, digamos, sin que puedas ver el trazo? Es virtualmente imposible, te lo aseguro: ya es muy difícil incluso cuando puedes ver lo que estás haciendo...

—Muy bien —dijo el director apresuradamente—. Estoy de acuerdo contigo en que tuvo que ser Somers el que escribiera las cartillas de notas.

—Me alegra que estés de acuerdo conmigo —dijo Fen, sin mostrar de todos modos ninguna alegría especial por aquella afirmación—. Y, repito, las dos alternativas que he subrayado hace un momento debían implicar necesariamente la cooperación inocente de Somers. Ahora te pregunto: ¿es plausible lo que te he contado? ¿Qué historia factible podría haber inventado nuestro señor X con el fin de inducir a Somers a embarcarse, sin sospechar nada, en un plan tan elaborado e increíble? Si cualquiera te viniera con una idea semejante, cualquiera que fuera el pretexto, pensarías que estaba loco. No: me vi obligado a volver a mi idea original, a la idea de que Somers había ideado todo aquel asunto para proporcionarse una coartada verosímil a sí mismo, no a otros.

»¿Y entonces qué? La otra cosa rara era que el reloj de muñeca de Somers se le había estropeado, y eso nos suscitaba un problema, ya lo apunté en su momento. Somers, naturalmente, había dicho que se le había estropeado el reloj porque necesitaba que Wells lo llamara a las once, pero estropear el reloj habría sido completamente innecesario porque los relojes son unos objetos incomprensibles que se paran y comienzan a andar por ninguna razón asequible a la mente humana. Además, nunca se lo habría puesto en la muñeca de la forma errónea en que lo llevaba. Yo llevo mi reloj como Somers llevaba el suyo desde que tengo memoria, y desde que tengo memoria precisamente ni una sola vez me lo he puesto por descuido

de otro modo. Evidentemente, nuestro señor X había estado manipulando el reloj. Pero, por Dios bendito, ¿por qué lo había hecho?

»La posición de sus manos no tenía ningún sentido y no ofrecía ninguna clave, y a la única conclusión a la que podía llegar era que nuestro señor X había intentado simplemente *confirmar* la coartada de Somers, con el fin de proporcionarse a sí mismo una coartada para el asesinato de Somers. Verás: su actuación cortaba todas las vías de investigación. Si a partir de las cartillas de notas podía demostrarse que Somers había estado trabajando cincuenta y cinco minutos, entonces claramente nadie podía haberlo matado antes de las once menos cinco, y nuestro señor X podría conseguir fácilmente una coartada para esos cinco minutos (entre la muerte y el hallazgo del cadáver). Esa era razón suficiente, pensé, para que se pusiera nervioso y quisiera a toda costa que la historia de la tinta invisible no fuera descubierta, y para pensar que necesariamente tenía que terminar de montar la escena que Somers había comenzado a pergeñar.

—Veo un inconveniente en tu razonamiento —interrumpió el director—. Lo que acabas de proponer implica que el señor X era consciente del plan de Somers y de su coartada... Y los asesinos, por lo poco que sé de ellos, no suelen confiar mucho en otra gente si pueden evitarlo.

Fen arrojó la colilla de su cigarro al fuego.

—Cierto —dijo—. Estoy seguro de que Somers no confiaba en nadie. Pero también estoy seguro de que nuestro señor X, entrando en la sala de profesores y pegándole un tiro a Somers, dedujo del aspecto general del asunto exactamente del mismo modo en que yo lo he hecho. ¡Puede que incluso pusiera las cartillas de notas de Somers junto a la estufa: un completo regalo!

»Eso te lo garantizo, pero hay aún otro inconveniente. El asunto de la supuesta avería del reloj no era en absoluto esencial para el plan de Somers: era un mero adorno. Entonces, ¿cómo pudo nuestro señor X saber que Somers le había dicho a Wells que se le había estropeado el reloj? ¡A menos, claro está, que nuestro señor X fuera el propio Wells o Etherege!

»O a menos que estuviera escuchando tras la puerta de la sala de profesores —añadió Fen—. Y eso es lo que debió de ocurrir, aunque como Galbraith murió sin hablar nunca podremos saberlo con total seguridad. Yo pensé en tus objeciones en aquel momento, y me pareció que la hipótesis de la cerradura debía de ser correcta..., o de lo contrario Etherege sería nuestro señor X.

—¿Y por qué no Wells?

—Porque Wells no tenía ninguna coartada, según su propia declaración. No tiene absolutamente ningún sentido dar a entender que un hombre no ha sido asesinado antes de las once menos cinco y luego no conseguir una coartada para esos cinco minutos. No, desde ese momento eliminé a Wells completamente de la lista de

sospechosos, lo cual resultó bastante útil, porque desde entonces pude aceptar con toda seguridad que sus declaraciones eran totalmente ciertas. El reloj fue determinante, ¿sabes? Nuestro señor X lo había roto obviamente con el fin de que la afirmación que Somers le había hecho a Wells pareciera cierta. Porque si se descubría que el reloj de Somers funcionaba perfectamente y señalaba la hora precisa, la policía se preguntaría por qué había mentido; investigaría sus actos cuidadosamente; podría incluso descubrir el engaño de la tinta invisible. Y reventaría la estupenda coartada de nuestro señor X.

»Los otros hechos que descubrimos en la sala de profesores pueden resumirse brevemente: uno, a Somers lo mataron de un tiro en un ojo con un revólver del 38, probablemente con silenciador, a una distancia de unos seis pies; dos, el asesino pudo acceder al edificio (y por tanto salir también) con toda tranquilidad por las ventanas del pasillo; y tres, Somers se había retorcido la muñeca una semana antes.

»De estos tres puntos, el primero era irrelevante, neutro y carecía de importancia para la dilucidación de los hechos; el segundo confirmaba mi idea de que Somers podía haber abandonado la sala y haber hecho algo mientras se suponía que estaba en la sala de profesores; y el tercero, según pensé, podía haber tenido cierta relevancia para él, dado que habría contribuido a elaborar el plan de su coartada. Al final, y puedo decir esto ahora, este detalle resultó completamente irrelevante o, al menos, no esencial.

»Así pues, este era el estado de la cuestión al que había llegado cuando salimos de la sala de profesores: que o bien Somers había matado al profesor Love, o bien estaba implicado, o pretendió implicarse, en alguna actividad ilegal, entre las diez y las once de la noche; que el asesino de Somers podría disponer de una coartada desde las once menos diez hasta las once, pero probablemente no antes; y que puesto que Wells no era el asesino de Somers, tenía que ser otra persona.

»Hay un par de cosas que debería mencionar aquí. Las fórmulas para la elaboración de tinta invisible son innumerables, pero muy pocas de ellas, en realidad, se vuelven negras cuando se tratan para que sean visibles..., y, naturalmente, se suponía que Somers estaba utilizando tinta negra; de hecho, la única que recuerdo que puede volverse negra es la que está diluida en ácido sulfúrico. Y en su momento no pude sino recordar que se había reportado un robo en uno de los armarios del edificio de ciencias: un armario que en palabras de Philpotts, contenía «sobre todo, ácidos». Y, la verdad, dadas las circunstancias, ya no era posible pensar que la desaparición de Brenda Boyce fuera una coincidencia. Di por supuesto (quizás temerariamente, pero no irrazonablemente) que Somers había birlado el ácido sulfúrico, que Brenda lo había visto de algún modo, que él había intentado amedrentarla para que guardara silencio, y que, después, temiendo a su vez que lo delatara, se la había llevado a algún sitio y la había matado. Verás: mientras estaba

preparando su coartada (y por razones que te explicaré, él estaba convencido de que la tenía), la joven constituía un espantoso peligro para él. Bastaba con que Brenda dijera que Somers había robado vitriolo y la policía empezaría a preguntar por qué y para qué, y todo el castillo de naipes de la tinta invisible se convertiría en humo, y eso sería su final. Así que aún creo que yo tenía razones suficientes para pensar, hasta que finalmente la encontramos, que Brenda Boyce estaba muerta y puede que hasta enterrada.

Fen bostezó aparatosamente. El cansancio estaba haciendo mella en él.

—No pretendo convencerte —continuó— de que hice mis deducciones tal y como te las he contado, de un modo tan claro y elaborado, y en ese orden, pero de todos modos fueron el resultado de procesos lógicos que operaban en el fondo de mi razonamiento.

»Luego fuimos a casa del profesor Love; y ese crimen, tal y como señaló Stagge, era un asesinato completamente vacío de contenido. Anodino. Lo único interesante era el papel con aquella frase inacabada que encontré en un cajón: «Y escribo estas páginas para registrar el hecho de que dos de mis colegas del Instituto Castrevenford están en connivencia en lo que solo podría denominarse un fraude deliberado, que...».

Y la palabra ‘colegas’, como recordarás, estaba medio tachada, como si se lo hubiera pensado mejor. Por cierto, no hay ninguna duda de que aquel documento era lo que parecía ser; es decir, no una pista falsa. El escrito era indudablemente del profesor Love —farfulló Fen casi para su camisa—, y la tinta demostró que no lo había escrito antes de aquella misma mañana, y que era de todo punto imposible que alguien pudiera haber obligado a Love a escribirla y luego se hubiera ido, y que Love no hubiera hecho nada, salvo meterla en un cajón para confundir a la policía sobre su propio asesinato y... —Los ojos de Fen se cerraron apaciblemente.

—¡Despierta! —le gritó el director sin miramientos.

—Ya te he oído, ya te he oído... —dijo Fen malhumorado, y se sacudió la cabeza como un perro saliendo de un río—. Te juro que no he estado más despierto y despejado en mi vida... ¿De qué estábamos hablando?

—Del papel que dejó el profesor Love en su cajón.

—Ah, sí..., ya me acuerdo. Bueno, el papel desde luego era auténtico. Y, al menos para mí, había dos cosas importantes que no se podían perder de vista.

»Número uno: el «solo podría denominarse». Como le dije a Stagge, eso significaba que el fraude al que Love probablemente se estaba refiriendo no era un *fraude* en el sentido legal del término, en absoluto, sino en un sentido moral.

»Número dos: esos indicios de haber querido tachar la palabra ‘colegas’. Ese gesto me pareció casi como aquella manera de castigar a un pobre muchacho por

utilizar la palabra ambiguo' para describir una situación que tiene más de dos posibilidades... Una verdadera pedantería, desde luego.

—El profesor Love era un pedante en lo que tocaba a las palabras —dijo el director—. Detestaba las inexactitudes.

—Sí, eso pensé. Y eso fue lo que intenté demostrar cuando le mostré el papel a Stagge, aunque me temo que no comprendió bien lo que le quería decir. Love se había dado cuenta de que la palabra colegas' en aquella declaración era inexacta, y había intentado corregirla, pero entonces, probablemente, había pensado que tendría que volver a redactar toda la frase, y decidió que aquella declaración en realidad no tenía ningún sentido de todos modos y no serviría para nada, así que lo dejó, y la guardó en un cajón. Sin embargo, había escrito colegas' en primera instancia, así que seguramente estaba pensando en, al menos, una persona que, aunque no fuera un profesor, estaba bastante cerca en el estatus docente para que se pudiera considerar en cierto sentido un colega' suyo. Por supuesto, descarté a todas las esposas de los profesores y sus familias; Love nunca los habría llamado 'colegas'. Un empleado del instituto, aunque no fuera exactamente profesor podía encontrarse en el grupo escogido... o, naturalmente, podrías encontrarte tú mismo, porque la natural reverencia que Love sentiría hacia un superior obviamente le impediría llamarte...

—Eso me interesa, sigue —dijo el director—. Ha habido momentos en los que casi me he preguntado si yo mismo estaría entre los sospechosos...

Fen agitó su caja torácica en una risa ahogada.

—Tú coartada era infalible —dijo—. De todos modos, para concluir esta parte de mi impecable argumentación, no tengo más que decir que aquella declaración del profesor Love constituía por sí misma un posible motivo para que alguien quisiera asesinarlo.

»Luego hablamos con su mujer. La única información útil que nos proporcionó, a mi juicio, era que tenía la costumbre de tomar café con su marido todas las noches a las once menos cuarto, y que ese dato lo conocía todo el mundo. Eso me planteaba un problema que me había estado preocupando un poco; porque si Somers había matado al profesor Love, y había preparado su coartada (estar ocupado de diez a once) para librarse de toda sospecha, entonces era esencial que el cadáver fuera hallado antes de las once, y que un doctor llegara a la escena del crimen lo suficientemente pronto como para aseverar que Love no había muerto antes de las diez. ¿Entiendes lo que quiero decir? Somers presumiblemente no tenía coartada para antes de las diez o para después de las once; así que todo su plan se iría al traste si, por ejemplo, el cuerpo de Love no se encontraba hasta la mañana siguiente... esto es, hasta que hubiera pasado tanto tiempo que se hiciera imposible decir cuándo había muerto exactamente. Pero Somers esperaba que la mujer de Love entrara en el despacho a las once menos cuarto, una costumbre que, como todo el mundo, también él conocía y que servía a su

propósito maravillosamente.

»Fíjate —añadió Fen enseguida—, aún no estaba en condiciones de asegurar que Somers hubiera matado a Love, pero si lograba demostrar que lo había hecho, entonces ese problema quedaría también resuelto.

»A la mañana siguiente me levanté pensando todavía en la palabra *colega*, y te pedí un listado de la gente del instituto con el fin de ver quiénes eran los empleados no pertenecientes al claustro. No me parecía creíble que Love se hubiera referido a la enfermera del botiquín como una colega, ni al sargento Shelley, a quien conocí, y que no es más que un *cockney* despistado, ni al jefe de mantenimiento, ni a Wells, ni al propietario de la tienda del colegio; pero tal vez podría estarse refiriendo, en un momentáneo descuido semántico, al ayudante de los Junior Training Corps, al tesorero, al bibliotecario, a tu secretario o, menos probablemente, al médico del colegio; así que conservé todos esos personajes en mente, a ver qué pasaba.

»Stagge luego se reunió con nosotros aquí. Y nos dijo que las balas de uno y otro caso procedían de la misma pistola: un hecho que no necesariamente iba en contra del panorama provisional que yo estaba formulando hasta ese momento en mi cabeza; porque Somers podría haber disparado a Love, haber vuelto con el arma a la sala de profesores y haberla dejado allí; entonces, nuestro señor X, entrando en la sala de profesores, podría haberla cogido, haberle pegado un tiro a Somers, y haberse largado con ella. (Yo no podía estar seguro de que eso hubiera ocurrido, pero imposible no era, desde luego.) Stagge, con tu ayuda, hizo un estudio preliminar de las coartadas, y yo te pregunté si habías oído aproximarse o irse un coche la noche anterior. Verás: yo ya había calculado que una persona andando tardaría al menos un cuarto de hora en ir desde la sala de profesores a la casa del profesor Love, o unos cinco minutos si iba en bicicleta. Era concebible, no obstante, aunque no probable, que Somers hubiera utilizado un coche (añade aquí las objeciones que creas oportunas, por favor), pero dijiste que no habías oído nada en absoluto.

»Más adelante tuve unas conversaciones bastante extrañas con Etherege y el sargento Shelley. Yo confiaba en que Etherege fuera capaz de desvelarme algo claro en torno a los motivos que podrían haber animado un asesinato así, pero su conversación con él no me sirvió de nada. En cualquier caso, sí que estuvo en disposición de confirmarme el hecho de que todo el mundo conocía la implacable regularidad de las costumbres de Wells y de Love..., y Somers seguramente lo habría tenido en cuenta si lo hubiera planeado todo tal y como yo sospechaba. Etherege también me dijo que últimamente Love parecía algo meditabundo, resentido y que se sentía traicionado, lo cual se ajusta no solo a su aviso sobre un «fraude», sino también (sobre todo la parte de su resentimiento) con el hecho de que Somers era su ojito derecho particular. También le pregunté sobre su muñeca torcida, un asunto que a mí me había parecido un tanto forzado y falso, pero al parecer no lo era. También le

pregunté si Somers había utilizado siempre tinta negra, y Etherege me contestó que sí; lo cual significaba que Somers se había visto obligado a utilizar (objeciones aparte) una de esas raras tintas invisibles que se vuelven negras, por temor a que alguien sospechara de aquel cambio de color en sus costumbres caligráficas.

»Por Shelley apenas supe nada, salvo el hecho de que el revólver y el silenciador efectivamente habían sido robados de la armería, y que prácticamente todo el mundo tuvo la posibilidad de haberlos cogido. Stagger y yo registramos las dependencias de Somers, sin ningún resultado. Me di cuenta de que estaba leyendo *The Fourth Forger*, pero no saqué ninguna conclusión de ello en aquel momento. Ni saqué ninguna conclusión del hecho de que Somers hubiera retirado cien libras del banco la mañana anterior a su asesinato. No encontramos el dinero, así que dimos por hecho (como lo doy por hecho ahora) que el asesino se lo había llevado.

»Luego nos topamos con la muerte de la señora Bly. Como sabes, eso nos condujo al descubrimiento de la famosa trama de los manuscritos. El móvil, pues, ya estaba claro, y otros muchos detalles anejos también. Resumiendo, Somers había intentado comprar el manuscrito. Love (pues es prácticamente seguro que fue Love quien preguntó por la señora Bly en *The Beacon*, y solo ese asunto podía ser el «fraude» al que se refería en su papel), Love, digo, habría intentado impedir la transacción, diciéndole a la señora Bly cuál era el valor real de los papeles. Eso le habría proporcionado a Somers un motivo irresistible para matar a Love; y así fue como la probabilidad de que Somers fuera el asesino de Love se convirtió en una certeza.

»Sin embargo, seguía habiendo problemas. En primer lugar, ¿cómo había sabido Love que se iba a producir esa transacción? ¿Y por qué había dicho que había una tercera persona «asociada» con Somers? Verás, a mí me parece increíble que Somers le hubiera contado a nadie su hallazgo, porque eso significaba que se lo podrían birlar en el último momento; desde luego, no tenía ninguna necesidad de decírselo a nadie, porque el precio que le pedían por los manuscritos lo tenía disponible en su banco... Y de todas las personas a las que se lo podía haber dicho, Love era el menos probable, dado el «puritanismo comercial» del profesor, del que muy seguramente era conoedor. Además, me sentía inclinado a pensar que el profesor Love había sido engañado respecto a esa «asociación», aunque contra esta teoría estaba el hecho de que el tal señor X innegablemente había asesinado a Somers y a la señora Bly, presumiblemente por culpa de los manuscritos, de cuya existencia él era sabedor. Un poco lioso, lo sé, pero de todo el naufragio emerge un hecho indubitable: que si Somers era uno de los «colegas» en el papel acusatorio del profesor Love, y legalmente efectivamente lo era, el otro, supuestamente nuestro señor X, debía de ser el que provocó la incompleta rectificación de la palabra.

«Entonces llegaron los informes de las coartadas. Y, cielos, ¡fueron muy

reveladores! Yo no estaba buscando a ningún profesor, pero cuando vi que Mathieson, Etherage y Philpotts no tenían coartada para las once menos cinco ni para después (y que, por lo tanto, evidentemente no habían manipulado el reloj de pulsera para reforzar el engaño de la tinta invisible), los eliminé inmediatamente de la lista de sospechosos. Wells fue eliminado por las mismas razones. Y eso dejaba únicamente solo a una persona: Galbraith. Reunía todos los requisitos del asesino: era una persona a quien Love podría haber denominado colega'... y mis otros cuatro posibles sospechosos, todos empleados del instituto, estaban por algún milagro divino jugando juntos al *bridge* en el momento preciso, y, por tanto, quedaban fuera. Y su coartada (el único que la tenía, de todos) era exactamente lo que yo había imaginado: no tenía nada para antes de las once menos cuarto, pero tenía la coartada perfecta, gracias a ti, para los momentos posteriores.

»Y encima, Stagge me dijo que Galbraith podía considerarse prácticamente un experto en manuscritos antiguos: un hecho que me resultó definitivo, al menos intelectualmente. Verás, la única persona a la que Somers probablemente le comunicaría su descubrimiento sería, precisamente, a un experto en manuscritos antiguos. Somers estaba más que dispuesto a pagar cien libras por *Trabajos de amor logrados*, un dinero que sacaría de sus escasos ahorros en el banco. Naturalmente estaría nervioso por saber si los documentos eran auténticos, y si podía confirmarlo con cierta seguridad, lo haría, y Galbraith sin duda le pareció, como a todo el mundo, un tipo callado e inofensivo que prácticamente con toda seguridad no interferiría en la transacción ni intentaría entrometerse en su propio beneficio. Precisamente le pregunté a Galbraith en la fiesta del jardín si Somers le había ido a consultar, y fue lo suficientemente inteligente como para decirme que sí. Después de todo, era una cosa lógica que Somers lo hubiera hecho, y como nosotros no lo hubiéramos creído si me hubiera dicho que Somers no acudió a él, obviamente consideró más seguro decirme que efectivamente sí lo había hecho.

»Ayer, a la hora del té, la conclusión a la que había llegado estaba clara: que había sido Somers quien había matado a Love; y que Galbraith casi con toda seguridad había matado a Somers, y solo con probabilidad, dado que un tercer asesino sería ya demasiada coincidencia, también a la señora Bly.

»Pero, desde luego, no había pruebas sustanciales contra Galbraith. La tinta de las cartillas de notas podía analizarse, como se hizo de hecho, con los resultados esperados, y la coartada de Galbraith saltaría hecha pedazos por los aires, pero la mera ausencia de coartada no constituía prueba necesaria de culpabilidad; había más gente sin coartada. Además, el dato del reloj de pulsera podía ser rebatido por cualquier procurador inteligente en menos de medio minuto. «Damas y caballeros» —Fen comenzó a imitar la voz de un abogado pomposo ante un tribunal—, «ustedes saben, y yo sé, que incluso el mejor de todos nosotros está sometido..., ja, ja..., a

extraños ataques de amnesia y olvido. ¿Es que acaso ha de ser ajusticiado un hombre (y ruego que ustedes, hombres y mujeres de juicio y discernimiento, lo tengan presente), acaso ha de ser ajusticiado un hombre por la ridícula y absurda y trivial razón de que la infortunada víctima de un brutal asesinato decidió ponerse el reloj de un modo que no era el habitual?» Se podrían aplicar miles de sofisterías convincentes como esa también a la palabra semitachada, «colegas», y a la decisión de sentido común de que la única persona en que confiara Somers fuera Galbraith, que precisamente era experto en manuscritos. Aunque resultaba muy significativo, era demasiado frágil para presentarlo ante un tribunal.

»Además, había en mi mente aún ciertos resquicios de duda. Para un noventa y nueve por ciento de personas, Galbraith sería la persona sobre la que recaerían todas las miradas de culpabilidad, pero yo precisaba una prueba irrefutable: en primer lugar por mi conciencia, y en segundo término para convencer a un jurado. Así que le tendí una trampa. Era un tanto primitiva pero tenía la vaga esperanza de que funcionara.

»Le pedí a Weems que entablara conversación con Galbraith, y que le contara, a modo de cotilleo interesante, que había oído al superintendente Stagge hablando conmigo del caso. Stagge, según acordamos, me habría dicho algo del tipo: «Si podemos desmontar su coartada, señor, tenemos caso para ir al fiscal, gracias a ese muchacho que lo vio robando en el *cottage*. Pero si no podemos desmontar su coartada (y eso me resulta completamente imposible), entonces saldrá impune». Yo me habría mostrado de acuerdo, y una vez que nos hubiéramos dado cuenta de la presencia de Weems, nos habríamos retirado prudentemente para que no nos oyera.

—¿Robando? —el director se mostró un poco confuso.

—Como si fueran conjeturas —admitió Fen—. Stagge encontró indicios de que el *cottage* de la señora Bly había sido saqueado, y se me ocurrió que antes de embarcarse en otro asesinato, Galbraith probablemente habría intentado hacerse con el manuscrito por métodos menos drásticos.

—Sí, ya veo... —dijo el director—. Pero ¿qué pretendías obtener de Galbraith haciéndole llegar esa conversación ficticia?

—A lo largo de la velada en el jardín —le explicó Fen— iba a difundir el rumor de una falsa resurrección de Brenda. Iba a comentar discretamente que Brenda había sido víctima de un ataque criminal, y que estaba inconsciente, pero que se esperaba que sobreviviera. Entonces, Galbraith iba a tener la oportunidad de intentar matar a esa supuesta revivida Brenda: una figura tumbada en una cama de hospital, o algo de ese estilo. Incluso aunque no lo cogiéramos en el acto de ir a matar a esa supuesta Brenda, el simple hecho de que lo hubiera intentado sería la prueba de que Galbraith había matado a Somers.

—Espera un momento... —la voz del director era quejumbrosa—. ¿Cómo sabía Galbraith lo de Brenda?

—Ay, mi querido Horace... —gruñó Fen—. Si sabía lo de la tinta invisible, seguramente se habría enterado de la desaparición de Brenda, y sabría la razón de la misma. Y, efectivamente, así era.

—Ah, claro, naturalmente... —El director parecía humillado—. Perdona.

—Pero entonces, claro, ocurrió lo inesperado. Brenda estaba *realmente* viva, y mi globo sonda funcionó..., aunque antes de tiempo, de modo que este hecho inesperado me pilló completamente desprevenido. Alguien intentó matar realmente a la chica. Y eso, apenas necesito decírtelo, era la prueba indiscutible de que Galbraith era culpable.

—¿Cómo, si no sabías quién era el agresor? —Incluso a costa de parecer un poco lerdo, el director estaba decidido a tenerlo todo absolutamente claro.

—Bueno, la única conexión de Brenda con el caso era que sabía que Somers había robado el ácido sulfúrico del laboratorio de química. Si ella vivía, nos lo podría contar, nosotros nos preguntaríamos para qué quería Somers el ácido sulfúrico y con ayuda de unos cuantos manuales llegaríamos rápidamente a la conclusión de que lo necesitaba para fabricar tinta invisible. Pero, verás, la única persona en todo el mundo cuya seguridad e inmunidad dependía en todos los sentidos de que el engaño de la tinta invisible siguiera sin descubrirse era Galbraith; así pues, él era la única persona en el mundo, tras la muerte de Somers, con un motivo real para matar a Brenda. No necesito añadir que su seguridad, en realidad, no dependía de que el engaño siguiera sin descubrirse; pero las habladurías ficticias de Weems consiguieron que así lo pensara: le hizo creer que una vez que su preciosa coartada fuera desmantelada, estaría perdido.

17. PAZ INDIVISIBLE

Fen se detuvo para birlarle otro cigarrillo al director, y el director se recostó en su butaca emitiendo un suspiro.

—¡Maravilloso! —exclamó lleno de admiración.

—En absoluto lo es. —El desdén de Gervase Fen, por una vez, no fue fingido—. Aunque había un montón de detalles que analizar, el caso me pareció inusualmente sencillo y claro. Y cuando pienso en la estupidez que cometí al no ir armado a Melton Chart, me sonrojo como una virginal doncella enamorada.

—Bueno —ordenó el director sin dar más opciones—, haz una narración clara de los hechos, por favor. Hay todavía algunas cosas que no entiendo sobre el asunto de los manuscritos.

—Una parte de los hechos son solo conjeturas —le advirtió Fen—. Los cuatro protagonistas han muerto sin decirnos nada al respecto, y hay escenas y episodios que solo podemos suponer o imaginar. Pero una reconstrucción probable de los hechos sería aproximadamente como la que sigue:

»Todo comenzó el lunes pasado, cuando, en el pub The Beacon, Taverner le contó a Somers por casualidad la existencia de un manuscrito: probablemente incluso mencionó el título, *Trabajos de amor logrados*. Somers, como profesor de lengua que era, seguramente estaría lo suficientemente instruido como para prestarle atención. Así que el martes por la noche visitó a la señora Bly para echarle un vistazo a los documentos, consideró que tenían valor y le preguntó a la mujer cuánto quería por todo aquello. Ella, sin duda, dijo la cifra de las cien libras, como un chiste al principio y luego en serio, porque vería que Somers realmente estaba deseoso de comprarlo. Y él, tras unos vanos regateos, le habría dicho algo así como: «Bien, de acuerdo, le daré un cheque». Como vieja y suspicaz que era, la señora Bly seguramente rechazó la idea del cheque y le exigió que le pagara en dinero contante y sonante. Él le diría: «De acuerdo: mañana sacaré el dinero del banco y se lo traeré». Y ella le contestaría: «Pues no va a poder ser, porque mañana me voy a visitar a mi hijo, y no estaré aquí hasta el sábado; puede traerme el dinero el sábado si quiere».

—No soporto ese estilo hipotético en condicional —se quejó el director—. Olvídate del «iría» y el «vendría», y del «probablemente» y del «seguramente», y cuéntame la historia con claridad y sin rodeos. Yo te pararé los pies si dices algo que no tenga sentido.

—Yo nunca digo cosas sin sentido, amigo —replicó Fen con frialdad—. Pero acepto que tu sugerencia no está mal —dijo con mejor humor—. Aquí va:

»Resulta que a Somers no le gustaba en absoluto la idea de que transcurriera tanto tiempo antes de que aquellos documentos de incalculable valor llegaran a sus manos; también temía que la señora Bly, sospechando el verdadero valor de los manuscritos,

se los vendiera a otra persona entre el martes y el sábado, y por una suma mucho mayor. Así que le pidió que firmara un «compromiso de venta», y ella, para quien cien libras era toda una fortuna, aceptó. Encontramos ese documento, por cierto, en el bolsillo de Galbraith; evidentemente lo cogió del cadáver de Somers. Con sus propias palabras, Somers escribió: «Yo, la abajo firmante, me comprometo a que mediante el pago de cien libras le entregaré incondicionalmente a Michael Somers del Instituto Castrevenford el manuscrito hallado en mi casa y titulado *Trabajos de amor logrados*; en el entendido que dicho pago ha de efectuarse en el plazo de una semana, a partir de la firma de este acuerdo». La señora Bly lo firmó, y Somers se volvió a casa con el papel firmado. Como era un acuerdo condicionado, supongo (aunque no soy un experto en leyes contractuales) que no era legalmente vinculante, pero Somers no se dio cuenta de eso, ni tampoco la señora Bly, ni el propio Galbraith cuando se enteró de su existencia.

»No es de extrañar, pues, que Somers estuviera contento cuando fue a The Beacon a tomar una copa el martes pasado por la noche, porque si el manuscrito era el que él creía que era, probablemente podría vivir como un rey el resto de su vida. Consideró la posibilidad de que el manuscrito fuera una simple falsificación, pero al final decidió rechazar esa idea. Cien libras era una cantidad demasiado escasa: por una falsificación moderna seguramente le pedirían más; Taverner y la señora Bly eran unos falsificadores y unos estafadores más que improbables, y parecía también increíble que hubieran enterrado una falsificación en el pasado con la idea de gastar una broma que el falsificador ni siquiera podría disfrutar. Además, el propio Somers había examinado el manuscrito y, aunque no era un experto, sabía lo suficiente sobre esas cosas como para estar seguro de que valía la pena arriesgar ese dinero.

»Leyó algunos libros sobre las obras perdidas y falsificadas de Shakespeare, pero para quedarse más tranquilo se le ocurrió que a la mañana siguiente podría consultar al experto local: Galbraith. Y dicho y hecho, se lo llevó a un aparte y, confiado con el documento que le aseguraba la venta, le contó toda la historia. Galbraith se mostró interesado (y secretamente *muy* interesado) pero no se comprometió a dar una respuesta segura. Ninguno de los dos estaba preparado para lidiar con la circunstancia de que el profesor Love los oyera hablar del tema, regañara a Somers por comprar semejante manuscrito por una suma tan ridícula, y erróneamente dio por supuesto que Galbraith estaba involucrado en el negocio. Se enfrentó a ambos, y les dijo que tenía toda la intención de ponerles todas las trabas que estuvieran en su mano, y con esas se fue.

Fen hizo un gesto de disculpa.

—Esa es la mejor hipótesis que se me ha ocurrido, aunque naturalmente puede que no ocurriera exactamente así.

»Somers y Galbraith se despidieron, y en ambos empezó a crecer el gusano de la

malsana avaricia. Somers estaba espantado ante la posibilidad de que Love, por culpa de sus ridículos escrúpulos, pudiera arrebatarse una inmensa fortuna. Ciertamente tenía un acuerdo firmado, pero también sabía de la férrea determinación de Love, y sabía que no dudaría en plantarse en la puerta de la señora Bly, que podía estar allí hasta que regresara y después convencerla de que rompiera el acuerdo y tomara medidas por abuso de contrato. Love era, francamente, un formidable contrincante, y era perfectamente capaz de convencer incluso al propio Somers de que abandonara la idea de comprar el manuscrito. La conclusión, para Somers, era inevitable: Love tenía que morir antes de que la señora Bly regresara el día de las fiestas del instituto.

»Pero Galbraith sabía que Somers tenía motivos para matar al profesor Love. El caso es que Somers pensó que tenía que procurarse una buena coartada... y ya sabemos el complejo entramado que inventó. No necesito enumerar todos los diversos factores que le favorecieron. El principal peligro del plan era que algún otro profesor pudiera entrar en la sala de profesores y no lo encontrara allí, pero, tal y como nos dijo Wells, eso era improbable, y si ocurría, tal vez podría decir que había estado en los baños; algún riesgo tenía que correr. El principal problema era conseguir el ácido sulfúrico, porque no se atrevía a comprarlo abiertamente en una tienda, pero el armario en el laboratorio de química, con sus livianas cerraduras, resolvió esa dificultad.

»Lo robó el jueves por la tarde, y fue entonces cuando Brenda lo sorprendió. De un modo bastante pusilánime, si nos ponemos en su lugar, intentó atemorizarla para que guardara silencio. Entonces, o tal vez a la mañana siguiente, se encargó de escribir el número adecuado de cartillas de notas, como las que escribiría durante una hora, y con tinta invisible. El viernes por la tarde supo por Etherege que Brenda no había sido capaz de ocultar su temor, así que decidió asaltarla y la estranguló, o al menos lo intentó, y dejó aquella carta falsa (un adorno completamente innecesario) en el estudio de la muchacha. Todo quedaba dispuesto ya para la noche.

—Pero... ¿y el revólver? —preguntó el director.

—Ah, sí..., se me había olvidado. Supongo que Somers, al pasar junto a la armería el viernes por la tarde y encontrarla abierta y sin vigilancia, debió de robar el arma..., no porque pensara utilizarla, sino como un impulso, por si acaso. En realidad no importaba el arma que utilizó, sino la oportunidad: se le presentó la ocasión y la aprovechó. Aquella misma pistola fue utilizada varias veces, por cierto: para el secuestro de Brenda, para disparar a Love, para disparar a Somers, y para dispararnos a Brenda y a mí en Melton Chart. Siento decir que, con los nervios de la pasada noche, desbaraté por completo las posibles huellas dactilares que podría haber en el arma, pero en esos momentos en realidad ya no importaban.

»Bueno, Somers entró en la sala de profesores justo antes de las diez de la noche del viernes... y seguramente se sintió un tanto desconcertado al encontrarse allí con

Etherege. Este, sin embargo, se fue casi enseguida, e inconscientemente contribuyó al plan de Somers al contar el número de cartillas de notas que aún le quedaban por rellenar.

—Ese es un punto importante, de hecho —interrumpió el director—. Obviamente la coartada no podía mantenerse a menos que hubiera algún testigo independiente que confirmara que a las diez en punto Somers tenía que completar toda aquella cantidad de cartillas de notas. ¿Cómo se las habría arreglado si Therege no hubiera estado allí por casualidad?

—Bueno, también tenía a Wells y lo hubiera utilizado, supongo. Podía confiar en su testimonio. Habría dicho entonces: «Mira, Wells, he hecho una apuesta. Le he dicho a un amigo que puedo rellenar noventa y siete cartillas de notas antes de las once. ¿Te importaría contarlas para confirmar que realmente hay noventa y siete?». Seguro que tenía algo de eso en mente para salir del paso.

El director asintió.

—Continúa.

—Therege y Wells se fueron, y entonces Somers cerró las cortinas de la sala de profesores para que nadie desde el exterior pudiera tener la oportunidad de observar que él no estaba allí; luego bajó las escaleras y salió del edificio Hubbard saltando por una ventana. Creo que debía de tener una bicicleta a mano..., en parte porque no deseaba ausentarse durante mucho más tiempo del necesario y en parte por una razón que te mencionaré enseguida. En cualquier caso, se dirigió a casa del profesor Love, entró por los ventanales franceses de su despacho, le pegó un tiro allí mismo, donde estaba sentado, y regresó aquí, y a la sala de profesores; y todo eso no le llevó más de un cuarto de hora.

—Pero... espera un momento —protestó el director—. Si Somers utilizó una bicicleta, deberíamos haberla encontrado o quizás...

—A menos que Galbraith se la llevara —dijo Fen—, lo cual pudo hacer perfectamente. En todo caso, no me voy a poner pesado con la bicicleta. Lo único que digo es que Somers tuvo que estar aquí hacia las diez y media como muy tarde. Y habría llegado un poco justo si hubiera ido andando, aunque no es imposible.

»Los movimientos del profesor Love durante los días anteriores podemos suponerlos con bastante exactitud. El jueves visitó el *cottage* de la señora Bly, y se encontró con que no estaba, así que intentó averiguar dónde se encontraba, pero no lo consiguió. De todos modos supo que pensaba regresar el día de la entrega de diplomas, y yo supongo que tenía toda la intención de volver a visitar a la señora a su regreso, y ponerla al tanto del verdadero valor del manuscrito.

—La señora Bly podría no haberlo creído, ¿sabes? —dijo el director—. Podría haber seguido queriendo venderle el manuscrito a Somers de todos modos.

—De acuerdo, pero Somers no estaba seguro de que eso fuera a suceder de ese

modo. En fin, Love ya no hizo nada más al respecto, salvo comenzar a redactar una declaración. Y luego lo mataron. ¿Qué se proponía al redactar dicha declaración? Se me escapa. Y supongo que él tampoco lo tenía muy claro, pues no lo terminó y abandonó la idea. La única teoría que se me ocurre y que tiene algún sentido es que pensaba que necesitaba un confidente, y decidió que un trozo de papel serviría a ese propósito mejor que cualquier persona. Es el mismo sentimiento que impulsa a la gente a escribir diarios.

—Entonces, ¿tú crees que no se lo comentó a nadie?

—Me parece improbable. Creo que lo habría hecho si solo hubiera estado implicado Galbraith, pero Somers era harina de otro costal. Somers era el protegido de Love, y para el profesor Love, confesar que Somers andaba envuelto en una transacción (para Love, indigna) sería tanto como admitir un error de bulto a la hora de valorar a las personas, y por lo tanto le dolería en su autoestima y en su orgullo. Y yo supongo que a pesar de la desilusión, Love aún conservaría algo de aquella antigua confianza en Somers y aún lo apreciaría; haría cualquier cosa para impedir que Somers comprara el manuscrito, pero seguramente no le apetecía nada someter a Somers a la ignominia y al escarnio público.

»Entretanto, Galbraith no había estado mirando. Las razones circunstanciales que influyeron en Somers a la hora de asegurar la autenticidad o no del manuscrito también le afectaron a él. En cualquier caso, decidió que por las buenas o por las malas, tenía que hacerse con él. Pero... ¿cómo? El compromiso de venta que poseía Somers le parecía un obstáculo insuperable. Naturalmente, podía esperar a que Somers tuviera el manuscrito y luego intentar robárselo, pero si este tenía dos dedos de frente, se iría directamente a un banco y lo metería en una caja fuerte, y Galbraith jamás tendría la menor oportunidad de verlo ni de cerca. El robo en el *cottage* era una solución que al menos le servía parcialmente, y lo intentó, pero probablemente la señora Bly, impresionada con la oferta de las cien libras, se llevó el manuscrito de viaje para mantenerlo a salvo. En cualquier caso, Galbraith no lo encontró. Así que llegó a la conclusión de que Somers tenía que morir antes de que pudiera hacer valer su derecho sobre el manuscrito al regreso de la señora Bly; y seguramente también pensó que, al final y como remate, Love también debería morir, porque Love, vivo, estaría en condiciones (a) de poner el manuscrito fuera del alcance de Galbraith; y (b), gracias a lo que había oído de la conversación que habían mantenido Galbraith y Somers, ofrecer a la policía una razón muy sólida por la que Galbraith podría haber matado a Somers. Con Somers y Love muertos, la policía no tendría ninguna razón para considerar a Galbraith como a un potencial asesino, porque aun cuando el asunto del manuscrito saliera a la luz (si es que salía), nadie podría demostrar que Galbraith estaba al tanto de su existencia. No tendría más motivos para matar a Love y a Somers que cualquier otro individuo del mundo.

»Galbraith no hizo ningún plan especial, supongo, más allá de apropiarse de algún arma; era lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que los planes demasiado elaborados para cometer un asesinato incrementaban y multiplicaban las claves y las pistas. El viernes por la noche simplemente siguió a Somers con la idea de aprovechar la oportunidad más favorable, y fue por cierto fuera de la sala de profesores cuando Somers le habló de su reloj a Wells. Cuando Wells y Etherege se marcharon, Galbraith tuvo tiempo de esconderse en los servicios, o en una de las aulas. Probablemente pretendía entrar y matar a Somers allí, en aquel mismo momento, pero Somers lo impidió porque de repente se fue del edificio para matar a Love. Puede que Galbraith lo siguiera hasta el domicilio del profesor Love, o puede que simplemente sospechara qué pensaba hacer el otro; porque él sabía, naturalmente, que Somers tenía una importante razón para desear que Love estuviera muerto. En cualquier caso, a Galbraith le interesaba muchísimo que Somers le hiciera ese trabajo en particular, y simplemente esperó a que regresara; o lo siguió en su visita a la casa del profesor Love y regresó tras él; y una vez que Somers entró en la sala de profesores, entró allí y le pegó un tiro.

»Una vez que lo hizo, la situación se le presentó nítida y clara ante sus ojos, y comprendió que podía utilizar la coartada de Somers para fabricarse una para sí mismo. Terminó de calentar las cartillas de notas, para que apareciera la tinta, si es que Somers no lo había hecho ya; manipuló el reloj, por las razones que ya he mencionado; abrió las cortinas para que el escenario estuviera exactamente igual que cuando Etherege y Wells salieron de allí; y cogió las cien libras y el compromiso de venta que Somers llevaba encima, con el fin de crear confusión en las pistas. Pero cometió tres errores fatales: después de quitarle el reloj y poner las huellas de Somers en él, se lo volvió a poner mal en la muñeca; tampoco se dio cuenta de la importancia de la hoja de papel secante impoluta en el bolsillo de Somers, o no la encontró; y, de un modo casi increíble, se olvidó de apagar la estufa eléctrica.

»Para cuando todo esto sucede, debían de ser ya, creo yo, entre las diez y media y las once menos veinticinco. Y digo «debían de ser» porque a las once menos veinticinco Galbraith llamó al capellán por teléfono, probablemente desde una cabina que hay a la puerta del colegio, y no es muy probable que matara a Somers y preparara toda la escena entre esa llamada de teléfono y las 10:44, cuando llegó a tu despacho. De ahí, por cierto, mi insistencia en el hecho de que Somers ya hubiera regresado de matar a Love a las diez y media. Y ahora viene un problema que tú podrías aclararme. Ese asunto del lío en las asignaciones de asientos en la capilla... ¿era un embuste?

—No, no... —dijo el director un poco atribulado—, no era un embuste. El lío realmente existía, y Galbraith no pudo haberlo preparado en el momento y sin pensar. Estoy dispuesto a admitir que Galbraith no tenía necesariamente que importunarme

con ese asunto... pero no era del todo ilógico que lo hiciera.

—Ya. Entonces fue un pretexto que le vino muy bien en el momento. Al abandonar la sala de profesores tenía que proporcionarse una buena coartada para las once menos cuarto y en adelante; entonces fuisteis a vuestra reunión para la preparación de los eventos del trimestre y eso le vino como caído del cielo. Otras consideraciones aparte, tú tenías coartadas perfectas para los dos crímenes, y por tanto se podía confiar en tu palabra. Galbraith telefoneó al capellán a propósito de la asignación de asientos para dar verosimilitud a su tardanza, concediéndose así un intervalo de tiempo suficiente para explicar el camino desde sus dependencias a Davenant, y así llegar justo cuando se daba por terminada la reunión para ordenar los eventos del trimestre.

—Supongo que no esperaba que estuviera allí hablando indefinidamente —dijo el director con un tono defensivo.

—No lo necesitaba, porque Wells encontraría el cadáver de Somers a las once (y suponía, naturalmente, que el cadáver del profesor Love lo encontraría su mujer a las once menos cuarto). Lo único que necesitaba es que tú estuvieras hablando allí hasta las once... y en eso sí podía confiar, supongo.

»Y a la mañana siguiente mató a la señora Bly. Tuvo todo el tiempo del mundo, porque, que yo sepa, no tenía compromisos durante el día de fiesta.

—No, después del servicio religioso, no —asintió el director—. Yo di por supuesto que andaría por ahí, por si lo necesitaba, pero no le había encomendado ninguna tarea concreta a ninguna hora concreta.

—Ya. Bueno, lo que ocurrió exactamente en el *cottage* de la señora Bly, no lo sabemos. Galbraith no tendría en principio ninguna necesidad de matar a la vieja, dado que podía haberse ido con los manuscritos sin que nadie lo viera. Pero como la mujer sí le había visto la cara..., tenía que morir.

—¿Por qué?

—Porque si vivía, podía hablarle a la policía del interés de Somers por el manuscrito; y el hecho de que, tras la muerte de Somers, Galbraith hubiera robado el manuscrito, o lo hubiera comprado incluso, podría hacer que la policía se diera cuenta de que tenía un motivo poderoso y bastante incómodo para matar al propio Somers.

—Sí, claro. Continúa.

—Como te digo, esta parte del asunto es bastante difusa. Posiblemente la señora Bly lo pilló intentando robar, o posiblemente..., bueno, hay un buen número de situaciones posibles que puedes imaginar tú solo. A lo que se reduce todo es a que la señora Bly le vio la cara y, por lo tanto, Galbraith tuvo que matarla. Y luego tuvo que golpear a Plumstead por temor a que este pudiera verlo escapar y, en consecuencia, pudiera identificarlo. Una vez cumplidos estos objetivos, se largó con los *Trabajos de amor logrados* bajo el brazo.

»Y lo siguiente que ocurrió fue que en la fiesta del jardín oyó a Elspeth Murdoch decirme que sabía dónde encontrar a Brenda Boyce. Eso no le preocupaba mucho, dado que, al igual que yo, daba por seguro que Somers había matado a Brenda. Y apenas a renglón seguido, alrededor de las seis y media (como Weems me dijo esta mañana), llegó el supuesto informe de Stagge sobre el caso. Podía ser una trampa, pero también podía no serlo. Si por alguna remota casualidad Brenda aún seguía viva (pensaría Galbraith), se podría descubrir el truco de la tinta invisible y todas sus coartadas saltarían por los aires; toda la seguridad de sus coartadas dependían del informe de Stagge. Tenía que asegurarse de que Brenda había muerto, y para ello nos siguió a Elspeth y a mí hasta Melton Chart. Elspeth me dijo, cuando fui a visitar a Brenda esta misma mañana, que mientras estábamos adentrándonos en el bosque tuvo la sensación de que una tercera persona andaba cerca de nosotros, pero no puedo decir que yo tuviera la más mínima sospecha.

»Y ya sabes lo que sucedió después. Sin saber que nosotros ya éramos conocedores de la coartada de la tinta invisible y de que por tanto su acción era una confesión de culpabilidad, Galbraith intentó silenciar a Brenda. Y falló. Me es difícil concebir su estado de nervios después de habernos intentado asesinar. Cuando Stagge y yo regresamos aquí después de estar en casa de Brenda, él nos esperaba apostado en la puerta, en un desesperado intento por averiguar qué sabíamos y hasta dónde sabíamos. Lo pillé escuchando, y... —Fen hizo un gesto expresivo—, *sic transit*.

Se produjo un largo silencio. Fen estaba bostezando como una gallina con pepita. Al final, el director dijo:

—Supongo que ni Somers ni Galbraith tendrían ninguna dificultad en disponer del manuscrito sin que la..., eh..., bueno..., la identidad de la vendedora fuera conocida.

—Había varios modos de hacerlo —contestó Fen—. Y probablemente los dos estaban planeando abandonar el país y vivir en el extranjero con otro nombre, porque un enriquecimiento tan repentino de cualquier persona relacionada con el asunto obviamente levantaría sospechas. Sin duda sus coartadas solo servían hasta que concluyera el curso... Después, cualquiera de los dos simplemente se habría *evaporado*.

Fen se quedó pensativo.

—Pero hay un aspecto del caso, ¿sabes?, del que es posible establecer una explicación alternativa. Puede que Somers no matara a Love; puede que lo hayamos convertido en un asesino sin serlo. Aunque, como intentó asfixiar a Brenda, no creo que otra mancha sobre el expediente de su recuerdo deba perturbar mucho nuestras conciencias.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, Somers evidentemente tenía previsto matar al profesor Love, pero puede que lo mataran a él antes de que pudiera salir a matar a su protector. Resumiendo: puede que Galbraith fuera el asesino de Love, porque sabemos que, al igual que Somers, también él tenía un motivo para liquidarlo. Puedes elegir cualquiera de las dos posibilidades. Nunca sabremos qué ocurrió exactamente con total seguridad... pero en la mayoría de los casos criminales siempre quedan flecos ambiguos o inexplicables sin resolver al final.

—¿Y la investigación en el *cottage* de la señora Bly dio algún resultado? —preguntó el director.

—Ninguno en absoluto. La verdad es que creo que debió de seguir el consejo de Taverner y quemó las cartas. Las cartas... —murmuró Fen lastimeramente—. Las cartas de Shakespeare fueron utilizadas como papel para encender chimeneas... —se quedó sin habla, víctima del abatimiento.

—No importa. —El director procuró consolarlo—. Aún nos queda una página indemne de los *Trabajos de amor logrados*. Aunque no sé cómo pudo sobrevivir, porque el resto se convirtió en puras cenizas en el accidente.

—Yo sabía que él llevaba los manuscritos encima —dijo Fen, no muy animado—. Lo único que podía hacer era quedarme allí mirando y verlos convertirse en humo... Sin embargo, como dices, aquí tenemos al menos una página..., muy chamuscada, cierto, pero todavía entera y legible. Stagge me dejó copiarla esta mañana.

—Oh. ¿Puedo verla?

Fen sacó una hoja de papel y se la tendió al director, que se puso sus gafas de pasta para leerla:

— TRABAJOS DE AMOR LOGRADOS —

(*La corte del rei de Navarra.*)

CABALLERO 1°

¿Y decís pues que han venido aquesta parte?

CABALLERO 2°

Así con la delicadeza de un pajarillo volandero
que aturdido con principiante ardor busca de nuevo
el hojarasqueño nido, vienen nuestra graciosa
Majestad, señor y rei

y los burlescos Berowne, Dumain y Longaville,
que en su lar permanecieron, a causa de la promesa
inviolable que hicieron a las apasionadas
damiselas de Francia, de esperar un año entero.
Desde aquellas remotas regiones eremíticas,
en las níveas cumbres de los cárdenos Cárpatos,
donde los Hielos
a los campesinos confinan en sus lúbricos hogares,
y Febo apenas osa asomar su faz radiante a las feroces
agujas montaraces, nuestra noble
Majestad,
viene nuevamente, más amable con los sabañones
de los pobres, que nacen de sus puros sufrimientos.
Y ese Berown(e) del que decíamos era
un insaciable vicioso incapaz de apacible sosiego,
extrañamente cambiado viene del lazareto,
y curado de aquellas inflamaciones e hinchazones
que el amor de Rosalinda le provocaba...

CABALLERO 1°

¿Las damas pues en la corte están?

CABALLERO 2°

Sin tardanza las hemos de ver.
Pero mirad, por ahí viene ese gracioso loco
Armado, y su ingenioso criado.

CABALLERO 1°

¿Nos hacemos a un lado para escuchar,
y saber en qué andan y qué dicen?

(Entra Armado con Moth.)

ARMADO

Dime, mozo, dime, ingenioso Sócrates:
¿crees que mi [Jaque] Netta habrá olvidado
las promesas de amor de matrimonio que nos diéramos?

MOTH

Ea, anciano caballero, con más verdad le contestaría si barba tuviera, la suficiente para que una dama en mí viniera a fijarse; porque vuestra barba, señor, es pasaporte seguro al corazón de una dama.

ARMADO

Un corazón poco firme, su corazón.

MOTH

Aunque lo que le complace al señor es su camisón. Pero vayamos por partes, y en lugar primero, hablemos del corazón de las damas [...]

—Hum... —farfulló el director al devolverle el papel a Fen—. Creo que el Bardo no debía de estar muy inspirado cuando escribió esto. Al parecer es una secuela de *Trabajos de amor perdidos*^[35].

—Sí. *Trabajos de amor perdidos* exige una secuela, si uno lo piensa bien; y desde luego hay material para una comedia con el segundo encuentro de los amantes. Pero me he estado preguntando si no será una secuela de la obra de Shakespeare escrita por otra persona. La extrema pobreza de su estilo parece indicarlo..., aunque si tenemos en cuenta *Tito Andrónico*... el estilo no sería un rasgo relevante. Y además, la obra podría haberse modificado al representarse..., podría haber acogido a un Bottom, o al menos a un Dogberry^[36].

—¿Y qué me dices de la caligrafía?

—Desde luego recuerda a la de sus firmas, eso sí.

—¿Crees que se llegó a representar?

—Meres dice que sí, y supongo que así sería. Por supuesto, puede que fuera un completo fracaso, y que no mereciera la pena ni copiarla ni representarla; las secuelas con frecuencia son fracasos. Pero en la hoja que yo he visto no hay indicios de que fuera utilizada como una copia de apuntador o de actor, si es eso a lo que te refieres.

—¿Cómo crees que pudo llegar a ese *cottage*?

—Yo apuesto por la teoría de una joven —dijo Fen— que le pidió a su amante un ejemplar de su obra, y la engatusó con esto. Las cartas podrían habernos dicho algo más... pero así, Dios sabe. Podrás leer las disputas sobre el tema en la prensa

académica, a las cuales sin duda yo contribuiré. Uno de los aspectos más melancólicos de la vida es el hecho de que no hay ni un solo aspecto de Shakespeare en el que todo el mundo pueda estar de acuerdo... Siempre me sentí solidario con aquel crítico que, después de años de trabajo sobre los problemas que presentan sus sonetos, públicamente expresó el deseo de que Shakespeare jamás los hubiera escrito.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta, y entró Wells con el montón de los periódicos vespertinos. El director los hojeó por encima y miró los titulares sobre el caso.

—Veo que no te mencionan... —observó con sorpresa.

—Por supuesto que no. No conviene que un hombre de mi posición ande mezclado en asuntos tan turbios —dijo Fen con aire de santurrón superioridad.

El director lo miró con gesto severo.

—Espero que Stagge no se atreva a arrogarse el mérito... —dijo.

—Cielo santo, ¡no! Es demasiado honrado y bueno como para que se le pase siquiera por la cabeza una cosa así. Fui yo quien insistió en que se le atribuyera a él el éxito, si es que lo hay. Y además, me costó un mundo. Tuve que decirle que le había prometido a mi mujer que nunca volvería a ocuparme de otro caso criminal, y tuve que mentirle mil veces antes de que se convenciera de que me debía dejar fuera... Pero al final..., al final, fíjate, cuando todo quedó resuelto..., me dio esto.

Fen sacó de su bolsillo la miniatura que el superintendente Stagge había encontrado en el *cottage* de la señora Bly, y lo miró con singular cariño.

—Me dijo Stagge: «Es gracioso, señor, pero no había nadie en aquella estancia cuando me encontré esto, y no le he hablado a nadie de ello, salvo a usted. Me parece que, a la hora de conservar esta pieza, usted es más adecuado que el hijo que la señora Bly tenía en Coventry o donde fuera, y esa página del manuscrito, por lo que usted me ha dicho, lo hará más rico de lo que se merece seguramente. Así que si está usted dispuesto a correr el riesgo de admitir que usted se lo llevó, sin darse cuenta, por supuesto, en caso de que alguien empiece a hacer preguntas raras, puede llevárselo a casa con toda tranquilidad».

El director se reía en silencio.

—No hay nada más divertido que oír a un policía participando de algo amablemente ilegal... —dijo.

Fen se guardó de nuevo la miniatura y miró su reloj.

—Bien, ahora debo regresar a Oxford y a la Honours School of English Literature. Los mecánicos del pueblo, por cierto, han hecho un maravilloso trabajo con *Lily Christine*. Después de los esfuerzos de Plumstead anoche, pensé que jamás volvería a verlo entero y armado, pero ahora va mejor que nunca. Un poco abollado, claro —admitió—, en el lugar donde Stagge le dio su *toquecito*. Pero eso ya lo arreglo yo cuando vuelva a casa.

—Tienes que tomarte un té conmigo antes de marchar.

—Me encantaría. —A Fen se le ocurrió algo, y su ánimo resplandeció considerablemente—. Y durante el té puedo acabar de contarte la trama de mi novela de detectives.

El director dejó escapar un gruñido.

—¡Oh, Gervase! —dijo—. Si no hay más remedio que escribas una novela policíaca (y ya hay demasiados profesores universitarios haciéndolo), ¿por qué no utilizas los acontecimientos de este fin de semana? —El director pareció encantado con su propia idea—. Lo veo como una aventura *simenoniana*, con un montón de psicología, para complacer a los críticos intelectualoides...

—¿Galbraith? —dijo Fen—. ¿Somers? ¿*Trabajos de amor logrados*? —Con un gesto desdeñoso apartó aquella idea de su mente—. Mi querido amigo, no hay nadie que pueda sacar una novela detectivesca de esta historia y estos personajes... Ahora bien, mi chica de los Catskills, verás...

Poco queda por contar ya. La amistad entre el señor Plumstead y Daphne Savage acabó en matrimonio, y el señor Plumstead, quien, por culpa de un confuso relato de los hechos, llegó a suponer que Fen lo había salvado de la horca, invitó a Fen a la boda. La ceremonia tuvo lugar durante las vacaciones de verano, y como Fen tenía que estar en Londres investigando un caso el día concreto, aceptó la invitación de buena gana. La mañana de la ceremonia cogió el primer tren de Oxford a Paddington.

—Confiemos en no toparnos con un viejo marinero^[37]... —dijo.



EDMUND CRISPIN (1921-1978). El verdadero nombre de Edmund Crispin era Bruce Montgomery. Nació en 1921 en Chesham Bois, Buckinghamshire y asistió al St. John's College en Oxford, donde se licenció en Lenguas Modernas y donde fue organista y maestro de coro durante dos años. Cuando se le preguntaba por sus aficiones, Crispin solía decir que lo que más le gustaba en el mundo era nadar, fumar, leer a Shakespeare, escuchar óperas de Wagner y Strauss, vagar y mirar a los gatos. Por el contrario, sentía gran antipatía por los perros, las películas francesas, las películas inglesas modernas, el psicoanálisis, las novelas policíacas psicológicas y realistas, y el teatro contemporáneo. Publicó nueve novelas así como dos colecciones de cuentos, todas protagonizadas por el profesor de Oxford y detective aficionado, Gervase Fen, excéntrico docente afincado en el ficticio St. Christopher's College. Novelas que le hicieron ganarse un lugar de honor entre los más importantes autores ingleses de novela clásica de detectives. La juguetería errante (1946), la publicación de la saga de Gervase Fen, a la que seguirán otros títulos, como *Love Lies Bleeding*, (1948), *The Case of the Gilded Fly* (1944), *Holy Disorders* (1945), *Buried for Pleasure* (1949) y *El canto del cisne*, (1947). Crispin dejó de escribir novelas en la década de los cincuenta, pero continuó redactando reseñas de novelas de detectives y de ciencia ficción para el *Sunday Times*. Murió de un ataque al corazón en 1978.

Notas

[1] Se trata del club fundado en diciembre 1944, en un bar de Oxford, en honor del afamado novelista americano de crimen y misterio John Dickson Carr (1906-1977). El nombre oficial debía de ser en realidad *The Carr Society*, y lo componían solo cuatro amigos que solían reunirse en un pub: uno de ellos proponía un «caso» y los demás intentaban esclarecerlo mediante deducciones e hipótesis. David Whittle, biógrafo de Bruce Montgomery, no especifica quiénes eran los otros tres miembros de la sociedad. Se asegura que el propio J. D. Carr acudió a una misteriosa cita propuesta por los miembros de la sociedad en un pub de Ockley, en Surrey, para alegría y regocijo de aquellos amantes del misterio y la investigación criminal. (*Todas las notas son del traductor*). <<

[2] Se trata de los «Versos compuestos unas millas más arriba de Tintern Abbey» («Lines Written a few miles above Tintern Abbey», 1798; vv. 89-94) de William Wordsworth, que suelen ocupar el último lugar en las famosas *Baladas líricas* (1798) que escribió junto a Samuel T. Coleridge. <<

[3] «Recuerda conservar la mente serena en los momentos difíciles», de las *Odas*, II, iii. <<

[4] O Nokter de San Gall (*ca.* 840-912), un monje suizo famoso por un libro de anécdotas de Carlomagno. <<

[5] Se trata de un famosísimo verso de Fedra (I, iii) por su extraña e hiperbólica construcción: en el caso, el director ha cambiado la palabra ‘proie’ (presa) por el nombre del muchacho. <<

[6] Juego de palabras intraducible: la pregunta, traducida casi literalmente, sería: «¿Y qué tal el amor?». (De ahí la referencia al mito de Leandro, que pereció abogado cuando iba a visitar a su adorada Hero.) Obviamente, se juega con el apellido Love del viejo profesor, y forma parte también del juego de palabras que da título a la novela en inglés. <<

[7] Era el cuerpo militar juvenil que se instauró tras la segunda guerra mundial y, en diversas modalidades, estuvo vigente hasta 1960. Los voluntarios se reclutaban y se formaban en los institutos de Gran Bretaña. <<

[8] Nm 22, 22 y ss. <<

[9] Se refiere al profesor de Oxford, biólogo y naturalista, Gilbert White of Selborne (1720-1793). <<

[10] Aunque Kentish Knock es más conocido por la batalla naval de 1652, el autor se refiere aquí a un estremecedor naufragio que tuvo lugar en esas mismas costas en 1875 y, naturalmente, es una referencia burlesca contra el poema *El naufragio del Deutschland*, del poeta Gerald M. Hopkins. <<

[11] The Merry Maidens: emplazamiento megalítico de Cornualles en el que un buen número de bloques graníticos se encuentran dispuestos en círculo. Efectivamente, la leyenda decía que Dios había convertido a unas jóvenes en piedra por bailar en día sagrado. <<

[12] Los *Fasti* conformaban el calendario romano, que señalaba los días de fiestas, los días de tribunales o los días de circo. <<

[13] Magister Scientiae. <<

[14] Es una frase atribuida a Hegel, y podría traducirse como «Todo lo que es, tiene su razón de ser». <<

[15] William Pitt, llamado el Joven (1759-1806), primer ministro británico, de costumbres alimentarias peligrosas. <<

[16] La frase está en Lucas 3, 23: «Tenía Jesús, al comenzar, como unos treinta años».

<<

[17] John Philip Sousa (1854-1932), militar, músico y compositor estadounidense. <<

[18] Es un trabajo de John Mair, publicado en 1939. Trata sobre la obra de William Shakespeare y sus manuscritos. <<

[19] Walter John de la Mare (1873-1956); el poema es *The Listeners* (1912). <<

[20] Nicholas Hilliard (*ca.* 1547-1619), orfebre y retratista inglés, contemporáneo de Shakespeare. <<

[21] Sally Castairs es una de las protagonistas de *La juguetería errante* (*The Moving Toyshop*, 1946) publicada también en *Impedimenta* (2011). A continuación se citan también otros personajes de dicha novela. Aunque literariamente han transcurrido diez años, como dice Gervase Fen, en realidad solo transcurrieron dos años entre la publicación de ambas novelas. <<

[22] Por Samuel Johnson, o Dr. Johnson, (1709-1784), una de las figuras más prominentes y el gran intelectual de la cultura británica. <<

[23] «*Media vita in morte sumus.*» Es el primer verso y el título de una antífona medieval (probablemente francesa, del siglo VIII) que tuvo gran difusión en Europa, y especialmente en los territorios protestantes. Fue utilizado por Lutero y también se incluyó en el famosísimo *Book of Common Prayer* anglicano de 1549-1042, de donde probablemente lo sacó el carpintero predicador. <<

[24] *Loves Labour's Won* (*Trabajos de amor logrados [o ganados]*) es una supuesta obra de teatro de William Shakespeare. Es una obra mítica, porque no se ha conservado ninguna copia. Una teoría es que efectivamente se trata de una obra perdida, tal vez una secuela de la conocida *Trabajos de amor perdidos*, o *Afanes de amor en vano*, como se ha traducido en alguna otra ocasión); otra hipótesis sugiere que es solo una variante de *La fierecilla domada* o incluso de *Mucho ruido y pocas nueces*. <<

[25] Formatos de pliego basados en el antiguo papel de tina, que se fabricaba a mano, en moldes o formas, y cuya medida era, habitualmente, de 32 x 44 cm. Así, según el número de veces que se doblaba la hoja para formar un cuadernillo correspondía a un formato que tenía que ver con el tema tratado por el libro. Así, los libros de consulta destinados a ser leídos o consultados sobre un pupitre se imprimían en gran formato (folio), mientras que las obras literarias, tratados de divulgación, obras de controversia y ediciones de clásicos griegos y latinos utilizaban el cuarto y el octavo, por ser estos más manejables. <<

[26] Aunque en muchos países los ejemplares de una cierta especie de los linífidos se llaman «arañas del dinero» (*money spider*), en castellano no existe esa denominación. Se llaman así por su color dorado y porque se supone que su aparición anticipa compra de ropa y, por tanto, buena fortuna. <<

[27] Son versos de T. S. Eliot, pertenecientes a «La canción de amor de J. Alfred Prufrock». <<

[28] En la terminología del críquet, una banda (*boundary*) es un golpe tan fuerte que la pelota sale de los límites del terreno de juego. <<

[29] Anne Hathaway, presumiblemente la esposa de Shakespeare. <<

[30] *De Noche de Reyes (Twelfth Night, I, v)*, de William Shakespeare. <<

[31] De *Casting de Runes*, un cuento de terror de M. R. James. <<

[32] Alude a las revistas femeninas con escaso valor periodístico o literario. Fen se equivoca en el nombre de la revista, pues nunca existió *Peg's Own Paper*, aunque sí *Peg's Paper* y *Girl's Own Paper*. <<

[33] Es un verso de la obra de Lewis Carroll *The Walrus and the Carpenter* (1871). La morsa le pregunta al carpintero si cree que siete damas con siete fregonas podrían enjugar el mar; se utiliza para expresar la imposibilidad de una idea. <<

[34] O *The Valley of Fear*, de Arthur Conan Doyle, una novela protagonizada por Sherlock Holmes. <<

[35] Al final de *Trabajos de amor perdidos* las damas se ven obligadas a regresar a la corte de Francia y consiguen la promesa de los caballeros y del rey de Navarra de ser fieles a su amor durante todo un año, al cabo del cual volverán a verse. Se supone que esta nueva comedia remataría la historia con un alegre final feliz en la mejor tradición del teatro barroco de enredos amorosos. <<

[36] Personajes del *Sueño de Verano* y de *Mucho ruido y pocas nueces* respectivamente. <<

[37] Una referencia obvia a la obra de Samuel T. Coleridge: *The Rime of the Ancient Mariner* (1798). <<